

non_MOD

David Jiménez Cano

ENY
2008/09/05/06/07/08/09/10/11/12/13/14/15/16/17/18/19/20/21/22/23/24/25/26/27/28/29/30/31/32/33/34/35/36/37/38/39/40/41/42/43/44/45/46/47/48/49/50/51/52/53/54/55/56/57/58/59/60/61/62/63/64/65/66/67/68/69/70/71/72/73/74/75/76/77/78/79/80/81/82/83/84/85/86/87/88/89/90/91/92/93/94/95/96/97/98/99/100/101/102/103/104/105/106/107/108/109/110/111/112/113/114/115/116/117/118/119/120/121/122/123/124/125/126/127/128/129/130/131/132/133/134/135/136/137/138/139/140/141/142/143/144/145/146/147/148/149/150/151/152/153/154/155/156/157/158/159/160/161/162/163/164/165/166/167/168/169/170/171/172/173/174/175/176/177/178/179/180/181/182/183/184/185/186/187/188/189/190/191/192/193/194/195/196/197/198/199/200/201/202/203/204/205/206/207/208/209/210/211/212/213/214/215/216/217/218/219/220/221/222/223/224/225/226/227/228/229/230/231/232/233/234/235/236/237/238/239/240/241/242/243/244/245/246/247/248/249/250/251/252/253/254/255/256/257/258/259/260/261/262/263/264/265/266/267/268/269/270/271/272/273/274/275/276/277/278/279/280/281/282/283/284/285/286/287/288/289/290/291/292/293/294/295/296/297/298/299/300/301/302/303/304/305/306/307/308/309/310/311/312/313/314/315/316/317/318/319/320/321/322/323/324/325/326/327/328/329/330/331/332/333/334/335/336/337/338/339/340/341/342/343/344/345/346/347/348/349/350/351/352/353/354/355/356/357/358/359/360/361/362/363/364/365/366/367/368/369/370/371/372/373/374/375/376/377/378/379/380/381/382/383/384/385/386/387/388/389/390/391/392/393/394/395/396/397/398/399/400/401/402/403/404/405/406/407/408/409/410/411/412/413/414/415/416/417/418/419/420/421/422/423/424/425/426/427/428/429/430/431/432/433/434/435/436/437/438/439/440/441/442/443/444/445/446/447/448/449/450/451/452/453/454/455/456/457/458/459/460/461/462/463/464/465/466/467/468/469/470/471/472/473/474/475/476/477/478/479/480/481/482/483/484/485/486/487/488/489/490/491/492/493/494/495/496/497/498/499/500/501/502/503/504/505/506/507/508/509/510/511/512/513/514/515/516/517/518/519/520/521/522/523/524/525/526/527/528/529/530/531/532/533/534/535/536/537/538/539/540/541/542/543/544/545/546/547/548/549/550/551/552/553/554/555/556/557/558/559/560/561/562/563/564/565/566/567/568/569/570/571/572/573/574/575/576/577/578/579/580/581/582/583/584/585/586/587/588/589/590/591/592/593/594/595/596/597/598/599/600/601/602/603/604/605/606/607/608/609/610/611/612/613/614/615/616/617/618/619/620/621/622/623/624/625/626/627/628/629/630/631/632/633/634/635/636/637/638/639/640/641/642/643/644/645/646/647/648/649/650/651/652/653/654/655/656/657/658/659/660/661/662/663/664/665/666/667/668/669/670/671/672/673/674/675/676/677/678/679/680/681/682/683/684/685/686/687/688/689/690/691/692/693/694/695/696/697/698/699/700/701/702/703/704/705/706/707/708/709/710/711/712/713/714/715/716/717/718/719/720/721/722/723/724/725/726/727/728/729/730/731/732/733/734/735/736/737/738/739/740/741/742/743/744/745/746/747/748/749/750/751/752/753/754/755/756/757/758/759/760/761/762/763/764/765/766/767/768/769/770/771/772/773/774/775/776/777/778/779/780/781/782/783/784/785/786/787/788/789/790/791/792/793/794/795/796/797/798/799/800/801/802/803/804/805/806/807/808/809/810/811/812/813/814/815/816/817/818/819/820/821/822/823/824/825/826/827/828/829/830/831/832/833/834/835/836/837/838/839/840/841/842/843/844/845/846/847/848/849/850/851/852/853/854/855/856/857/858/859/860/861/862/863/864/865/866/867/868/869/870/871/872/873/874/875/876/877/878/879/880/881/882/883/884/885/886/887/888/889/890/891/892/893/894/895/896/897/898/899/900/901/902/903/904/905/906/907/908/909/910/911/912/913/914/915/916/917/918/919/920/921/922/923/924/925/926/927/928/929/930/931/932/933/934/935/936/937/938/939/940/941/942/943/944/945/946/947/948/949/950/951/952/953/954/955/956/957/958/959/960/961/962/963/964/965/966/967/968/969/970/971/972/973/974/975/976/977/978/979/980/981/982/983/984/985/986/987/988/989/990/991/992/993/994/995/996/997/998/999/1000

non_MOD

David Jiménez Cano

EDICIONES HADES

“Novela”

© David Jiménez Cano
© Ediciones Hades
12163 Culla (Castelló)
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-121192-4-4
Depósito Legal – CS 173-2020

Diseño Portada – Juanma Martín Rivas
Imagen Portada – d.swe

non_MOD

*Para mi hijo Álvaro quien consigue que,
al examinarme a través de su mirada,
me esfuerce en intentar ser mejor persona.*

*Gracias a mi hermana Esther que,
como siempre, me ayudó a encontrar el camino adecuado,
dándome el empujón final que sirvió
de catalizador para decidirme a escribir.*

*Y gracias también a mis padres,
por su abnegado e incondicional apoyo
y por estar siempre ahí...*

CAPÍTULO 1

Aquel, iba camino de convertirse en un mal día. La noche anterior casi no había dormido y a juzgar por las pulsaciones que notaba en las sienes, tenía la sensación de que le iba a explotar la cabeza.

Perdió el *levitrain* y tuvo que coger el *suburban*. Odiaba viajar bajo tierra, le daba la impresión de ser un insecto.

Cuando llegó a la *bioindustry*, se encontró con un nuevo contratatiempo. Su exoesqueleto estaba en control de calidad y debía utilizar el equipo de recambio. No lo soportaba. Aunque sabía que después de cada uso se reponían las sinapsis de acoplamiento de los equipos, solo con pensar que los restos de otra persona pudieran entrar en su organismo, le producía una repugnancia tan grande, que superaba su lado racional.

En ese momento se acordó de su padre. No había sido un buen progenitor. No recordaba que se hubiera preocupado demasiado por enseñarle nada en particular. Aunque no por ello, dejaba de ser inflexible cuando supervisaba alguna tarea que hubiera encargado, o cualquier asunto que requiriera de su intervención directa. Como la vez en la que, con diez años, mientras estaba con él en el *metalaboratory* para que le implantaran las sinapsis conectivas y le sujetaban el brazo para que el técnico le hiciera el implante, le espetó:

—¡Que no te vas a morir! ¡No pongas esa cara de asco!

Se puso el traje protector y se metió en el exoesqueleto de recambio. Se conectó y salió a la zona de producción.

Desde el primer momento advirtió que algo no iba bien. Cada cierto tiempo, percibía un cosquilleo recorriendo su cuerpo, desde el brazo izquierdo hasta los pies. Se comunicó con el centro de control y pidió que realizaran una telemetría por si el equipo presentaba alguna irregularidad. Al cabo de un minuto, le confirmaron que las lecturas eran correctas y que no se había registrado ningún dato extraño.

Siguió ejecutando sus tareas, pero las sensaciones de cosquilleo iban tornándose cada vez más intensas e incluso habían comenzado a resultar dolorosas. Volvió a comunicarse con el centro de control, aunque esta vez ya no pudo escuchar la respuesta. De repente, sus músculos se habían quedado completamente agarrotados y no podía moverse. En paralelo, el dolor iba incrementándose rápidamente y se extendía a lo largo de todo su cuerpo. Finalmente, notó que le faltaba el aire. No podía respirar y su sistema nervioso era incapaz de activar el diafragma para coger aire.

¡Se estaba ahogando!

Y justo en ese momento, antes de perder la vida, aquella frase del padre acudió nuevamente a su mente, inundando toda su consciencia. Mientras, la expresión de su rostro iba dibujando una mezcla de sorpresa, miedo y odio, que quedó esculpida en un tétrico rictus.

—.—

Sentado en el sillón, tardó varias décimas de segundo en reaccionar ante la llamada, como si su

cerebro se negara establecer la relación entre el emisor de la misma y el hecho de encontrarse en su día de descanso.

—¿Iriarte? —la pregunta había sido formulada con una entonación que, por una parte, mezclaba algo de culpa, pero a la vez, cierto atisbo de inseguridad.

Al establecerse la conexión, solo había encontrado formato voz y eso le impedía disponer de más información acerca del receptor para conseguir un mejor manejo de la situación.

—Sí Pascual, dime —el nivel átono de la respuesta tampoco dio margen al interlocutor para que pudiera relajarse.

—Hola. Perdona por molestarte. Sé que tienes marcado *offline* en tu estado, pero es un tema muy grave y urgente... y no podía esperar —hizo una nueva pausa para que el receptor le autorizase a continuar.

Iriarte se quedó pensativo. Era su jornada de descanso sí, pero Pascual era el director de producción de uno de sus mejores clientes y por las palabras que había utilizado, intuía que se trataba de un asunto que le podía llegar a reportar un *profit* significativo.

—No pasa nada Pascual, te escucho —respondió por fin, aunque consideró más adecuado mantener la llamada en modo voz únicamente.

—Ok gracias. Verás, ayer tuvimos un problema en la línea de montaje 65X28A, la dedicada a los chasis de los *deliver_drones*. La cuestión es que uno de los robots de ensamblaje dejó de funcionar correctamente, se paraba, volvía a su posición de reposo y al iniciar de nuevo la maniobra ejecutaba una secuencia totalmente descoordinada. Reseteamos su sistema y volvimos a cargar de nuevo los parámetros de programación inicial, pero nada. Cada vez que reiniciábamos la maniobra, hacía la misma secuencia. Nuestro jefe de mantenimiento estuvo todo el día con él, pero no hubo manera, el brazo está como enclavado en esa rutina y no se puede recargar el software de inicio. Ya hemos sustituido el robot y la cosa no hubiera pasado de ahí pero hoy ha vuelto a pasar lo mismo en otros dos equipos de dos líneas de producción diferentes y curiosamente el error ha ocurrido a la vez. Ahora mismo la producción está reducida al 75% de la capacidad y de seguir así se nos avecina un problema muy serio de incumplimiento en la entrega de pedidos.

—Pero habréis hecho un barrido de seguridad ¿no? —preguntó Iriarte sin alcanzar a entender todavía la relación entre el problema planteado y la necesidad de recurrir a sus servicios.

—Desde luego —se apresuró a añadir Pascual—, fue así como procedimos y al principio los parámetros parecían correctos. Los ingenieros se habían conectado al sistema y estaban repasando todo el mapeado virtual de la red interna y ahí fue cuando pasó —se interrumpió de repente como si lo que fuera a explicar a continuación escapara a su lógica—. Uno de nuestros ingenieros empezó a sangrar por la nariz y a convulsionar fuertemente. Por suerte lo detectamos enseguida y pudimos desconectarle sin que fuera a más. El resto del personal que estaba en red en ese momento, pudo desconectarse sin sufrir ningún daño. Al herido nos lo hemos llevado a urgencias y está estable, pero de momento no sabemos qué le ha podido pasar.

—Joder —dijo Iriarte sin poder reprimir el exabrupto.

Tampoco él esperaba que la problemática inicialmente expuesta, acabara teniendo aquel desenlace.

—Sí, el tema es grave. De ahí la llamada. Necesitamos de tus características "especiales" porque creo que la vía ordinaria no va a funcionar en este caso...

Iriarte agradeció haber dejado la llamada en modo voz. Cada vez le costaba más disimular el gesto cuando escuchaba que se referían a él usando esa expresión. En ese momento, su rostro era la viva imagen de la contrariedad. ¿Cómo podía ser que algo que le reportaba su "modus vivendi"

le causara a la vez aquel rechazo?

—Pues tú dirás Pascual, ¿cómo lo quieres enfocar? —el tono de su voz continuaba siendo átono.

—Yo creo que es imprescindible que vengas para aquí, porque tienes que inspeccionar la instalación in situ.

—Ok, pero hay aviso de *macrorains* y no me va a ser fácil llegar.

—Sí soy consciente. Verás, me he tomado una pequeña licencia. He hecho pre reserva de un pasaje en el *hyperloop* para hoy a las 15:00. Así podrías estar en planta hacia las 16:30. Si me confirmas disponibilidad gestiono la compra del billete y te lo mando ahora mismo.

"Los putos *metas* y sus putas habilidades aumentadas" pensó Iriarte.

—De acuerdo Pascual —se limitó a contestar—. Pues confirma y mándame el billete. Me preparo y voy para allá. Conectaré mi *DPU* en modo *tracking* para que estés informado de mi recorrido.

—Genial Iriarte, muchas gracias por tu disponibilidad. Ya hablaremos aquí sobre condiciones económicas, soy perfectamente consciente de que este encargo no puede tratarse con la tarifa ordinaria. Seguimos en contacto por *talkview*.

—Perfecto Pascual, hasta luego.

Iriarte desconectó su dispositivo y se quedó pensativo en el sofá. El problema era serio y seguro que iba a requerir bastante dedicación. Sin embargo, no era eso lo que lo había sumido en ese estado, a medio camino entre la desazón y el enfado. Más bien, era el hecho de haber vuelto a escuchar otra vez aquella maldita expresión: "características especiales".

¿Cuánto hacía ya que vivía entre esta gente? ¿Diecinueve, veinte años? Daba igual, siempre iban a recordarle que él era diferente, un *non MOD*. A pesar de que cuando los *metas* aludían a su condición de diferente no lo hacían con segundas intenciones, cada vez que usaban esa terminología, se hacía más evidente la brecha existente entre ellos y él, causándole una pesadumbre inexplicable. Como hoy.

Por fin se levantó y se movió despacio hacia la habitación. Activó la pantalla del armario y como no tenía ganas de pensar, para preparar la maleta ordenó el comando: *Trabajo_modo_casual*. Después fue hacia la cocina a prepararse un café y se sentó en silencio, mientras esperaba a que le llegara el billete para el *hyperloop*.

—.—

"La evolución siempre se ha dado como un hecho inevitable desde que la vida se manifestara por primera vez en nuestro planeta. Durante incontables millones de años, dicha evolución se produjo al margen de cualquier intervención intencionada por parte de algún ser, simplemente ocurría debido a la superposición de una serie de elementos y circunstancias que favorecían que esta se diera.

No obstante, a mediados del S. XXI el género *homo sapiens*, llegó a un punto de desarrollo tecnológico, cultural y social, en el que se encontraba en disposición de provocar una evolución intencionada, la de su propia especie. Dicha evolución, tenía como objetivo conseguir la sostenibilidad del entorno en el que habitaba".

Aquella era la introducción de los escritos prohibidos. Los que habían gestado en Iriarte el ansia de ir más allá, de conocer qué clase de sociedad componían los *metas*. Aquel era el nombre con el que todo su entorno se refería a los que se consideraban a sí mismos, el siguiente eslabón de la evolución humana. Aquellos que habían modificado sus propios cuerpos con el fin de

interaccionar con tecnología basada en *IA*, incrementando así sus propias habilidades, recibidas a través de la genética natural.

Esos escritos estaban prohibidos en su entorno, porque se contraponían directamente con la filosofía existencial de la comunidad en la que Iriarte había nacido y se había criado, los autodenominados *non_MODIFIED Homos* o *non_MOD* como se les conocía coloquialmente. Humanos sin ningún tipo de prótesis tecnológica destinada a interaccionar con *IA*.

Los *non_MOD* ni siquiera consideraban apropiado relacionarse demasiado con personas *meta humanas*. Las comunidades de *non_MOD* se agrupaban en zonas diferenciadas del resto y tenían su propio sistema de auto gobernanza. Intentaban subsistir por sus propios medios, no obstante, aquellos que debían ejercer su *modus vivendi* dentro del entorno *meta*, eran continuamente adoctrinados sobre los peligros de dejarse llevar por el desafuero de la tecnología, así como lo que esta podía llegar a hacerles si sucumbían a su atractivo.

Para ello, tenían instituido un sistema que obligaba a cada comunidad a redistribuirse en grupos más pequeños que, a su vez, debían reunirse periódicamente para aprender y consolidar todo aquello que definía a los humanos como tales: su esencia.

Utilizaban determinados escritos preparados por una élite intelectual muy reducida a la que se referían como "puros". Aquellas publicaciones eran distribuidas entre los centros de encuentro de cada comunidad y debían analizarse de forma semanal para, a partir del estudio y el grado de entendimiento de cada miembro, evaluar qué nivel de "humanidad" mostraba en base al grado de participación e integración en las acciones de la comunidad.

A parte de esas reuniones periódicas, los *non_MOD* llevaban a cabo campañas evangelizadoras destinadas al resto de personas *meta*, cuya finalidad era llegar a hacerles comprender lo alejadas que se encontraban de su humanidad.

Además de ello, cada miembro de la comunidad *non_MOD*, debía llevar a cabo acciones "humanas" destacables y reportarlas a los "intermediadores", nombre con el que se denominaba a los miembros de las comunidades *non_MOD* que lideraban los grupos a nivel local.

La función de los "intermediadores" consistía, principalmente, en ser las caras visibles de los "puros". Organizaban las acciones de los grupos de reunión y ejercían la tutela de pensamiento en todo aquello que tuviera que ver con la demostración de humanidad de los miembros que componían dichos grupos locales.

De hecho, el conjunto de creencias de los *non_MOD* hacía que, como comunidad, presentaran un fuerte rechazo hacia cualquier atisbo de novedad tecnológica o avance cultural que se produjera, por considerar que provenía de los *metas* y por ello, que estaba corrompido por tecnología deshumanizada. Todo aquello que no hubiera sido gestado por la especie *homo sapiens*, no era bien recibido por ellos. Su obsesión como grupo era mantenerse lo más alejado posible de los *metas*, pues se consideraban a sí mismos los últimos guardianes de la esencia del género humano.

Por eso no consideraban que las reglas de vida establecidas para el resto de la sociedad fueran de aplicación para ellos. Vivían entre *metas*, pero al margen de los *metas*.

A pesar de todo esto, Iriarte no tenía un mal recuerdo de su infancia. Quizá porque cuando uno es pequeño, la realidad, la verdad y la lógica, pertenecen al entorno inmediato en el cual se crece, a la seguridad del hogar.

Durante aquella época había conocido a los *metas*, principalmente, a través de las campañas de "evangelización" a las que solía acompañar a sus padres. Recordaba que su principal sentimiento hacia ellos era de lástima ya que, tal y como le enseñaban continuamente, estos habían perdido su humanidad al contrario que los suyos, que eran custodios de la esencia del género.

Sus padres no fueron muy estrictos en su modelo de crianza como *non_MOD*. Tanto a él como a sus dos hermanos, el mayor y la más pequeña, no les habían exigido que estuvieran siempre demostrando sus actos de humanidad, como sí pasara con algunos de los amigos y compañeros de infancia de Iriarte. No obstante, los tres hijos siempre debían acompañar a sus progenitores a cualquier acto social, de reunión o de "evangelización", a los que estos asistieran. En ese aspecto sí que se habían mostrado inflexibles. Al igual que con la conminación de limitar al máximo el trato con *metas*.

Fue en el último curso de sus estudios obligatorios, en una escuela *non_MOD*, cuando todo comenzó a cambiar. Iriarte quería seguir estudiando y aprendiendo acerca de muchas cosas, especialmente en el campo de la tecnología y de la ingeniería y para ello debía continuar sus estudios en la *upUniversity*, gestionada por *metas*.

Los *non_MOD* no acostumbraban a cursar estudios superiores ya que no veían la necesidad de ampliar sus conocimientos más allá de lo que se enseñaba en sus propias escuelas. Precisamente, achacaban a la búsqueda de esos nuevos conocimientos, el origen del mal que había llevado al resto de la sociedad a la pérdida de su identidad humana.

Por lo tanto, que Iriarte quisiera ir a la *upUniversity* no fue nada bien recibido ni por su familia ni por su entorno. Le decían que iba a ser atraído por conocimiento no refrendado por los *non_MOD* y que ello le llevaría a querer ser como un *meta*, a perder su pureza, su condición de humano.

Toda aquella ansia de conocimiento había sido implantada en él por Iturrioz, su profesor de tecnología aplicada. Aquel profesor, pese a que también era *non_MOD*, para nada ejercía como tal. Más bien, aprovechaba cualquier ocasión para presentar delante de sus alumnos lo que, en realidad, había supuesto el avance tecnológico para la humanidad y su entorno.

Fue él quien facilitó los escritos prohibidos a Iriarte, aquellos que habían prendido con fuerza en su innata avidez de sabiduría. También fue él quien fomentó en Iriarte la idea de continuar con sus estudios, ya que el profesor, enseguida se dio cuenta del potencial que podía llegar a desarrollar la mente inquisitiva de su alumno. Del desperdicio que supondría el hecho de que no continuara con estudios superiores para dedicarse a alguna de las tareas de baja exigencia intelectual que le fuera asignada dentro de su comunidad *non_MOD*.

A pesar de todas las advertencias de sus padres y de las de los "intermediadores" de su grupo de encuentro, que incluso se tornaron amenazas al comprobar que Iriarte no cejaba en su empeño de continuar estudiando, pudo conseguir una plaza en la sección de Tecnología e *IA*. Sobre todo, gracias en gran medida a la ayuda de Iturrioz, quien había tramitado y pagado de su propio bolsillo las tasas de inscripción correspondientes al primer año de carrera.

De esa forma, Iriarte pudo iniciar lo que para él habría de representar el cambio real en su visión del mundo. Fue muy duro ya que, a pesar de que Iturrioz insistió en que no debía preocuparse por ello, de alguna manera él quería devolver al profesor la ayuda prestada. Finalmente, llegaron al acuerdo de que Iriarte ayudaría con el negocio que aquel regentaba en paralelo a sus clases de tecnología aplicada. Se trataba de un pequeño taller robótico que se ocupaba de reparaciones domésticas de cualquier dispositivo de los cientos que podían llegar a conformar un hogar, incluso aunque la vivienda perteneciera a un *non_MOD*.

A pesar del extraordinario esfuerzo que representara para su día a día, aquel trabajo le ayudaría enormemente en su profesión, ya que, por cada nueva reparación que debía acometer, tenía que llevar a cabo un análisis detallado y meticuloso del dispositivo y a partir de ahí, tratar de encontrar una posible solución. Y todo ello, enfrentándose al problema únicamente con las herramientas de las que disponía en el taller. Al no tener ningún tipo de implante sináptico, no

podía conectarse al aparato para diagnosticar el posible error, como solía hacerse en el mundo *meta* en este tipo de negocios.

De hecho, por su condición de *non_MOD*, tuvo además que esforzarse el doble ya que, al no disponer de sinapsis conectivas, debía ingeniárselas para llevar a cabo los trabajos que el resto de sus compañeros desarrollaba directamente a través de sus conexiones con la *IA* del campus.

Y fue así como, a raíz de su entrada en la *upUniversity*, toda la cimentación del mundo de Iriarte empezó a tambalearse. Cuando comenzó a cuestionarse si realmente era tan bueno ser un humano no modificado. A plantearse preguntas que quedaban sin respuesta, considerando únicamente el conocimiento aprendido hasta aquel momento como *non_MOD*.

A partir de aquel momento, empezó a pensar seriamente en las consecuencias que podría tener en su vida, el hecho de querer hacer algo más con ella que simplemente, seguir el camino que su entorno había trazado para él.

Y poco a poco, el cordón umbilical de Iriarte hacia su comunidad comenzó a romperse. A partir de toda aquella experiencia vital, complementada además por los "escritos prohibidos" que en su momento le proporcionara Iturrioz. Aquellas obras producidas a mediados del S. XXI, donde se recopilaba la historia reciente del mundo acaecida en los últimos años, estaban centradas en lo que había supuesto la modificación de los seres humanos, llevada a cabo por sí mismos, para el desarrollo conjunto a nivel global.

La lectura de esas obras había representado un mazazo para él. Adquirir consciencia de que el estadio evolutivo del género *homo sapiens* era uno más, aunque no necesariamente el definitivo, dentro de la cadena evolutiva que comenzara con *LUCA*, el Último Ancestro Universal Común a cualquier tipo de vida que haya existido en el planeta Tierra. Que una evolución autogenerada por la propia especie, tal y como había ocurrido en el caso de los *metas*, podía llegar a suponer una mejora del entorno e incluso beneficiar a otras especies, lo descolocó por completo.

Hasta aquel momento todo lo aprendido, le había hecho ver que el género *homo* era la culminación de la evolución. No era posible mejorar la especie y por ello los *sapiens* habían llegado a dominar y subyugar a todas las demás, animales y vegetales. Si dicha mejora fuera posible, debería darse de forma totalmente espontánea y aleatoria, tal y como venía sucediendo desde hacía incontables millones de años. Por lo tanto, si hasta el momento dicha evolución no se había producido, así debía continuar. Los *metas* eran pues, una abominación contra natura.

Pero al leer y después comprobar con sus propios ojos, qué clase de sociedad se había conseguido gracias a la introducción de la *IA* interaccionando con el género *homo* y contrastarlo con lo aprendido durante toda su vida anterior, a través tanto de las publicaciones de los "puros" como de las enseñanzas impartidas por los "intermediadores" de su grupo; lo que acabó llevando a Iriarte a darse cuenta definitivamente, de que hasta esa fecha había estado viviendo en una mentira existencial.

—.—

El beep del *DPU* lo sacó de sus reflexiones. Pascual le enviaba el billete y a la vez su *smartcloset* le avisaba de que la maleta estaba ya preparada. Le había dejado además la chaqueta especial anti lluvia dado que la previsión de *macrorains* marcaba un 98% de probabilidad.

Se dio una ducha rápida y se vistió. Se fundó la chaqueta, cogió la maleta y bajó a buscar el *taxi-bot* que había reservado previamente para dirigirse hacia la *hiperestación*.

CAPÍTULO 2

—Buenas tardes, soy Haron Iriarte, me espera el señor Pascual Losada.

—Bienvenido señor Iriarte. Pase y diríjase hacia el ascensor de su izquierda —la voz de la pantalla era especialmente amable. Los ingenieros que desarrollaran el programa de recepción, se habían esmerado en que los visitantes se sintieran bienvenidos.

La industria de producción a la que acababa de llegar, era una mega construcción *multi-nivel* que ocupaba 100.000 metros cuadrados de suelo, distribuidos en planta baja y tres plantas piso. Se había construido sobre un terreno elevado para evitar las inundaciones debidas a las *macrorains*.

Estos fenómenos de lluvia extrema con registros de casi dos mil litros por metro cuadrado en menos de veinticuatro horas, habían acabado convirtiéndose en una plaga que asolaba grandes áreas del planeta. Dichas alteraciones, se debían a trastornos climatológicos provocados por diversas crisis medioambientales que, en su momento, fueron denominadas "cambio climático" y se gestaron desde mediados del siglo XX, alargándose hasta bien entrado el XXI.

Si bien gracias a una profunda transformación en los modelos de producción, consumo y transporte, así como en los hábitos de conducta de la sociedad, finalmente se pudo frenar el avance de dicho cambio hacia males mayores, acabaron quedando secuelas climáticas importantes como las *macrorains* y otras grandes afectaciones que obligaron a realizar profundos cambios a escala global en las sociedades: migraciones masivas, evacuaciones forzosas de determinadas áreas geográficas debidas al aumento del nivel del mar así como otros similares, haciendo que la forma de vida de esas sociedades acabara resultando muy diferente a la que se conociera en el pasado.

La zona de producción del vasto edificio industrial estaba situada en las plantas primera y segunda, mientras que la planta baja se destinaba a *picking* y *logística*. En la tercera planta, se encontraban las oficinas de todos los trabajadores humanos de la empresa: analistas, programadores, matemáticos, físicos, ingenieros, abogados, ciber-comerciales, personal de mantenimiento, así como los diversos puestos directivos. Dicha planta albergaba también los servidores de *IA* de la industria.

Este sistema productivo simbiótico donde *IA* y *metas* interaccionaban para desarrollar su trabajo, había desplazado completamente a los sistemas de producción clásicos en los que maquinaria y seres humanos funcionaban por separado.

Al salir del ascensor, Pascual le estaba esperando.

—¿Qué tal Iriarte? ¿Cómo fue el viaje?

A pesar de no ser la primera vez que coincidían, a Iriarte siempre le sorprendía la elevada estatura de aquel hombre. Él no era especialmente bajo, aunque su metro ochenta estaba un poco por debajo de la media. Pero lo del Director de Planta era algo totalmente extraordinario, casi le sacaba una cabeza entera.

—Hola Pascual, bien —contestó Iriarte—. Afortunadamente esta vez la lluvia ha sido relativamente moderada.

—Sí, es verdad. Nada que ver con la de hace tres meses. Aquí estuvimos a un paso de tener que detener la producción en varias líneas porque se había empezado a filtrar agua por algunas

juntas de dilatación en los muros inferiores. De locos.

—Por cierto —prosiguió Pascual—, antes de ir a planta debemos pasar un momento por el despacho de la gerente. Me han comentado que en un par de semanas va a haber una auditoría y evidentemente este tema ha quedado registrado en el *raport* de incidencias. Así que es importante darle una solución lo antes posible.

—Hombre Pascual, eso no me lo has comentado antes. Sin conocer el alcance del problema no puedo comprometerme a un plazo de entrega —a Iriarte no le hacía ninguna gracia este cambio sin previo aviso.

¿Una reunión con gerencia? ¿De qué iba todo aquello en realidad?

—Lo siento, aunque supongo que la preocupación ahora mismo es más por la limitación en la producción que por la auditoría en sí. De hecho, tampoco me han informado sobre el objeto de la reunión.

Al entrar al despacho de gerencia, Iriarte se sintió algo cohibido. Siempre le pasaba cuando debía reunirse con puestos de mando similares. Estaba ante una *meta* con implantes neuronales que le permitían conexiones a *IA* destinadas al ejercicio de funciones de liderazgo, gestión de recursos humanos y materiales, en cantidades que, a él, simplemente no le entraban en la cabeza.

Era una mujer alta. Vestía un atuendo sobrio, traje y camisa ajustados y su largo cuello, acentuaba aún más su pose estirada. Los rasgos de su cara eran suaves pero su expresión era severa. Así sonó también el tono de su voz.

—Buenas tardes señor Iriarte. Me llamo Angélica Cuéllar —dijo mientras extendía la mano y se acercaba hacia él.

—Encantado —se oyó decir Iriarte con voz algo entrecortada.

—Gracias por la premura con la que ha podido acudir. Le presento a la señora Sonia de la Fonte, abogada del departamento legal.

"¿Una abogada?" pensó Iriarte. "¿Pero qué cojones pasa aquí?"

—Antes de empezar a desempeñar su trabajo —prosiguió Angélica Cuéllar—, debería ampliarle la información que le ha transmitido el señor Pascual. Discúlpele por no haberle dado más pormenores en la llamada, pero este tema es tan delicado que no podemos arriesgarnos a que determinada información salga de nuestras instalaciones. De ahí que nuestro sistema ha preparado un *block_contract* que le agradecería pudiera descargarse y leer para que, si está conforme, lo firme.

"Bingo, menuda encerrona. ¡Y en mi día libre!" pensaba Iriarte mientras extendía su *DPU*.

En la pantalla holográfica apareció el contrato. Doscientas páginas de "divertidas" cláusulas, escritas en un lenguaje que parecía la letanía de algún antiguo conjuro.

Iriarte le aplicó el *desencriptador*. Se trataba de un programa que había desarrollado para estas ocasiones y que, utilizando algoritmos basados en iteraciones sucesivas capaces de llegar a "traducir" y sintetizar cualquier texto legal en cuestión de segundos, destacaba aquellos parámetros que para él resultarían clave. También lo avisaba en caso de que el texto contuviera cláusulas abusivas o que vulneraran algún aspecto importante relacionado con el ejercicio de su profesión.

Para desarrollar aquel software, Iriarte contó con la ayuda de un *meta* amigo suyo, Andrés Hurtado. Era abogado y en su día le había permitido acceder a través del *DPU*, a sus implantes neuronales para que pudiera interactuar directamente con una *IA* y descargar parte de la lógica que esta empleaba para el desarrollo de documentación administrativa y legal.

Una vez que el programa finalizó la revisión del documento, aparecieron algunas cláusulas que le hicieron ponerse en guardia.

—¿Qué significa esta parte en la que se indica que, en función del resultado obtenido se me pueden reclamar daños y perjuicios? —dijo sin ningún tipo de introducción previa.

Ahora sí que estaba realmente en guardia, cada vez le gustaba menos aquel asunto. Estaba muy arrepentido de haber aceptado el encargo de Pascual.

—Es un puro formalismo —comenzó la abogada—, se estipula en todos los contratos.

—Disculpe señora... de la Fonte ¿verdad? —respondió Iriarte—. No creo en los "formalismos" y menos aún si están plasmados en un *block contract*. ¿Daños y perjuicios en función del resultado? Creo que esta cuestión no es un mero trámite. En primer lugar, no se me ha descrito el alcance real del problema, ni lo que se espera de mi intervención. Sin esa información, es evidente que no se puede pretender que acepte una reclamación por daños y perjuicios.

—Verá señor Iriarte —interrumpió Angélica Cuéllar—, no se trata de ir contra nadie. Esa cláusula hace referencia estrictamente a la confidencialidad que se va a requerir de su intervención. Cualquier brecha que se produjera en esa materia es la que sería objeto de reclamación.

—Le entiendo perfectamente señora Cuéllar —respondió Iriarte—, pero si al final acepto este encargo, voy a tener que acceder a su planta, conectar mis dispositivos a sus máquinas, equipos y servidores y llevar a cabo una investigación exhaustiva de la que ahora mismo no estoy en condiciones de indicar qué alcance global va a tener. Si en el curso de esa intervención se produjera una brecha en la seguridad, significaría que tendrían una cabeza de turco para poder reclamar esos daños y perjuicios que, sinceramente no tengo ningunas ganas de afrontar.

Mientras hablaba, Iriarte iba enfrentando la mirada de sus tres interlocutores. La de Pascual no podía ser más expresiva: "PERDÓN".

—Está bien señor Iriarte —la expresión de Angélica Cuéllar era precisamente la contraria a la del director de producción, parecía que se había activado su dote para la alta dirección—. Entiendo su postura, pero voy a ser muy franca: ahora mismo estamos al borde de una parada técnica y a dos semanas de una auditoría estatal. Es decir, somos un blanco fácil si cualquier agente sin escrúpulos quisiera saquear nuestros metadatos y venderlos al mejor postor. Usted está aquí porque el señor Pascual me ha asegurado que ha trabajado para nuestra corporación en más de una ocasión y que, por ser un *non MOD*, sus métodos alternativos le permiten obtener resultados donde otros profesionales del sector fracasan. Pero es evidente que no podemos dejar acceder a cualquiera a nuestras *facilities* y por eso, hemos de tomar fuertes medidas de seguridad. Así pues, si no se firma el contrato me temo que tampoco va a haber encargo...

"¿Había dejado la frase a medias para que sonara a amenaza o simplemente pausaba para que tuviera tiempo de reflexionar?" la mente de Iriarte era un torbellino en esos momentos.

Tanto era así que ni siquiera se percató del uso, por parte de la gerente, de la expresión *non MOD*. Aquello, en cualquier reunión de tipo profesional, era considerado una clara falta de respeto.

—Repito —acabó respondiendo—, entiendo su postura señora Cuéllar, pero creo que también debe usted entender la mía y por eso no puedo resultar responsable por cualquier falla de seguridad que llegara a producirse durante mi intervención. Debe completarse esa cláusula incluyendo un *tracking* referido a mi actuación y entonces sí que nos pondremos de acuerdo.

—Eso sería totalmente factible. Puedo introducir esa variable en el *block contract* para que se haga el correspondiente reajuste —terció la abogada.

—Perfecto Sonia. Por favor introduce la modificación y cuando la *IA* termine, envía nuevamente el contrato al señor Iriarte —zanjó la gerente.

La abogada se conectó al *edesk* y empezó a transmitir las consignas para generar la cláusula en

cuestión. Una vez finalizado el proceso, desde el servidor central de *IA* se retornó el *block_contract* al dispositivo de Iriarte que, a su vez, lo escaneó nuevamente con el *descriptador* y al comprobar que el resultado era correcto, procedió a firmarlo mediante escaneo de retina y huella dactilar. La gerente hizo lo propio y pareció que se aclaraba la atmósfera de tensión creada minutos antes.

—Bien, una vez solucionados los pormenores —siguió Angélica Cuéllar—, vamos a entrar en materia.

Por el tono empleado, se notaba que consideraba a su interlocutor situado unos cientos de peldaños por debajo de ella y que aquella conversación, empezaba ya a impacientarle por haberse demorado más de lo previsto.

—Pascual —prosiguió la gerente mirando directamente al director de producción—, necesitaría que nos dejases un momento a solas por favor.

La cara de Pascual era un poema y a Iriarte, viendo su reacción, le corrió un escalofrío por la espalda.

Cada vez tenía más claro que la reunión con gerencia no había sido por pura cortesía y que la implicación directa de la alta dirección en aquel asunto, así como la insistencia en la firma del *block_contract*, obedecían a que la situación y el tamaño del problema trascendían y por mucho, al plano de lo ordinario.

Si, como parecía, la mejor solución hallada en la deliberación conjunta realizada entre los diferentes *metas* y la *IA* consistía en acudir a un *non MOD*, el caso debía ser totalmente extraordinario y sin precedentes que sirvieran para que se hubiera podido generar algún algoritmo al respecto.

Una vez Pascual abandonó el despacho, Angélica Cuéllar continuó:

—Señor Iriarte, si finalmente tiene éxito en este encargo, le vamos a solicitar que haga una ampliación en el alcance de la contratación de sus servicios. Verá, si bien este es nuestro principal centro de producción, trabajamos la materia prima en una *bioindustry* situada en Asturias.

—Ajá —terció Iriarte.

—El mes pasado, se produjo un accidente con víctima mortal que parece guardar cierta relación con el incidente ocurrido ayer en nuestra planta. Después del siniestro, ningún ingeniero de seguridad laboral ha podido determinar el origen exacto del defecto que lo ocasionó. Tampoco ha podido localizarlo el barrido de la red, efectuado por la propia *IA* a cargo del centro de producción.

"Por el tono empleado, parece que esté presentando el balance de resultados del año anterior a la junta de accionistas" pensó Iriarte.

Intentaba mantener impassible el semblante, pero ciertamente, aquel era un suceso realmente extraordinario.

A principios del S. XXI dentro del tejido industrial, comenzó a desarrollarse un sistema productivo basado en robots colaborativos o *cobots*, como se los denominaba en argot técnico. En dicho método, se utilizaban sistemas robóticos como extensiones de los seres humanos, para permitirles desarrollar tareas productivas de forma más eficaz y rentable.

Hasta aquel momento la siniestralidad laboral había estado muy presente, a pesar de que existía numerosa normativa de prevención en seguridad y legislación para regularla. Los accidentes se producían principalmente, debido a una baja cultura de seguridad que llevaba a cometer negligencias bien por los propios operarios, cuando no utilizaban las medidas de protección apropiadas o bien por los responsables de las empresas al no invertir adecuadamente en los sistemas de seguridad y protección de la maquinaria.

No obstante, a medida que fue extendiéndose el sistema de producción basado en *cobots*, a la vez que aumentaba la capacidad productiva de las empresas, se produjo también una disminución significativa en la siniestralidad laboral ya que, para conseguir la interacción hombre-máquina, era necesario redoblar las medidas de protección individual de las personas que las utilizaban. Dichos sistemas incluso ayudaron a mejorar la ergonomía y salubridad de los trabajadores a la hora de desarrollar determinadas tareas.

Con el correr del tiempo, el tejido productivo había evolucionado inevitablemente al aplicar sinapsis conectivas para implementar la interacción hombre-máquina, destinada a combinar las capacidades psicomotrices de las personas con la *IA*.

Pero, paradójicamente, a partir de aquel momento los índices de siniestralidad laboral se habían disparado conforme el nuevo sistema productivo iba extendiéndose. Esto se debió, principalmente, al rechazo que se producía por parte de las personas —ya transformadas en *metahumanos*— respecto a las máquinas con las que debían interconectarse. No obstante, cuando los ingenieros biomédicos acabaron de ajustar las sinapsis al grado de tolerancia adecuado, los trabajadores *meta* pudieron integrarse perfectamente con sus extensiones tecnológicas e interactuar sin problemas con exoesqueletos, vehículos de mega-transporte, etc.

Desde que ese sistema de producción simbiótico se implantara definitivamente, los accidentes laborales se habían reducido a un porcentaje prácticamente nulo.

A partir de entonces, resultaba muy extraño que se produjeran siniestros ya que, la acción combinada del trabajador y la *IA*, permitía que tanto la toma de decisiones como las acciones posteriores, estuvieran referenciadas a los algoritmos de seguridad programados. Y siempre, aplicando la capacidad de auto aprendizaje de ambos entes, humano e *IA*.

Que ocurriera un accidente laboral era ya algo muy poco probable, pero, ¿con víctima mortal? Realmente sí era una situación totalmente extraordinaria. Incluso para Iriarte. Tampoco él tenía constancia de algo similar desde hacía mucho tiempo.

—Entendemos que debe haberse producido una brecha en la seguridad de la planta, a través de la cual, se ha implantado un software corrupto que ha provocado el mal funcionamiento del equipo —continuó la gerente.

—¿Pero por qué creen que ambos incidentes están relacionados? —terció Iriarte.

—Básicamente, porque las dos situaciones han generado un daño personal. Percibiéndose además cierto grado de intencionalidad. Como si el siniestro no fuera lo importante, sino más bien, el hecho de llegar a causar algún daño a la persona —contestó Angélica Cuéllar—. Esa ha sido la conclusión final que nos ha devuelto la *IA* central después de realizar un análisis exhaustivo y comparativo entre ambos casos.

—¿Y por qué no siguen la investigación mediante *IA*?

—Porque ha sido la propia *IA* la que ha concluido que resultaría conveniente introducir un elemento disruptivo, que pudiera enfocar la situación y el problema desde otra perspectiva.

"¡Hasta las máquinas etiquetan ya! Ahora resulta que soy un elemento disruptivo..." pensó Iriarte con sarcasmo.

—Muy bien, lo entiendo perfectamente —respondió en cambio—. Si me permite, me gustaría hacer una pregunta más, aunque me esté adelantando. Entiendo que, después de ese siniestro, se habrá abierto la correspondiente investigación por parte de la autoridad competente. ¿No sería mejor dejar que se encargaran ellos de la resolución del caso si, como parece, hay una intencionalidad criminal detrás de todo esto?

—Bueno, efectivamente se está realizando la correspondiente investigación —respondió Angélica Cuéllar—. No obstante, por los contactos preliminares que hemos mantenido con ellos

hasta este momento, todo apunta a que van a ir por la vía de negligencia en el cumplimiento de funciones por parte de los responsables de seguridad de la planta. Si se confirma esa hipótesis, el proceso que se abrirá a continuación, aparte de incierto, puede resultar muy peligroso. No tanto ya por la responsabilidad civil, en ese sentido solo estamos hablando de créditos que quedaran cubiertos por la compañía aseguradora, sino por la de tipo penal y especialmente, por la cuestión de dirimir hasta qué nivel jerárquico afectará la asignación de culpas dentro de la cadena de mando.

»Es esa la razón —prosiguió—, por la que queremos encargarle un dictamen pericial completo. Para así poder hacer frente a las conclusiones que acabemos recibiendo por parte de la administración.

Entre los dos comentarios que acababa de realizar la gerente, se había producido una brevísima pausa que, sin embargo, no pasó inadvertida para Iriarte. Durante esos micro instantes, una sombra de enorme preocupación había cruzado por su semblante. No era para menos dado que, dependiendo del nivel al que acabara apuntando la administración, incluso podría llegar a alcanzar a su posición y encontrarse involucrada en un asunto muy grave, como responsable última. Y esa posibilidad, no era tan descabellada considerando lo extraordinario de la situación. Una muerte dentro del entorno laboral era un hecho que hacía mucho tiempo que no se producía y era más que probable, que la administración quisiera llevar a cabo una acción ejemplarizante con todo aquel caso.

—Entiendo. Pues pongámonos manos a la obra entonces —propuso Iriarte.

—De acuerdo señor Iriarte —concluyó Angélica Cuéllar—. Avisaremos nuevamente al señor Pascual que le proporcionará el material de apoyo que necesite. Recuerde que deberá dejar su *DPU* bajo nuestra custodia.

Una vez hubieron cumplido con todos los protocolos de seguridad correspondientes e Iriarte se equipó con el material de apoyo que necesitaría para llevar a cabo su cometido, se dirigieron hacia el lugar en el que se produjera el primer incidente con el robot, situado en la planta primera del edificio.

En todo el trayecto, Pascual permaneció en silencio. Iriarte supuso que no le habría sentado nada bien ser excluido de la última parte de la reunión, pero él, evidentemente, nada podía hacer al respecto. Esperaba que ese tema no representara un obstáculo para que siguiera prestándole la ayuda que sin duda alguna iba a necesitar, al menos mientras permaneciera en la planta.

Una vez llegaron a la isla de producción, Pascual se limitó a decir:

—Bueno Iriarte, a partir de aquí sigues tú solo. Ya sabes que a través del intercomunicador puedes ponerte en contacto con todos los departamentos para cualquier cosa. Contigo se quedará Anzo Cortés. Es uno de los empleados que más tiempo lleva con nosotros y conoce a la perfección todos los rincones de la planta.

—De acuerdo Pascual, pues seguimos en contacto —se despidió Iriarte.

Anzo, rondaría los sesenta años. Su cabello, que todavía era abundante, estaba totalmente emblanquecido y su cara no transmitía ninguna emoción. Parecía la clase de persona afable que siempre está dispuesta a echar una mano cuando alguien lo necesita, pero sin demasiada iniciativa propia. Iba ataviado con una bata de tejido especial, que lo identificaba como parte del Departamento de Calidad.

—Señor Iriarte —le anunció—, estaré por aquí inspeccionando alguna zona de la línea de montaje anexa. Para llamarme basta con que pronuncie mi nombre por su intercomunicador y se conectará conmigo automáticamente.

Una vez se quedó completamente solo en la isla de producción, el consultor sintió un

escalofrío. Si bien anteriormente había estado ya en centros logísticos y de producción similares, no eran comparables a la envergadura de aquella industria. Aunque había podido observarla desde una posición elevada mientras bajaba hacia la planta primera y se dirigían a la isla de producción, la enormidad de aquella edificación podía incluso, llegar a sofocar. El silencio de la zona donde se encontraba, en parada técnica forzosa debido al incidente, contrastaba con los ruidos provenientes de las otras islas en las que la actividad productiva seguía su curso. Aunque quizás, lo que más le inquietaba, era la sensación de soledad absoluta que percibía en ese momento, rodeado de una ingente cantidad de maquinaria, pero sin ningún ser humano a la vista.

Iriarte cogió el analizador holográfico proporcionado por el departamento de mantenimiento y comenzó a pasarlo delante de la bancada en la que se apoyaba el robot. Mientras iba avanzando a través de la isla de producción, en el equipo aparecían las características técnicas de la línea productiva: parámetros de control, vida útil, próximos mantenimientos a realizar y demás cuestiones técnicas de todos y cada uno de los componentes que la conformaban.

Aparentemente todo era normal. Cada uno de los subsistemas estaba dentro de los parámetros lógicos que marcaba su rutina de funcionamiento. Era una de las partes más tediosas de su tarea, sabiendo además, que dicha labor ya había sido realizada tanto por la *IA* como por los ingenieros de mantenimiento de la planta. Pero era necesaria para llegar a conformar el árbol de causalidad del que llegar a extraer alguna conclusión razonable.

Después de un par horas inmerso en dicho proceso, Iriarte había llevado a cabo prácticamente todas las comprobaciones que entraban dentro de la metodología de trabajo que siempre aplicaba, pero sin que hasta ese momento hubiera obtenido ningún resultado. Estaba tan enfrascado en ello que, cuando de repente escuchó una voz justo a su lado, tuvo un gran sobresalto.

—Disculpe señor Iriarte, no sé cómo va con su trabajo, pero hace rato ya que acabó mi jornada y me gustaría poder marcharme —era Anzo.

—¡Anzo! ¡Me ha asustado! —exclamó Iriarte—. No me di cuenta de que llegaba.

—Disculpe. Supongo que habrá sido por el ángulo muerto —contestó a su vez Anzo—. La disposición de las islas de producción provoca que, determinadas zonas, queden escondidas a la vista desde determinadas posiciones.

—No, no. Perdone usted por mi reacción. Ha sido la sorpresa —se disculpó a su vez Iriarte.

—Bien —prosiguió—, pues vayámonos entonces. Me temo que la jornada de hoy no ha sido muy productiva —acabó lamentándose.

No obstante, mientras regresaban hacia las oficinas, Iriarte continuaba absorto en el trabajo que había estado desarrollando hasta aquel momento. Una vez llegaron, se despidió de Anzo. Pascual le estaba esperando.

—¿Has podido realizar algún progreso?

—Sinceramente no —contestó Iriarte—. Parece que todo esté en orden. No he sabido encontrar ninguna anomalía. No obstante, estaba dándole vueltas a un tema mientras regresábamos. ¿Podrías hacerme un favor? Necesitaría consultar un par de datos en el *gemelo digital* de la planta. Básicamente, quisiera centrarme en los robots que han sufrido los percances, comprobar su ubicación con respecto a las cámaras y sensores de vigilancia del edificio.

Una vez Pascual dio las instrucciones pertinentes, en la *edesk* se cargó, tal y como Iriarte había pedido, la modelización digital de aquella zona.

La vista 3D se proyectó holográficamente entre ambos. Iriarte empezó a moverse y se colocó justo detrás de cada una de las cámaras.

—Pascual —llamó Iriarte—, ven aquí por favor. Colócate justo aquí.

El director de planta hizo tal y como Iriarte le pedía, pero no notaba nada extraño. Así se lo

comunicó a Iriarte.

—Fíjate bien —insistió el consultor—. En los tres robots existe un ángulo muerto. Un punto ciego al que no llega el barrido de las cámaras. Me gustaría poder regresar a planta y volver a revisar esa zona por favor.

La cara de Pascual reflejaba un cansancio enorme. La presión a la que se hallaba sometido, debida a la bajada de producción, sostenida además durante tanto tiempo; empezaba a hacer mella en él.

—Buff —resopló—. Sinceramente ahora no tengo a nadie que pueda acompañarte. En el turno de noche se reduce bastante el personal disponible. Te acompañaría yo mismo, pero estaba a punto de conectarme para hacer un rediseño de la producción.

—No te preocupes Pascual —respondió Iriarte—, entiendo la situación. No obstante, si me das autorización podría ir yo solo.

—Está bien —concedió Pascual—. Dame tu pase.

El director de planta colocó el holo-pase en el *edesk* y modificó los parámetros de autorización del consultor para que pudiera acceder directamente a la zona en cuestión.

Con las nuevas credenciales ya cargadas en el sistema, Iriarte se dirigió hacia la isla de producción donde había estado trabajando toda la tarde. Una vez allí, fue directamente hacia la zona que le indicaba el plano 3D de su dispositivo.

Al acabar de triangular la posición, comenzó a observar la bancada. A simple vista, no se apreciaba nada. Probó nuevamente, pero esta vez, dirigiendo el analizador holográfico hacia ese mismo punto de la bancada.

Fue entonces cuando saltó la alarma.

Había un pequeño elemento adherido a la base del anclaje del robot, que no aparecía en la documentación de la planta. Sin embargo, resultaba evidente que contenía circuitería digital y que, de alguna manera, estaba activo y conectado al sistema.

Antes de seguir analizando el dispositivo, Iriarte realizó la correspondiente comprobación con los dos robots que fallaran después, encontrando el mismo elemento en idéntica posición. No podía ser una casualidad. De ahí debía provenir el problema. Dio el aviso correspondiente y al poco rato, los ingenieros de seguridad estaban analizando cada una de las tres zonas.

—Según comentan los ingenieros, parece que se trata de un componente con sinapsis biotecnológicas, capaces de acoplarse a cualquier sistema a partir de una entrada ordinaria. Lo peor del asunto es que resulta prácticamente indetectable para los programas estándar de seguridad —le explicó Pascual cuando estuvieron de regreso a su despacho.

En su tono, así como en la expresión de su rostro, se había obrado un milagro de transformación. De angustia extrema a alegría desbordante.

—Gran trabajo Iriarte. Eres un crack —felicitó el director de producción—. Acabamos de cargar en el sistema los parámetros del dispositivo para realizar un barrido por toda la red de producción. Angélica Cuéllar está en su despacho y me ha pedido que, por favor, fueras para allá. ¿Puedes ir tú solo? Ya ves que ahora esto es un hervidero.

—Gracias Pascual. Puedo ir, no te preocupes. Ya conozco el camino —respondió este a su vez con una sonrisa.

—Felicidades —comenzó Angélica Cuéllar mientras se dirigían a la mesa de reuniones del despacho—. Ahora deberíamos poder establecer una causalidad sobre cómo llegó a afectar ese dispositivo al ingeniero de mantenimiento que accedió al sistema.

—¿Tienen ya el diagnóstico clínico de ese trabajador? —preguntó Iriarte directamente.

—Aquí no, pero creo que podría conectarme con el hospital.

—Me parece que el dispositivo que acabamos de encontrar no tiene capacidad para causar un daño mayor al que provocó en los robots y, en consecuencia, a la producción. ¿Han cruzado esa información con la IA? —preguntó Iriarte.

—Pues sí, de hecho, está analizando ahora mismo los datos aportados. Aún no tenemos un resultado.

—¿Sufrió algún daño el resto de ingenieros o algún otro trabajador de la planta que estuviera conectado en aquel momento?

—Ahora que lo comenta, no. Pensamos que se debió al hecho de haber realizado una desconexión rápida —dijo Angélica Cuéllar mientras por su cara cruzaba una sombra de duda.

Al igual que en la conversación anterior, solo había sido un instante, pero Iriarte pudo percibirlo claramente.

—Dígame señora Cuéllar, ¿cada cuánto tiempo realizan test de drogadicción entre sus empleados?

—Cada seis meses, coincidiendo con los reconocimientos médicos prescritos por ley.

—Bueno, a ver qué resultados reciben desde el hospital. Pero ahora que hemos aislado la causa de la parada de los robots, lo que le pasó a ese ingeniero coincide bastante con un caso previo en el que trabajé. Parece ser que —prosiguió el consultor—, entre determinados profesionales del ámbito de la programación, se está extendiendo un tipo de sustancia psicotrópica que se activa al conectarse a sistemas IA. Este compuesto, provoca una sensación de placer muy intenso a los que la consumen. No obstante, el efecto de la droga es proporcional al tamaño de la red IA a la que esté conectada la persona. Puede que el ingeniero hubiera consumido poco tiempo antes y debido a la emergencia con los robots, tuviera que conectarse a la red general de forma inesperada. A partir de ahí y casi con toda seguridad dado el tamaño de la misma, los efectos provocados por la droga consumida debieron aumentar exponencialmente produciendo los síntomas que me describieron en su momento.

—Mmm, podremos comprobarlo en breve. Ya he solicitado los resultados al centro hospitalario —comentó Angélica Cuéllar—. Además, mientras usted iba exponiendo sus argumentos, he accedido al expediente de ese ingeniero. La verdad es que su última evaluación de competencias y rendimiento fue bastante deficitaria. De hecho, tenía un *warning* activado para que, en caso de que en la siguiente evaluación volviera a obtener la misma puntuación, se prescindiera de él.

La gerente hizo una pausa. Parecía que estaba debatiéndose en una encrucijada. Iriarte creía saber perfectamente cuál era el origen de ese dilema. Decidió probar suerte y adelantarse:

—Supongo que ahora preferiría usted volver a parametrizar con la IA los nuevos datos surgidos a raíz de nuestra conversación y ver si el diagnóstico continúa manteniéndose, ¿no?

—Pues sí, tiene usted razón —contestó Angélica Cuéllar.

Nuevamente, volvió a cruzar un gesto por su cara. Esta vez, sin embargo, Iriarte había podido detectar que se trataba de admiración.

"¿Esto no se lo esperaba de un simple *non_MOD*, eh señora *meta*?" pensó.

"Características especiales, elemento disruptivo. Yo más bien lo llamo intuición y mucha experiencia. Todos partimos del mismo género, pero a veces, la especialización y tecnificación excesivas no representan la solución definitiva. Hace falta una visión de conjunto" siguió meditando el consultor.

—Si me permite abusar de su confianza —le ofreció Angélica Cuéllar— y aunque supongo que estará bastante cansado, le pediría que esperara mientras cruzo la nueva información y así podemos decidir cuál debería ser el siguiente paso.

—No hay ningún problema —respondió Iriarte.

Salió fuera y se dirigió hacia la cantina, siguiendo las indicaciones del lugar a través de su holo-pase. Afortunadamente, este estaba configurado con acceso a la misma y sin límite de gasto. Al abandonar el despacho de gerencia, se había dado cuenta de que llevaba sin probar bocado desde que saliera de su casa y que, además, tampoco había bebido prácticamente nada.

Fue hacia el mostrador digital de comandas y eligió el menú del día. Una vez sentado, dio buena cuenta del filete empanado con judías pintas de guarnición y la gelatina de arándanos que pidió.

Con gusto, se hubiera tomado una cerveza bien fría, pero, aparte de que iba en contra de su máxima de no beber alcohol mientras trabajaba en las dependencias de un cliente, tampoco habría podido. En la carta holográfica no se ofrecía alcohol. En su lugar, se conformó con tomar agua que, por otro lado, le ayudó a recomponerse.

Estaba acabando de tomar el café ristretto especial, encargado para el final de la comida, cuando se activó su intercomunicador:

—Señor Iriarte, soy Angélica Cuéllar, ¿podría volver a mi despacho por favor?

Y hacia allí se dirigió sin mediar palabra.

—Bien señor Iriarte —comenzó la gerente una vez estuvieron sentados frente a frente—. Debo felicitarle por sus conclusiones y por el análisis de la situación efectuado ya que, una vez obtenidos los resultados del hospital, ambos se han confirmado completamente. Este tema nos obligará a cambiar nuestros procedimientos internos de control de personal. Pero ese, es un asunto menor ahora mismo.

"Que me esté informando con este grado de detalle está bien, aunque no sé si alegrarme o ponerme a la defensiva. Espero que no haya más sorpresas..." pensó Iriarte.

—Así mismo —proseguía la gerente—, he cruzado toda esta nueva información con la IA central. Una vez analizada, hemos vuelto a concluir que, pese a no parecer que ambos incidentes guarden relación, es altamente recomendable introducir el elemento disruptivo que comentamos esta tarde ya que el incidente en la *bioindustry* también sale fuera del patrón de datos conocidos. Por eso, hemos concluido que, tal y como ya le adelanté, se amplíe el alcance de su contrato para acometer el dictamen de ese siniestro. ¿Está usted de acuerdo? —acabó preguntando.

—Sí, por supuesto —contestó Iriarte—. Coincido en que es un suceso totalmente extraordinario y que se debe proceder con mucha cautela. Lo que me parece extraño es que, dada la magnitud del mismo, todavía no se haya producido alguna filtración al respecto. Con la consiguiente publicidad.

—Verá señor Iriarte —Angélica Cuéllar ya no lo trataba con displicencia—, el caso no ha trascendido, DE MO-MEN-TO —la gerente había enfatizado cada sílaba—. Como usted bien sabrá, un siniestro de ese tipo resultará en una publicidad nefasta que, dependiendo del tratamiento que se haga de la noticia, puede llegar a hundir a cualquier empresa. Dada la posición de nuestra compañía, hemos podido llegar a una especie de tregua temporal con el grueso de los mayores grupos informativos para que el incidente no trascienda, mientras llevamos a cabo nuestra propia investigación. Pero es evidente que no tardará en salir a la luz. De ahí mi impaciencia esta tarde para proceder cuanto antes a la firma del *block_contract* y que pudiera así comenzar inmediatamente con el encargo, ya que el tiempo juega en nuestra contra. En cuanto a los trabajadores, firmaron un compromiso totalmente vinculante de confidencialidad y no divulgación de los hechos ocurridos y de ahí que tampoco se haya producido ninguna filtración a través de la red general. Insisto, DE MO-MEN-TO.

»Al producirse el incidente en nuestra planta de producción —prosiguió la gerente— y al

haber ocurrido de forma tan seguida al de la *bioindustry*, en primera instancia se llegó a la conclusión de que nuestro grupo empresarial podría estar siendo víctima de un boicot a gran escala por parte de algún competidor u otro agente interesado en desestabilizar nuestra marca. Si bien de momento hemos descartado que ambos casos estén directamente relacionados, no quisiéramos abandonar del todo dicha hipótesis todavía ya que, un ataque intencionado, continúa siendo una de las posibilidades a las que la *IA* da un índice más elevado de probabilidad. En caso de corroborarla, también nos ayudaría enormemente para llegar a responder a la posible querrela que pudiera presentar la administración.

—Entiendo señora Cuéllar, es lógico. ¿Cuál debe ser el siguiente paso entonces?

—Si tiene usted disponibilidad, puedo pasar los datos a nuestro asistente virtual para que le prepare los billetes correspondientes y pueda desplazarse mañana hacia la planta de Asturias. Así mismo, independientemente de su disponibilidad, para esta noche ya se le ha hecho una reserva en el hotel Majestic, que se encuentra cerca de nuestras instalaciones.

Iriarte se mostró conforme. Estaba a punto de despedirse de la gerente cuando, de repente, acudió a su mente la cuestión de los ángulos muertos y se acordó de su acompañante durante la visita a planta, Anzo. Sin más preguntó:

—Sobre la cuestión de hoy, ¿han hallado alguna grabación en la que se detectara a la persona o personas que colocaron los dispositivos que provocaron la parada?

—Pues la verdad es que no —contestó Angélica Cuéllar.

—¿Me permite una pregunta? —insistió Iriarte.

—Por supuesto.

—El señor que me ha acompañado en planta durante el día de hoy, Anzo, ¿desde cuándo es empleado suyo?

—Buff no sé —la cara de Angélica también comenzaba a acusar el cansancio acumulado durante las últimas horas—. Déjeme que haga una búsqueda en el sistema. Aquí aparece que lleva con nosotros alrededor de unos diez años. Entró como jefe de planta, pero hace dos, se le trasladó al Departamento de Calidad como adjunto.

—Interesante combinación —reflexionó en voz alta Iriarte—. Tenemos a un trabajador que ha estado dirigiendo gran parte del sistema productivo durante unos ocho años con todo el *know how* que ello representa y que, de repente, es relegado a un puesto completamente prescindible, pero a la vez, con acceso a la última tecnología y prototipaje de desarrollo de su departamento de I+D+i. A ello podemos añadirle, además, que tiene una total libertad de movimiento por la planta. Considerando que es probable que no se tomara demasiado bien su traslado forzoso, no me cuestiono los motivos que llevaron a la toma de dicha decisión, nos encontramos con alguien que ha dispuesto del tiempo y la oportunidad suficientes como para llegar a preparar una "vendetta" personal. Me encaja bastante con el tipo de boicot detectado. Una parada forzosa en la producción que, en caso de afectar a las jornadas laborales con la correspondiente repercusión salarial, resultara poco probable que su departamento fuera perjudicado...

»Además —prosiguió—, quien me puso en la pista de los ángulos muertos fue precisamente él. Aunque supongo que no lo haría de forma intencionada.

—Desde luego la descripción que ha realizado encaja perfectamente con el desarrollo de los hechos vividos durante estos últimos días. Investigaremos este asunto y le informaremos del resultado. Gracias nuevamente señor Iriarte.

Esta vez sí que se despidieron. Una vez fuera del despacho, Iriarte se dirigió hacia la salida de la planta donde ya le esperaba el *taxi-bot* que le llevó hasta su hotel.

Agradeció que el edificio fuera de reciente construcción y por lo tanto que estuviera preparado

para eventos de climatología adversa. Aquella noche, se produjo una *macrorain* de dimensiones considerables que, sin embargo, no afectó prácticamente al hotel.

A pesar de lo cansado que estaba, mientras se acostaba observó cómo iban desplegándose lentamente las vallas de protección exteriores, que incorporaban aislamiento acústico para confort del huésped. Gracias a ello, pudo entrar en una especie de adormecido letargo, a medida que las luces de la habitación se ajustaban automáticamente en función del escaneado continuo que realizaban de sus parámetros biométricos.

Finalmente acabó sumiéndose en un profundo sueño que, a la mañana siguiente, no le dejó ningún recuerdo.

CAPÍTULO 3

"¿Cuándo abandonó nuestra especie su humanidad? ¿En qué momento su orgullo creyó estar por encima de la madre Naturaleza? ¿Acaso el homo sapiens puede considerarse superior a cualquier otra especie? ¿Es posible querer ir contra natura y pretender alterar los designios de miles de millones de años de evolución?".

Aquellas preguntas, que nunca antes se formularan, calaron profundamente en su consciencia.

Había sido el hijo único de una familia de clase media. Por eso, pudo disfrutar de cierta calidad de vida y comodidades. Como a todos sus compañeros de clase, cuando llegó a los diez años de edad, le implantaron las sinapsis para, en su caso, interconectarse a *IA* de programación avanzada, enfocada a mantenimiento de equipos, líneas y sistemas.

A partir de ese momento, su trayectoria académica estuvo encauzada hacia aquella salida profesional y de ahí que su plan de estudios se hubiera desarrollado en todas las diferentes materias de aquella rama del conocimiento.

No obstante, para los recuerdos pertenecientes a aquella etapa de su vida, existía una profunda laguna temporal. Sus padres le habían explicado que, debido a un grave incidente, tuvo que cambiar su vida por completo. Al haberse sometido a terapia de olvido, ya no recordaba nada. Lo que sí tenía claro era que, a partir de aquel momento ya no había vuelto a tener muchos amigos. Más bien al contrario. Su carácter se volvió muy retraído y ya nunca consiguió congeniar con sus compañeros de clase que, aunque no lo habían tratado mal, tampoco interaccionaban mucho con él, hasta el punto de prácticamente, llegar a ignorarlo del todo.

Esta circunstancia le llevó a refugiarse completamente en sus estudios, haciendo que pasara largos períodos de tiempo conectado a su *IA* doméstica, generando así un patrón que, a su vez, aumentaba cada vez más el carácter retraído de su personalidad.

Cuando accedió a los estudios superiores en la *upUniversity*, podría haber encauzado esa faceta, pero ya era tarde. Al quedar difuminado entre muchos otros compañeros, acabó pasando completamente desapercibido y prestando cada vez menos atención a su entorno. Llegando finalmente un momento en el que abandonó cualquier intento de interacción con los demás.

Lo único que le había sorprendido de aquella etapa, fue encontrarse a algún *non_MOD* sin implantes que, por lo tanto, al no tener posibilidad de conexión a *IA*, debía realizar trabajos especiales compensatorios. Aquel, sería su primer contacto con los *non_MOD*.

No fue sino hasta mucho tiempo después cuando volvió a coincidir con ellos, mientras daba un paseo en uno de sus días libres. Unos desconocidos se habían dirigido a él, entablando una conversación bastante amigable sobre la cuestión de si era ética o no, la prerrogativa autoarrogada por los humanos, modificando sus sistemas cognitivos y jugando a ser dioses.

Aquello lo había cogido por sorpresa. Principalmente, debido al hecho de no estar muy acostumbrado a conversar con otras personas, más allá del plano de lo profesional.

Vivía solo. Sus padres se habían divorciado hacía muchos años y ya solo se veía con su madre, aunque muy de vez en cuando, dado que vivía bastante lejos. Por su parte, con el padre, todo el contacto estaba perdido desde hacía ya muchos años.

Tampoco en su trabajo necesitaba relacionarse demasiado con los demás. Debido a las

características del mismo, el contacto con otras personas era mínimo puesto que se circunscribía a contadas reuniones con jefes de planta o personal de mantenimiento de los centros de producción o edificios a los que acudía a realizar su cometido. Aquellas conversaciones se limitaban, únicamente, al reporte sobre el alcance de los trabajos realizados o del problema detectado.

Así pues, el hecho de que aquel día esas amables personas se hubieran dirigido a él, escuchando además con mucho interés todo lo que él iba contestando en relación a las preguntas planteadas, hizo que, a su vez, se decidiera a prestar atención al fondo de las cuestiones surgidas durante la charla, porque se acabó suscitando su curiosidad.

Fue por ello, al ver el ameno desarrollo de la conversación y el interés demostrado en la temática planteada, que los desconocidos lo invitaron a asistir a un evento que celebraban durante el fin de semana siguiente, en un recinto de convenciones de la ciudad. Dado que tampoco tenía nada mejor que hacer, aceptó. Pensó que estaría bien poder escuchar algo nuevo y diferente a la vez.

Al menos le permitiría salir de la monótona rutina de su solitaria vida.

Al llegar el día señalado, salió de su casa y se dirigió hacia el recinto. Eso sí, con un grado de ansiedad creciente a medida que se iba acercando, debido al hecho de no saber muy bien a qué se iba a enfrentar. Durante el trayecto, a punto estuvo de bajarse en varias paradas del *levitrain*, dar media vuelta y regresar a su casa. Pero no lo hizo. La curiosidad y el deseo de volver a experimentar aquella sensación de ser escuchado y tenido en consideración por parte de otras personas, acabaron siendo más fuertes que la incertidumbre provocada por lo desconocido.

Finalmente, la experiencia acabó resultando, literalmente, un extraordinario zarandeo en su existencia, en su planteamiento vital. Él, cuya impresión era que su transitar por la vida no causaba ningún tipo de reacción en el entorno que le rodeaba, fue objeto de atención exclusiva nada más entrar por la puerta del recinto.

Al identificarse como un *metahumano*, le entregaron una tarjeta holográfica especial que hacía que todo el mundo se interesara con sumo gusto en cualquier cuestión que quisiera plantear. Además, en todo momento fue asistido por un "acompañante a tiempo completo", como denominaban los *non_MODIFIED Homos* a aquellos miembros de su comunidad, cuya dedicación principal era hacer llegar su mensaje al resto del mundo.

Durante todo el día, estuvo escuchando charlas motivacionales, viendo representaciones, cantando himnos extraídos de un libreto digital, estrechando manos, conociendo a cientos de personas, recibiendo palmadas en la espalda. Incluso, le acabaron invitando a comer ya que, en el recinto, no había ninguna máquina expendedora en servicio.

Todo aquello hizo que regresara a su casa en una especie de éxtasis espiritual.

A partir de ese momento se había entregado por completo al credo *non_MODIFIED* y empezado a reunirse regularmente con el grupo de encuentro que le correspondía por zona. Devoraba cualquier publicación que se hubiera editado hasta la fecha, cuya cantidad era inmensa, así como todos los nuevos boletines que semanalmente se producían.

A la vez, comenzó a participar activamente en todas las acciones organizadas por su grupo, con el fin de llegar a demostrar delante de todos que, a pesar de estar modificado, había conseguido volver a reconectar con su humanidad.

Pero, mientras más avanzaba y se involucraba en sus nuevas creencias, más le costaba compaginarlas con su forma de vida seglar. Cada día, al dirigirse hacia su trabajo, sentía que estaba traicionando todo lo que aprendía y se esforzaba en aplicar, según los parámetros de su nueva fe. Para poder desarrollar su labor cotidiana, debía conectarse irremediabilmente a través de sus sinapsis a una tecnología que lo desproveía totalmente de su humanidad. Que de hecho le

recordaba su NO humanidad, su desapego a la especie.

Al principio, pudo sobrellevar esa desazón, pero, a medida que el tiempo pasaba, esta comenzó a parecerle una carga muy pesada.

Pidió ayuda y consejo a los "intermediadores" de su grupo de encuentro. Estos le respondían que poco podía hacerse al respecto. Que la mejor solución pasaba porque cambiara de ocupación y se dedicara a otra cosa. Él lo rebatía argumentando que, para poder hacer eso, necesitaría trabajar con algún compañero *non MODIFIED*, porque a esas alturas de su vida profesional no tenía mucho futuro fuera de su nueva comunidad. Los "intermediadores" procuraron encontrar alguna vacante dentro de los contactos del colectivo local, pero no obtuvieron ningún resultado.

Como no hubo suerte y a raíz de su insistencia, finalmente le acabaron aconsejando que, si no podía hacer nada, lo mejor era aprender a sobrellevar dicha carga porque ello acabaría haciendo que se fortaleciera más aún su condición humana. Que le llevaría a un reencuentro con la verdadera especie, asumida a través de su capacidad de resiliencia.

Pero aquello no aplacó su frustración.

Más bien al contrario. Siguió creciendo en su interior, ocupando cada vez más espacio y teniendo más peso dentro de su cabeza. Hasta tal punto, que acabó decidiendo que, si no podía dejar de ser un *meta*, como mínimo debería hacer algo para compensar sus actividades como tal.

Fue un día, mientras estaba en casa, estudiando en su *DPU* el último boletín recibido, cuando lo vio claro. Él se había unido a esa comunidad siendo un *meta* para acabar con esa abominación híbrida entre ser humano y tecnología. Iba a conseguir que los que se autoproclamaban como "siguiente escala de la evolución", se dieran cuenta de que, en realidad no lo eran.

Demostraría que nada puede alterar el flujo evolutivo natural, que venía produciéndose desde los albores de la historia.

Y lo iba a hacer, utilizando como arma las mismas herramientas que ellos habían desarrollado para abandonar su humanidad: las sinapsis de interconexión con *IA*.

CAPÍTULO 4

Iriarte despertó antes de que se activara la alarma que programara la noche anterior. Mientras se incorporaba, fueron accionándose progresivamente las luces de la habitación. A la vez, la pantalla holográfica situada frente a su cama, mostraba tres mensajes por leer:

"Las autoridades avisan que, debido a la intensidad de las *macrorains* de la última noche que han producido inundaciones en las estaciones de intercambio, todos los transportes programados para el día de hoy quedan cancelados".

"Desde Silke Industries le avisamos que su billete con destino a la zona 57 de Asturias, ha sido cancelado para el día de hoy debido a las afectaciones ocasionadas por las *macrorains* de la pasada noche en la estación de intercambio. Tan pronto como nos sea posible, a la espera del próximo parte meteorológico, procederemos a enviarle la nueva programación de su viaje".

"Desde Silke Industries le confirmamos que su estancia para la noche de hoy, queda automáticamente confirmada y que los costes asociados a la misma serán incluidos en el concepto: *Dietas extraordinarias sobrevenidas por condiciones meteorológicas adversas*, correspondientes a la cláusula 15.b-68 del *block contract* de referencia A9977895_B639. Restamos a su disposición para cualquier consulta adicional que pueda necesitar".

Iriarte leyó los mensajes y volvió a reclinarse en la cama. Este tipo de tesisuras en las que, inesperadamente se producía un compás de espera, siempre le ocasionaban cierto grado de ansiedad.

En su día a día, acostumbraba a compatibilizar una media de entre dos y tres proyectos o consultorías, de manera que, si se daba alguna circunstancia como la de hoy, no se produjeran lapsos de tiempo muerto, sino que su dedicación se distribuyera de forma que la jornada pudiera optimizarse al máximo.

Pero casualmente, esta vez había finalizado sus tres últimos trabajos simultáneamente justo el día anterior al que se produjera la llamada de Pascual, dado que pensaba tomarse una semana libre. Precisamente, había pospuesto un par de nuevos proyectos por ese motivo y de ahí que ahora se encontrara con un día completamente ocioso, no contemplado en su planificación y para colmo, muy lejos de su casa y por tanto sin mucho que hacer.

Se levantó y se dirigió hacia el baño. Se quedó absorto en la contemplación de su rostro. Al no realizar ningún tipo de interacción con el *smart_mirror*, este interpretó que estaba pidiendo consejo y empezó a superponer sobre su cara diferentes estilos de peinado, de afeitado, de atuendo, etc.

Iriarte no obstante, seguía ensimismado en su cara y en sus pensamientos. Realmente representaba una gran putada no tener nada que hacer para aquel día. Era consciente de que su mente no le iba a dar tregua. Cuando su actividad diaria bajaba del ritmo habitual o programado, el monstruo de la inquietud, que vivía agazapado en su mente, aprovechaba para dejarse ver y causarle todo el desasosiego del que fuera capaz.

Sus ojos verdes comenzaron a escudriñar las diversas partes de su rostro. Su nariz no muy prominente, daba cierta simetría a una cara alargada y de pómulos marcados. Su boca entreabierta, dejaba ver unos dientes que si bien no eran perfectos tampoco presentaban anomalías

evidentes. El rostro remataba en un mentón no demasiado pronunciado y de aspecto agradable. Cuando sonreía, a ambos lados de su cara, se generaban unos pequeños hoyuelos que hacían destacar aún más los pómulos. En cuanto a su cabello castaño, aunque era abundante, comenzaba a dejar entrever algunas canas.

Definitivamente no quería dejarse llevar por la desidia. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la pantalla holográfica de la habitación para consultar el catálogo de actividades del hotel. Finalmente decidió hacer algo de deporte y bajó a la tercera planta donde se encontraba la zona de health & fitness. Se equipó con el *smart dress* que le proporcionaron y jugó un partido de *virtua tennis* a tres sets, en una pista de realidad inmersiva.

El ejercicio le sentó bien y le ayudó a despejarse. Regresó a la habitación y se duchó. Después se dirigió al comedor del hotel situado en la planta primera, donde desayunó copiosamente. Al acabar, consultó su *DPU*: ningún mensaje nuevo. Eran las 10 de la mañana.

Definitivamente, aquel iba a ser un día muy largo.

Volvió a subir a su habitación y consultó las actividades disponibles fuera del hotel, pero debido a las *macrorains*, bastante de la oferta habitual se había cancelado y la que se ofrecía, tampoco era de su gusto.

Cogió el *DPU* nuevamente y pronunció el comando de voz para buscar un contacto, Maybel Iriarte. Una vez apareció el rostro en la pantalla, se quedó pensativo, sin acabar de confirmar la orden de llamada.

Su hermana pequeña era su debilidad. La variable no resuelta de la ecuación con la que intentaba plantear su vida. Pensar en ella, era como mirar a un espejo que únicamente devolviera las partes de uno mismo que nunca desean evocarse. Aquellas que permanecen enterradas en lo más profundo de cada persona y solamente aparecen, cuando la nostalgia y el desaliento consiguen apoderarse del ánimo.

Maybel era cuatro años menor que él. A pesar de la diferencia de edades, Iriarte siempre había tenido mucha más afinidad con ella que con su hermano mayor Otto, con el que únicamente se llevaba dos años y medio. Iriarte había pasado mucho más tiempo con Maybel que con Otto, dado el carácter reservado y taciturno de este. La pequeña siempre andaba detrás de él y eso le encantaba, de ahí que siempre acostumbraran a ir y a jugar juntos.

Además, ya desde niña, Maybel se había mostrado muy receptiva a todo lo que proviniera de Iriarte, lo que fraguó aún más todavía la ya especial relación que existía entre ambos. Durante mucho tiempo, él representó el patrón a seguir para la hermana pequeña, su héroe.

No obstante, a diferencia de Iriarte, Maybel no había tenido la influencia de Iturrioz en lo que a apertura mental se refería. Su natural predisposición hacia el campo de las humanidades, motivó que el profesor se cruzara de forma muy puntual durante el período formativo de su hermana y por ello, tampoco había tenido una especial interacción con ella, como sí ocurriera en el caso de Iriarte.

A partir de la edad en la que Maybel pudo entender ya determinados conceptos, él sí que había procurado compartir con su hermana pequeña mucho de lo que iba aprendiendo extracurricularmente durante su etapa formativa. Si bien ella entendía todo lo que Iriarte le decía, nunca vio la necesidad de ir más allá. Quizá por la diferencia de edad entre los dos o simplemente por encontrarse a gusto con la vida que llevaba, o quizá por ambos motivos.

Pero, debido al camino que había decidido emprender, la situación en su casa iba enrareciéndose cada vez más, sobre todo con los padres y el hermano mayor, Otto. Tanto fue así que, en cuanto tuvo ocasión, se marchó de casa para irse a una residencia compartida. Aquello había representado un duro golpe para Maybel que, al desaparecer su referente, quedó totalmente

perdida.

Si bien Iriarte había procurado seguir en contacto con su hermana pequeña, debido al hecho de que ya no vivieran bajo el mismo techo, pero, sobre todo, al no ser bien recibido en su propia casa por haber abandonado la senda familiar, cada vez le fue resultando más complicado mantener abiertas las vías de comunicación con ella.

Cuando finalmente, Maybel llegó a su edad adulta, continuó con el estilo de vida *non_MOD*, lo que para Iriarte había representado un golpe demoledor, por la imposibilidad que ello representaba para poder retomar una relación fluida y de normalidad con su ser más querido.

A pesar de que continuaron en contacto, su vínculo dejó de ser el mismo. Al principio era amistoso, pero fue dejando paso a la simple cordialidad, para acabar convirtiéndose en una mera relación formal.

Aquello era lo que peor llevaba Iriarte.

Nada de lo dejado atrás al renunciar a su vida *non_MOD* había provocado en él una especial sensación de pérdida. Más bien al contrario. Llegó a constatar que aquellas personas con las que compartiera la primera etapa de su existencia, únicamente habían interactuado con él por el simple hecho de pertenecer a una misma comunidad. Al desaparecer el denominador común, también lo había hecho cualquier posible continuidad de relación entre ellos. Esto no le afectaba para nada. De hecho, cuando pensaba en ello, incluso experimentaba cierto nivel de ira al sentir que había estado viviendo entre fanáticos trasnochados que no eran capaces de ver más allá de lo que les inculcaban.

Pero en el caso de su hermana menor todo cambiaba.

Por eso, en cualquier ocasión en la que tuviera oportunidad, Iriarte continuaba procurando explicarle qué había más allá de ese adoctrinamiento inútil que no conducía a nada en concreto. Le enviaba noticias, publicaciones, escritos y todo aquello que sirviera para poner de manifiesto lo que la tecnología y en especial la *IA*, había supuesto como avance real y mensurable para el género humano. En casi cada ámbito de todo lo que les rodeaba, el consultor veía una excusa para intentar desarrollar su razonamiento ante la hermana.

La política, por ejemplo. Al imponerse el uso generalizado de la *IA* en todas las facetas de la existencia humana y a nivel global, se había producido un cambio de paradigma que acabó siendo trascendental.

Aunque representara un titánico esfuerzo, finalmente se consiguió implantar un sistema basado en *IA* para la gestión y toma de decisiones relacionadas con cuestiones trascendentales que afectarían a la vida de las personas.

Ese procedimiento, estaba construido a partir de algoritmos de metodología de decisión multicriterio. Habían sido desarrollados en base a la utilidad multiatributo de los mismos para conseguir blindar las garantías del bienestar básico y global generalizado, por encima de las ideas e intereses políticos. Todo ello a su vez, procurando mantener criterios de sostenibilidad ambiental y económicos. Garantizando que el interés general de la mayoría social, prevaleciera siempre por encima del interés particular de una minoría, que pudiera cambiar de ideología cada vez que se produjera una alternancia política en el poder.

Al hacerse extensivo este sistema de gobernanza entre los diferentes países, se consiguió una equiparación en el modelo económico y social a escala global, que permitió mitigar uno de los grandes problemas que había azotado al conjunto de las civilizaciones desde los albores de la historia, las crisis migratorias.

Y había sido gracias a la implantación de aquel avance y a pesar de que continuara existiendo una clase dirigente y política como tal, elegida democráticamente, como a partir de ese momento

muchas de sus funciones quedaron enormemente restringidas en lo que a gestión de recursos se trataba. Imponiéndose finalmente, la tecnocracia democrática como sistema de gobernanza.

Esta y otras cuestiones similares, eran las que Iriarte procuraba transmitir a su hermana. Contraponerlas a las de los *non_MOD*, para intentar que esta reflexionara y entendiera el anacronismo que suponía seguir defendiendo un ideario, por el simple hecho de que afirmara representar una pretendida pureza de género que, al final, no era cierta.

Pero Maybel no reaccionaba. No quería abandonar la seguridad de su continua existencia en pos de un futuro incierto que, para nada, consideraba que fuera a reportarle algún tipo de beneficio.

—¿De qué te ha servido a ti Haron? —le había preguntado en muchas ocasiones cuando aún tenían una relación fluida.

Y siempre acababa añadiendo:

—Tú vives entre *metas*, pero nunca serás uno de ellos. Te toleran sí, pero en realidad nunca te tratarán como a un igual.

Aquellos embates calaban profundamente en Iriarte. En el fondo era así. Demasiado bien lo sabía él.

A pesar de que, precisamente su condición de *non_MOD* fuera lo que más valoraran los *metas* y de que esa condición le hubiera permitido labrarse una reputación dentro de su sector; a la vez, aquella particularidad representaba un lastre en la parte de su vida que se desarrollaba al margen del mundo profesional. Principalmente, debido al hecho de no poder hacer muchas de las actividades que estos desarrollaban cuando se conectaban a través de sus implantes sinápticos.

Su origen como *non_MOD*, al final sí representaba una gran barrera a la hora de poder relacionarse con ellos. De ahí que tuviera muy pocos amigos *metas*.

Sí, en el fondo, Iriarte se sentía solo.

Aunque esa soledad fuera buscada y a pesar de que, en cierta medida, le produjera cierta sensación de tranquilidad, a veces se sorprendía a sí mismo, echando de menos tener un círculo de amistad con el que compartir actividades totalmente intrascendentes, tal y como observaba en la cotidianeidad de las gentes a su alrededor.

Fue debido a aquel tipo de conversaciones y a los pensamientos que las sucedían, la razón por la que, la relación entre ambos hermanos, fue deteriorándose de forma progresiva.

De ahí que, en días como aquel, Iriarte se viera embargado por una profunda melancolía.

¿Justificaba su independencia intelectual el haber perdido la relación con su hermana? De antemano ya sabía que nunca podría responder a esa pregunta. El continuo espacio-tiempo hacía imposible viajar hacia atrás, pero, en caso afirmativo y sabiendo qué pasaría si iniciaba el camino de alejamiento de su entorno, ¿sacrificaría la lucha mantenida a lo largo de toda su vida para continuar manteniendo la relación con su hermana?

Ese era el tipo de pensamientos de los que Iriarte siempre procuraba huir y por lo que odiaba que se presentasen momentos ociosos no programados.

Mientras todas esas reflexiones se agolpaban en su cabeza, seguía contemplando el rostro de Maybel en la pantalla del *DPU*.

Finalmente resopló y a continuación, pronunció un nuevo comando de voz:

—Descartar llamada.

CAPÍTULO 5

Idris era una triunfadora. En el trabajo todos la adoraban ya que, a pesar de ser la mejor en su campo, no hacía sentirse en inferioridad al resto de sus compañeros. Sus jefes también la tenían en gran estima. Los desarrollos que su equipo llevaba a cabo, eran los que más ingresos generaban a la compañía y gracias a ello, su cartera de clientes no paraba de aumentar.

En el plano personal también podía considerarse afortunada. Tenía bastantes amigos y aunque había pasado por varias relaciones amorosas que no llegaron a fraguar en nada serio, las rupturas tampoco fueron traumáticas. Vivía en una buena zona de la ciudad y en general, llevaba una existencia equilibrada entre trabajo, entretenimiento y descanso.

Aquella mañana se levantó temprano porque en dos días tenían la entrega del proyecto en el que todo su equipo estaba trabajando y quería darle un último repaso antes de hacer la presentación delante del cliente.

Llegó a la oficina relativamente rápido. Hubiera trabajado desde casa porque era fin de semana, pero la campaña se basaba en una tecnología especial y la maqueta del proyecto estaba montada en el laboratorio de I+D+i de la oficina.

No encontró demasiada gente ya que, en los días festivos, la actividad en el edificio se reducía drásticamente.

Fue directa al laboratorio. Al pasar su holo-pase por la pantalla del control de accesos, apareció un mensaje de alerta que le avisaba de que parte del instrumental estaba en fase de mantenimiento y por ello, algunas funcionalidades del sistema o determinados equipos, podrían no estar operativos al cien por cien o incluso, directamente fuera de servicio.

Iris cruzó los dedos mentalmente para que esa eventualidad no afectara a la zona donde estaban desarrollando su proyecto, mientras se preguntaba por qué el sistema no había enviado un aviso a los trabajadores que hacían uso del laboratorio.

Esperaba no haberse desplazado hasta allí en su día libre para nada.

Se dirigió hacia la zona donde se encontraba el prototipo. Se trataba de un nuevo modelo de entretenimiento basado en un material de tipo MagnetoReológico (MR). Este compuesto, que en reposo se encontraba en estado líquido, era capaz de pasar a estado sólido al aplicarle una serie de impulsos electromagnéticos y a partir de ahí, en base a los mensajes recibidos desde un programa principal, adoptar diferentes formas.

El material MR formaba parte de un juego basado en realidad inmersiva que, en base a lo que el jugador fuera imaginando en cada una de las diferentes fases, pudiera modificar su forma. Así, podía "construirse" con la mente todo lo que se llegara a concebir durante el desarrollo de la aventura. A partir de ahí, cada jugador debía emplear los materiales "fabricados" para superar las diversas pruebas en el mundo virtual.

Todo ello, se conseguía a través de la integración neuronal de las sinapsis humanas con la IA. Volcando los pensamientos y transformándolos en impulsos electromagnéticos que, aplicados al material MR, hacían que se modelaran las formas concebidas por el jugador.

Para ello, a parte de las conexiones sinápticas, existía también una subred de neurotransmisores que se conectaban a la base del prototipo.

Al estar en modo prueba, el montaje estaba implementado en una estructura provisional. El

depósito en el que se almacenaba el líquido MR, se conectaba directamente a la base de forma que, mediante una sencilla bomba dosificadora, se impulsaba la cantidad exacta de producto que el software iba demandando en cada momento, según interpretaba los pensamientos del jugador. Conforme la bomba iba dosificando el producto, el prototipo iba transformando el líquido, a través de los correspondientes impulsos electromagnéticos, en las diferentes formas que acababan modelándose como una figura sólida.

Cuando llegó a la zona, Idris encontró una señal de aviso en el puesto de conexión a *IA*. Lo leyó y vio que la advertencia indicaba que acababa de pasar una revisión ordinaria y por lo tanto, estaba a la espera de recibir el check final por parte del personal de mantenimiento del edificio.

Acercó su *DPU* al prototipo para comprobar si se detectaban anomalías. El resultado fue satisfactorio ya que el dispositivo devolvió un mensaje indicando que el escaneado había sido correcto.

Sopesó la posibilidad de mandar un parte de aviso a los servicios centrales, para ponerlos al corriente de la situación y que pudieran darle el correspondiente visto bueno para utilizar el equipo. Pero, como la tarea que tenía planificada era relativamente sencilla, conectarse a la *IA*, repasar el funcionamiento de la maqueta y realizar algunas comprobaciones rutinarias, pensó que tardaría más en recibir una respuesta –dado el poco personal disponible que había aquel día– que en acabar el trabajo que tenía previsto realizar.

Sin darle más vueltas, se conectó a través de sus sinapsis. Empezó por hacer un barrido general del sistema y a partir de ahí, comenzó a lanzar mensajes al prototipo para ver cómo se iba comportando.

Al principio todo iba bien, pero en un momento determinado, sintió un fuerte dolor en el brazo que provenía de la zona de conexión de las sinapsis. Se quitó las *virtuaglasses* y a continuación, intentó retirar la conexión, pero no pudo. Parecía que estaba fuertemente adherida y no se desenganchaba.

Mientras tanto, notaba como el dolor iba extendiéndose por el brazo, ascendiendo rápidamente.

Al volver a tirar de la conexión sináptica, se dio cuenta de que existía un *bypass* conectado en la base del prototipo. En ese mismo instante reparó con horror que, el material MR se estaba deselectromagnetizando y empezaba a comportarse como un líquido convencional, perfundiéndose hacia su organismo puesto que la bomba seguía funcionando al no haberse desconectado el sistema.

Saltó del asiento y con todas sus fuerzas, volvió a estirar de los catéteres que estaban conectados al depósito del material MR para intentar romper el *bypass*, pero tampoco pudo esta vez.

Empezó a chillar aterrada mientras seguía tirando desesperadamente de los diferentes cables. Al poco, empezó a notar que su vista se nublabá y que se estaba mareando debido al dolor tan intenso que sentía.

Desesperada, miró a su alrededor en un último intento por encontrar algún instrumento lacerante con el que poder cortar las conexiones. Se dirigió hacia la mesa más próxima, mientras notaba que cada vez le resultaba más difícil seguir en pie. No fue capaz de localizar ningún utensilio que le resultara de utilidad.

Dio una patada al prototipo que cayó de la mesa, pero como sus fuerzas se iban agotando rápidamente, resbaló y también se precipitó contra el suelo.

Y fue así como la halló uno de los trabajadores del edificio; boca arriba, con el cabello revuelto, los ojos descajados, con lágrimas resacas a lo largo de las mejillas y una triste expresión de pérdida grabada en la cara, la de su propia vida.

Ese fue también el escenario que encontró Lucía Lizagoyen cuando llegó al lugar.

Que su jefe, Marcelo Riera, le hubiera asignado aquel caso estando en su día libre, la hacía sentir como si estuviera recibiendo una especie de castigo.

¿Una muerte por accidente laboral? ¿No debería ocuparse la autoridad laboral?

Desde que su solicitud para ingresar en la *Worldwide_Pol* fuera rechazada, parecía que todo se hubiera torcido. Si bien no había consultado la decisión de presentar la candidatura con su mando directo, tampoco resultaba algo infrecuente que algunos investigadores criminales decidieran desarrollar sus carreras profesionales en otros cuerpos policiales. De ahí que no entendiera el rechazo percibido por parte de su jefe cuando, una vez acabado el trámite, se lo comentó.

Lucía tenía la impresión de que, a partir de aquel momento había caído en desgracia. Especialmente después de que recibiera el comunicado desde el cuerpo internacional de policía en el que se rechazaba su solicitud de ingreso. De no ser así, no acababa de entender por qué le había asignado a ella un caso que, según parecía, se trataba de una muerte ocasionada por la negligencia de una trabajadora al manipular un prototipo que no disponía del control de seguridad adecuado. Si bien era algo muy inusual, no creía que aquel caso correspondiera a la sección de criminalística.

Antes de desplazarse al escenario, se había conectado a la red *IA* del departamento para cruzar todos los datos disponibles. Una vez que los nanobots realizaron el análisis intracorporal del cuerpo de la víctima, el resultado de la autopsia realizada ya estaba cargado al sistema.

Este, no dejaba demasiado margen a la interpretación:

Sujeto: Mujer

Edad: 35 años

Causa de la muerte: Fallo multiorgánico fatal provocado por crisis hemolítica aguda

Agente causante del fallecimiento: líquido de tipología MagnetoReológica altamente contaminante, perfundido en el torrente sanguíneo a través de las conexiones sinápticas

A pesar de las protestas de Lucía por estar en su día libre, Marcelo Riera había insistido en que debía ser ella quien se encargara del caso. Después de cruzar el expediente con los metadatos del departamento, la *IA* había obtenido un *matching* con otra muerte reciente acaecida también dentro del ámbito laboral: el trabajador de una *bioindustry* en Asturias. Debido a la proximidad temporal entre ambos siniestros y lo infrecuente que resultaba que se produjeran accidentes con resultado mortal en los lugares de trabajo, ambos sucesos podían guardar algún tipo de relación, de ahí que acabara concluyendo que sería importante abrir una línea de investigación.

Lucía se dirigió hacia el responsable de seguridad que había encontrado a la víctima.

El hombre estaba sentado en una silla y parecía estar muy afectado. Tenía la mirada perdida en el vacío. Rondaría los 70 años y su semblante resultaba algo histriónico porque los rasgos de su cara estaban fuertemente acentuados. Era evidente que se había sometido a algún tipo de cirugía facial barata. Por cada gesto que, de forma aleatoria aparecía en su rostro debido a la situación de tensión que estaba experimentando, su cara quedaba deformada en una imagen grotesca.

—Buenas tardes señor. Soy la inspectora Lizagoyen. ¿Podría dedicarme unos minutos? Necesitaría hacerle algunas preguntas.

El hombre tardó unos segundos en reaccionar y asimilar que era él a quien estaban dirigiendo la palabra.

—S...s...sí...dígame —contestó lentamente mientras levantaba la mirada y la dirigía hacia la inspectora.

—Antes de nada, necesitaría que me facilitara su *DPU* para descargar sus *basic_data* y

adjuntarlos al informe del caso.

La voz de Lucía sonaba conciliadora pero firme a la vez.

—Como no... —respondió el hombre mientras acercaba su dispositivo.

Lucía puso el *DPU* policial en modo adquisición y lo dirigió hacia el del vigilante. Gracias a un protocolo especial, que solo incorporaban los dispositivos de los cuerpos de seguridad, podía acceder remotamente al resto de equipos y extraer una serie de datos de sus dueños, para cotejarlos inmediatamente con el *bigdata* almacenado en los servidores del estado.

El acceso a los *basic_data*, había sido motivo de grandes protestas ciudadanas en numerosas ocasiones, especialmente en los últimos años, al considerarse una intromisión en la privacidad de las personas.

Si bien este sistema tenía muchos detractores, no eran pocas las personas que, por el contrario, se mostraban claramente a favor de dicho control.

A pesar de que el número de campos que componían los *basic_data* podía variar en función del signo político que dirigiera el país, lo que no había cambiado desde el momento en el que se aprobara la legislación original, era la obligatoriedad de garantizar el acceso a los mismos.

Por eso, cualquier dispositivo que pretendiera comercializarse en el país, debía incorporar un protocolo específico que permitiera realizar un volcado de dichos datos a petición de un *DPU* policial. Esa legislación también era de aplicación para los extranjeros que quisieran entrar al país. A ellos, se les exigía la descarga en sus dispositivos de un archivo especial, creado por el departamento de interior, para así poder acceder a sus datos de forma automática.

Al cabo de pocos segundos, en la pantalla del *DPU* de Lucía, apareció la siguiente información:

Nombre: Alejandro Friesnes

Edad: 67 años

Id_Personal: AF_X585564648_qP

Antecedentes penales: sin registros conocidos

—Muy bien señor Friesnes —comenzó Lucía—. ¿Podría describirme la secuencia de los hechos que ha presenciado por favor?

—Verá inspectora —contestó el interpelado—, como responsable de seguridad, hace algún tiempo que estoy destinado al horario valle, esto es, períodos en los que la intensidad de uso del edificio se reduce. El trabajo es sencillo ya que el edificio funciona prácticamente en modo automático. Durante mi turno, hay que conectarse a la *IA* general cada hora o dos como máximo, para hacer una comprobación rutinaria de los informes de estado que el sistema genera en continuo y que están ordenados en función de vectores principales como la energía en uso, la densidad de ocupación del edificio, el estado de las instalaciones, así como las diferentes alarmas que se hayan podido generar.

Parecía que, finalmente, la ansiedad del hombre se había disipado. A Lucía le sorprendió el torrente de palabras por unidad de tiempo que era capaz de pronunciar.

—Como responsables de seguridad —prosiguió—, nuestro cometido consiste básicamente en hacer comprobaciones aleatorias de los informes de estado, buscando algún parámetro que esté fuera de rango y que no haya sido reportado por el sistema. En mi caso, dado que, como he dicho, siempre estoy en horario valle, me organizo los controles revisando cada uno de los informes de forma sistemática. A las diez horas reviso el de seguridad de instalaciones, a las doce el de ocupación del edificio, a las catorce el de alarmas del sistema, a las...

—Disculpe señor Friesnes —le interrumpió Lucía—. ¿Podría ceñirse a los hechos concretos por favor?

—Sí. Disculpe inspectora, a eso iba precisamente —respondió Alejandro Friesnes—. La cuestión es que, en mi conexión de las catorce horas, detecté que se estaba registrando una cascada de alarmas que recogían diferentes campos: parámetros biométricos alterados, demanda de energía de instalación temporal por encima del nivel medio, interpretación de conducta extraña por parte del analizador de imágenes y algunas más que ahora mismo no recuerdo. Al ver que todas las alarmas provenían del mismo recinto, el laboratorio de la planta doce, activé el protocolo de emergencia, me desconecté lo más rápido que pude y me dirigí hacia allá. Cuando llegué, encontré a la chica estirada en el suelo en la misma posición en la que...

El hombre se interrumpió de repente, mientras dirigía una mirada de soslayo hacia el cadáver.

—En la que está ahora... —consiguió decir al fin.

Tras otra breve pausa, prosiguió:

—Como no sabía lo que podía haber pasado, tal y como estipula el protocolo de seguridad, fui corriendo hacia el equipo de primeros auxilios situado a la entrada del laboratorio y a continuación dirigí el escáner multipropósito hacia su cuerpo para realizar un chequeo. El equipo devolvió la respuesta: *"no se aprecia actividad cerebral ni constantes vitales"*. Y recomendaba: *"intervención inmediata de los servicios de emergencias médicas"*.

»En ese momento —Alejandro Friesnes había vuelto a recuperar el ritmo y verbalizaba palabras a una velocidad endiablada—, llegó el resto del personal que se encontraba de guardia. Activaron el protocolo médico, pero como ve, ya era demasiado tarde.

—De acuerdo señor Friesnes —concedió Lucía—. ¿Algo más que quiera declarar?

—Pues ahora mismo no se me ocurre nada más...

El hombre se quedó pensativo unos instantes y prosiguió:

—¿Qué cree usted que puede haber pasado inspectora?

A sus ojos asomaba un pozo de preocupación.

—Bueno, eso es lo que trataremos de averiguar —contestó Lucía.

Aquella respuesta no pareció convencer al desesperado hombre mayor. Resultaba evidente que quería formular una nueva pregunta pero que, por alguna razón, no se atrevía a pronunciar.

Lucía intuyó rápidamente cuál era el origen de sus cuitas y se adelantó:

—En cualquier caso, señor Friesnes, si usted ha seguido el protocolo de seguridad, no tendrá nada por lo que preocuparse. El informe técnico-forense-pericial que se realice, analizará los datos almacenados por el sistema y los cruzará con sus declaraciones, que ya han sido debidamente registradas. Allí será donde se estipulará el grado de coincidencia entre ambos.

Al ver que había acertado en su intuición y que, al escuchar la respuesta, el hombre palideció aún más, Lucía se arrepintió de haber sido tan brusca con él.

Moderó un poco su discurso:

—En una primera instancia, parece que su descripción ha sido muy detallada y que ha seguido el protocolo en todo momento. Trate de tranquilizarse señor Friesnes. Es bastante probable que el informe pericial ratifique todo, tal y como usted lo ha explicado.

Lucía se volvió hacia la pareja de agentes que custodiaban la escena y preguntó:

—¿Sabemos ya cuándo llegará el juez?

CAPÍTULO 6

—Buenos días, soy Haron Iriarte. Tengo cita con el jefe de explotación.

A diferencia de la planta de producción en la que había estado hacía un par de días, el complejo llamado *bioindustry* —a la entrada del cual se hallaba en ese momento— era una mega explotación a cielo abierto, cuya misión principal consistía en hacer valorización a gran escala.

La empresa, al igual que la práctica totalidad del tejido industrial del país, basaba su sistema productivo en la economía circular, un concepto que había comenzado a desarrollarse a principios del S. XXI. A través de este procedimiento, los residuos de producción generados durante el proceso de elaboración dentro de las diferentes plantas que el grupo tenía repartidas a lo largo de diferentes puntos de la geografía, así como los propios productos fabricados una vez acabada su vida útil, eran devueltos a origen para su valorización de forma que pudieran ser reciclados. Este proceso se llevaba a cabo de dos formas, a través de una valorización energética de la que se obtenía un combustible sólido recuperado (CSR) llevando a cabo una incineración controlada, o bien por valorización material a través de la cual se conseguían nuevos elementos a partir de los residuos tratados.

El complejo era una vastísima extensión de terreno en el que se depositaba la materia reciclada para, a su vez, ir transportándola a los diferentes sectores en los que se trataba, para conseguir así que los productos resultantes volvieran a convertirse en materia prima para las nuevas necesidades de producción del grupo.

Por todo el terreno se encontraban repartidos diferentes puntos en los que varios operarios, equipados con sus correspondientes exoesqueletos, manipulaban y separaban pesadísimas pilas de material que acababan acopiadas en mega vehículos de transporte que las distribuían entre las diferentes áreas de tratamiento.

Desde el vehículo automático que había venido a recogerlo a recepción, Iriarte observaba toda aquella actividad desarrollándose a su paso, a medida que se desplazaba por la vía de servicio.

Avanzaban bajo un cielo plomizo del que caía una lluvia fina y regular. A pesar de ello, Iriarte estaba tranquilo, puesto que, para ese día, no había aviso de *macrorains*. No obstante, aún resultaban muy evidentes los rastros del último episodio de lluvia extrema ocurrido un par de días atrás. Si bien el complejo disponía de amplios canales de recogida y conducción de aguas pluviales, el suceso había sido especialmente virulento y de ahí que por todo el recinto se observaban zonas semi inundadas en las que los operarios, a pesar de contar con la altura propia de los exoesqueletos, caminaban con el agua prácticamente a la altura de las rodillas.

Por fin llegó al área de calidad, el lugar donde le esperaba el jefe de explotación de la *bioindustry*.

—¿Qué tal señor Iriarte? Soy Ángel Egozcue —se presentó el jefe de explotación del complejo—. Espero que su desplazamiento hasta nuestras instalaciones haya sido correcto.

—Buenos días. Encantado señor Egozcue —contestó a su vez Iriarte—. Todo bien muchas gracias —concluyó.

—Ya nos han avisado desde la central de que su cometido consistirá en realizar un dictamen pericial en relación al incidente ocurrido hace unos días en nuestras instalaciones. He pensado que querría comenzar analizando el exoesqueleto en el que se encontraba nuestro operario en el

momento del... en fin, del desastre —a Ángel Egozcue se le quebró la voz.

Por dicha pausa final, así como por el tono empleado, se apreciaba claramente que el jefe de explotación estaba muy afectado.

Iriarte empatizó enseguida con aquel hombre. Rondaría los cuarenta y bastantes años. Iba equipado con el casco de seguridad, así como con el correspondiente uniforme de trabajo. Su cara denotaba una mezcla de tristeza e incredulidad. Se notaba que era un técnico de campo, curtido en el ejercicio de la profesión, capaz de tomar innumerables decisiones relacionadas con el día a día de la actividad. Acostumbrado a resolver los mil y un problemas que pudieran llegar a producirse, intentando mantener en todo momento el objetivo de conseguir el mayor rendimiento posible de la explotación y, sin embargo, nada preparado para hacer frente a un percance de aquella magnitud.

Se dirigieron hacia el lugar en el que se encontraba el exoesqueleto. Ángel Egozcue comenzó a explicar a Iriarte el funcionamiento básico de aquel equipo, que permitía a los humanos manipular grandes y pesadas cantidades de material y a la vez, gracias a las conexiones sinápticas, conseguir optimizar al máximo la capacidad de organización y gestión de la *bioindustry* a través de la interacción con *IA*.

Debido a su enorme tamaño, estaba colocado a la salida del laboratorio de calidad, en la zona de reparación. Colgaba de una estructura suspendida del techo de la nave y se hallaba conectado a un módulo de reparación.

—Bien, pues este es el equipo en cuestión —comenzó Ángel Egozcue—. Lo hemos estado revisando y de momento no hemos encontrado de dónde pudo provenir el problema. La *IA* también ha realizado su propio diagnóstico en paralelo, pero tampoco ha podido determinar la causa.

—Disculpe Ángel, pero debo preguntarle —Iriarte procuraba hablar sobre el tema de la forma más respetuosa posible, dado el grado de afectación que percibía en el jefe de explotación—. ¿Se ha llegado a determinar la causa del fallecimiento en el informe médico?

—Sí —contestó el jefe de explotación con el semblante cabizbajo—. Le he preparado un dossier del expediente que enseguida le enviaré. Allí aparece toda la información que hemos podido recopilar hasta el momento y en el que se incluye también una copia del informe forense. La conclusión es que la muerte se produjo por electrocución. Eso ha sido lo que más nos ha desconcertado, porque el equipo acababa de pasar la revisión periódica de mantenimiento y estaba en perfecto estado.

A partir de ahí, continuó hablando sobre los protocolos de seguridad de la *bioindustry*, pero Iriarte se había quedado clavado al escuchar la causa de la muerte del trabajador.

¿Electrocución? Desde luego era algo que le parecía prácticamente imposible dado los elevados estándares de seguridad que se aplicaban en este tipo de cobots.

—Bueno señor Iriarte, le dejo ya. Ahora mismo le transmitiré el expediente para que pueda comenzar con su trabajo. Así mismo, aunque quizá huelga decirlo, le rogaría encarecidamente que no se desplazara fuera de esta zona. Junto al expediente le pasaré además su holo-pase para que pueda acceder a cualquier departamento dentro del área de calidad. Fuera de aquí, deberá ir siempre acompañado por el personal correspondiente. En la información que le envió encontrará también los contactos de los responsables de cada departamento, así como el mío propio.

—Perfecto Ángel —aceptó Iriarte—, pues así quedamos. Muchas gracias por todo. Seguimos en contacto.

Una vez se hubieron despedido, Iriarte examinó la zona de trabajo. Junto al exoesqueleto, le habían habilitado un *edesk* que hacía la función de pequeño centro de conexiones, destinado a que pudiera trabajar con más comodidad.

Cuando hubo descargado los datos del expediente preparado por Ángel Egozcue, comenzó a

estudiarlos detenidamente. Examinó el material multimedia que formaba parte del mismo, vídeos de seguridad, conversaciones entre operario y centro de control, así como el resto del contenido.

Todo parecía encajar dentro del funcionamiento ordinario de un día cualquiera en la rutina de producción de la *bioindustry*.

Todo, a excepción de las comunicaciones efectuadas por el operario que, al poco de comenzar su turno de trabajo, se quejaba de notar cierta sensación de cosquilleo proveniente del brazo donde se conectaban la sinapsis.

Iriarte pasó varias horas revisando el contenido y los datos recogidos en el expediente. No fue capaz de obtener nada que le permitiera sacar alguna conclusión razonable de la ingente cantidad de información que allí aparecía.

Había llegado el momento de pasar a la revisión física del equipo.

Iriarte proyectó en el *edesk* el *gemelo digital* 3D del exoesqueleto, para consultar los datos técnicos de cada parte, a medida que realizara las correspondientes comprobaciones en el equipo real.

Mientras caminaba lentamente, rodeando y examinando el gigantesco *cobot*, acudió a su mente, el recuerdo de aquellas lejanas tardes en el taller de Iturrioz. Y de nuevo, agradeció todos y cada uno de los minutos que pasara junto a su profesor y mentor.

Ese entrenamiento, le permitía ahora acometer este tipo de encargos sin el desconcierto que experimentaban otros ingenieros *metas* que, al desconectarse y perder el soporte *IA*, quedaban a merced de los acontecimientos.

Él, sin embargo, seguía poniendo en práctica la metodología aprendida en el pequeño taller, con sistemática minuciosidad.

Comenzó examinando el exoesqueleto por la zona de la conexión sináptica, a priori el punto evidente de conexión entre máquina y persona. A simple vista, no se apreciaba ninguna alteración en relación a lo que mostraba la ficha.

El equipo incorporaba una potente batería de almacenamiento de energía que se recargaba diariamente, constituyendo la fuente necesaria para el funcionamiento del mismo. La distribución de dicha energía se realizaba en forma de corriente continua ya que así se podía obtener una mayor intensidad de corriente a la hora de accionar los componentes del exoesqueleto y conseguir un mayor rendimiento del sistema. Ni la batería ni sus conexiones presentaban tampoco alteración significativa alguna.

Iriarte pasó a revisar entonces los dispositivos de protección del equipo.

Estaba siguiendo su particular sistema de auditoría: comenzar por la posible fuente del problema, que en esta ocasión se correspondía con las sinapsis conectivas y, en caso de no encontrar nada, continuar el proceso desde la fuente de energía repasando toda la instalación aguas abajo, hasta llegar a cada uno de los receptores.

Pero, una vez finalizado, tampoco obtuvo nada esta vez.

Se estaba quedando sin ideas. Decidió parar e ir a buscar un café y algo de comida de la máquina situada en el laboratorio de calidad. Esperaba que, gracias a esa parada, pudiera despejar algo la mente.

Al regresar a la zona de trabajo, consultó con detenimiento el *raport* de la *IA* para ver si podía obtener algún dato significativo. El informe indicaba que los niveles de intensidad registrados durante las telemetrías, habían estado en todo momento, dentro de los límites del funcionamiento normal. Este dato, aunque pareciese irrelevante, para Iriarte representaba un punto importante. Era evidente que, en caso contrario, los mecanismos de seguridad del equipo se habrían activado, produciéndose una desconexión inmediata de la fuente principal de energía.

Sin embargo, la causa de la muerte del operario ponía de manifiesto que, de alguna manera, la electrocución se había producido al entrar este en contacto con una parte del exoesqueleto sometida a un nivel de intensidad de corriente eléctrica no apta para el cuerpo humano.

Esta última reflexión hizo que Iriarte volviera a revisar la zona de las sinapsis. Comenzó a reparar con mayor detenimiento el conexionado de estas y en un punto determinado, descubrió que se producía una derivación, en paralelo al circuito principal, que llegaba hasta el procesador *IA*.

Dicho ramal, acababa en un contactor que, a su vez, se enlazaba con una doble bifurcación, una llevaba hasta la carcasa del equipo y la otra, se conectaba en una de las placas donde se hallaba situada gran parte de la circuitería de potencia del sistema de alimentación.

Aquel hallazgo descolocó a Iriarte. Rápidamente volvió al *edesk* para consultar el *gemelo digital* del exoesqueleto y fue ampliándolo hasta que le mostrara claramente la zona de las sinapsis que había estado analizando en el equipo real. No encontró ni rastro de la derivación que acababa de descubrir.

A continuación, buscó alguna aplicación o programa de "diseño y teoría de circuitos", pero su sesión era de invitado y a parte de los datos estrictamente relacionados con su trabajo, no había nada más. Se puso en contacto con los técnicos del laboratorio de calidad para ver si ellos podían darle acceso o enviarle, algún programa de ese tipo.

Hubo suerte.

Una vez cargó el software en su equipo, dibujó la topología de circuito implementada en el exoesqueleto. A partir de ahí, colocó al inicio del mismo, una fuente de energía que fuera equivalente a la que provendría de la placa de potencia en la que acababa la derivación. Una vez tuvo todo a punto, hizo correr la primera simulación del sistema.

El programa no devolvió ningún resultado. El circuito permanecía en reposo.

Iriarte sabía que estaba muy cerca de dar con algo, pero no era capaz de averiguar de qué se trataba. Se le estaba escapando algún detalle clave, a pesar de tenerlo delante de sus narices. Y aquello le ponía aún más nervioso.

Probó a lanzar otra simulación, pero esta vez, cambiando el nivel de tensión y ajustándolo al supuesto de que la batería estuviera a media carga. Esperaba encontrar algún cambio bajo ese nuevo escenario.

No obstante, seguía sin obtener ningún resultado.

Estaba tan enfrascado en el proceso que ni siquiera reparó en que, detrás de él, se encontraba Ángel Egozcue.

—Hola señor Iriarte. Venía a decirle que me marchó ya. No sé si quiere usted seguir o dejarlo ya también.

—Buff —fue la única expresión capaz de articular Iriarte mientras se incorporaba lentamente—. Estaba tan absorto con esta simulación, que no me he percatado de que estaba usted aquí Ángel —pudo contestar finalmente.

—¿Ha podido encontrar algo significativo? —se interesó el jefe de explotación.

—Bueno, sí que he detectado algo inusual y estaba tratando de descartar una hipótesis. Gracias al programa que me han facilitado sus compañeros, he implementado una simulación de circuitería y ahora estaba haciendo correr diferentes escenarios. Pero no obtengo ningún resultado que pueda ser de utilidad. El circuito es totalmente inerte.

Ángel Egozcue se quedó mirando pensativo a la holo-pantalla del *edesk* donde aparecía el circuito. Su mente, acostumbrada a resolver problemas, se había activado automáticamente.

—Bueno, yo creo que el circuito es inerte porque no hay circulación de corriente. No existe ninguna carga que lo cierre.

Aquel comentario fue como un mazazo en la frente de Iriarte.

¿Cómo no había sido capaz de verlo? El circuito se cerraba mediante la conexión sináptica de la persona que usaba el equipo, que la convertía en una carga resistiva a través de la cual, circulaba corriente.

Además, dado que la segunda bifurcación estaba conectada a la carcasa del exoesqueleto, dicha corriente se derivaba a su vez a tierra, creando así un pequeño cortocircuito que iba demandando cada vez más corriente dado que el equipo seguía en funcionamiento.

Pero, a pesar de que se produjera aquella falla a tierra, la intensidad de corriente que circulaba por ese nuevo circuito, creado mediante la conexión de la persona, continuaba manteniéndose dentro de los márgenes adecuados a aquella sección de potencia del equipo. De ahí que no hubiera saltado ninguna protección que desconectara la fuente de energía.

Pero por desgracia, aquella intensidad de corriente resultaba mortal para el cuerpo humano y por esa razón, se había producido la electrocución del operario.

—Ángel... —comenzó Iriarte.

No podía explicar todo aquello al jefe de explotación debido al *block contract* firmado con Silke Industries. Una de las cláusulas del mismo, estipulaba que únicamente debía reportar a la gerente acerca de cualquier resultado que pudiera hallar.

—Gracias a su aportación —continuó—, acabo de dar con el origen del problema. Pero, me temo que no puedo compartirlo con usted, debido a la confidencialidad a la que estoy obligado por contrato.

En aquel momento, Iriarte sintió como todo el cansancio acumulado a lo largo de aquel día, iba ocupando todos y cada uno de los músculos de su cuerpo. Tanto era así, que inconscientemente se sentó en una clara actitud derrotista.

—No se preocupe señor Iriarte, me hago cargo —contestó aquel—. Lo único que quiero es que todo este tema se cierre. Cuanto antes mejor. Solo le pediría que me aclarara una cosa. El... incidente, ¿se debió a alguna negligencia que pueda imputarse a nuestro equipo técnico? A parte de que el protocolo de seguridad, así como mi propia posición, han quedado seriamente perjudicados, la pérdida humana es irreparable. Verá, conozco personalmente a todos y cada uno de los trabajadores de esta planta y todavía no me he recuperado del impacto que ha representado este golpe. Me da igual lo que acabe pasando con mi puesto al término de la investigación, pero créame, fue muy duro acompañar a la familia del fallecido el día que lo enterramos. Sobre todo, pensando que quizá, el fallo provino de una negligencia que pudo haberse evitado.

—Pues verá Ángel, no puedo dar una conclusión definitiva en este momento, pero yo diría que el siniestro no fue imputable ni a usted ni a su equipo técnico. De hecho, creo que su profesionalidad está fuera de toda duda. Le garantizo que eso, sí que se va a reflejar en mi informe —respondió Iriarte, hablando más desde el corazón que usando el raciocinio.

No había ultrapasado el secreto profesional al que estaba sujeto por contrato, pero realmente resultaba evidente que aquel hombre estaba muy afectado por la pérdida de la vida de su compañero.

Dijo lo que dijo, para intentar tranquilizarlo.

—Y ahora si me permite —prosiguió Iriarte con delicadeza—, debería contactar con gerencia para comunicarles el resultado del dictamen.

Iriarte y el jefe de explotación acordaron que este le esperaría en el laboratorio de calidad mientras él hacía la correspondiente llamada para después poder acompañarlo fuera del recinto.

—¿Señora Cuéllar? Soy Haron Iriarte —se introdujo—. Llamo desde la *bioindustry*. Necesitaría hablar con usted, es importante. ¿Puede dedicarme unos minutos?

—Hola señor Iriarte. Sí, por supuesto. Dígame —contestó a través de la pantalla del *DPU* la gerente.

—Creo haber dado con el fallo de seguridad que originó el siniestro. Antes de proseguir, le confirmo que no estoy acompañado.

Iriarte cogió su dispositivo y lo movió a su alrededor para que su interlocutora pudiera comprobarlo por sí misma. Pasó después a modo de visión termográfica, para que el barrido de la zona fuera completo.

—Pues bien —prosiguió Iriarte—, he descubierto que el equipo que provocó el incidente fue manipulado intencionadamente para desencadenar un cortocircuito controlado que produjera la electrocución de la persona que lo utilizara. Eso hace que este tema adquiera una nueva dimensión en la que, forzosamente, deberá intervenir la policía. No se trata de un accidente fortuito, sino de algo intencionado y premeditado.

—Supongo que no ha compartido esta información con nadie más ¿verdad? —preguntó Angélica Cuéllar.

—Por descontado que no —respondió Iriarte—. De hecho, el jefe de explotación estaba conmigo hace unos minutos, pero le he pedido que, por favor, me dejara solo para poder hablar con usted.

—De acuerdo, señor Iriarte —la gerente acababa de trazar la hoja de ruta a seguir—. Voy a contactar inmediatamente con la policía. A la vez, mantendré esta conexión. En función de lo que me digan, procederemos de una u otra forma. Es evidente que habrá que acordonar el recinto para que nadie pueda tener acceso.

Iriarte se mostró de acuerdo con la propuesta. A través de su *DPU* iba escuchando la conversación que la gerente mantenía con el bot de la *IA* de la policía. Una vez superada la primera fase de adquisición de datos y tras contestar a una serie de preguntas, le derivaron hacia la agente que se haría cargo del caso.

Se trataba de la inspectora Lucía Lizagoyen.

CAPÍTULO 7

De nuevo, pasó casi dos horas seguidas con el *DPU*. Peinando de forma exhaustiva todos los medios de comunicación disponibles, intentando localizar cualquier noticia que pudiera estar relacionada. Tal y como ya llevaba haciendo durante varias semanas, al regresar del trabajo.

Debía ser cauto a la hora de efectuar la búsqueda. No quería utilizar expresiones que pudieran ser detectadas por algún bot rastreador. Además, realizaba la prospección de forma manual, evitando conectarse por sí, de alguna manera, parte de su pensamiento pudiera llegar a traspasar accidentalmente a la *IA* del *DPU* y que *wsta* acabara activando algún protocolo de actuación de prevención y salvaguarda del orden público.

Así pues, el rastreo se había convertido en una ardua labor, tanto por la forma como había de llevarlo a cabo, como por todas las precauciones que debía tomar. Aun así, él lo acometía sin problema pues esperaba obtener algún resultado, pero, a pesar de todo el esfuerzo invertido, seguía sin encontrar nada. Ni siquiera una mención en los medios más sensacionalistas, los que acostumbraban a estar llenos de *fakenews*.

¿Y si su plan no estaba dando resultado? No lo creía posible. Lo había previsto todo, hasta el más mínimo detalle. Solo era cuestión de tiempo que algún maldito *meta* acabara experimentando, a través de sus sinapsis, cómo se cumplía el propósito que diera sentido a su vida: acabar con la aberración tecnológica que mantenía alejada a la humanidad de su esencia.

Dejó el *DPU* sobre la mesa y se frotó la cara con las manos de forma compulsiva.

Su rostro era la viva imagen de la desesperación. A lo largo de toda su vida había aprendido a dominar sus impulsos principalmente, gracias a su carácter retraído que le hacía pasar desapercibido entre sus congéneres. Debido a la poca interacción mantenida con su entorno y gracias a una gran capacidad de autocontrol, había conseguido ser capaz de moderar cualquier deseo espontáneo que, de repente, pudiera llegar a sentir.

Acabó llevando dicha capacidad, hasta el extremo de negarse la posibilidad de llegar a tener alguna relación íntima con otra persona. Por eso durante muchos años se refugió en el *cybersexo*. Pero, a partir del momento en que empezara a vincularse a los *non_MODIFIED Homos* y especialmente, desde que pasara a ser un miembro activo, incluso había renunciado a ello. Consideraba que, el hecho de conectarse a una *IA* para obtener placer, equivalía a que nuevamente estuviera cayendo en la suciedad tecnológica *meta*.

Y a pesar de todo, en esos momentos le estaba costando enormemente controlarse. Sabía que no podía cometer ningún error si quería acabar de completar su propósito. Pero a la vez, notaba como dentro de él iba creciendo un sentimiento de angustia que, a medida que pasaban los días, se hacía más y más fuerte. Ocupando cada vez más espacio en su pensamiento. Y todo se debía a la circunstancia de no llegar a saber si su plan estaba funcionando.

Se daba cuenta que, de seguir así, cometería algún error y habría de pagarlo muy caro. Por eso, tenía que contrarrestar de algún modo aquella ansiedad. Decidió aprovechar la reunión que, al día siguiente celebraría su grupo de encuentro, para hablar con algún "intermediador".

Ardía en deseos de poder compartir con alguien la misión que se había auto impuesto. No obstante, en su fuero interno sentía que no debía hacerlo. Dentro de su cabeza, retumbaba una voz

de alarma avisándole que, aunque la base de las creencias *non_MODIFIED* ponían de manifiesto que la humanidad había renunciado a su verdadero género, utilizando desafortunadamente la tecnología; el plan que concebido para hacer que lo recuperase, no sería bien recibido.

Se acabó conformando con el pensamiento de que, al menos, trataría de calmar su desazón buscando algún consuelo a través de la conversación.

—"Intermediador" Alonso, ¿podría hablar contigo un momento por favor? —preguntó una vez terminada la reunión del grupo de encuentro.

—Claro que sí "guarda" Eusebio —contestó el interpelado.

Los "intermediadores" solían dirigirse hacia sus correligionarios utilizando la expresión "guarda", pretendiendo aludir a la condición de custodios de la verdadera esencia humana, la que cualquier *non_MODIFIED* debía comprometerse a llevar a cabo durante toda su vida. Entre los propios miembros de base, también se empleaba la misma expresión cuando se interpelaban entre sí. Se consideraba que era una forma de estrechar más los lazos entre la comunidad. Su condición de diferentes, de no modificados, los hacía especiales. Cada miembro debía convertirse en guardián de esa preciada esencia. Por eso, utilizar la expresión "guarda" era un constante recordatorio de aquello. A la vez, los hacía sentirse completamente integrados dentro de sus respectivas comunidades.

—Verás, llevo ya varias semanas muy abatido por... Bueno ya lo sabes, porque hemos hablado de ello en muchas ocasiones. Cada vez me cuesta más luchar contra el sentimiento de culpa por mi naturaleza modificada.

Eusebio Núñez comenzó a plantear su problema tal y como en tantas ocasiones, desde que iniciara su andadura junto a los *non_MODIFIED*, ya había hecho.

—Pero no es tu culpa. Esa condición te fue impuesta en su momento por aquellos que, siguiendo el mandato de una entelequia colectiva, continúan empeñados en conducir a la humanidad hacia su propia enajenación. Para desgracia de todos —respondió el "intermediador".

—Pero entonces, ¿qué puede hacerse al respecto? ¿Cómo conseguir contrarrestar el proceso? ¿Cómo corregir ese rumbo? —a Eusebio Núñez se le acabó quebrando la voz al intentar plantear aquella batería de preguntas de forma atropellada.

—Verás "guarda" Eusebio —comenzó el guía—. Nuestra misión principal es custodiar la pureza de la humanidad. Conseguir que esta resplandezca y permitir así, que "otros" también puedan llegar hasta ella. Que vuelvan a reencontrarse con la parte perdida de su género, aquella que nunca debieron abandonar. Precisamente, esa fue la manera como tú nos encontraste. Ese resplandor te guio hasta nosotros. Te permitió llegar hasta aquí y así, dejaste de estar cegado por el desafuero de la tecnología.

Justo en el momento en el que finalizaba su prédica, Alonso Bertrán, acabó posando suavemente su brazo sobre el hombro de Eusebio Núñez.

—Sí... —contestó este con la cabeza inclinada sin mirar a los ojos del otro—. Pero ese resplandor debería potenciarse para que llegara a muchos más como yo. De no hacerlo, acabaremos siendo una triste minoría que no conseguirá alcanzar su cometido.

—Al contrario —le replicó el "intermediador" mientras continuaba apoyando su brazo en el hombro de su atribulado interlocutor—. Si mantenemos intacta nuestra pureza humana, conseguiremos destacar aún más entre aquellos que siguen desafortunados por la tecnología y ello, permitirá que lleguemos a ser más fácilmente reconocibles por aquellos que aún estén dispuestos a ver.

La modulación en la voz de aquel hombre, producía una especie de despierta ensoñación en Eusebio Núñez. De todos los "intermediadores" de su grupo de reunión, Alonso Bertrán, era el

que mejor conseguía apaciguar su enorme pesar.

Ardía en deseos de compartir con él su pensamiento. Explicarle lo que realmente creía que debía hacerse. Su misión de lucha denodada para salvaguardar la esencia humana.

Casi estaba tentado a hacerlo.

¿No era esa la consecuencia lógica a la que deberían haber llegado los "puros"? ¿Utilizar la tecnología como medio de castigo para revertir la senda emprendida por unos seres que, cada día que pasaba, se alejaban más de su origen humano?

Quizás, si lo planteaba desde ese punto de vista, el "intermediador" Bertrán lo entendería. Iba a expresar en voz alta esas reflexiones, pero de repente, volvió a surgir la voz desde un recóndito lugar de su mente, alzándose por encima de cualquier otro pensamiento. Le ordenaba que no lo hiciera. Y por esa razón, se quedó con la boca entreabierta sin llegar a pronunciar palabra alguna.

Alonso Bertrán a su vez, interpretó aquel gesto como una señal de que había conseguido llevar algo de paz a uno de sus "guardas" más activos, pero también, de los más atormentados dada su especial condición.

Continuó:

—Que te hayas convertido en uno de nuestros activos más valiosos dado tu origen, demuestra hasta qué punto posees una gran capacidad de resiliencia y sacrificio. Tú, mejor que nadie, representas ahora ese resplandor capaz de guiar a "otros". Que debas conectarte diariamente a esa tecnología y a pesar de ello mantengas intactas tus convicciones; que incluso si cabe, se hallen más arraigadas en ti que en otros compañeros no modificados, demuestra lo mucho que te has reencontrado con tu humanidad. Es por esto "guarda" Eusebio, que te exhorto a continuar con tu lucha. Para que así, puedas extender la luz de la verdadera humanidad entre aquellos a los que, la tecnología desprovista de sentimientos, mantiene a oscuras...

—Sabías palabras "intermediador" Alonso. Muchas gracias por tu ánimo y consuelo —se limitó a responder Eusebio Núñez.

Por fin había comprendido que nadie llegaría a entender o aprobar su solución. Debería continuar solo el camino emprendido, el único posible para que esa luz de la que le hablaban, realmente pudiera llegar a todos.

Él era un *meta* y sabía perfectamente qué significaba conectarse a una *IA*, aumentando exponencialmente las capacidades propias. Sus compañeros *non_MODIFIED* nunca comprenderían esa sensación, ni tan siquiera los "intermediadores" o los "puros", por muy cultivados que estuvieran en la materia.

A no ser que los *metas* dejaran de sentirse seguros cuando interactuaran con una *IA*, que tuvieran miedo de hacerlo, seguirían manteniendo su estilo de vida. Continuarían haciéndolo porque, cada vez que se conectaban, trascendían por encima del género humano.

¡Incluso él, a pesar de sus férreas convicciones, debía luchar denodadamente contra ese anhelo cada vez que desempeñaba su trabajo!

Solo conseguía contrarrestar ese deseo, gracias al enorme autocontrol desarrollado a lo largo de toda su vida, que ahora, se hallaba al servicio de la causa *non_MODIFIED*.

Volvió a casa totalmente abatido y contrariado. Estaba seguro de que el plan trazado era el correcto, pero el hecho de no poder compartirlo con aquellos que supuestamente deberían apoyarle, le hacía tener reparos y restaba parte de esa certeza.

Estuvo en vela toda la noche. Pensando, dando vueltas a esa idea hasta que, finalmente, se convenció de que su visión sobre la lucha contra la blasfemia de la tecnología, era la única correcta. Él conocía ambas especies y sabía cómo se debía actuar para que la sociedad no-humana retornara a su esencia.

Mientras contemplaba el amanecer, llegó a la conclusión de que debía cambiar de estrategia. Preparando simples "accidentes" laborales, de forma aislada, no conseguiría cambiar el rumbo de la sociedad. Había quedado de manifiesto tras dos intentos. Debía "corromper" a la *IA*, enfrentarla a los humanos, para que así estos acabaran viéndola como una amenaza, no como un aliado.

Una vez hubo tomado la decisión, empezó a pensar en cómo podría llegar a alcanzar ese cometido.

Quizá por la senda en la que se había desarrollado su pensamiento durante toda la noche y especialmente por la conclusión a la que acababa de llegar, acudió a su mente el recuerdo de una de las asignaturas con las que más disfrutara mientras cursaba sus estudios en la *upUniversity*.

Había sido una de las que, desde el primer día de clase, más llamara su atención: "Sistemas de Conexión e Integración con *IA*". El currículum académico de esa asignatura comenzaba repasando el inicio de la *IA* y a partir de ahí, continuaba hasta adentrarse en los actuales sistemas de comunicación, así como en el nivel de conexión que podía llegar a establecerse entre humanos e *IA*.

Recordaba perfectamente la explicación sobre los orígenes de la *IA*. Como estos se remontaban a principios del S. XX y en especial, al trabajo de un matemático llamado Alan Mathison Turing. Entre otras muchas cosas, este genio implementó un concepto que llegaría a constituir la base de cualquier software, el algoritmo. Es decir, la sucesión de una serie de operaciones que permitieran hallar la solución a un problema.

Complementando esa funcionalidad, Turing también había desarrollado una evaluación para llegar a determinar si un software estaba dotado de inteligencia. Dicha prueba llegó a conocerse como el test de Turing.

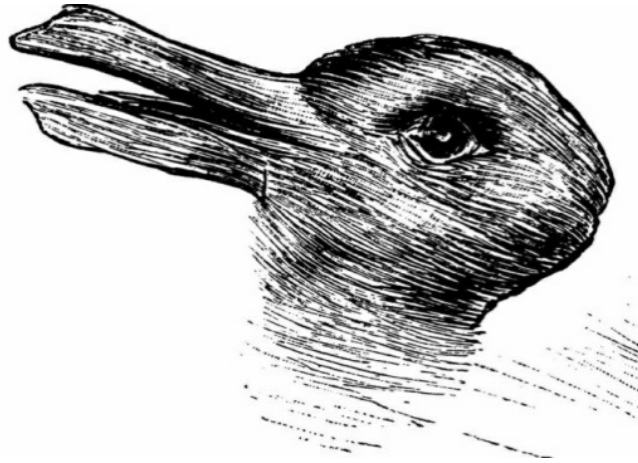
Consistía en que un juez o alguien que fuera imparcial, conversara a la vez con un humano y un software a través de una pantalla. Si llegaba el momento en que aquella persona no consiguiera distinguir entre las respuestas del humano y las del software, se podía considerar que la programación había superado con éxito el test de Turing.

A partir de ahí, la asignatura analizaba cómo, durante el desarrollo de la *IA*, se habían tenido que superar diferentes problemas a la hora de implementar el *deepLearning* basado en redes neuronales o sistemas multicapa, como también se las conocía. Dicho aprendizaje funcionaba a través de una compleja estructura de red de cálculo. En base a una ingente entrada de datos, analizados por todas y cada una de las "neuronas" que componían cada red o capa, se iban obteniendo diferentes resultados basados en la lógica del sistema, así como en su aprendizaje progresivo y automático. Y todo ello, se conseguía a través de continuas iteraciones del mismo proceso.

Uno de los hitos que se destacaban, era el desarrollo que se había seguido al tratar de emular una respuesta humana por parte de una *IA*, frente a un evento determinado.

A principios del S. XXI, conforme el avance de la *IA* evolucionaba rápidamente, se hizo muy popular una prueba desarrollada por Max Wolf, un "data scientist" que colaborara con uno de los principales portales de noticias y entretenimiento de la época. Consistía en evaluar una ilusión óptica, dibujada hacia más un siglo, mediante una API o Aplicación para Interface de Programación. Aquella API estaba destinada a la extracción de información relevante de imágenes, en base a modelos pre-entrenados o entrenados con modelos de visión específicos.

La ilusión óptica era un dibujo que, en función de la posición en el que alguien lo contemplara, llegaría a la conclusión de que se correspondía con la cabeza de un pato o con la de un conejo.



Para hacerles comprender la complejidad a la que se enfrentaron los primeros desarrolladores, les explicaron que aquella ilustración incluso había sido estudiada por filósofos como Ludwig Wittgenstein con el objeto de reflexionar sobre el perspectivismo. Es decir, la capacidad del ser humano de transitar entre los diferentes espacios que puede ver, variando su percepción, pero manteniendo fija la imagen contemplada.

Pues bien, teniendo en cuenta dicho contexto, el experimento llevado a cabo por el "data scientist" se dividía en dos fases en las que la IA debía escrutar la ilusión óptica. En la primera, la imagen se mantenía fija. Una vez analizada, la aplicación llegaba a la conclusión de que se trataba de un pato.

La segunda fase de la prueba y por tanto la más interesante, consistía en ir rotando la imagen trescientos sesenta grados de forma continuada, para ir comprobando el resultado del escrutinio efectuado por la IA. Pues bien, cuando se analizaban los datos, se obtenía un resultado sorprendente.

Una ambivalencia nominal.

Esto era debido a que la respuesta que entregaba la API, variaba entre "cabeza de pato" o "de conejo", en función del ángulo que fuera adquiriendo la imagen mientras rotaba. La ambivalencia se producía porque la IA no era capaz de elegir un resultado único.

Les explicaron que esta prueba generaría un intenso debate entre los diferentes analistas de la época. En tanto que unos defendían la respuesta como la esperada para un sistema de IA, dado que las transformaciones de una imagen se utilizaban para que el proceso de aprendizaje automático mejorara y que, por lo tanto, no era admisible que un sistema proporcionara una respuesta única y rotunda mientras se producía la transformación de dicha imagen; otros argumentaban en un sentido totalmente opuesto, postulando que resultaba inaceptable que un sistema basado en IA, variase instantáneamente del noventa por ciento de confianza en una interpretación, al noventa por ciento de confianza en la interpretación contraria, puesto que ello podría acabar provocando un comportamiento errático del mismo.

Pero el debate subiría un peldaño más, cuando los resultados de la segunda parte del experimento se compararon con la respuesta obtenida al ser los propios humanos los que contemplaban la imagen. Al tratarse de una ilusión óptica, muchos defendían que el cerebro humano se comportaba igual a como lo hacía la IA, puesto que también había disparidad en cuanto a la interpretación de la imagen. Algunos veían la cabeza de un conejo y otros la de un pato. Pero contra este razonamiento, otros muchos respondían argumentando que el cerebro humano daría esa respuesta una única vez y no de manera cíclica, como sí pasaba con la IA, dado que la mente

humana sería capaz de recordar la existencia de las dos probabilidades.

Con el correr del tiempo, el problema pudo ser resuelto por los ingenieros de desarrollo, principalmente gracias a la posibilidad de utilización de sistemas con alta capacidad de computación, que consiguieron ampliar de manera exponencial las redes neuronales y de esa manera, la posibilidad de aprendizaje del sistema. Gracias a ello, se pudieron solucionar situaciones complejas como la planteada por la ilusión óptica.

Pero, al haber recordado todo lo aprendido en aquella asignatura y especialmente esa parte, Eusebio Núñez había dado con la llave para acometer su nueva estrategia para luchar contra los *metas*.

La ambivalencia nominal.

Debía introducir un algoritmo en la *IA* que, frente a una misma entrada de datos, hiciera variar la respuesta de esta entre un estado y su opuesto. Así provocaría que el resultado fuera inseguro y generara múltiples incidentes. A partir de ahí, los humanos dejarían de confiar en la tecnología y retornarían a la convencionalidad de sus cuerpos.

Al fin podría acabar con esa angustia que había estado atenazándole durante tanto tiempo. Ahora su objetivo había cambiado. Debía ser capaz de programar un sistema que introdujera una ambivalencia nominal en la red.

Y una vez lo consiguiera, iría cumpliendo su cometido.

De forma inexorable y masiva.

CAPÍTULO 8

Con su cabello rapado al uno y su porte casi militar, Lucía Lizagoyen siempre causaba una mezcla de admiración y respeto cuando se presentaba ante un desconocido.

Pero fue sobre todo la expresividad en su mirada, lo que impresionó a Iriarte. Enseguida comprendió que se encontraba ante una mujer excepcionalmente inteligente, a la que difícilmente llegaría a escapársele algún detalle, por pequeño que fuera.

Él, que precisamente se ganaba la vida analizando sistemas y encontrando la particularidad que marcaba la diferencia entre el funcionamiento adecuado o el desastre, enseguida supo reconocer a una igual.

—Buenos días inspectora, soy Haron Iriarte, el consultor contratado por la compañía para realizar el dictamen pericial.

—Encantada —respondió Lucía.

Acababa de llegar a la *bioindustry* y esta vez, estaba totalmente en guardia debido al giro en los acontecimientos que, inesperadamente, se había producido en el caso. Mientras saludaba al consultor, lo que más llamara su atención fue el hecho de no encontrar ninguna conexión sináptica en aquel consultor.

¿Podría tratarse de un *non_MOD*? Era extraño, aunque no del todo imposible. Durante su carrera había conocido a más de uno.

Eran gente bastante peculiar, principalmente debido a su costumbre de relacionarse únicamente con los de su misma condición y restringir al máximo su contacto con *meta_humanos*. Esa característica, asociada a las campañas de proselitismo que solían acometer de vez en cuando, los convertía en una especie de "bichos raros", ya que se veían a sí mismos como el centro de un mundo que, en general, les prestaba escasa atención.

La inspectora conocía a esta comunidad puesto que, al principio de su carrera, intervino en un caso relacionado con este colectivo. Su sistema organizativo, basado en una marcada estructura piramidal en la que, una reducida élite dictaba la línea de acción y pensamiento —que a su vez debía ser acatada obedientemente por la base—, generaba un caldo de cultivo ideal para sujetos sin escrúpulos que veían en esa particularidad, un blanco fácil para conseguir sus oscuros objetivos. Apelando a un fuerte sentimiento de pertenencia a la comunidad, estos individuos aprovechaban dicha coyuntura para desarrollar turbios negocios a costa de la credulidad de sus miembros. En la mayoría de ocasiones, aquellas actividades solían acabar en estafas de mayor o menor escala.

En el caso en el que participara Lucía, resultó afectado un grupo bastante numeroso. Con todo, lo que más le había sorprendido al llevar a cabo los diferentes interrogatorios durante la instrucción, fue comprobar que los estafados seguían intentando disculpar a quienes llevaran a cabo el desfalco, únicamente, por el hecho de tratarse de miembros que seguían perteneciendo a su comunidad. Y todo ello, a pesar de que la culpabilidad de estos resultaba más que evidente.

Esa falta de objetividad grupal, anulada sistemáticamente a través del bombardeo continuado de consignas preparadas por la reducida élite, así como la endogamia intrínseca que practicaban, había hecho que Lucía no tuviera en demasiada buena consideración a los *non_MOD*.

Por ello, se puso aún más en guardia al intuir que su interlocutor podría pertenecer a ese grupo.

—Bien señor Iriarte —comenzó con semblante serio—. ¿Puede usted hacerme un resumen

pormenorizado de los resultados obtenidos a través de su investigación pericial?

—Por supuesto —respondió Iriarte mientras conectaba su *DPU* al *edesk*.

A continuación, Iriarte comenzó a describir con detalle el alcance de sus pesquisas. Utilizó para ello, todo el soporte gráfico preparado durante el día.

A Lucía le sorprendió el nivel de detalle al que había sido capaz de llegar el *non_MOD*. No esperaba encontrarse con tanta y a la vez, bien estructurada información. Aquello iba a permitirle obtener una valiosa visión de conjunto, para iniciar la investigación sobre una base más que sólida.

Cuando Iriarte concluyó su intervención, la inspectora le dijo en tono agradecido:

—Muchas gracias señor Iriarte. Todo este expediente me resultará de gran utilidad en mi investigación. Ahora si me permite, seguiré donde usted lo ha dejado. Le pediría que se quedara por la zona para poder contactar en caso de que surja alguna duda adicional, ¿es posible?

—Por supuesto —respondió Iriarte.

Si bien era comprensible que la policía continuara la investigación sin contar con él, el hecho de sentirse desplazado de la ecuación de repente, después de haber llegado tan lejos, le provocó una punzada en el estómago. Era como recibir un golpe en mitad de su ego.

Lucía se quedó allí, observando el exoesqueleto mientras veía alejarse al consultor. A continuación, se conectó al *edesk* para acceder con su credencial de investigación a los servidores de la *bioindustry*.

Cuando, por cualquier asunto oficial, un agente gubernamental debía conectarse a la red de una empresa, entidad o incluso hogar, se cursaba la correspondiente autorización de acceso para establecer el nivel máximo del sistema al que este podría acceder.

Dicha autorización, era creada y gestionada a través de la *IA* del departamento gubernamental en cuestión que, en base a la gravedad o alcance de la solicitud recibida por parte del funcionario, establecía contacto con la *IA* de destino y a partir de ahí, consensuaba el protocolo de acceso y nivel de autorización que se concedería. Una vez generada la credencial y únicamente utilizando su *id*, el agente podía conectarse desde cualquier punto de acceso dentro de la entidad y navegar por su red libremente, pero siempre sin pretender ultrapasar el nivel del sistema acordado previamente entre las *IAs*.

Al caso en el que ahora trabajaba Lucía, se le había asignado una credencial de investigación de grado cero, siendo este, el máximo nivel de autorización posible. En la práctica, equivalía a que la inspectora pudiera acceder a cualquier registro, dato o equipo de la *bioindustry*.

Comenzó por revisar la actividad registrada en la planta el día del suceso. Gracias al informe confeccionado por Iriarte, cargado previamente en su registro privado del caso y haciendo un rápido cruce de datos, pudo comprobar que las conclusiones del mismo se ratificaban completamente.

En base a estas, resultaba evidente que debía realizarse una comprobación exhaustiva de cualquier persona que hubiera tenido acceso al exoesqueleto, dado que la manipulación había sido intencionada.

Se dirigió a los registros de personal. No obtuvo nada significativo. Había sido revisado por técnicos de la empresa Integra Services tres semanas atrás. La revisión se correspondía con un mantenimiento predictivo, solicitado por la propia unidad. En la intervención se sustituyeron diversos componentes a punto de llegar al límite de su vida útil. Las piezas sustituidas tenían el correspondiente registro de traza y no presentaban ninguna anomalía destacable.

A partir de ahí, Lucía amplió la investigación para comprobar el alcance total de aquella intervención. Si únicamente se había circunscrito al exoesqueleto o ampliado a más equipos.

Comprobó que el día en cuestión, cuatro trabajadores de esa empresa se registraron y llevaron a cabo diversas tareas en diferentes zonas de la *bioindustry*.

Tampoco de aquello, pudo sacar nada en claro.

Cómo por esa vía no hallara nada relevante, pasó a analizar las grabaciones de seguridad de la planta. Quizá la manipulación se había llevado a cabo por un trabajador de la misma. Estableció los parámetros de búsqueda: "manipulación, exoesqueleto, instalación no programada" y marcó un período temporal desde la intervención de la empresa de mantenimiento hasta el día del suceso. La *IA* comenzó a efectuar el correspondiente barrido de imágenes y a reenviar aquellas que devolvieran algún resultado coincidente con los parámetros seleccionados.

Por ese camino también llegó a una vía muerta. Aparte de alguna infracción relacionada con hurto de material o violaciones de los protocolos de seguridad laboral de la planta, no sacó nada relevante. Envío las imágenes recopiladas al responsable de seguridad para que hiciera lo que considerara oportuno con aquel material y se desconectó.

Estaba exhausta. No por llevar conectada varias horas, sino por el hecho de no haber conseguido obtener nada. Aquella sensación de errar el blanco, le producía un desasosiego considerable.

Pasó la mano por la cabeza rasurada y suspiró profundamente.

Tocaba pasar ahora a realizar un análisis físico de la circuitería instalada en el exoesqueleto que encontrara Iriarte. Escaneó todos los componentes y los introdujo en el sistema para buscar su origen a través de los correspondientes registros de traza.

Después, roció la zona con nanobots para que efectuaran el barrido correspondiente, recolectando todas las muestras biológicas disponibles. Una vez recibida la señal de finalización del proceso, utilizó el equipo de recogida para guardar, identificar, etiquetar, clasificar y sellar todas las muestras, encapsulándolas en los depósitos correspondientes. A continuación, avisó a un *deliverdron* de la policía para que las transportara al laboratorio de criminalística y se llevara a cabo el análisis de las mismas.

Por el momento, ya no tenía nada más que hacer allí. Volvió a marcar el perímetro holográfico de seguridad policial y se marchó de la planta.

Ya era tarde para regresar a Madrid, así que buscó en el *DPU* algún hotel de la zona donde poder alojarse. Una vez se hubo registrado e instalado en la habitación, bajó al restaurante para cenar. Estaba hambrienta y por eso dio generosa cuenta de una ensalada de salmón como primer plato y un steak tartar de segundo.

Una vez hubo acabado, se acercó al bar del hotel para tomar una copa antes de subir nuevamente a la habitación. Al entrar en el recinto, descubrió que Iriarte se encontraba entre la clientela. Aquel *non_MOD* le había suscitado cierto grado de curiosidad puesto que no se ajustaba al patrón que tenía prefijado para esa especie. Decidió acercarse a hablar con él.

Iriarte estaba de espaldas a la entrada y no la vio acercarse.

—Buenas noches, ¿puedo sentarme? —preguntó Lucía.

Iriarte quedó gratamente sorprendido al constatar quién era su interlocutora. Los ojos de la inspectora le habían cautivado por la mañana, pero la combinación de aquella mirada con la sonrisa que en ese momento aparecía reflejada en su rostro, le provocó una súbita sensación de anhelo.

—Por supuesto —contestó sonriendo a su vez.

—¿Qué está tomando? —preguntó Lucía.

—Pues hoy voy fuerte —contestó Iriarte mientras hacía una mueca con la cara para enfatizar la respuesta—. Me pedí un whisky de 15 años.

—¿Y qué tal? ¿Merece la pena la inversión?

—De momento sí, hasta el último crédito...

—De acuerdo entonces, me fío de su criterio. Como ya he acabado por hoy, vamos a comprobar si es cierto —se decidió Lucía.

Accedió al catálogo holográfico de la mesa, eligió la misma bebida que Iriarte, marcó el número de su habitación y lanzó la comanda. Al cabo de poco, apareció el *botwaiter* con la bebida elegida. Lucía recogió el vaso y lo dirigió hacia Iriarte.

—¡Salud! —brindó.

—Salud —devolvió el brindis a su vez Iriarte.

Mientras bebían, ambos agradecieron que la música que sonara de fondo fuera una lenta melodía, popularizada muchos años atrás, que creaba una agradable atmósfera de intimidad y relajación. Resultaba muy apropiada para poner el broche final a una dura jornada como la de aquel día.

—Pues sí, ha resultado ser una sabia elección —dijo Lucía en voz baja.

—Me alegro que le haya gustado —contestó Iriarte.

—Como ya hemos intercambiado más de veinte palabras seguidas después de conocernos, creo que no se considerará de mala educación que dejemos de llamarnos de usted ¿no? —bromeó Lucía.

—*Of course not!* —contestó Iriarte.

—Perfecto Haron. Sinceramente, me ha alegrado llegar aquí y descubrir que estabas en el bar. Me apetecía poder charlar un rato con una per-so-na —dijo Lucía enfatizando cada sílaba—. Sobre todo, después de haberme pasado casi todo el día conectada a la IA.

—Sí, a mí también me pasa en ocasiones. Precisamente este encargo es una de ellas —coincidió Iriarte—. Desde que lo comencé —prosiguió—, he estado desarrollando todo el trabajo rodeado de máquinas únicamente. En la planta de producción de Silke, en Cantabria, me pasé casi toda la jornada, en mitad de la zona de producción, entre enormes islas de montaje. Y aquí prácticamente igual, he estado solo casi todo el tiempo en el hangar del departamento de calidad. Por cierto, ¿qué tal ha ido hoy? Si puedo preguntar.

—Pues la verdad es que no he avanzado mucho. Por no decir que, en realidad, no he avanzado nada —se lamentó Lucía.

—Supongo que quien implantó el circuito en el exoesqueleto procuró cubrir cuidadosamente su rastro.

—Así es. De momento he estado cotejando tu informe con el registro de datos de la planta. También con los accesos al equipo por parte de cualquier trabajador, propio o foráneo, pero nada. He recogido las muestras biológicas presentes en el exoesqueleto, los registros de traza de los componentes del circuito y las he enviado al laboratorio para su análisis. A ver si por ahí podemos averiguar algo.

—Los registros de traza... —comentó Iriarte con voz pensativa—. Buena iniciativa, es posible que de ahí pueda sacarse algo.

—Sí, aunque no soy muy optimista al respecto —contestó Lucía—. Si, como creo, el que hizo esto tomó las medidas adecuadas, supongo que no habrá adquirido el material de proveedores registrados en el sistema. Es una pista sí, pero costará rastrearla hasta llegar a dar con algo de provecho.

—Sí, es verdad.

Ambos se quedaron en silencio. La música seguía sonando de fondo y creaba un ambiente que les hacía experimentar una agradable sensación de mutua compañía. No había necesidad de

sobrescribirla con palabras.

Aprovecharon para saborear sus respectivas bebidas.

—De todas formas, Haron, tengo que felicitarte —acabó diciendo Lucía por fin—. Haber detectado el origen que causó el siniestro, me ha facilitado enormemente la investigación.

—¡Gracias inspectora! —exclamó Iriarte mientras sonreía y levantaba su copa, dirigiéndola en dirección a la inspectora.

—No hay de qué —respondió Lucía sonriendo también.

—Hay un tema que me intriga —siguió esta—, sobre todo después de haber comprobado la exhaustividad de tu informe, ¿lo has hecho todo sin ningún tipo de conexión sináptica?

Iriarte seguía sonriendo. Aunque se trataba de la misma pregunta que tantas veces le habían formulado, quizá debido a la atmósfera creada en el lugar o bien por lo agradable de la compañía, curiosamente esta vez no le había causado ningún tipo de rechazo. A diferencia de lo que acostumbraba a pasar, no le produjo ninguna inquietud.

—Pues sí, para ser un *non MOD* me las apañó estupendamente exprimiendo a las máquinas —contestó.

—Ja ja ja —rió Lucía.

—Bromas aparte —prosiguió Iriarte—, llevo dedicándome al mundo de la consultoría industrial más de veinte años y la verdad es que, durante todo este tiempo, he ido implementando progresivamente mi propia metodología de trabajo a medida que los encargos iban siendo cada vez más complejos. Pero también tengo que confesar que he contado con ayuda "extra". Gracias a *meta humanos* que me han "prestado" sus conexiones para entender la comunicación con la *IA*, he ido reajustando el protocolo de actuación para poder llegar a ser cada vez más preciso y alcanzar hitos en solitario que, como mínimo, pudieran igualar a la simbiosis entre *meta humanos* e *IA*.

—Interesante... —contestó Lucía—. Aunque no me cuadra. Por lo que sé de los *non MODIFIED Homos*, rechazáis de plano cualquier contacto con nosotros y con la *IA*.

—Sí, es verdad, eso es así. Aunque en mi caso hace mucho tiempo ya que renuncié a vivir según sus reglas. De no ser así, no hubiera podido desarrollar mi trabajo.

—¡Vaya! —exclamó Lucía sorprendida—. Esto sí que no me lo esperaba. ¡Hasta ahora no había conocido a ningún *non MOD* que hubiera renegado de los suyos!

»Disculpa Haron —se apresuró a añadir—, no quería ser desconsiderada...

—No te preocupes Lucía, es lógico —le tranquilizó Iriarte.

Para seguir a continuación:

—Constituyen un grupo muy cerrado y no es fácil alejarse de ellos. No lo fue para mí. De hecho, algunos nunca llegan a dar ese paso, incluso aunque hayan dejado de comulgar con su credo. Prefieren permanecer dentro del grupo, evitando así el titánico esfuerzo que supone alejarse.

Iriarte se sorprendió al escuchar su explicación. Estaba hablando de un tema que para él resultaba casi tabú y que no solía compartir con casi nadie. Pero lo que más le desconcertaba, jera que estaba haciéndolo con una persona a la que prácticamente acababa de conocer!

—Lo comprendo... —musitó Lucía al cabo de un rato.

—Bueno, quizá no del todo —la contradujo él—. Aunque entiendo que, siendo policía, también debes haberte enfrentado a situaciones bastante fuera de lo común.

—Sí —contestó Lucía—, por desgracia aún conservamos gran parte del sesgo cognitivo de nuestros ancestros —concluyó sonriendo.

—Supongo que sí —secundó Iriarte sonriendo a su vez.

La conversación estaba resultando muy agradable para ambos. Quizá por ello, en ese momento

acudió a la mente de Lucía el recuerdo de la investigación en la que estaba trabajando y de la que, de alguna manera, su interlocutor también formaba parte. Como no estaba segura del rumbo que esta podía llegar a tomar, consideró conveniente dar por zanjada la velada de aquella noche.

—Bueno señor consultor —comenzó a despedirse—, creo que voy necesitando retirarme a mis aposentos para descansar.

—Je je entiendo. Gracias por haber compartido su copa con este humilde *non_MOD* —bromeó Iriarte.

—Buenas noches Haron.

—Buenas noches Lucía.

Ambos se despidieron con una sonrisa incrustada en la cara.

En el preciso instante en el que la inspectora abandonó el bar pareció que, de repente, se evaporaba la atmósfera que había reinado hasta aquel momento.

Iriarte sintió una punzada en el estómago. Su mente se hallaba sometida a una frenética actividad y le enviaba continuas oleadas de reproche. Había hablado de forma totalmente sincera acerca de sí mismo, con una persona durante la primera conversación mantenida.

No era capaz de reconocerse.

¿Podría deberse a lo excepcional del encargo en el que estaba trabajando?

Pese a su dilatada experiencia, nunca se había encontrado frente a un problema como el de la *bioindustry*. A pesar de haber descubierto el origen del siniestro, resultaba evidente que este tema transcendía y con mucho, la hipótesis del boicot industrial.

Alguien había manipulado un equipo con una voluntad manifiesta, causar daño. Matar.

¿Y si esa persona todavía seguía en la *bioindustry*? ¿Y si le había estado observando mientras él trabajaba en el exoesqueleto? ¿Podía ser que su integridad física también corriera peligro?

Y en tanto seguía haciéndose todas aquellas preguntas, una imagen subyacía en el fondo de su mente, el sonriente rostro de Lucía.

Se dio cuenta de que, de seguir así, estaba a punto de entrar en barrena emocional. Por eso, decidió resguardarse del gigantesco tornado que, a velocidad supersónica, se estaba formando en su mente. Y lo hizo de la forma más rápida y efectiva que tenía a su disposición, pidiendo otro whisky.

Mientras, Lucía ya estaba de regreso en su habitación y se hallaba estirada en la cama. Le había costado un esfuerzo enorme dar por finalizada la conversación y arrancarse de aquella mesa, pero como sabía por experiencia, intimar con alguien relacionado con una investigación podía dar al traste con esta. Y todo ello, independientemente de la profesionalidad y veteranía que uno tuviera.

A pesar del poco rato que habían compartido, se dio cuenta de que el grado de afinidad conseguido con el *non_MOD*, no era comparable a sus relaciones con otros *metas*. Y aquello la desconcertaba.

¿Cómo podía ser?

Ella tenía su mente perfectamente estructurada y compartimentada. Esa era su estrategia para poder separar el trabajo del plano personal. Mantenía fría la cabeza frente a situaciones que harían vomitar a cualquier persona que no perteneciera al oficio. En esas ocasiones había llegado a comprobar cómo, a pesar de haber trascendido como especie a una escala superior en la evolución, el sesgo cognitivo del género anterior aún continuaba estando fuertemente arraigado. En ese tipo de tesituras se comprobaba lo que podía llegar a pasar cuando los *meta_humanos* se desconectaban de la *IA*, volviendo a comportarse únicamente como humanos. Cometiendo actos irracionales.

Pero aquel día, no era capaz de levantar aquel muro tan necesario para conseguir disociar entre

el ámbito privado y el profesional. Para así, poder seguir adelante con la investigación.

¿A qué se debía? Este caso había comenzado de una forma insospechadamente insustancial y se estaba transformando en algo que podía convertirse en algo muy grave. Si, como parecía, el suceso en la *bioindustry* y el de la empresa de videojuegos estaban relacionados y perpetrados por la misma persona, se hallaban frente a un asesino múltiple del que desconocían absolutamente todo, sus intenciones, su personalidad, su patrón de conducta...

Y mientras tanto, ¿cómo podía ser que un *non_MOD* hubiera sido el único capaz de descubrir el circuito causante de la primera muerte? ¿Y si todo era un montaje preparado por algún grupo y aquel consultor *non_MOD* no era más que un eslabón del mismo? ¿Y si ese grupo estaba preparando alguna especie de ataque masivo contra los *meta_humanos* y su tecnología? ¿Y si lo que le había contado Haron era mentira y todavía seguía perteneciendo a los *non_MOD*?

Aunque por otro lado, su instinto, desarrollado y refinado después de más de quince años resolviendo casos desde que entrara en la brigada de investigación forense-criminal, le indicaba que aquel hombre no mentía. Es más, incluso tenía el convencimiento de que el consultor había sido total y absolutamente sincero.

Mientras todas esas preguntas sin respuesta cruzaban por su mente, sin darse cuenta, fue cerrando los ojos y los músculos de su cara también comenzaron a relajarse. Ese patrón biométrico no pasó inadvertido al sistema de escaneado de la habitación que, gradualmente, comenzó a regular la intensidad lumínica del alumbrado y favoreció el trance en el que, poco a poco, fue entrando la inspectora. El cálido ambiente creado por ese ajuste automático acabó propiciando que, finalmente, se quedara profundamente dormida.

Al despertar por la mañana, se sorprendió al comprobar que ni siquiera se había quitado los zapatos durante toda la noche.

Pero, a pesar de haber dormido de un tirón, no se sentía descansada. Nada más incorporarse, descubrió que su mente aún seguía estando ocupada por las mismas preguntas con las que se durmiera la noche anterior y que, evidentemente, todas seguían sin respuesta.

En ese instante, se activó su *DPU*. Era Marcelo Riera, su superior. Lucía se frotó la cara para intentar disimular el hecho de que acabara de despertarse y contestó a la llamada.

—Hola Lucía —comenzó el inspector jefe—. ¿Qué avances has hecho en el caso? Esto se va a poner realmente mal. Nos acaban de avisar de que ya se ha filtrado a la prensa lo de la empresa de videojuegos y será cuestión de minutos que pase lo mismo con la *bioindustry*.

Marcelo Riera no se caracterizaba precisamente por ser un hombre de trato afable. Acostumbraba a dar por sentado que su interlocutor debía conocer de antemano aquello sobre lo que estaban a punto de hablarle, pero en caso contrario, tampoco se esforzaba demasiado en ampliar la información.

—Ya veo —contestó Lucía.

—Mejor prepárate para tener a una legión de videoreporters persiguiéndote a todos lados. La *IA* ha preparado la versión oficial. Conéctate y descárgatela para puedas hacerla tuya.

El inspector jefe cortó la comunicación sin despedirse.

A Lucía no le importó. Ya estaba acostumbrada. Se dirigió al baño de la habitación y se desvistió para darse una ducha.

Si bien la palabra "ducha" se había mantenido a lo largo del tiempo, para hacer referencia a la acción destinada al aseo corporal, ya no se utilizaba agua para tal fin. Este recurso se había convertido en uno de los bienes más preciados del planeta y su uso estaba estrictamente reservado a actividades vitales como el consumo humano y animal, el mantenimiento de zonas verdes tanto de tipo horizontal como vertical, situadas en las fachadas de los edificios y repartidas por todas

las ciudades que se destinaban, básicamente, a combatir la contaminación medioambiental.

Había sido necesario introducir estos cambios en los hábitos de higiene corporal, ya que las *macrorains* se alternaban con largos períodos de sequía. De ahí que, en cualquier núcleo de población humana, siempre hubiera enormes depósitos de abastecimiento destinados a acumular la mayor cantidad de agua posible para que así, pudiera utilizarse durante los períodos de carencia.

El aseo de las personas se realizaba pues, en dos fases. Primero, mediante la ionización del aire contenido en un recinto estanco que capturaba gérmenes y micro impurezas adheridas a la piel de la persona y a continuación, mediante un lavado en seco a base de jabones orgánicos que eliminaban tanto las células muertas como las diferentes secreciones corporales.

Lucía estaba a punto de entrar en el recinto de baño cuando giró la vista hacia el *smartmirror*. Normalmente no prestaba demasiada atención a su cuerpo, pero, aquel día, se quedó parada delante del espejo y contemplando la cicatriz que atravesaba su vientre.

Una sombra cruzó por su rostro. ¿Cuánto tiempo hacía ya de aquello? ¿Veinticinco años? Seguramente así era. Todo había ocurrido cuando aún era una adolescente.

¿Cómo podía haber pasado algo semejante? Aquellos hijos de puta habían cometido un acto atroz aprovechado una fisura en el sistema. Y lo peor de todo era que, finalmente, consiguieron salir prácticamente impunes del mismo.

Lucía sintió un escalofrío al evocar el contacto con la mesa a la que la habían amarrado, mientras varios de sus compañeros la inmovilizaban. Aquel era el último recuerdo nítido de lo sucedido. Después, todo se tornaba confuso en su mente, como una bruma espesa. Más que acciones concretas, rememoraba percepciones físicas y emocionales. Dolor agudo, ansiedad, rabia, incredulidad, vergüenza, confusión, miedo, desamparo y finalmente, una desesperanzada soledad.

Aquel macabro juego, del que ella se convirtiera en víctima, se había extendido entre los jóvenes de su época como un virus sin control. Conectándose a *IAs* colaborativas, los jugadores interaccionaban organizándose en clanes que se desafiaban entre sí. Debían llevar a cabo retos, basados en una aventura gráfica, que permitían ir avanzando en la historia. En el juego se ganaba, a medida que cada clan era capaz de demostrar que había llevado a cabo, en la vida real, el reto planteado por otro clan.

Sus compañeros de clase, formando el autodenominado "Ark_88" y habían recibido uno consistente en realizar un sacrificio humano que honrara al dios virtual que controlaba el juego, "Chtutluoyak". Para su desgracia, ella se había convertido en la víctima elegida. Por aquel entonces, era una chica delgada y asustadiza, lo que les llevó a pensar que seguramente sería fácil de someter.

La agresión se produjo en el recinto escolar, al aprovechar sus compañeros la laxitud en la vigilancia de una de las asignaturas. Se trataba de un taller de expresión libre, en el que se daba autonomía plena a los alumnos para que desarrollaran sus aptitudes en cualquier campo en el que se sintieran cómodos. Durante el par de horas que duraban aquellas clases semanales, los profesores solían ausentarse gran parte del tiempo para no coartar la capacidad creativa de los estudiantes. Tampoco se visualizaba lo que acontecía en el aula por el mismo motivo.

En cuanto el monitor abandonó el aula y se quedaron solos, se abalanzaron sobre ella, inmovilizándola y atándola a una mesa, sujetándole fuertemente los brazos y las piernas. También la amordazaron para evitar que pudiese dar la voz de alarma.

Mientras varios compañeros se conectaban para avisar al clan rival, uno de ellos extrajo un bisturí con la intención de abrirla en canal. Entre tanto, los demás iban grabando toda la escena con sus *DPU*, para transmitir en directo mientras pudieran. A la vez, otros intentaban evitar que

los algoritmos de rastreo de la red del colegio, detectaran imágenes con contenido de violencia extrema y detuvieran la conexión.

Afortunadamente para Lucía, un supervisor había entrado en el aula para comprobar a qué se debían las lecturas biométricas alteradas que se estaban registrando en el panel central de dirección y actuado con rapidez cuando, al abrir la puerta, descubrió la terrible escena que se estaba perpetrando.

A él le debía la vida. De haber tardado algo más, aquellos bastardos habrían seguido el ritual sin sentir ningún tipo de pudor.

Pero lo peor para ella acabó siendo el desenlace que tuvo aquel suceso. La defensa utilizaría como argumento atenuante, la juventud de los agresores. Como eximente de culpabilidad, también esgrimió la tesis de la perniciosa influencia que el macabro juego provocaba en aquellas mentes impresionables. Por último, el hecho de que no se acabara de consumir el crimen, había desempeñado un papel crucial en el veredicto final.

De hecho, el foco de atención acabó desviándose y se centró en el conjunto de la sociedad, en el modelo de crianza familiar que habrían recibido los adolescentes. También se debatió ampliamente sobre la cuestión de que un entretenimiento de aquellas características, hubiera podido llegar hasta las mentes más jóvenes y lo que era aún peor, que todo ello sucediera en un recinto escolar.

Finalmente, la condena impuesta a aquellos desgraciados consistió en el internamiento de cinco años en una institución mental. También se les impuso un cambio de identidad, con miras a alejarlos de cualquier nexo con su pasado.

El juego acabó siendo erradicado de la red, los compañeros trasladados y el caso fue cerrado. A pesar de que la atención mediática estuvo centrada en aquel suceso durante cierto tiempo, no duró demasiado y la vida continuó. Pero Lucía había insistido en conservar la secuela de aquella agresión tal y como quedara después de las respectivas curas. A pesar de que los médicos persistieron en que podían eliminarla con cirugía láser, ella no cedió en su decisión. Quería seguir conservando en su cuerpo y para siempre, el recuerdo de aquella barbaridad.

Una cicatriz enorme cruzando todo su abdomen.

Y ahí continuaba. Aunque no solía pensar muy a menudo, cada vez que reparaba en ella, Lucía volvía a experimentar todo lo acaecido y recordaba por qué había insistido en que aquella marca permaneciera. El recuerdo de lo que no podía volver a ocurrir.

De hecho, aquella había sido la razón principal para hacerse policía. A pesar de que sus evaluaciones recomendaran que se especializara en programación avanzada destinada a mantenimiento de equipos, líneas y sistemas, cuando volvió a reincorporarse a sus estudios, reenfocó su vía formativa para conseguir acceder al cuerpo de policía.

Y a pesar del esfuerzo que supusiera aquel cambio, lo había conseguido...

Salió de su ensimismamiento y se duchó. Una vez vestida, bajó al comedor del hotel. Del desayuno disponible, de tipo continental, se sirvió un surtido de quesos y embutido con zumo de naranja recién exprimido y un café bien cargado.

Mientras esperaba al *taxi-bot* que había encargado en la recepción del hotel, se conectó al *DPU* para acceder a la versión oficial, por si debía contestar a algún videoreporter. También quería aprovechar para consultar los resultados de las muestras enviadas el día anterior.

Estaba en ello cuando vio aproximarse a Iriarte. El consultor caminaba hacia ella y la observaba fijamente a medida que iba acercándose. No obstante, al notar que estaba conectada, desvió la mirada para no interrumpirla.

Prácticamente estaba a punto de pasar de largo, cuando Lucía volvió su cabeza hacia él.

—Buenos días consultor —dijo mientras retiraba las conexiones sinápticas.

—Buenos días inspectora —contestó Iriarte.

Lucía notó que el rostro del interpelado se alegraba y eso hizo que, a su vez, también sintiera una punzada de regocijo.

—No quería interrumpirte y por eso no iba a pararme —se excusó Iriarte.

—No hay problema Haron —respondió Lucía—. Estaba acabando de consultar los resultados de los datos recogidos ayer durante la investigación. ¿Ya te vas? —acabó preguntando.

—Sí —contestó Iriarte—. Al haber enviado ya el informe final a gerencia y con la intervención de la policía, puedo dar por terminado mi cometido en este asunto. Me vuelvo a casa, a intentar disfrutar de la semana libre que estaba a punto de tomarme, antes de que me llamaran desde Silke.

—¡Me alegro por ti! —exclamó Lucía.

—Bueno, seguiremos en contacto —acabó la inspectora extendiendo su mano para estrechar la de Iriarte.

—Por supuesto —coincidió este.

A continuación, Iriarte fue alejándose, notando como se formaba un nudo en su estómago.

A pesar del poco tiempo compartido, aquella mujer le había causado una impresión muy profunda. Hubiera deseado poder llegar a saber más sobre ella.

Pero así era la vida.

A veces, el instante espacio-temporal en el que dos personas afines llegan a coincidir, no resulta propicio para permitir que estas profundicen en su relación.

Y mientras aquella reflexión iba ocupando todos los rincones de su mente, salió del hotel y se perdió entre el resto de historias que, junto a la suya, caminaban por la calle en esa soleada mañana.

CAPÍTULO 9

—Buenos días. Soy Jon Piedrafita, el auditor gubernamental de sistemas de datos.

Él no era el típico programador trasnochado. Justo, al contrario. Se veía a sí mismo como la antítesis de la imagen que solían proyectar sus compañeros de profesión. Mientras cursaba sus estudios en la *upUniversity*, le había representado mucho más esfuerzo el hecho de tener que interactuar con aquellos mamarrachos, que únicamente sabían hablar de cuál era el mejor lenguaje para compilar los nuevos programas que estaban desarrollando, que los propios estudios en sí.

De ahí que, desde el mismo momento en el que se licenció, tuvo claro que no iba a trabajar como programador. Él quería dedicarse a algo que le permitiera desarrollar su talento para interactuar con datos e *IA*.

Y lo había conseguido.

Aquel trabajo le permitía repasar una ingente cantidad de líneas de código y datos, a la caza del "bug" que pusiera al descubierto alguna trama destinada a defraudar al erario público. Como funcionario del estado, tenía acceso a los servidores de *IA* de cualquier persona, entidad, corporación o asociación, independientemente del tamaño de esta y siempre con el máximo nivel de autorización de acceso, el grado 0.

Además, era de los mejores en su trabajo.

Llevaba ya desenmascaradas varias redes de defalco, incluida alguna gran corporación, que había acabado en sanciones económicas de cuantías astronómicas y llevado al arresto de uno de sus directivos.

Aquel día, se encontraba en Cantabria. A punto de entrar en la planta de producción de Silke Industries. En la última regulación de impuestos que presentara la compañía, se había detectado un decremento considerable en los beneficios declarados respecto al año anterior. Esta circunstancia siempre hacía saltar la alarma del sistema, conocida como PFF "Posible Fraude Fiscal".

Y cuando esa alarma se disparaba, automáticamente se generaba un aviso de *track_ticketing* para que él interviniera.

Le acompañaron hasta el despacho de gerencia. Angélica Cuéllar le estaba esperando.

—Buenos días señor Piedrafita. Encantada.

La voz de la gerente era calmada y su gesto más adusto que de costumbre.

—Buenos días —se limitó a contestar Luis.

Tenía por costumbre limitar al mínimo cualquier relación con los responsables o las personas con las que debía interactuar en sus auditorías. Ello le permitía mantener una distancia adecuada para que su código de imparcialidad y objetividad no resultara afectado.

El auditor hizo un breve resumen sobre cómo pensaba enfocar su intervención. Tampoco se extendió demasiado. Todo había sido previamente coordinado ya entre la *IA* de la compañía y la del departamento central. De ahí que daba por sentado que la gerente estaría debidamente informada.

Angélica Cuéllar se mostró de acuerdo con el plan de auditoría y llamó al responsable de seguridad, Ander Esteban, para que acompañara al funcionario al CPD donde se encontraba alojada la *IA* central.

—Muchas gracias —dijo Jon Piedrafita una vez llegaron allí—. Ahora le agradeceré que me

deje solo. No admito que nadie interfiera en mi trabajo mientras estoy conectado. A no ser que se hunda el edificio, le comino a que evite a toda costa que alguien me moleste —ordenó.

—No hay problema. Esta zona de la planta está prácticamente desocupada todos los días. Únicamente se accede aquí por motivos de mantenimiento. Así que no debe preocuparse, nadie le molestará. En caso de necesidad, solo deberá llamar por el intercomunicador —respondió a su vez el responsable de seguridad.

—En cuanto al tema del intercomunicador, ¿hay algún otro sistema que permita que sea yo el que llame evitando que me contacten? —preguntó el auditor.

"Menudo gilipollas" pensó Ander.

En los seis años que llevaba en ese trabajo, no había conocido a alguien tan cretino como el sujeto que tenía delante en aquel momento.

—A ver, habría una manera de evitar cualquier injerencia desde el exterior. Dejarle sin intercomunicador. Pero no puedo permitirlo —acabó contestando.

—¿Hay algún sistema de comunicaciones dentro del CPD? —insistió Jon Piedrafita.

—Evidentemente —Ander Esteban estaba empezando a perder la paciencia.

—Bien, ¿y si le firmo un pliego de exoneración de responsabilidad tanto de su persona como de la compañía y de esa manera prescindo de la obligatoriedad de tener que disponer del intercomunicador? —propuso el auditor—. Verá, no es la primera vez que lo hago. En otras organizaciones ya ha funcionado. Desgraciadamente, sé por experiencia que cuando he tenido que llevar el intercomunicador, nunca soy el primero en utilizarlo —acabó quejándose.

—No sé, debería consultarlo —contestó en tono dubitativo el responsable de seguridad.

Ander se dirigió hacia el *edesk* más cercano y se conectó para buscar algún protocolo de seguridad desarrollado por la *IA* central que pudiera resultarle de utilidad. Finalmente, esta le devolvió un modelo llamado "Acuerdo de compromiso" que se ajustaba a la petición realizada por el funcionario. El documento legal estipulaba que, en caso que algún visitante externo se negara a acatar alguna de las normas de seguridad de la empresa, si firmaba dicho pliego, se exoneraba de toda responsabilidad tanto a la compañía como a sus trabajadores, en el supuesto de que sufriera cualquier tipo de daño.

El responsable de seguridad envió el documento al *DPU* de Jon Piedrafita, que lo firmó a través de su huella digital y escaneado de retina, previa comprobación de que los metadatos se habían rellenado correctamente.

Cuando por fin se quedó solo, el auditor respiró satisfecho mientras paseaba la mirada por el interior del CPD. La sala era inmensa, una de las más grandes en las que había trabajado. Hacia la mitad de la misma, comprobó que tenía una mesa preparada con *edesk* donde conectarse, una cómoda silla ergonómica y material diverso que pudiera llegar a necesitar.

Descubrió que también le habían dejado una cesta con comida, un par de sándwiches, unas piezas de fruta y tres botellas de agua.

Dejó sus cosas encima de la mesa y se sentó. Tenía ganas de comenzar.

Se conectó a la *IA* y se lanzó cuesta abajo hacia la avalancha de datos e información que se abría ante él.

—.—

Iriarte se quedó totalmente contrariado al comprobar la identidad del emisor de la llamada que aparecía en su *DPU*.

—Hola Otto —contestó.

—Hola Haron...

Tras el frío saludo, siguió una incómoda pausa. Debía hacer ya más de nueve años desde la última vez que hablaran. El distanciamiento entre ambos hermanos era más que evidente.

—Verás... —continuó Otto—, se trata de Maybel.

Iriarte sintió cómo una fuerte oleada de angustia se apoderaba de él. Notó que, mientras esperaba a que su hermano continuara, las fuerzas le iban abandonando rápidamente.

—Ha...ha sufrido un accidente y está muy grave. Fue ayer por la noche. Está ingresada en el Centro Cimino. Pensé que debías saberlo.

Iriarte seguía enmudecido, incapaz de articular palabra alguna. El único pensamiento que ocupaba su mente en aquel momento, era un recuerdo de días atrás, cuando acabara pronunciando el comando "Descartar llamada". El instante en el que, a punto había estado de volver a hablar con su hermana y que, finalmente, acabó pasando de largo.

—¿Qué?... ¿Qué ha ocurrido? —fue la única pregunta capaz de formular al cabo de unos instantes.

—Pues aún no estamos seguros del todo. Después de la reunión del grupo de encuentro, nos despedimos y me dijo que se marchaba para casa. Al cabo de un par de horas me avisaron desde el Centro Cimino. La habían ingresado en estado crítico. Al parecer alguien les avisó de una mujer desmayada en mitad de la calle. Pudieron localizarme accediendo al *emergency_id* de su *DPU*.

—Pero, ¿cómo está? —Iriarte hablaba con hilo de voz.

—Está mal. Inconsciente. No saben qué tiene exactamente —contestó el hermano mayor.

—Ok, voy para allá —se despidió Iriarte.

—De acuerdo, hasta ahora.

Iriarte tiró el *DPU* hacia el sofá y enterró la cabeza entre las piernas mientras se cubría con los brazos. Debía calmarse e intentar pensar con claridad.

Reservó un *taxi-bot* y bajó a la calle. Durante la espera, de pie en la calle, notaba como la sangre bombeaba fuertemente en sus sienas.

Mientras se dirigía hacia el Centro Cimino intentaba aclarar sus ideas. Aquel centro no era un hospital de verdad. No tenían instrumental de última generación y él sabía que poco podrían hacer por su hermana. En el trayecto, llamó a dos *meta-humanos* que podían ayudarle, el doctor Muriel, que trabajaba en un hospital cercano y a su amigo y abogado, Andrés Hurtado.

Debía empezar a preparar el traslado.

Al entrar al Centro Cimino, se tropezó en el hall del recinto con Otto que en ese momento se dirigía a la calle a tomar algo de aire fresco.

El encuentro entre ambos hermanos fue gélido. Se estrecharon la mano en actitud distante.

Iriarte preguntó:

—¿Alguna novedad? ¿En qué habitación está?

—De momento nada —comenzó Otto—. Está en la quinta planta, habitación 516. He bajado porque me han dicho que todavía falta una media hora para que pase el doctor.

—¿Doctor? —preguntó Iriarte en tono sarcástico—. ¿Ahora los llamáis así? Después de casi 24 horas ni siquiera han sido capaces de hacer un diagnóstico. Mira Otto, voy a llevarme a Maybel a un hospital de verdad —acabó diciendo en actitud imperativa.

—¿Cómo? Ella está bien aquí. Entre los suyos —le replicó el hermano mayor.

—Otto, no voy a discutir contigo —comenzó Iriarte con voz firme—. Para mí eres un caso perdido, igual que lo soy yo para ti. Por lo tanto, no merece la pena que nos hagamos perder el tiempo mutuamente. Sabes que la ley me ampara. Mientras venía para acá ya me he asesorado.

—Eres lo peor.

Mientras pronunciaba esas palabras, los labios de Otto se habían contraído en un rictus de desprecio absoluto.

—Sabía que no debía haberte avisado. Anda, sube y díselo a nuestra madre, a ver qué le parece. Dale otro disgusto más, como has hecho siempre, pensando en ti únicamente. Y eso que fue ella la que insistió en que debía llamarte. ¡Desgraciado!

—Descuida, lo haré ahora mismo. Adiós Otto —zanjó Iriarte.

Antes de subir, Iriarte se dirigió hacia el mostrador de admisiones y pidió hablar con el director del Centro. Cuando este apareció en la pantalla, fue directo al grano. Le pidió su *contact_id* para enviarle el formulario de traslado que, previamente y con ayuda de su amigo Andrés Hurtado ya había rellenado y firmado. Mientras la cara del director palidecía, Iriarte iba informándole de que ya estaba todo preparado para que el centro tramitara el alta, a falta de su visto bueno.

A pesar de estar bastante ultrapasado por la vehemencia de Iriarte, el hombre consiguió rehacerse y empezó con un discurso formal:

—Verá Señor Iriarte, tenemos un protocolo aprobado para poder cuidar de los nuestros. Nos ampara la convención de reconocimiento de especie #245/66.

—Vamos a ver —contestó Iriarte—. Creo que no me he explicado con claridad. No he venido a discutir. El formulario que le acabo de enviar, tiene por objeto que acabe de ratificar el traslado. Si lo retrasa un segundo más, lo próximo que le haré llegar, será una demanda judicial que también está preparada y firmada.

—Eee...bueno...eee... No entiendo esta amenaza. Estamos en nuestro derecho de obrar según nuestras convicciones. No obstante, tampoco considero adecuado que, habiendo una vida de por medio, entremos en litigio. Está bien, nos ponemos a ello —accedió finalmente el director con el rostro desencajado.

—Gracias. Es lo mínimo que se espera de ustedes —dijo Iriarte para dar por zanjada la discusión.

Otto seguía contemplando la escena a cierta distancia. Su mirada había virado desde un desprecio absoluto, del quien se considera en superioridad moral, al más profundo rencor al verse derrotado.

Mientras avanzaba hacia el ascensor del edificio, esa mirada no pasó desapercibida para Iriarte.

Al llegar a la habitación, antes de entrar, respiró profundamente. Su padre había muerto hacía nueve años y desde entonces, eran contadas las ocasiones en las que hablara con su madre. Ya estaba mayor y sabía que todo este tema no sería nada fácil de asumir para ella.

Abrió la puerta.

La escena que apareció ante su vista, le arrebató por completo el ánimo. A punto estuvo de traspasar la coraza emocional con la que se había ido pertrechando mientras se dirigía hacia allí.

La distancia física y emocional, suele ayudar a que las personas acaben desdibujando los rostros y recuerdos de aquellos con los que convivieran en el pasado pero, cuando ese alejamiento desaparece y se produce una simultaneidad espacio-temporal, esos rostros y recuerdos vuelven a tornarse tan nítidos como el agua, haciendo que, nuevamente, deban enfrentar sus propios demonios.

Contempló a su amada hermana. Postrada en la cama, inconsciente y atravesada por los distintos aparatos de asistencia y diagnóstico. Después amplió el encuadre y fijó la vista en su madre. Totalmente envejecida y derrotada, con la mirada clavada en el rostro de su hija, colgada de su mano.

Se obligó a dar un paso. Después otro. Avanzaba, aunque lo hacía con actitud vacilante.

—Hola mamá —dijo con voz entrecortada.

—Hola hijo ¿cómo estás? —contestó la madre con voz exhausta, en parte debido a la edad, pero especialmente por las terribles circunstancias que estaba viviendo.

—Verás mamá —comenzó Iriarte mientras una lágrima resbalaba lentamente por su mejilla—. No puedo permitir que Maybel se muera sin hacer nada por ella. Voy a llevármela a un hospital de verdad. Podéis odiarme por ello, pero solo quiero que mi hermana viva. Y para ello, debo agotar todas las posibilidades —acabó diciendo antes de que se le quebrara la voz.

—Lo entiendo perfectamente hijo —contestó la madre—. Yo te apoyo. La vida de Maybel está por encima de cualquier otra cosa.

Aquella respuesta fue demasiado para él. Se derrumbó allí mismo. Empezó a llorar con profundos sollozos mientras hundía la cara en el regazo de su madre. Ella, a su vez, acariciaba tiernamente el cabello del hijo con una mano, en tanto que, con la otra, seguía aferrada a la mano inerte de la hija.

—.—

Angélica Cuéllar llamó al responsable de seguridad para cerciorarse de que el consultor se hubiera instalado correctamente en el CPD.

—Ya está hecho señora Cuéllar —le informó Ander Esteban.

—¿Ha ido todo bien? —insistió la gerente.

—Bueno, perdone por la expresión, pero ese tipo es un cretino —respondió a su vez Ander—. Me ha obligado a facilitarle un acuerdo de exoneración de responsabilidad para no tener que llevar intercomunicador. He tenido que conectarme a la *IA* para buscar algún modelo disponible. Afortunadamente hemos podido solucionarlo.

—¿Eso quiere decir que ahora mismo está totalmente aislado y sin posibilidad de comunicación con el exterior? —volvió a preguntar Angélica.

—No del todo. Aún dispone de la vía ordinaria situada en la sala. Ya le enseñé dónde está ubicada y cómo utilizarla.

—¿Y qué hay del *edesk*? ¿No podría comunicarse también por ahí?

—No. El *edesk* está conectado únicamente al servidor. Sin salida al exterior por motivos de seguridad de red.

Aquella eventualidad no gustó nada Angélica Cuéllar. Que hubiera una persona a solas con su *IA* central y que, además, estuviera sin ningún tipo de conexión con el centro de control de planta, le incomodaba profundamente.

El boicot de Anzo estaba aún muy reciente. Si bien se había mapeado varias veces todo el sistema, no podían tener la certeza absoluta de que toda la red estuviera completamente libre de malware. Y tampoco se olvidaba de la muerte en la *bioindustry*. No podía permitir que se produjera otro incidente.

—No me gusta que esté allí solo y totalmente incomunicado —informó a su colaborador.

—Pero señora Cuéllar, no lo está —se defendió este—. Usted no sabe lo intenso que puede llegar a resultar ese hombre. Prácticamente me lo ha ordenado.

—Por favor, señor Esteban. Quiero que dé prioridad inmediata a las cámaras del recinto y que monitorice el puesto de trabajo del consultor. Que, además, vaya alguien también para la entrada del CPD y monte guardia permanentemente en la puerta. ¡Y lo quiero para ya!

"¿Pero qué cojones pasa hoy?" pensó Ander Esteban. "¿Es que se ha extendido un ataque de

paranoia global?"

—De acuerdo señora Cuéllar. Nos ponemos a ello inmediatamente —acató.

Desde la sala de control, marcó los comandos correspondientes y colocó al frente las imágenes del CPD. A la vez, dio instrucciones a un colaborador de su departamento para que se dirigiera hacia allá.

Mientras tanto, Jon Piedrafita seguía enfrascado en la revisión de la infinita marea de datos de la organización.

No obstante, en cierto momento comenzó a notar que, de repente, le faltaba el aire. Le costaba enormemente respirar. Desconectó las sinapsis y descubrió horrorizado que el display del final de la sala indicaba que se había disparado el sistema de protección contra incendios por inundación de CO₂ del recinto. Sin embargo, las alarmas acústica y visual no se habían activado.

Cogió todo el aire que pudo y corrió hacia la puerta de salida del CPD. Cuando llegó, intentó abrirla, pero no pudo. Estaba bloqueada y cerrada herméticamente puesto que el sistema de protección contra incendios ya había entrado en funcionamiento.

En paralelo, Ander Esteban también contemplaba la escena. Sabía que la puerta debía desbloquearse de forma manual porque, de lo contrario, permanecería cerrada hasta que se descargara completamente el agente extintor y seguiría así durante treinta minutos más. Así lo establecía el protocolo del sistema.

Llamó al colaborador que se estaba dirigiendo hacia el recinto, urgiéndole a que llegara lo antes posible y explicándole la emergencia que acababa de producirse.

Mientras observaba como su colaborador se acercaba al recinto, por el otro monitor veía al auditor golpeando frenéticamente la puerta del CPD, pero no podía hacer nada. Al cabo de unos instantes, contempló horrorizado cómo este se desmayaba y caía al suelo, inconsciente.

El colaborador ya estaba trabajando en el desbloqueo manual del acceso al recinto. Afortunadamente era un gran profesional y no tardó demasiado. Antes de comenzar a abrir la puerta, cogió el equipo de respiración asistida situado a la entrada del recinto.

Por fin, abrió la puerta y arrastró hacia afuera el cuerpo inerte de Jon Piedrafita. Inmediatamente, le colocó el equipo para que le realizara el masaje de reanimación cardipulmonar (RCP). Al acabar, se activó automáticamente el suministro de oxígeno para acabar de desplazar el CO₂ que aún pudiera estar presente en los pulmones.

Poco a poco, de forma gradual, Jon Piedrafita fue recuperándose. Estaba visiblemente mareado y respiraba con dificultad, pero por suerte, no hubo que lamentar ningún mal mayor.

Ander Esteban llamó a Angélica Cuéllar. Mientras se dirigía hacia el CPD le explicó todo lo que acababa de ocurrir.

La gerente no se lo podía creer. Ahora sí que resultaba evidente que estaban siendo objeto de un complot, destinado a hundir la empresa.

En ese momento no podía dejar de pensar en si el auditor compraría su versión de los hechos.

¿Cómo iban a explicarle que aquel incidente nada tenía que ver con el hecho de que estuviera llevando a cabo una auditoría?

Se conectó a la IA rápidamente para hacer un despacho de urgencia y establecer la línea de actuación que debían emprender.

—.—

—Tranquilo Iriarte. Tu hermana se va a poner bien —comenzó el doctor Muriel—. Hemos llevado a cabo un escáner interno con nanobots y hemos descubierto que tenía un coágulo en uno

de los vasos sanguíneos del lóbulo derecho del cerebro. Mientras hacían el diagnóstico, ya han ido deshaciéndolo de manera que la sangre vuelva a circular libremente.

—Pero, ¿quedará alguna secuela? —preguntó con ansiedad Iriarte.

—De momento no podemos asegurar nada. Al menos podemos descartar las del sistema motriz. De las pruebas realizadas por los nanobots, parece evidente que este se ha conservado intacto. Pero cerebralmente sí que hemos observado algún daño. Habrá que esperar a que despierte, para poder acabar de hacer un diagnóstico completo y así determinar el alcance total de los daños sufridos.

—Muchas gracias doctor —dijo Iriarte mientras estrechaba la mano del galeno.

—No hay de qué. Seguiré por aquí un par de horas más por si me necesitas —se despidió el médico.

Una vez a solas, volvió a contemplar el rostro de su hermana. Dormía profundamente.

Su madre también se había quedado dormida en la *ergochair* situada al lado de la cama. Aquellas sillas, especialmente diseñadas para los que debían acompañar a los enfermos, eran capaces de ajustarse automáticamente a una serie de posiciones que se adaptaban al cuerpo, a través de un sistema de microsensores de presión, ayudando así a que el trance de la vigilia fuera más llevadero.

Aún deberían esperar algún tiempo para comprobar si iban a quedar secuelas debidas al ictus.

Finalmente, Iriarte se sentó en otra butaca situada frente a la cama y exhaló un profundo suspiro. Solo habían pasado diez horas desde la llamada de su hermano, pero a partir de aquel momento, todo había sucedido a una velocidad de vértigo. El traslado se llevó a cabo en un tiempo récord y afortunadamente, nada más realizar el ingreso en el hospital, intervinieron de urgencia a Maybel.

Se sentía exhausto. La tensión emocional experimentada había sido brutal. A la enorme angustia creada por el terrible suceso de su hermana, se sumaba el regreso al mundo *non_MOD*, después de más de veinte años de haber cortado toda relación con ellos. Volver a enfrentarse con sus trasnochadas convicciones había supuesto un gran reto. Y todo ello, personificado en su nefasto hermano.

Este, ni siquiera fue capaz de ir al hospital. Aquel fanatismo de trinchera que militaba, sacaba de quicio a Iriarte. Ambos hermanos nunca habían congeniado, pero conforme avanzaba el tiempo, cada vez se distanciaban más.

Desde que el consultor se fuera de casa, Otto había ido volviéndose cada vez más radical en su postura como *non_MOD*. Insistía continuamente, tanto a sus padres como a su hermana, en que debían restringir al máximo cualquier contacto con el hermano descarriado ya que, tal y como enseñaban los "puros", mucho peor que un humano modificado era aquel que, habiendo nacido en la autenticidad del género homo, se alejaba de esta para ir en pos del desafuero tecnológico.

Y finalmente había conseguido salirse con la suya.

Iriarte no pudo despedirse de su padre antes de que este muriera. Su progenitor había comprado, palabra por palabra, el discurso del hijo mayor y cuando enfermó, no consintió que avisaran al hijo descarriado. Ni siquiera al notar que se acercaba su fin.

Con Maybel y su madre en cambio, Otto no había tenido tanto éxito. Aunque de todas formas sí que consiguiera que la relación entre madre e hijo y especialmente, entre hermano y hermana, se hubiera debilitado al máximo.

Iriarte suponía que, el hecho de que su madre accediera e incluso apoyara que trasladaran a Maybel desde un centro *non_MOD* hasta un hospital dirigido por *metas*, habría supuesto un golpe muy duro para su hermano. Algo que acabó resultando imposible de digerir.

Todo aquel cóctel de emociones, había llevado a Iriarte hasta el agotamiento extremo. Sin darse cuenta, con los brazos cruzados sobre el pecho, comenzó a reclinar la cabeza lentamente mientras cerraba los ojos. Hasta que se quedó profundamente dormido.

Despertó cuando, desde una lejana distancia, escuchó la voz de la madre llamándole.

Su hermana había recobrado el conocimiento.

—¡Hola Maybel! —exclamó mientras se incorporaba rápidamente.

—Jooo-l-eee-uuu-iii-aaa... —contestó la hermana.

Maybel arrastraba las letras con voz pastosa. No era capaz de pronunciar ninguna palabra. Su rostro comenzaba a reflejar la angustiada sensación de quien descubre que es incapaz de formar un pensamiento con su mente y mucho menos convertirlo en un mensaje verbal.

Iriarte se percató enseguida de que algo no iba bien. Aquella debía ser la secuela que le anunciara antes el doctor. La consecuencia de haber sufrido el ictus.

Tranquilizó a Maybel. Le dijo que no intentara hablar, que se relajase. A continuación, salió de la habitación para ir en busca del doctor Muriel.

—El tratamiento va a ser largo, pero el porcentaje de éxito es prácticamente del cien por cien —anunció el doctor después de haber examinado a Maybel.

—Es una pena que no tenga sinapsis conectivas —continuó—. De ser así la recuperación sería mucho más rápida. De todas formas, con el protocolo de tratamiento para no modificados que hemos desarrollado, también hay un elevado porcentaje de éxito. No obstante, tu familia debe tener claro que se llevará exclusivamente mediante medicina automatizada e IA. No creo que exista nada parecido en sus centros de tratamiento.

—Bueno doctor, yo voy a intentar que se someta al tratamiento que usted propone aprovechando su ingreso. ¿Cuándo lo podría comenzar? —preguntó Iriarte.

—Mañana ya estaríamos en condiciones de poder iniciarlo —respondió el médico.

De vuelta a la habitación, Iriarte explicó a su madre la conversación que acababa de mantener con el doctor Muriel. Mientras lo hacía, notaba como la sombra de una duda cruzaba por la cara de su progenitora.

Intentó no perder la paciencia.

—Mamá, ahora no es momento de preocuparse por lo que pueda llegar a pensar u opinar Otto o los miembros del grupo de encuentro. Hay que actuar para que Maybel pueda volver a hablar y se recupere por completo, lo más pronto posible.

—Sí hijo —respondió la madre—. Pero si existe una terapia alternativa en el Centro Cimino, creo que deberíamos ir allí a probarla. Cuando todo esto pase, tú volverás a tu vida y nosotros regresaremos también a la nuestra. Allí nos esperan las personas que la comparten a diario. Si, después de todo lo que ha pasado, volvemos a prescindir de los nuestros, no será nada fácil convivir con su reacción después de haber hecho ese doble desprecio.

—Pero mamá —insistió Iriarte—. ¿No ves que es por el bien de Maybel? No sabemos nada del tratamiento del Cimino y en cambio ella ya está aquí. Y nos han garantizado su recuperación.

—Lo sé Haron —contestó la madre—. Pero ahora que ya ha pasado el peligro, creo que esta es la manera más adecuada para que las aguas vuelvan a su cauce. La decisión que más se ajusta a nuestras convicciones.

—Pero si esas convicciones son una carga para vosotras, ¿por qué seguís obedeciéndolas? —Iriarte seguía insistiendo en un obstinado esfuerzo por intentar convencerla.

—¿Una carga? No hijo, no son ninguna carga. Es mi forma de vida. El modelo que he seguido desde que tengo uso de razón. Esas personas son como mi familia. Son las que comparten mi modo de pensar. ¿Una carga? —volvió a preguntar la madre retóricamente—. No, no lo son para mí. De

hecho, no sería capaz de imaginarme una existencia diferente.

Iriarte acabó asintiendo y ya no persistió más.

Veía que, por más que lo intentara, no se podía hacer entender la lógica del cambio a alguien que hubiera decidido entregar su individualidad de pensamiento a un credo comunal, aunque este no tuviera ninguna base.

Su familia estaba totalmente perdida.

No habían pasado ni 24 horas desde que Maybel estuviera a punto de morir y para su madre, era mucho más pesado el sentimiento de pertenencia al grupo, que la posibilidad de un tratamiento no aprobado por los *non_MOD* pero que resultaría más adecuada para su hija.

Aquella certeza, hizo que acudiera a su mente un artículo leído hacía tiempo y escrito mucho más tiempo atrás, por un historiador llamado Yuval Noah Harari, en el que se disertaba sobre cómo podía llegar a "hackearse" un cerebro.

Se explicaba cómo, a pesar de que por aquel entonces muchos asumían el concepto de que las personas eran entes únicos, distintos a todos los demás animales gracias a disponer de libre albedrío, en realidad dicho concepto no existía, al no estar basado en un hecho científico.

Lejos de aquel mito, heredado de una antigua religión llamada cristianismo, el autor postulaba que los humanos efectivamente tenían voluntad, pero que esta no era libre. Más bien, cada decisión que tomaban, estaba condicionada por una serie de condiciones biológicas y sociales, que escapaban al control del individuo y por lo tanto, nunca eran independientes.

El artículo seguía exponiendo la forma en la que, si se era capaz de controlar la bioquímica y la neurología de una persona, sería posible "hackear" su cerebro. Es decir, que una mente podría llegar a manipularse, llevando a cabo el mismo proceso con el que se programa y controla a una máquina. Al monitorizar y medir unas determinadas señales, se puede reajustar cualquier desviación en la programación inicial que se produzca en dicha máquina. Aplicando un bucle de control preciso, la máquina volverá a cumplir con la rutina inicial programada. De igual forma, actuando sobre las señales neuro-fisiológicas de las personas, podría llegarse a manipularlas.

A partir de ahí, el historiador continuaba argumentando que la ingenua fe de las personas en el libre albedrío las cegaba al pensar que nadie, jamás, podría "piratear su espíritu humano, por contener este algo que iba más allá de los genes, las neuronas y los algoritmos".

Y sin embargo, eso era precisamente lo que hacía la propaganda y la manipulación. "Utilizar munición de alta precisión contra objetivos escogidos", es decir, los cerebros de las personas y en consecuencia, sus propias voluntades. A pesar de que siguieran sosteniendo que poseían libre albedrío en sus elecciones.

Finalizaba el articulista defendiendo la idea de que, como única forma de luchar contra todo aquello, uno debía llegar a conocerse a sí mismo mejor de lo que pudiera hacerlo cualquier algoritmo, desarrollado para medir e interpretar los patrones biométricos producidos por el propio individuo.

Sostenía que lo que debía hacerse antes de obedecer inmediatamente cualquier idea que pudiera surgir en la propia mente, era analizar "de dónde venía" dicha idea. Ser capaz de distinguir si ese pensamiento en realidad, podría no ser propio, sino tratarse de una serie de "vibraciones bioquímicas" inducidas por algún agente externo.

"¡Qué pena!" —concluyó Iriarte mientras rememoraba aquel escrito—. "Se consideran guardianes de la esencia del género humano y precisamente son lo contrario. La constatación definitiva de que la manipulación grupal todavía es factible en nuestros días". "Y lo que es peor, sin necesidad de tecnología de conexión sináptica".

CAPÍTULO 10

Lucía continuaba conectada a la cyber-red policial, analizando cada registro consignado en el expediente. Desde que regresara a la comisaría central de su visita a la *bioindustry* de Asturias, se hallaba totalmente enfrascada en la investigación.

Había cruzado todos los datos y metadatos obtenidos. Registros de acceso de personas y entidades, grabaciones audiovisuales, muestras biológicas, registros de traza del material instalado en la *bioindustry*, declaraciones de diversos testigos, informes forenses de ambas víctimas, el informe pericial de Iriarte, antecedentes del entorno inmediato de los fallecidos, afiliaciones políticas, culturales y un larguísimo etcétera, aportado por la inmensa red de información del sistema.

No obstante, por más que procuraba trazar un patrón, no lograba establecer ninguno en concreto. De momento, tampoco los aportados por la *IA*, habían resultado convincentes.

Dado que el estudio del conjunto de datos no le estaba ayudando a establecer una línea de acción concreta en la investigación, decidió centrarse en las evidencias recogidas, pero esta vez, de una en una, analizándolas de forma individual.

Era obvio que alguien había manipulado las instalaciones en ambos escenarios con el fin de que resultaran mortales. En el de la *bioindustry*, el informe de Iriarte establecía la conexión sináptica como el medio a través del cual el operario había sido electrocutado. Coincidió con la forma en la que falleciera la segunda víctima, dado que el líquido MR había sido transfundido por el mismo canal.

A pesar de existir un nexo causal entre las dos muertes, no conseguía establecer un patrón lógico que explicara la relación entre ambas. Si, como parecía, fueron perpetradas por el mismo asesino, este no había dejado tras de sí ningún tipo de sello o marca personal. Al menos no de forma evidente. No parecía buscar fama provocando dichas muertes. Tampoco se podía deducir que intentara perjudicar a una corporación determinada, dado que las empresas en las que se habían producido los siniestros, no tenían ningún tipo de vínculo empresarial entre sí.

¿Pretendía entonces dar algún tipo de mensaje? En caso afirmativo, este no resultaba evidente.

Se dio cuenta de que por esa vía no podría avanzar mucho más. A pesar de que la metabase de datos de la policía albergaba millones de perfiles psicológicos, creados a partir de todos los casos de crímenes registrados desde el S. XIX, que además se nutría de registros compartidos por diversos cuerpos policiales de diferentes países; dichos perfiles estaban desarrollados a partir de alguna señal reconocible que el asesino hubiera dejado en sus víctimas o en las escenas del crimen. De esa forma se podía establecer un patrón de conducta o de personalidad.

Pero en este caso, al no poder introducir en el sistema ningún dato o señal clara que fuera imputable al asesino, la *IA* no disponía de ningún punto de partida o referencia para poder cruzar los datos y crear un perfil.

Pasó, por tanto, a revisar las diversas muestras biológicas recogidas en ambos escenarios. Tampoco por esa vía encontró ninguna veta que le permitiera continuar escarbando.

Gran parte del material pertenecía a las propias víctimas y el resto, a personas cuya presencia en ambas escenas entraba dentro de lo esperado. Correspondían a diferentes trabajadores, propios y externos pertenecientes a empresas que desarrollaban su labor en esas zonas. Una vez cruzadas

sus declaraciones con las grabaciones de los diferentes emplazamientos supervisados, se comprobaba que coincidían en hora, lugar y labor desarrollada. Por lo tanto, a priori, también quedaban descartadas como presuntos autores.

Decidió pues, continuar con los registros de traza del diverso material del circuito descubierto por Iriarte.

Tal y como ya supuso al recoger el material del escenario, a pesar de que su tipología era bastante común —por no disponer de ninguna característica o rasgo especial—, no había sido adquirido a proveedores que permitieran hacer un rastreo de la compra. Por esa vía llegó también a un punto muerto.

A parte de las sinapsis como elemento común a través del que se produjeran las muertes, se daba otra coincidencia entre ambos escenarios. La empresa externa que prestaba servicios de mantenimiento, tanto en la *bioindustry* como en el edificio multiplanta en el que se encontraba la empresa de videojuegos. Se denominaba Integra Services.

A partir de ese dato, Lucía se centró en analizar todas las intervenciones realizadas por sus empleados en ambos emplazamientos. El conjunto de información recabada no devolvía nada extraño. Al cruzar partes de intervención y *holo_albaranes*, con grabaciones, registros de entrada y salida y despiece de material utilizado por cada trabajador, se obtenía un resultado correcto en el que todo cuadraba.

No obstante, a partir del concepto de proveedor externo, Lucía tuvo la ocurrencia de ampliar la búsqueda a cualquiera con esa función que, a su vez, tuviera relación con ambas empresas. Lanzó un comando de búsqueda entre todos los perfiles que hubieran interactuado con las dos empresas y dejó que fuera la *IA* quien fijara los parámetros de coincidencia, por muy peregrinos que estos resultaran. Tenía la esperanza de llegar a dar con algún tipo de resultado que abriera una nueva vía de investigación.

Así pues, mientras la *IA* trabajaba, se desconectó del sistema y decidió salir a la calle para despejarse un poco y, además, aprovechar para comer algo.

Cuando estaba a punto de abandonar la oficina, recibió un aviso en su *DPU* de Marcelo Riera. Debía pasar por su despacho.

"¡Este hombre tiene el puto don de la inoportunidad!" pensó Lucía.

—Hola inspectora. Sigo esperando un informe. ¿Qué pasa? ¿Se te está atragantando el tema? ¿Por qué no hay ningún avance?

—No es tan sencillo como parece a simple vista, Riera —se defendió Lucía.

—¡Pues debería serlo joder! —le espetó su superior—. Acabo de recibir una llamada del Departamento de delitos económicos. Les han avisado desde la planta de producción de Silke Industries en Cantabria. Al parecer hoy tenían a uno de sus auditores allí y ha estado a punto de "palmarla".

—Parece que han vuelto a sufrir un nuevo sabotaje en sus instalaciones —explicó Riera en tono más calmado después de una breve pausa.

Aquello descolocó completamente a Lucía. ¿Tres incidentes en tan poco tiempo? El tema estaba empezando a adquirir una dimensión peligrosa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Por lo visto, el tío estaba en el CPD de la planta y, sin previo aviso, se activó el sistema contra incendios que inunda el recinto con CO₂, suprimiendo a la vez todo el oxígeno disponible. Ha estado a punto de asfixiarse. Por suerte, pudieron salvarle in extremis —explicó Marcelo.

—Pero, por lo que tengo entendido, esos sistemas tienen varias alarmas de preaviso que se activan antes de que el gas se descargue, ¿no? ¿Cómo pudo ser que el auditor no tuviera tiempo de

reaccionar? —razonó para sí Lucía.

—Ese es el motivo por el que deducen que puede haberse tratado de un sabotaje. No se activó ninguna alarma. Un par de agentes de la zona ya están trabajando allí, pero quizá deberías ir tú también. Para echar un vistazo —sugirió en forma de orden el comisario jefe.

—De acuerdo iré. Iba a salir a comer algo porque he dejado a la "señora" haciendo un cruce de datos bastante extenso. ¿Qué hago? ¿Hablo con Recursos para que gestionen el billete? —preguntó Lucía.

—Ves tirando para la *hiperestación*. Ya haré la petición yo mismo y que te la pasen directamente al *DPU*. Así te da tiempo de comer mientras vas de camino hacia allá —se ofreció Marcelo Riera.

"En el fondo es un buen hombre" pensó Lucía.

—Muchas gracias jefe —le agradeció.

Recogió sus cosas del *edesk* donde había estado trabajando y dejó marcada la consigna al sistema para que, una vez que acabase, le enviara el resultado del cruce de datos que había lanzado.

Salió a la calle y se dirigió a un puesto ambulante de venta de comida rápida. Al situarse delante del vehículo automático, seleccionó un "Frankfurt Matrioshka" y un agua para beber. Efectuó el pago acercando el *DPU* y a continuación, el *bot* pasó a preparar la comida. Imprimió la carne para crear la salchicha rellena de especias al que debía su nombre el bocadillo. Añadió los diversos ingredientes de acompañamiento y lo colocó en el correspondiente molde de pan. Una vez preparado, lo envolvió y despachó a la hambrienta policía que, mientras tanto, había encargado un *taxi-bot* para dirigirse hacia la *hiperestación*.

Una vez acomodada en su asiento del tren *hyperloop*, volvió a conectarse al *DPU* para aprovechar la hora escasa de trayecto y poder así continuar con la investigación. Tenía curiosidad por saber si la *IA* habría terminado ya el cruce de datos programado.

Así era.

Lucía no podía creer el resultado que la proyección holográfica mostraba ante ella:

Dato coincidente: Grado de Parentesco Primero / Consanguinidad

Proveedor externo / Transportista / Otto Iriarte Guzmán

Proveedor externo / Consultor / Haron Iriarte Guzmán

—.—

—Hola señor Iriarte. Me ha costado bastante poder contactar con usted —se introdujo Angélica Cuéllar.

—Hola señora Cuéllar. Sí, efectivamente he estado ilocalizable durante un par de días debido a un problema de carácter personal —respondió Iriarte.

—Vaya. Espero que no fuera nada grave y que haya podido solucionarlo. ¿Tiene ahora disponibilidad en su agenda? —preguntó la gerente.

—Sí, ya está todo arreglado. Muchas gracias —mintió Iriarte—. Vuelvo a estar operativo nuevamente.

—Me alegro.

»Verá... —comenzó nuevamente Angélica tras una breve pausa—. No sé cómo introducir el tema.

La gerente no acababa de decidirse a hablar. Cuando lo hizo, fue directa al grano. Fiel a su estilo:

—Me temo que hemos vuelto a sufrir otro sabotaje en nuestra planta central de producción, aunque según parece, nada tiene que ver con lo que pasó en la anterior ocasión. Ya sabe, el caso Anzo.

—¿Cómo? —acertó a preguntar el consultor.

La gerente pasó a hacer un breve resumen del incidente que a punto había estado de costar la vida del auditor gubernamental.

—Una vez analizada la situación, el equipo de dirección acordó que su ayuda nos resultaría nuevamente de gran utilidad, al igual que en sus dos anteriores intervenciones. Aunque en esta ocasión, se ha producido una divergencia con la IA. Su criterio era que cualquier intervención externa debería siempre llevarse a cabo a través de una conexión a red. Finalmente, el Consejo Asesor ha acabado decantándose a favor de nuestra solución y descartado el criterio de la IA.

—Pues les agradezco la confianza, señora Cuéllar —dijo Iriarte mientras sentía que una pequeña oleada de ilusión crecía en su interior.

La decisión tomada por el consejo de la empresa, que le acababa de comunicar la gerente, había conseguido contrarrestar en cierta medida, el derrotismo en el que se hallaba instalado desde que regresara del hospital.

—¿Cuándo podría venir? —preguntó Angélica—. No sé si sería pedir demasiado poder contar con su presencia hoy mismo.

Después de una breve pausa continuó:

—Ya tenemos por aquí a varios agentes de policía y nos gustaría que pudiera comenzar lo antes posible. Como podrá imaginarse, ahora mismo la situación es bastante complicada aquí.

—Me hago cargo —dijo Iriarte—. Supongo que en media hora o así podría estar listo. No obstante, debería coordinar el tema del transporte.

—Bueno verá. Nos tomamos la libertad de hacer una prereserva en el *hyperloop* de las 15:30, por si conseguíamos localizarle y tenía usted disponibilidad —dijo la gerente en tono de disculpa.

A pesar de su precario estado de ánimo, Iriarte sonrió con ironía para sus adentros debido al *déjà vu* de la situación. Parecía que siempre que le llamaban desde aquella planta, se trataba de un asunto urgente y ya contaban de antemano con su predisposición a colaborar. Y por ello, se "tomaban" la libertad de preservar el viaje.

Acabó de coordinar con la gerente el resto de detalles del encargo y se despidió.

Recogió la botella vacía de whisky situada frente a él, encima de la mesa. Desde que entrara a su apartamento el día anterior, aquella había sido su única compañía. La solución para poder mantener en blanco la mente. Para no pensar.

Antes de despedirse de su madre, le había pedido por favor, que le mantuviera informado sobre el tratamiento de Maybel en el Cimino. Quería saber cómo pensaban enfocarlo.

Al cabo de unas cuantas horas, ella le había llamado para comentarle que según parecía, todo iba muy bien. Ante aquella frase de manual, Iriarte optó por contrarrestar al animal de la pesadumbre que vivía agazapado en su interior y que, nada más despedirse, comenzara a asomar la cabeza.

Y para ello, había tenido que recurrir a la anestesia proporcionada por aquel caldo de 12 años de antigüedad.

Gracias al nuevo encargo, volvía a tener una meta frente a sí y le resultaría más fácil enfocar la mente y mantenerla centrada.

Finalmente, llegó a Silke Industries hacia las 16:30. Sabía que era muy improbable, pero secretamente, tenía la ligera esperanza de volver a encontrarse con Lucía.

Después de hacer un breve intercambio de impresiones con la gerente, le condujeron

directamente hacia el CPD donde se había producido el incidente.

La zona parecía un hervidero de personas. A pesar de que no se podía acceder al recinto, por estar acordonado por la policía científica y los expertos en criminalística mientras realizaban diferentes análisis, los alrededores estaban atestados de personas. Todas ellas inmersas en sus respectivas tareas, tanto de personal propio de Silke Industries, como de las empresas externas convocadas de urgencia ante aquella eventualidad.

Si bien Iriarte ya había vivido situaciones similares, se sintió algo sobrepasado por el ambiente de agitación que reinaba a su alrededor.

Mientras se situaba en la zona, observó a un individuo que se dirigía hacia él. Caminaba dando largas zancadas y lo miraba fijamente. El hombre era de silueta extremadamente delgada y llevaba el cabello muy revuelto. Por el semblante de su cara, podía intuirse que en esos momentos soportaba una enorme presión.

—¿Haron Iriarte? —preguntó—. Soy Ander Esteban, responsable de seguridad —se presentó mientras tendía la mano hacia el consultor.

—Encantado —contestó este.

—Bueno, tal y como puede ver, esto es un desastre. Acabo de hablar con la policía, pero me han dicho que debo permanecer aquí hasta que llegue el inspector a cargo de la investigación —Ander Esteban hablaba atropelladamente.

—Ya veo —dijo Iriarte.

—La señora Cuéllar me ha encargado que ponga a su disposición cuantos medios necesite para que comience con su tarea lo antes posible. No obstante, tal y como usted mismo puede comprobar, ahora es complicado hacer gran cosa. Ni siquiera nos dejan acceder al recinto.

—Lo entiendo señor Esteban —comenzó el consultor—. Lo que entonces sí agradecería mientras tanto, es que me contara lo que ha pasado.

—Buff... —resopló el responsable de seguridad—. Claro, cómo no.

Se notaba que la tensión soportada durante las últimas horas estaba pasándole factura. En su día a día, Ander Esteban era ya de por sí, de carácter nervioso. Pero, con los acontecimientos que acababan de sucederse que además señalaban directamente en su dirección por haber sido el último en hablar con el auditor, provocaba que se mostrara especialmente irascible e incluso al borde del colapso.

Iriarte notó que el hombre estaba claramente afectado.

—No se preocupe —comenzó—. Trate de tranquilizarse y si puede, lo comentamos más tarde. No hay problema —acabó utilizando un tono de voz lo más calmado posible.

—Discúlpeme es que... —a Ander se le había quebrado la voz—. Es que todavía no me acabo de creer lo que ha pasado.

El consultor y el responsable de seguridad, se fueron apartando lentamente del pulular de gente que continuaba por la zona, para acabar sentándose en unas butacas vacías que se hallaban en un sitio algo más retirado.

Una vez instalados, el atribulado mando intermedio, fue serenándose poco a poco y comenzó a relatar, con más calma, el periplo vivido desde la primera vez que entrara en contacto con el auditor.

Mientras escuchaba con atención, Iriarte no se percató de que Lucía se dirigía hacia el lugar en el que ambos se encontraban.

Al llegar al recinto del CPD, el trabajador de Silke Industries que la había acompañado, señaló en dirección a ambos hombres.

—Aquel de allí es el responsable de seguridad por el que me preguntaba inspectora —le dijo.

—Muchas gracias.

La expresión de Lucía era severa, pero se agravó aún más, al descubrir a Iriarte hablando con el principal testigo de lo ocurrido.

—Buenas tardes. Soy Lucía Lizagoyen, la inspectora a cargo de esta investigación —se presentó delante de Ander Esteban.

—Necesitaría que me acompañara, por favor —acabó pidiendo.

La interrupción de la inspectora, dejó totalmente desconcertados tanto a Ander como a Iriarte. El primero, al verse nuevamente reclamado por la policía, perdió nuevamente la compostura. Y el segundo, al haber pasado de una agradable sensación de sorpresa, debida al reencuentro con Lucía, a una total confusión al notarse totalmente ignorado.

—A usted señor Iriarte, le rogaría que se quedara por aquí. Después también deberé interrogarle —dijo Lucía con mirada de acero.

A continuación, se giró y junto a Ander, se encaminaron hacia el CPD. Mientras tanto, Iriarte se quedó atrás, con expresión contrariada. No entendía lo que acababa de pasar. Desde su agradable despedida en el hotel de Asturias, no habían vuelto a tener ningún tipo de contacto. Por eso, no acertaba a descubrir por qué Lucía lo acababa de tratar con aquella frialdad.

CAPÍTULO 11

Por fin se hacían eco las noticias. Situaban el foco de atención de ambas muertes, en el hecho de que se tratara de accidentes laborales. Pero pasaban por alto la cuestión fundamental. La causa que las había provocado, las sinapsis conectivas.

"No han captado el mensaje". "Aunque en breve lo acabarán comprendiendo" pensó Eusebio Núñez una vez leído todo lo que encontrara publicado al respecto.

"Es hora de ponerse a trabajar" se ordenó a sí mismo.

Después de haber analizado innumerables vías de posible actuación, concluyó que la mejor estrategia para conseguir implantar la ambivalencia nominal en la red, sería basarse en el modelo de interacción entre *IAs*. Partiría del que utilizaba la administración cuando debía establecer el protocolo de acceso, para uno de sus agentes, en la red de cualquier ciudadano o entidad. Mediante esa interacción, se establecía el correspondiente nivel de autorización al que el funcionario tendría permiso para llegar.

Tanto por la formación recibida como por su posterior dedicación profesional, había tenido oportunidad de ver de cerca algún proceso similar y creía ser capaz de reproducirlo. A partir de ahí, podría ya comenzar a implementar la modificación más adecuada para poner en marcha el plan concebido.

A fin de evitar dejar rastro, había alquilado un pequeño local en una de las zonas más económicamente deprimidas de la ciudad. Eligió aquel lugar para no tener la obligación de dar ningún dato personal. Una vez instalado, comenzó su trabajo construyendo y alterando la red interna del apartamento. Su objetivo consistía en llegar a reproducir un modelo, a pequeña escala, de lo que podría llegar a ser una mega red *IA* corporativa.

El siguiente paso, consistió en modificar un *DPU*, adquirido a través de una *cyber-site* de tercera categoría, en el que vendedor y comprador no compartían ningún dato propio. Con aquel dispositivo, pretendía simular la conexión singular que cualquier persona modificada realizaba cuando, a través de sus sinapsis, accedía a la red.

Era consciente de que, para poder llevar a cabo una simulación que fuera lo más realista posible, debería llegar el momento en el que estableciera una conexión sináptica entre un individuo *meta* y la red *IA*. En caso contrario, todo quedaría en un plano teórico y, como él ya sabía por experiencia, no podía aventurarse en un proyecto de esa magnitud sin hacer un ensayo en un entorno real.

No obstante, como aún debía desarrollar muchos detalles previos antes de llegar a esa fase, decidió dejar aparcada la cuestión y centrarse exclusivamente en resolver la implantación de la ambivalencia nominal en una red *IA*. Aunque no por ello olvidó que, llegado el momento, sería inevitable tener que utilizar a una persona.

Todas las acciones ejecutadas hasta esa fecha, las había acometido siempre solo. Salvo en una ocasión.

Cuando tuvo que introducir el material utilizado en la modificación del exoesqueleto de la *bioindustry*. Para ello, utilizó una empresa de transportes externa que le evitara levantar sospechas entre sus compañeros de trabajo.

Había recurrido a un "guarda" de su grupo de encuentro con el que mantenía una gran confianza,

Otto Iriarte.

Si bien ahora, ambos hombres se tenían en gran estima, no siempre fue así. Eusebio recordaba cómo, a pesar de que la gran mayoría de los *non_MODIFIED Homos* lo acogiera gratamente, haciéndole sentir inmediatamente que formaba parte del grupo, Otto no había sido uno de ellos.

En aquellos primeros tiempos, cuando el *metahumano* empezaba a relacionarse con su nueva comunidad, Otto nunca se dirigía a él. De hecho, si coincidían en el local del grupo de encuentro, notaba que incluso procuraba evitar a toda costa pasar por su lado para no tener que saludarle. Aquello lo atormentaba profundamente, dado que Otto era uno de los miembros más activos y respetados del colectivo. Eusebio sentía una profunda admiración hacia él. Y por eso, se descorazonaba al no poder relacionarse con uno de los *non_MODIFIED* más puros, provocándole a su vez, una enorme ansiedad.

Con el andar del tiempo y a medida que Eusebio daba muestras de estar cada vez más involucrado con el credo, la situación fue cambiando. Otto ya no lo evitaba. Incluso de vez en cuando, lo saludaba e intercambiaban alguna pequeña conversación.

Pero el verdadero punto de inflexión se había producido durante un almuerzo compartido en la casa del "intermediador" Alonso Bertrán. En aquella ocasión, ambos tuvieron oportunidad de charlar de forma calmada y sosegada para llegar a conocerse un poco mejor.

Eusebio compartió con él la inquietud que sufría permanentemente por su condición de humano modificado. Otto lo consoló con palabras que consiguieron transmitirle una cierta paz.

A partir de aquel día, Eusebio y Otto comenzaron a estrechar más su relación. Quedaban de vez en cuando para estudiar conjuntamente las publicaciones preparadas por "los puros", para realizar alguna acción evangelizadora o para cualquier acto que la comunidad organizase. Otto comenzó además a invitarlo a comer a su casa con frecuencia, después de las reuniones del grupo de encuentro.

De alguna forma, ambos llegaron a congeniar muy estrechamente. Para Eusebio, Otto era el modelo a seguir. La fe inquebrantable de aquel hombre, estaba por encima de cualquier otra cosa. Él, cuya principal ambición existencial había pasado a ser, precisamente, conseguir recuperar su humanidad, convirtió a Otto en su patrón de referencia, imitando aquella sobresaliente característica suya en cualquier aspecto de la vida en el que tuviera oportunidad.

Un día, durante la sobremesa de la comida casera que acababan de compartir, Otto le confesó que tenía un hermano al que no veía desde hacía ya una eternidad. Le explicó que era debido a la renuncia de este al credo de los *non_MODIFIED Homos*. Le dijo además que aquel descreído había abandonado a su familia y amigos, a los de su propia especie. Y todo ello, para ir en pos de la tecnología *meta*, alejándose cada vez más de su humanidad.

Eusebio no podía dar crédito a lo que su anfitrión le acababa de explicar.

¿Cómo podía alguien llegar hacer algo así?

Entendía perfectamente que Otto hubiera renunciado a tener cualquier contacto con aquel renegado. Para él, aquella situación resultaba inaudita. Por eso, la decisión de su mentor en relación al hermano, hizo que sintiera todavía más respeto por aquel hombre que, frente a cualquier adversidad, inevitablemente anteponía siempre sus creencias por encima cualquier otra cosa. Incluso, aunque se tratara de sus propios lazos familiares.

De ahí fue que, gracias a la amistad forjada entre ambos, Eusebio no había dudado ni un instante en recurrir a Otto para que se encargara del envío a la *bioindustry*. Sabía que no le pondría inconveniente puesto que, además, era dueño de una pequeña empresa de transporte.

Aquel negocio, fundado muchos años atrás por su padre, continuaba subsistiendo a pesar de que para aquel entonces la gran mayoría del transporte de mercaderías se realizaba de forma

automatizada. Lo conseguía gracias, principalmente, a basar su funcionamiento en una economía de pequeña escala. Se dedicaban al envío urgente no programado. Un servicio suplementario al llamado "suministro de última milla". Consistía en realizar entregas urgentes no cargadas previamente en el sistema de reparto global ofrecido por las diferentes empresas de transporte. La flexibilidad que esa alteración demandaba a la programación de cualquier sistema automático de distribución de una gran compañía, resultaba inviable, dada la ingente cantidad de repartos que debían llevarse a cabo a lo largo del día.

Aquel era pues, el nicho de mercado que aprovechaban algunas empresas como la de Otto.

Tal y como Eusebio esperaba, aquel no había tenido ningún inconveniente en aceptar el encargo de su camarada. Ni tan siquiera, con la petición de que la entrega coincidiera con uno de los días en los que él tenía programada una intervención de mantenimiento en la *bioindustry*. No hizo preguntas acerca de la mercadería que debería entregar. Tampoco se quejó cuando Eusebio le explicó que el destino estaba situado muy lejos de su ruta habitual.

Si la petición provenía de un "guarda" de confianza, no necesitaba argumentos adicionales. Así funcionaba la mente de Otto. Eusebio lo sabía y precisamente por eso, había recurrido a él.

Y finalmente, la entrega se realizó sin problemas. Una vez que Otto dejara la mercadería en la recepción de la planta, fue llevada directamente al recinto que la empresa de mantenimiento tenía habilitado, de forma permanente, para almacenar el material diverso que sus trabajadores pudieran llegar a utilizar en las diferentes intervenciones que llevaran a cabo.

Cada detalle, de todos los que formaban parte de su plan ejecutivo, había sido proyectado minuciosamente por Eusebio.

Aquel día, al acabar su intervención en planta, fue hasta dicho recinto para asegurarse que la entrega se hubiera llevado a cabo. Al comprobar que todo estaba en orden, lo dejó en un lugar poco frecuentado e inaccesible a las cámaras. Dispondría de él en la siguiente fase, que sería ejecutada aquel mismo día, de madrugada.

Para llevarla a cabo, tuvo que implementar una estrategia arriesgada que le ayudara a no dejar ningún rastro.

Se inyectó en ambos ojos una solución especial que permitía obtener visión infrarroja. Estaba compuesta por nanopartículas biointegradas, que se adherían a las células fotorreceptoras del ojo. Cuando la luz infrarroja llegaba a la retina, las nanopartículas, actuaban como transductores de dicha luz, capturando sus longitudes de onda –más largas que las de la luz visible– y emitiendo longitudes de onda más corta, ajustadas al rango de las de la luz visible. Ello permitía que, en el ojo, el bastón o cono cercano, absorbiera esas señales y enviara un impulso eléctrico al cerebro, para que este interpretara la imagen correspondiente. Es decir, aquellas nanopartículas permitían que, con luz infrarroja, se siguiera el mismo proceso que el sistema ocular realiza cuando la luz visible golpea la retina.

No le había resultado nada fácil conseguir aquella solución. A pesar de haber leído, tiempo atrás, acerca de aquel tema en una *site* relacionada con el mundo de la ciberseguridad, no era un compuesto que se comercializara de forma habitual.

Por eso, tuvo que recurrir a "contactos especiales" para obtenerlo.

Desde el momento en el que decidiera iniciar su cruzada contra la tecnología, sabía que iban a producirse "bajas". Por eso, no podía correr el riesgo de ser capturado antes de acabar su cometido. Que, por culpa de cualquier rastro, pudieran llegar hasta él. De ahí que empezara a frecuentar círculos de outsiders, aprendiendo a moverse por ese mundo.

Le llevó cierto tiempo, pero gracias a su taimada personalidad, a su perseverancia y, sobre todo, a su capacidad innata para no llamar demasiado la atención, consiguió introducirse poco a

poco en aquel ambiente. Conoció de esa forma a diferentes clases de "conseguidores", siempre capaces de encontrar lo que Eusebio les encargaba, pero a la vez garantizando que, invariablemente, habría una ausencia total de trazabilidad entre cliente y proveedor.

"Conseguir" la solución de nanopartículas biointegradas había sido, básicamente, una cuestión de dinero. Esto para Eusebio no representaba problema alguno. Vivía solo y apenas tenía gastos. Gracias a la austera y frugal forma de vida en la que basaba toda su existencia, disponía de un remanente económico al que ahora, por fin, podía dar un uso razonable.

Así pues, equipado con su nueva capacidad de visión infrarroja, se había dirigido aquella madrugada hacia la *bioindustry*.

Una vez allí, se identificó como trabajador de Integra Services, pero en el tablero de acceso no eligió la opción, "Registro_de_entrada_Asistencia_mantenimiento", si no "Otros_motivos". Indicando en el campo observaciones que no se iba a generar ningún parte de intervención y que el motivo de la visita era, únicamente, la recogida de un material.

Al ser un trabajador perteneciente a una de las empresas proveedoras de mantenimiento, con la correspondiente alta en la base de datos del sistema y tener en regla toda la formación de seguridad necesaria para circular por el recinto, no hubo problema y la entrada le fue franqueada con un pase de visitante.

De esa forma, pudo acceder a las instalaciones de la planta sin ningún acompañante y sin dejar ningún registro que permitiera localizarle fácilmente.

A partir de ahí, gracias a la nueva capacidad de visión adquirida, había podido moverse libremente por recintos que, a aquellas horas, permanecían prácticamente en penumbras puesto que la actividad de la *bioindustry* se reducía al mínimo. Antes de llegar a la zona donde dejara el material aquella mañana, se embutió en un traje especial para evitar la caída de cualquier resto epitelial u orgánico que pudiera relacionarlo con la escena y que había traído camuflado en su bolsa.

Nada más llegar a la zona en cuestión, se puso a trabajar en el exoesqueleto. Para él, añadir el circuito que enlazaría la electrónica de potencia con la conexión sináptica, había resultado una tarea extremadamente sencilla.

En su día a día, trabajaba con elementos similares. De hecho, prácticamente habría podido llevar a cabo la intervención con los ojos cerrados. Había estado practicando intensamente el montaje durante las semanas previas en una maqueta virtual 3D, que consiguiera de los archivos de su empresa. Pero, además y gracias a su nueva capacidad de visión aumentada, todo le resultaba mucho más sencillo. Por eso, pudo acabar relativamente rápido, sin activar ningún mecanismo de alarma por ultrapasar el tiempo máximo asignado a su pase.

Hacia las tres y cuarto de la madrugada se identificaba de nuevo en recepción y abandonaba las instalaciones.

Para el sabotaje en la empresa de videojuegos, el modus operandi fue muy similar. En aquel caso no había sido necesaria ninguna infraestructura previa, dado que la actuación se le ocurrió en el propio laboratorio, mientras revisaba sus instalaciones.

Observando discretamente mientras probaban aquel prototipo, había descubierto el comportamiento de aquel líquido, que variaba su densidad en base a la aplicación de una corriente eléctrica. Enseguida comprendió que tenía delante una magnífica oportunidad para, de una forma relativamente sencilla, interconectar el depósito y la bomba dosificadora del circuito de abastecimiento del líquido MR, a la sinapsis de usuario del prototipo.

Los únicos elementos especiales que necesitó para aquella operación fueron, una resina especial, de secado ultrarrápido, para conseguir que la conexión sináptica del prototipo quedara

fijada de forma permanente a la del usuario del mismo y una pequeña placa con un circuito diseñado por él, que acoplaría al sistema de dosificación y haría que la bomba funcionara constantemente, dejando sin efecto la orden de paro por emergencia del sistema. Al ser ambos elementos tan pequeños, había podido camuflarlos fácilmente en el momento de acceder al edificio. Para aquella actuación, también hizo uso de la solución de visión infrarroja con nanopartículas.

Una vez llegó al laboratorio, realizar el bypass en las cánulas del prototipo para que el líquido MR fuera a parar a las conexiones sinápticas en lugar de al banco de pruebas, aplicar la resina a las conexiones y por último conectar la pequeña placa al sistema de dosificación, había vuelto a resultar una tarea extremadamente sencilla.

Así pues, de momento, todo se había desarrollado de acuerdo a su siniestra y metódica maquinación.

No obstante, en aquel momento se enfrentaba a un reto mucho mayor. El alcance de su plan se había vuelto mucho más ambicioso. Consistía en diseñar un software que fuera capaz de alterar el funcionamiento ordinario de un sistema extremadamente complejo, como podría resultar el de cualquier red *IA* corporativa.

La tecnología utilizada por los servidores de dichas empresas aún se basaba en el silicio. La computación cuántica todavía se reservaba a sistemas de *IA* global, a disposición únicamente de macro proyectos de cálculo o *meta-bigdata*, en los que fuera necesaria una potencia de computación mucho mayor a la necesaria para el desarrollo de la actividad convencional de cualquier entidad.

Esto era así dado que los ordenadores cuánticos funcionaban con una tecnología y bajo unas condiciones de trabajo muy exigentes. De ahí que solo estuvieran alojados en edificios y emplazamientos muy concretos y sometidos a una estricta vigilancia.

Pero, a pesar de tener que enfrentarse a una tecnología convencional, no iba a resultar nada sencillo introducir el software que pudiera alterar el protocolo de funcionamiento de una *IA* corporativa.

El formato de la comunicación llevada a cabo entre dos *IAs*, destinado a acordar el nivel al que un funcionario público podría llegar a acceder dentro del sistema, era extremadamente complejo. Se basaba en un modelo de negociación en el que era necesario establecer, capa a capa, las correspondientes autorizaciones, hasta determinar dicha cota. Si por alguna razón, la capa no quedaba correctamente definida y se ultrapasaba el nivel acordado, las consecuencias que podían desencadenarse resultaban totalmente impredecibles. Nadie se había atrevido a probarlo.

Y esa era la vía que quería explorar Eusebio Núñez.

Empezó buscando sistemas, aplicaciones o elementos que no tuvieran una representación exacta o unívoca. Después de una investigación exhaustiva, dio con un viejo artículo escrito por un matemático de principios de siglo llamado Carlo Frabetti. Hablaba sobre una vía que le podía resultar de utilidad en su propósito: la paradoja de los números irracionales.

El articulista explicaba que este tipo de números posee infinitos decimales, pero a la vez, no puede expresarse como razón o fracción de dos números enteros. Según la historia, a esa característica debían su nombre puesto que, los matemáticos de la antigua Grecia, llegaron a considerarlos como algo monstruoso o irracional.

El autor seguía explicando que, dentro de este grupo de números, se podía diferenciar entre dos clases, los algebraicos y los trascendentes.

Al profundizar sobre este tema, Eusebio descubrió un posible patrón en el que podía basar el software que quería desarrollar, la estructura de los números irracionales de tipo trascendente.

Dado que estos son soluciones a ecuaciones trigonométricas o logarítmicas, su progresión no es lineal. Al no tener una correspondencia biunívoca con los números naturales, su infinitud es por tanto de orden superior o, como explicaba el propio matemático en su artículo, los números irracionales son "más infinitos" que los naturales.

Para Eusebio, aquella cualidad resultaba un elemento de gran utilidad. Podía basar el desarrollo de su software en ese patrón. Provocar que la conexión entre un humano y una red *IA* fuera interpretada por esta como un elemento incuantificable, sin una correspondencia unívoca. Esto a su vez, haría que la conexión se considerara como no segura, una amenaza, lo que provocaría que se activara algún mecanismo de defensa del sistema.

Así pues, decidió basar el diseño en esa premisa y aplicarla a un protocolo de interacción entre *IAs*. Aquellos protocolos, habían sido desarrollados a partir de los primeros modelos de *deep learning* o aprendizaje profundo. Desarrollados desde principios de siglo, ayudaron a que la *IA* evolucionara enormemente.

Eran las Redes Neuronales Generativas Adversarias.

Dichos sistemas de adiestramiento consistían en "enfrentar" dos redes neuronales, con capacidad de aprendizaje profundo, que desarrollaban un "juego" de suma cero en el que, lo que ganaba una red, lo perdía la otra. El entrenamiento de esas arquitecturas de redes neuronales se realizaba asignando la tarea de "Generador" a una ellas y a la otra, la de "Discriminador".

La función de la primera, consistía en generar elementos basados en un campo determinado en el que se quisiera desarrollar el aprendizaje profundo. Mientras que la segunda, tenía la función de decidir si el elemento generado por la primera, era o no auténtico.

Para que el adiestramiento funcionara, se necesitaba disponer de un elemento imprescindible: datos reales. Estos permitían a la red Discriminador ir aprendiendo, a base de comparar las diferencias entre el dato real y el elemento creado por la red Generador. Uno de los campos en los que más se desarrollara esta metodología de aprendizaje para redes neuronales, fue el reconocimiento facial. Como dato real, se había utilizado la ingente cantidad de fotos de personas reales, cargadas en los sistemas, por los miles de millones de usuarios de distintas aplicaciones.

Con el tiempo, dicho sistema iría implementándose y desarrollándose hasta convertirse en una pieza clave para el funcionamiento de determinados negocios, como, por ejemplo, la comercialización de seguros de vida y salud. La prima de dichos seguros que, inicialmente, se estimaba de acuerdo a un informe médico que proporcionaba el cliente, acabó calculándose en base a la valoración de cómo sería su envejecimiento. Inferido a partir del cruce de datos entre el historial clínico del cliente y la interpolación obtenida después de realizar millones de iteraciones de comparación, con las inacabables bases de datos almacenadas por los sistemas de aprendizaje profundo de la propia *IA*.

Pero, además, estos métodos de entrenamiento podían llegar a complementarse. Si se establecía una condición adicional se llegaba a influir en el resultado, tanto en los elementos generados, como en la discriminación realizada.

Se trataba de las Redes Generativas Adversarias Condicionadas.

En ellas, a partir de una condición impuesta tanto a la red Generador como a la red Discriminador, el aprendizaje se realizaba bajo la misma premisa. Así, por ejemplo, el sistema de predicción de envejecimiento de un sujeto, podía acotarse a una franja de edad determinada.

Esa sería, precisamente, la tipología de red en la que Eusebio basaría su desarrollo.

Combinar dos redes de *IA* en las que, discriminador y generador no fueran capaces de mejorar simultáneamente, porque la condición impuesta para ambas resultara inasumible, al basarse en una paradoja. La de los números irracionales.

Implementaría esa irracionalidad en su software, simulando las ondas cerebrales humanas, pero modificando su patrón. Para que no tuvieran correspondencia con los modelos preestablecidos, en los que se basaba la *IA* para reconocer la conexión de una persona.

Con aquella nueva línea de acción trazada, Eusebio Núñez levantó la vista de su *edesk*. Giró la cabeza hacia la representación holográfica que se proyectaba en mitad del local, en la que iban sucediéndose diferentes mantras del credo *non_MODIFIED* y, con fe renovada, se lanzó a trabajar. Programando, desarrollando, compilando y ejecutando rutinas, subrutinas, funciones, parámetros y demás estructuras del algoritmo que, por fin, le permitirían conseguir que el mundo tecnológico en el que habitaba, recuperara nuevamente su humanidad. La condición que había perdido hacía ya mucho tiempo, en el camino hacia una supuesta mejora de especie.

Y allí seguía, inmune al agotamiento, después de llevar enfrascado en la misma tarea más de seis horas seguidas.

En ese instante, se activó su *DPU*. Era el "intermediador" Alonso Bertrán. Conectó el dispositivo en modo voz únicamente, para no delatar su paradero.

—Buenas tardes Eusebio, ¿qué tal estás?

—Buenas tardes Alonso, bien, aquí por casa —mintió.

—Verás, te llamo porque voy a ir al Centro Cimino a visitar a Maybel Iriarte, la hermana del "guarda" Otto. Era por si querías acompañarme.

A Eusebio no le apetece especialmente. Conocía a Maybel y le tenía cierto aprecio, pero nada que ver con la devoción que profesaba hacia Otto. Ella no era como su hermano. Su grado de adhesión a la causa *non_MODIFIED* no era tan vehemente. Más bien al contrario. Su actitud hacia todas las actividades del grupo de encuentro, se caracterizaban por una moderada tibieza. Algo que siempre había hecho desconfiar a Eusebio de su implicación e incluso de sus creencias.

Por otro lado, era conocedor del accidente cerebral sufrido por la chica y consideró que sería una demostración de "humanidad" ir a visitarla. Además, pensó que le iría bien despejar un poco la mente.

—Pues sí Alonso. Me parece una muy buena idea —aceptó—. Desde que sufriera el ictus hasta ahora, no he tenido oportunidad de hacerlo. Nos vemos allí hacia las 20:00 horas.

—Perfecto Eusebio. Hasta entonces —se despidió el "intermediador".

Cuando se encontraron en el hall del Centro Cimino, el "intermediador" Alonso saludó efusivamente a Eusebio. Desde allí, ambos se encaminaron hacia la habitación que ocupaba Maybel.

Otto y su madre también se encontraban allí en aquel momento.

—¿Qué tal "guarda" Otto? ¿Qué tal Aurora? —preguntó con un afectado tono de voz el "intermediador".

Mientras hablaba, apoyó sus manos en las de la madre, en una estudiada actitud paternalista.

—Bueno, aquí estamos "intermediador" Alonso —respondió el hermano mayor.

—¿Qué tal estás Maybel? —preguntó Alonso dirigiéndose hacia la enferma.

—No puede hablar. Por lo que parece, el ictus ha afectado tanto a su capacidad de coordinar pensamientos como a la de verbalizarlos —contestó Otto.

—Ya veo...

Mientras tanto, Eusebio Núñez se mantenía al margen. En segundo plano, como siempre solía hacer. Tal era su personalidad.

Aunque no por ello, había permanecido ausente a la escena. Al ver el estado de Maybel, su retorcida mente, volcada al cien por cien en la consecución de su objetivo y continuando con la línea base trazada previamente, trabajaba a una velocidad de vértigo.

"¿Podría ser aquella mujer, el sujeto que necesitaba para ensayar en un entorno real?"

A pesar de no disponer de sinapsis conectivas, Eusebio empezó a maquinarse cómo podría desarrollar algún conector craneal que permitiera simular dicha conexión.

No necesitaba un ensamblaje sináptico total, solo la posibilidad de que la IA percibiera que, de alguna manera, un humano se hallaba conectado en su red.

En ese momento, notó que Otto se estaba dirigiendo a él.

—¿Qué tal "guarda" Eusebio? Ya ves, a pesar de la inhumanidad de mi hermano, que nos la arrebató para llevársela a un hospital *meta*, no han podido curarla...

—La fe ciega en la tecnología es, precisamente, la principal causa de ofuscación de las mentes —contestó este como si recitara un mantra.

—Ciertamente es así —terció el "intermediador" Alonso.

—Creo que es de justicia remarcar que, fue justamente en aquel hospital, donde le salvaron la vida —terció la madre con voz firme—. Mientras aquí, no podían hacer nada —acabó sentenciando.

Los tres hombres intercambiaron miradas entre sí ante aquel imprevisto envite. Fue Alonso Bertrán el que acabó respondiendo:

—Por descontado que todos nos alegramos enormemente de que Maybel se salvase. Pero la pregunta es, ¿suple la tecnología al buen hacer del hombre? ¿Acaso ha conseguido esta que Maybel recupere su status quo anterior? ¿La ha vuelto más humana?

—¡Sigue viva! —espetó nuevamente Aurora Guzmán.

—¡Madre! —cortó tajante Otto—. Creo que le debes un respeto al "intermediador" Alonso. Él ha venido hasta aquí para brindarnos su apoyo. Tal y como corresponde a alguien que no ha olvidado de dónde procede. A un verdadero ser humano.

Mientras aquella conversación se sucedía, Eusebio no había dejado de observar discretamente a Maybel. Comprobó que escuchaba todo lo hablado para, finalmente, acabar con el rostro desencajado. Como alguien que, de repente, se ve sometido a una presión sonora muy por encima del nivel acústico admisible al oído humano. Su expresión, no devolvía ninguna señal de haber comprendido la conversación. Tenía la mirada perdida en una nebulosa, mezclando a partes iguales, tristeza y desapego al entorno que la rodeaba.

Y fue en aquel preciso instante cuando, con una frialdad de cálculo inhumana, se dio cuenta de que, por fin, había dado con el sujeto ideal para llevar a cabo su experimento.

CAPÍTULO 12

—Inspectora Lucía Lizagoyen, número de agente: 2076_6458_QFD —dictó la policía a su *DPU*—. Se inicia grabación para interrogatorio oficial asociado al expediente IC_20921006_324YTR a las 20:15.

—Señor Iriarte. ¿Podría usted decir su nombre completo y profesión?

—Haron Iriarte Guzmán. Consultor industrial.

—Gracias señor Iriarte. ¿Podría indicarme, por favor, la relación de trabajos realizados para la compañía Silke Industries?

—¿Todos? —preguntó a su vez Iriarte.

—No es necesario. Bastará con los correspondientes al último año —respondió Lucía.

—Entiendo. Pues bien, a principios de año, realicé una consultoría en la planta de distribución de Andalucía y desde entonces, no he vuelto a hacer ninguna intervención hasta las de estas últimas semanas, aquí en esta planta y en la *bioindustry* de Asturias.

—De acuerdo. ¿Me podría confirmar si, bien por su recomendación directa o por otro medio en el que se haya producido su intermediación, se ha contratado a algún proveedor?

—Pues no. A través de mi *DPU* puedo facilitar el acceso a los correspondientes informes, realizados una vez acabada mi intervención y en ellos comprobaré que, la conclusión resultante siempre estaba enfocada a los sistemas propios de la zona analizada, nunca a la gestión asociada a los proveedores.

—¿Me puede indicar qué relación mantiene con su hermano, Otto Iriarte? —preguntó Lucía de repente.

Aquella cuestión dejó totalmente descolocado al consultor. ¿Qué tenía que ver Otto con todo aquello?

Lucía percibió claramente aquella reacción y por eso siguió insistiendo.

—¿Cada cuánto tiempo mantienen ustedes contacto?

A pesar del desconcierto inicial, debido a lo inesperado de la pregunta, Iriarte volvió a recomponerse. La sorpresa se había debido, básicamente, al hecho de que Lucía le preguntara por el hermano. Para él, aquel tema estaba totalmente fuera de contexto.

—Pues la relación con mi hermano es casi nula —acabó respondiendo—. Desde hacía diez años, no habíamos vuelto a tener contacto hasta que, debido a un grave asunto familiar, la semana pasada tuvimos que volver a coincidir.

Ahora era Lucía la que había quedado descolocada. Al realizar aquella pregunta disruptiva, pretendía coger infraganti a Iriarte, por si acaso este tenía algo que ver con el *match* obtenido en el cruce de metadatos realizado por la *IA* policial y, a partir de ahí, comprobar el rumbo en el que acabara derivando el interrogatorio.

No obstante, corroboró que la respuesta se ajustaba perfectamente a lo que ella ya conociera, gracias a la agradable conversación mantenida hacía solo unos días en el bar de aquel hotel. Al cerciorarse, gracias a su instinto de inspectora, de que Iriarte decía la verdad, empezó a sentirse mal con ella misma. Por haber tratado así al consultor y por dejar que su faceta de policía se antepusiera a su lado humano.

—¿Tiene usted constancia de que su hermano haya trabajado para Silke Industries? —prosiguió la inspectora.

—No —contestó Iriarte con tono hierático.

—De acuerdo. Se da por terminado el interrogatorio.

Iriarte se levantó inmediatamente, como si se hubiera activado un resorte en su asiento.

—Adiós inspectora —se despidió.

Aquellas palabras, habían sido lanzadas como cuchillos. Y así impactaron en Lucía.

Mientras Iriarte abandonaba el recinto, ella permaneció allí, pensativa. A pesar de que la conexión extraída por la *IA* era extremadamente peregrina, se había aferrado a ella, como si realmente se tratara de la prueba definitiva que le permitiría resolver el caso.

Y Lucía sabía muy bien el porqué.

Como ya le pasara en otras ocasiones, se había activado un mecanismo de defensa interno, siempre a punto para accionarse al menor atisbo de dar con alguien con quien intimar. Así había ocurrido invariablemente, desde que sufriera el ataque en su adolescencia.

Al conocer a Iriarte, sintió una atracción especial hacia él. Y precisamente aquella sensación provocaba que, a la vez, tuviera el deseo incontrolable de apartarlo de sí.

La reacción del consultor no le resultó, por tanto, novedosa. Era la misma que ya se produjera en tantas otras ocasiones. A veces de forma consciente, otras no tanto. Esta, se correspondía a una de aquellas en las que no había podido controlar ese impulso, alejando a una persona que notaba que podría llegar a convertirse en alguien importante para ella.

Suspiró. El mal ya estaba hecho. Haron se distanciaría para siempre y ella seguiría su camino.

En soledad, pero a salvo de cualquier posible daño, emocional o físico.

Buscó alguna conexión sináptica cercana. Exploraría la red de Silke para intentar obtener algún registro que le ayudara a desentrañar lo ocurrido durante la conexión del auditor gubernamental. Gracias a su nivel de autorización, precargado al sistema con anterioridad, debería poder llegar hasta la capa más profunda de la red *IA* de la compañía.

Una vez dentro, se dispuso a consultar la secuencia registrada durante la conexión del funcionario.

No obstante, conforme iba accediendo a las capas más profundas de la red, percibía que algo no andaba bien. Notaba una reticencia en el sistema. Como si se hubiera activado algún protocolo de advertencia, un aviso para que no continuara avanzando.

Al principio, creyó que estaba interpretando erróneamente esas señales, pero gracias a su entrenamiento, su instinto le alertó que realmente se hallaba en peligro. Se desconectó inmediatamente y se quedó de piedra. La ventilación del recinto se había detenido y su *DPU* marcaba una temperatura ambiente de cuarenta y tres grados centígrados.

¡Había vuelto a pasar!

Nada más interrumpir la conexión notó que, ventilación y climatización, volvían a activarse. ¿Cómo podía ser posible?

Llamó al responsable de seguridad de la planta.

Ander Esteban no podía creer lo que la inspectora le acababa de explicar. Precisamente, tanto él como varios de sus colaboradores, habían estado conectados hasta aquel momento sin que hubiera surgido ningún problema.

—Debo reportar a gerencia —comenzó Ander.

—Desde luego —contestó Lucía—. No obstante, es evidente que ahora mismo no es seguro acceder a la red.

Al acabar el interrogatorio, Iriarte se había dirigido hacia la zona donde estaban instalados los ingenieros de sistema.

Su humor era pésimo.

Durante las últimas horas, había experimentado un amplio abanico de emociones. Impotencia e ira, debidas a la actitud de su madre frente al problema con Maybel. Alegría por el reencuentro con Lucía. Estupefacción ante el trato que esta le había dispensado. Y, finalmente, una absoluta sensación de enojo por cómo se había desarrollado el interrogatorio con la inspectora.

Mientras se acercaba a aquella zona, intentó serenarse. Debía mantener la calma. Se encontraba allí por trabajo y no podía perder la compostura. Le costó recomponerse, pero lo consiguió. Encontró a Ander Esteban junto a los ingenieros. Estaban todos conectados, mapeando la red en busca de alguna traza que les permitiera identificar el fallo de red acaecido en el incidente con Jon Piedrafita, el auditor.

Iriarte se sirvió un café de una máquina próxima y observó cómo desfilaban los datos en una gran pantalla, situada en uno de los extremos de la sala. Aparentemente todo estaba en orden. Los ingenieros iban repasando todos y cada uno de los archivos generados durante el suceso. No encontraban nada que representara alguna referencia útil. Al consultor, le gustaba observar a los *metas* cuando se conectaban y rastreaban la red. Se quedaba absorto. Sobre todo, comprobando la procesión de código generado durante aquellos procesos.

A fin de situarse en contexto antes de iniciar su particular análisis de lo sucedido, rescató el informe enviado a la gerente, en el que se recopilaba la identificación de todos los componentes con sinapsis biotecnológicas hallados en las diversas islas de producción. Comenzó a repasarlo en diagonal.

Estaba en ello, cuando de repente, vio que Ander Esteban se desconectaba y abandonaba el recinto de forma precipitada.

Al cabo de poco tiempo, todos los ingenieros hicieron lo mismo. Iriarte se dirigió hacia uno de ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Hemos recibido un aviso de Ander. Debíamos desconectarnos inmediatamente de la *IA* por motivos de seguridad. Parece que se ha vuelto a producir otro incidente, similar al del auditor, pero esta vez con la poli que está por aquí —contestó el interpelado.

Iriarte sintió una punzada en el estómago.

—¿Se encuentra bien?

—Creo que sí. Se desconectó antes de que la cosa fuera a mayores —respondió desapasionadamente el ingeniero—. No lo entiendo, estábamos haciendo un mapeado total de la red y no saltó ningún aviso y tampoco se produjo ninguna alarma.

Iriarte se quedó pensativo. Ante sí, aún tenía el *DPU* donde se mostraba el informe que había comenzado a repasar hacía solo unos instantes.

Evidentemente, aquel segundo incidente no era una casualidad.

¿Qué tenían en común ambos sucesos? Los dos se habían producido al conectarse un funcionario que, para la *IA*, era percibido como el acceso de un agente externo. La conexión se había ejecutado simultáneamente a las que realizaban, habitualmente, todo el personal de la planta. Seguía pensando en ello mientras observaba distraídamente el informe y, en ese momento, su vista reparó en la foto que había tomado del componente con sinapsis biotecnológicas.

¿Y si?

Llamó por el intercomunicador a Ander Esteban. En ese momento estaba reunido con la gerente y la inspectora. Aprovecharon la llamada para convocarlo a él también.

—Pase señor Iriarte —le invitó Angélica Cuéllar desde la mesa de reuniones—. ¿Y bien?

—Pues verán —comenzó Iriarte—. Cuando se ha producido este último incidente, me encontraba en la zona de los ingenieros de sistema, repasando el informe que generé a raíz de mi primera intervención en esta planta. Los ingenieros me hicieron un breve report de lo que acababa de ocurrir y en ese momento, comencé a analizar las similitudes y diferencias entre este suceso y el del auditor.

Mientras hablaba, Iriarte evitaba establecer contacto visual con Lucía. Ese detalle no pasó desapercibido para la inspectora. Aunque ya esperaba que este mostrara aquella actitud hacia ella, no pudo evitar sentir cierta desazón.

—En ambos casos —prosiguió el consultor—, se hallaban conectados a la red y de forma simultánea, personal propio de planta y alguien externo con, supuestamente, un nivel de autorización máximo. El establecido en el protocolo de intervención de funcionarios estatales. Coincide, además, que ambas conexiones se han realizado después del incidente ocurrido con los componentes que incorporaban sinapsis biotecnológicas.

Iriarte hizo una pausa. Al cabo de un instante prosiguió:

—Hay que recordar que, a raíz de dicho suceso, se implantaron nuevos protocolos de seguridad destinados a evitar interacciones que afectaran a la red general. Pero a la vez, es importante tener presente que la *IA*, también tiene su propio sistema de aprendizaje. ¿Y si, a consecuencia de ese incidente, se ha producido una iteración interna dentro de la *IA* general de la planta a partir de la cual, ya no se reconocen ni conceden niveles de acceso según los protocolos de intercomunicación establecidos entre una *IA* estatal y una privada? ¿Y si hemos asistido a un mecanismo de defensa inherente, generado por la propia *IA* frente a una amenaza externa? ¿Que dicho mecanismo se haya creado a partir del aprendizaje interno y en función de los nuevos parámetros de seguridad, cargados por los ingenieros después del primer incidente en las islas de producción?

Los demás asistentes a la reunión quedaron en silencio.

Aquella posibilidad era difícil de admitir y, sin embargo, no podía ser descartada del todo. En función del tamaño de red gestionado por una *IA*, así como de la potencia de computación de los equipos en los que esta estuviera alojada, se hablaba de *ultradeep IA*, es decir, aquella con capacidad de autoaprendizaje real a través de un mecanismo único e independiente, que le permitiera llegar a la toma de decisiones propias. Decisiones cuyas prioridades, no tendrían por qué corresponder siempre con las de los seres humanos.

—¿Habría alguna probabilidad de que sus ingenieros encontraran algún registro de traza de la teoría apuntada por el señor Iriarte? —preguntó Lucía a Ander Esteban.

—Supongo que deberíamos remapear el algoritmo de seguridad implementado en la red general a partir del incidente y después, intentar seguir el desarrollo posterior iterado por la *IA* —contestó este.

Angélica Cuéllar asistía a la conversación con perpleja incredulidad.

—Perdón —intervino—. ¿Me están diciendo que la *IA* de nuestro sistema ha intentado eliminar a dos personas por cuenta propia?

—Señora Cuéllar —terció Iriarte—. Hay que pensar en la *IA* como una red neuronal en la que, a través del aprendizaje continuo y a pesar de partir desde un punto inicial, definido por parámetros humanos, quizá se obtengan resultados del todo inesperados. La *blockpropagation* de la red, funciona de maneras que no somos capaces de llegar a comprender y, por lo tanto, escapan por completo a nuestro control o raciocinio. Nuestra especie avanzó en la escala evolutiva por encima de las demás gracias, principalmente, a la capacidad de desarrollo de una cualidad que, a

pesar de estar presente en otras, nunca explotaron como nosotros: la socialización. Socializando como especie y organizándonos en macro estructuras fue como se produjo el avance real de nuestra civilización, por encima de cualquier otra del planeta.

En ese momento, Iriarte hizo una pausa para que sus interlocutores reflexionaran sobre aquel concepto. Por último, acabó añadiendo:

—Pues bien, ¿y si en estos momentos la *IA* está generando un sistema de socialización propio, que ya no seamos capaces de entender?

—No lo veo —le contradijo la gerente—. Concluir que nuestro sistema ha tratado de atacar intencionadamente a un humano a partir de la idea que usted acaba de exponer, me parece más propio de un relato de ciencia ficción que de la vida real —acabó sentenciando.

—¿En base a qué concepto ponemos la vida humana por encima de cualquier otra cosa? —preguntó Iriarte—. ¿No es, precisamente, debido al sistema organizativo que, como sociedad, aceptamos y en el que todos sin excepción, hemos decidido creer?

El consultor, siguió con su disquisición:

—Pues bien, ¿cómo traspasar dicho concepto a un programa que funciona a partir de unos algoritmos determinados y más, cuando ese programa es capaz de realizar un aprendizaje propio?

—Señora Cuéllar —prosiguió Iriarte—. No quiero decir que lo que ha pasado en estos dos últimos incidentes se deba únicamente a lo que acabo de exponer, pero, es una posibilidad que deberíamos tener muy en cuenta. Si nos basamos en el principio de la navaja de Occam, ¿qué explicación sería la más plausible? ¿Concluir que, después de haber reforzado la seguridad de la red como consecuencia del incidente Anzo, se haya vuelto a producir otra brecha? ¿O más bien que, otro guardián, uno invisible, subyacente en la propia red y con sus propios protocolos de seguridad, haya implementado un nuevo sistema inherente en el que cualquier acceso externo sea considerado como una amenaza? ¿Un guardián que se mueve en un mundo en el que las reglas que rigen son entendidas únicamente por la *IA*?

Lucía se quedó mirando a Iriarte. Realmente aquel *non_MOD* no dejaba de sorprenderla. Parecía conocer más sobre la *IA*, sin nunca haber accedido a ella de forma directa, que gran parte de los *metahumanos*, después de haber estado conectados durante toda su vida.

Esa explicación hizo que, de repente, recordara un recurso que podía utilizar para la investigación y que, hasta aquel momento, no había tenido en cuenta.

Raúl Luocco.

—Señora Cuéllar —intervino Ander Esteban—. Podemos intentar que los ingenieros hagan un barrido específico, procurando detectar algún patrón que no encaje con los protocolos de seguridad para externos implementados en la red. También volveremos a revisar el sistema de asignación de nivel de acceso para funcionarios gubernamentales.

—De acuerdo Ander —se mostró conforme la gerente—. Proceda por esa vía y manténganos informados. Creo que por hoy vamos a tener que dejarlo aquí. Inspectora Lizagoyen, no sé si quiere continuar con su investigación, pero hasta que no podamos descartar la conjetura aventurada por el señor Iriarte, no creo conveniente que vuelva a conectarse. No podemos garantizar su seguridad.

Lucía se mostró de acuerdo con la sugerencia de la gerente y comunicó que se quedaría por la zona al ser ya muy tarde. A pesar de que regresaría a la central al día siguiente, pidió que la mantuvieran informada permanentemente acerca de las conclusiones a las que llegaran los ingenieros del sistema. Se levantó y se despidió formalmente de todos los presentes en el despacho.

Cuando intercambió el saludo con Iriarte, la mirada del consultor era glacial.

"Lo siento" trató de comunicarle con la suya. No estaba segura de haber sido capaz de transmitir el mensaje.

Una vez alojada en el hotel, se conectó a su *DPU* y buscó el contacto que había recordado durante la reunión en Silke Industries.

—Llamar —ordenó.

—Ho-ho-ho-la... Lucía —respondió una voz dubitativa al otro lado.

Su interlocutor no había establecido la conexión en modo imagen.

—Hola Raúl —saludó fríamente a su vez la inspectora, para continuar sin apenas pausa—, necesito que podamos hablar cara a cara.

Al otro lado se escuchó un suspiro.

—La cosa no va contigo, pero la conversación debe ser en persona —el tono de voz de Lucía era perentorio.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes el otro.

—Muy bien. Pues quedamos mañana hacia las 14:00 en el bar de Plaza Ginés —acordó la inspectora.

—Vale Lucía, pues hasta mañana —comenzó a despedirse Raúl.

—Por tu propio bien, procura presentarte. Si no lo haces, entonces sí que la cuestión acabará yendo contigo —amenazó Lucía.

—Tranquila, tranquila, allí estaré —contestó su interlocutor. De nuevo su voz era vacilante.

Lucía notaba que estaba muy alterada. Siempre le pasaba lo mismo cuando debía hablar con aquel hombre.

Raúl Luocco. O la demostración evidente de que a veces, la vida dispone giros fortuitos ante las personas para que nunca pierdan su capacidad de asombro.

Resultaba que aquel hombre había sido compañero en su antigua clase, el único que no participara en el ataque. Como con el resto, al cambiar de estudios y de centro, Lucía perdió todo contacto con él. Y no volvió a coincidir con el excompañero hasta que, al cabo de muchos años, se produjo ese suceso inesperado.

Fue en una redada. Mientras participaba en la resolución de un caso de cobro fraudulento de comisiones por parte de una red ilegal de *databrokers*. En el volcado de contactos a los que debía investigar, apareció un nombre que, inmediatamente, produjo en ella un tremendo escalofrío.

Raúl Luocco Fons.

Al presentarse en el domicilio del viejo camarada, este no la había reconocido. La mujer que se hallaba frente a él, nada tenía que ver con la joven delgada, asustadiza y retraída que fuera objeto de aquella enorme atrocidad. Además, el *databroker* estaba tan pendiente de evitar que lo inculparan por un delito de estafa, que no había reparado en la fisonomía de la inspectora que lo estaba interrogando en ese momento.

Los *databrokers*, eran agentes dedicados a comerciar con los datos personales de los ciudadanos.

Como tal, dicha actividad no era ilegal. Había sido creada hacia mitad de siglo a partir de la digitalización global de todos los datos personales de los individuos.

Una vez estuvo completo y totalmente operativo, el *bigdata* se había convertido en una poderosa herramienta de transacción. Permitía a marcas, compañías, estados o cualquier otra entidad semejante, disponer de una ingente cantidad de información sobre las personas y a la vez, ofrecer, vender, influir o desarrollar, cualquier otra actividad similar que se basara en dicha información.

Es decir, elaborar un elemento totalmente adaptado a los mismos individuos de los que habían

extraído la información.

La utilización o cesión de dichos datos, había sido objeto de una estricta política orientada a evitar abusos de forma que, su dueño, no quedara desprotegido en ningún momento frente a los que hacían de su uso, una fuente de ingresos.

Pero a la vez, también se había abierto la puerta para que esos mismos ciudadanos, al ser propietarios de sus datos, se convirtieran en *dataprosumers*. Es decir, productores de información por la que podían llegar a recibir una compensación, pero a la vez, continuar siendo consumidores de los productos que se les pudieran llegar a ofrecer. Todo ello, siempre a partir del mismo individuo.

Con este sistema, por tanto, las personas podían establecer una relación comercial a través de la cual, mediante la cesión de sus datos, permitían a compañías, gabinetes políticos o entidades semejantes, obtener información valiosísima para que estas desarrollaran un producto, o generaran una demanda u opinión; a través de la explotación del *bigdata*. A cambio, percibían una compensación. Por ejemplo, un descuento en el precio de adquisición del producto ofrecido, o reconocimiento en algún tipo de evento determinado.

A partir de la figura del *dataprosumer*, apareció la del *databroker*. Básicamente, se trataba de un agente profesional, a cargo de una enorme cartera de datos de ciudadanos particulares que, en su gran mayoría, no querían asumir los tediosos trámites asociados a la cesión, gestión de confidencialidad y uso de los mismos frente a terceros. Esa era pues, la principal función de los *databrokers*: ocuparse de dichos trámites, gestionar las carteras, contactar con entidades que quisieran realizar la explotación del *bigdata*, remunerar a los clientes y todo ello, a cambio de la correspondiente comisión.

La posición de estos agentes era muy comprometida puesto que, la cesión de datos a terceros o de las carteras que gestionaban, sin el consentimiento de sus propietarios, era severamente castigada mediante la aplicación de fuertes sanciones económicas e incluso, con penas de prisión, en función de la cuantía o dimensión del delito que se hubiera cometido.

El caso en el que Lucía se había reencontrado con Raúl Luocco no era de grandes proporciones, pero sí, con suficiente entidad como para que este pudiera llegar a pasar algún tiempo a la sombra. Todo dependería de cómo acabara desarrollándose el juicio.

Por otra parte, para la inspectora había representado un enorme golpe de suerte toparse de una forma tan inesperada con aquel fantasma del pasado.

Si bien, la motivación principal para hacerse inspectora fue la de evitar que se produjeran casos como el que le ocurriera a ella cuando era una niña, al entrar en el cuerpo de policía, no pudo dejar de aprovechar los nuevos recursos a los que tenía acceso, para abrir una investigación particular de su caso. Su objetivo era, básicamente, descubrir el paradero de los que fueran sus agresores.

Aun así, hasta que se topara con su antiguo compañero y actual *databroker*, no había sido capaz de conseguir ninguna pista. Con su nivel de acceso, el sistema le impedía llegar a ese tipo de datos protegidos y, por tanto, no tenía nada que le permitiera identificarlos.

Por eso, cuando Raúl Luocco se cruzó nuevamente por su vida, Lucía creyó que quizá podría continuar con la línea de investigación que había quedado interrumpida.

Durante el interrogatorio, se mostró inclemente con él hasta conseguir que se derrumbara. Cuando lo tuvo totalmente a su merced, le reveló su identidad. Aquella declaración acabó de hundir a Luocco. A partir de ahí, había aceptado todo lo que le exigiera Lucía. Se convirtió en confidente del cuerpo a cambio de no acabar procesado. También estuvo conforme en ayudarla con su investigación particular.

No le había quedado ninguna otra opción. Imposible negarse.

No obstante, a pesar de la esperanza inicial albergada por la inspectora, no había avanzado lo más mínimo con su asunto. Desde aquel primer interrogatorio hacía ya más de siete años hasta la fecha, todo seguía igual. Continuaba estancado. Quizá era esa la causa de la desestabilización emocional que sentía la inspectora cada vez que volvía a hablar con aquel hombre. Revivir una y otra vez el pasado comprobando que, al igual que la cicatriz que cruzaba todo su abdomen, continuaba presente y se negaba a desaparecer.

Y hoy, después de terminar la conversación, otra vez había vuelto a experimentar la misma sensación. A pesar de haber intercambiado únicamente unas escasas palabras...

Estaba enfrascada en esos pensamientos cuando, de pronto, su *DPU* se activó.

Era Iriarte.

—Hola Haron —contestó con cierto recelo.

—Hola Lucía. ¿Estás por aquí aún? —preguntó el consultor, con cierto deje dubitativo en la voz.

—Sí. No vuelvo a la capital hasta mañana —respondió.

—¿Te apetecería quedar? Me gustaría hablar contigo sobre lo que ha pasado hoy.

Lucía notó un "vibrato" en la voz de Iriarte que denotaba cierta inseguridad.

—Sí Haron —se apresuró a responder—. A mí también me gustaría poder aclararlo todo.

—De acuerdo entonces. Si quieres, podemos quedar en el bar de tu hotel.

—Ok Haron. Te paso el localizador. Si te va bien, nos vemos en una hora.

—Perfecto Lucía. Hasta luego —se despidió Iriarte.

Al despedirse, la inspectora se quedó pensativa por un momento, pero enseguida notó como crecía y no paraba de extenderse, una alegría descontrolada por todo su interior.

Al salir de Silke Industries, Lucía no quiso seguir pensando en el tema, pero, lo sucedido con Iriarte, le había causado una desazón realmente considerable. Daba por hecho que la cuestión ya no tendría arreglo posible. Pero, contra todo pronóstico, la puerta se abría nuevamente y esta vez, no quería dejar pasar la oportunidad de explorar lo que pudiera llegar a encontrarse al otro lado.

Se dirigió hacia el baño y comenzó a arreglarse.

Por su parte, nada más finalizar la conversación, se había dibujado una sonrisa tan amplia en la cara de Iriarte, que incluso le hacía daño.

Desde que se marchara de la planta, había estado considerando la posibilidad de intentar hablar con Lucía otra vez.

Se sentía profundamente atraído por ella, aunque lo ocurrido durante aquel día, lo había sumido en una gran confusión. Pero al despedirse, creyó intuir cierta disculpa en la mirada de la inspectora y aquello, acabó por infundirle finalmente el valor necesario para intentar un nuevo acercamiento.

De ahí su alegría al comprobar que había accedido a quedar, e incluso que añadiera que también quería aclararlo todo. Era la demostración de que no estaba equivocado. Así que, recuperada nuevamente la confianza y con la ilusión reflejada en el rostro, se dirigió hacia su hotel con el objeto de arreglarse un poco antes de la cita.

Cuando por fin llegó al bar, observó que Lucía estaba sentada en la barra. Vestía una cómoda prenda de una sola pieza, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo y con el que su complexión atlética, se acentuaba enormemente. Su cabello castaño, cortado al uno, hacía que los ojos resaltaran aún más en su cara, con una profundidad en la mirada tal, que provocaba el deseo irrefrenable de perderse para siempre en ella.

Mientras Iriarte se acercaba, los labios de Lucía dibujaron una sonrisa amable y distendida,

haciéndole sentir una oleada de anhelo enorme hacia aquella mujer que, desde el primer momento en que se cruzara en su camino, lo había conquistado irremediabilmente.

—Hola Lucía —saludó mientras se acercaba—. Me alegro de que hayas aceptado quedar conmigo.

—Hola Haron —contestó la inspectora—. Yo también me alegro de que hayas decidido llamarme.

—¿Quieres que vayamos a cenar a alguna parte? —preguntó Iriarte.

—Sí. Me apetece salir un rato y conocer esta zona. Nunca había venido antes por aquí —contestó Lucía.

—Perfecto —convino Iriarte—. Voy a llamar a un *taxi-bot* para que nos acerque hasta el casco antiguo de la ciudad, a ver qué encontramos.

Aquella localidad no era una gran urbe. Conservaba una zona histórica en la que, siguiendo la tradición, se concentraban una serie de locales de restauración en los que aún se cocinaba a la antigua usanza. Se utilizaba materia prima, vegetal y animal, traída directamente de las zonas de producción agrícola y ganadera que circundaban la región, permitiendo a foráneos y locales, disfrutar de una ruta gastronómica que, en aquellos tiempos, era muy difícil de encontrar en cualquier otra parte.

Una vez que el *taxi-bot* los dejó en su destino, se dirigieron hacia el casco antiguo dando un agradable paseo. Avanzaban sin prisa por calles estrechas y entre gente variada, mientras elegían un local al que les apeteciera entrar. Al fin, se decidieron por uno llamado "Beyu-Pen".

Se acomodaron en una mesa y ambos quedaron muy sorprendidos cuando, un camarero humano, se dirigió a ellos para tomarles la comanda. Pidieron un surtido de tapas variadas. Una rueda de quesos típicos del lugar, un picadillo de jamón y huevos rotos sobre pan recién horneado, unas croquetas caseras y un pulpo a la brasa, aderezado con aceite de oliva, ajo y perejil.

Para beber, comenzaron con un par de cervezas, servidas en jarras heladas de terracota. Después, siguieron con un vino turbio típico de la zona, servido también muy frío y escanciado sobre sendas tazas cerámicas.

Una vez aclaradas todas las suspicacias surgidas entre ambos durante aquel día, como consecuencia de la investigación en curso, toda la tensión inicial con la que comenzaron la noche, quedó por fin desvanecida y pudieron así, recuperar la afinidad perdida.

A partir de aquel momento, comprobaron que tenían una gran cantidad de gustos e intereses en común. Sin darse cuenta, como en la anterior velada compartida, al cabo de poco rato estaban hablando de sus respectivas vivencias, de gustos musicales, de cine, de lecturas, de anhelos pasados y esperanzas futuras.

Tanto Lucía como Iriarte, habían tenido relaciones amorosas en el pasado, aunque ninguna llegara a trascender en nada serio. En esa etapa de la vida en la que ya ambos se encontraban, avanzaban por sus respectivos caminos como dos seres solitarios. Conformes con una serena existencia, en la que tampoco pretendían hallar nada nuevo.

Y quizá en contraposición a esa percepción, la singularidad de aquel instante, les hizo sentir que, a su alrededor, todo conspiraba para generar una atmósfera capaz de transmitirles una antigua calma, surgida del albor de los tiempos, cuando los humanos únicamente se ocupaban de sobrevivir. Una quietud que les transportaba a ese mundo lejano, perdido hacía mucho ya, y en el que todo era posible.

Para cuando les trajeron el postre, un arroz con leche y canela, no paraban de reír y charlar animadamente, de todo y de nada a la vez.

Abandonaron el restaurante y salieron a la noche, que los recibió con una suave brisa. Se

sentían acalorados debido al caldeado ambiente del local, pero también, por la abundante cantidad de comida y bebida consumidas. Por eso, ambos agradecieron enormemente sentir aquel frescor repentino acariciándoles el rostro.

Caminaban lentamente, muy cerca el uno del otro. Finalmente se detuvieron y se miraron a la cara. Muy poco a poco, fueron entrecerrando los ojos y aproximando los labios para acabar besándose. De forma contenida al principio, como alguien que llevara mucho tiempo acumulando ternura en su interior y que, al llegar el momento de compartirla, temiera dejarla escapar de manera abrupta. Siguieron besándose y poco a poco, el deseo de ambos fue dando paso a una pasión cada vez mayor.

Aquella noche, se amaron varias veces. Se entregaron totalmente el uno al otro. Abrazándose en su desnudez. Sintiendo como se acrecentaba el deseo cada vez que la piel de un cuerpo rozaba la del otro.

Y cuando por fin se quedaron dormidos, lo hicieron plácidamente. Olvidando que, afuera, el mundo continuaba girando inexorablemente.

CAPÍTULO 13

Aquel día, Maybel percibió en su interior una sensación parecida a la alegría. Por primera vez desde que sufriera el ictus, el nivel de intensidad del ruido permanentemente alojado en su cabeza, había remitido un poco y gracias a eso, podía captar otras sensaciones. Como aquel tímido sentimiento que, poco a poco, iba abriéndose paso a través de la maraña de desaliento instalada en su cabeza.

Aún seguía sin poder hablar, pero, desde que le dieran el alta en el Centro Cimino, notaba que iba mejorando progresivamente. Ayudada por su madre, que no se había separado de ella en ningún momento, comenzaba a recuperar cierta capacidad de uso en sus funciones cerebrales.

Por eso, al encontrarse mejor, se sentía con fuerzas para salir fuera y disfrutar de un pequeño paseo por el parque cercano a su casa. Bajó con su madre y, lentamente, se dirigieron hacia la zona verde.

Desde una distancia más que prudencial, unos ojos fríos y calculadores vigilaban a las dos mujeres, mientras su recorrido era grabado con unas *virtuaglasses*. Eusebio Núñez llevaba ya varias jornadas montando guardia y hasta aquel día, no había podido conocer el estado de salud de la persona objeto de su interés.

Que la hermana de Otto hubiera salido a la calle, significaba que comenzaba a recuperarse y eso, para él, era una muy mala noticia. Comprendió que, en breve, debería poner en marcha su plan puesto que, precisamente, pivotaba en el estado de incapacitación en el que la chica había quedado. Que estuviera mejorando resultaba, por tanto, un enorme inconveniente.

Su maquinación se dividía en varias etapas. Entrar en casa de Maybel, gracias al hackeado de la seguridad anti intrusión realizado un par de días atrás, sedar a ambas mujeres y llevarse únicamente a la más joven. Eusebio, había decidido que iba a administrar una dosis letal a la madre. La forma como faltara al respeto, tanto al "intermediador" Alonso como a su propio hijo, había resultado según su entender, algo extraordinariamente ofensivo. No quería dejar pasar aquella oportunidad sin tomar represalias contra aquella mujer, que se negaba a reconocer la autoridad moral que les confería a aquellos dos hombres su grado de humanidad.

Para la siguiente etapa, había adquirido una *ergochair* con ruedas que le ayudaría a realizar el traslado de la secuestrada. Como siempre, tuvo que recurrir a "vías alternativas". Respecto al transporte, lo solucionó también utilizando el mismo recurso. Consiguió un vehículo fuera de servicio, similar a los que utilizaba el Centro Cimino para el transporte de sus pacientes y lo customizó según la serigrafía del grupo. De esa manera, en caso de tropezar con alguien mientras se llevaba a su rehén, no sospecharía nada al ver a una chica adormecida, que estaba siendo trasladada por personal sanitario.

Era precisamente por cómo estaba pensada toda aquella planificación, que resultara tan inconveniente que la chica fuera recuperándose.

El último preparativo que le quedaba por hacer, antes de poner en marcha la ejecución de la estrategia diseñada, consistía en imprimir un molde de material tipo *skin*, a partir del rostro de un celador del Cimino que había grabado con sus *virtuaglasses* un par de días atrás. Intentaría evitar por este medio, que pudieran identificarlo por reconocimiento facial a través de las cámaras instaladas en la vía pública.

Decidió pues que, al día siguiente por la noche, llevaría a cabo el secuestro. Aprovecharía la última dosis de nonopartículas biointegradas que conservaba, para obtener visión infrarroja y poder deslizarse con mayor sigilo para procurar pasar más desapercibido.

—.—

—No me quiero ir —dijo Lucía.

Iriarte esbozó una media sonrisa. Estaba recostado en el respaldo de la cama y acariciaba suavemente el rasurado cabello de la inspectora que, a su vez, apoyaba la cabeza en el regazo del consultor.

—Yo tampoco —respondió este.

A pesar de que aún era temprano, se colaban ya por la ventana los primeros rayos de sol, creando un agradable juego de luces y sombras, que sumían al espacio en una confortable penumbra.

—¿Te quedas por aquí hoy? —preguntó Lucía.

—Sí. Volveré a la planta, para ver si los ingenieros de sistema han hecho algún progreso. ¿Y tú?

—No. Tengo que volver a la capital. He quedado con alguien...

—¡Qué misteriosa! —se burló Iriarte.

—Sí... Es un fantasma del pasado. Pero no me apetece hablar de eso ahora —contestó Lucía con voz seria.

—Vaya, lo siento —se disculpó Iriarte.

Después de un rato en silencio, preguntó:

—Lucía, ¿cuándo volveremos a vernos?

—¿Cuándo? —interpeló ella a su vez en tono reflexivo—. Pues no sé... ¿Por qué no te vienes a Madrid cuando acabes aquí?

—Me parece una idea estupenda. Como ya te dije, antes de que toda esta locura comenzara iba a cogerme unos días libres. Pero tengo que ir a ver a mi hermana. Hace días que no sé de ella. Cuando termine hoy, volveré a casa para poder visitarla. Después, podría coger un *hyperloop* y estar contigo mañana por la noche.

—¡Genial! —exclamó Lucía—. Aunque yo sí deberé seguir con el caso. Mi jefe me está presionando para que lo cierre ya. Pero después de mis turnos podremos estar juntos.

—Me parece bien —asintió Iriarte mientras esbozaba una sonrisa pícaro—. Además, mientras tú trabajas, aprovecharé para visitar a un par de clientes a los que hace tiempo que perdí la pista. A ver si puedo recuperar el contacto.

A regañadientes, ambos se incorporaron y comenzaron a vestirse. Debían volver a sus respectivos cometidos por mucho que, en aquel momento, no desearan otra cosa que poder seguir juntos.

Una vez se hubo marchado Lucía, Iriarte aprovechó para llamar a su madre. Quería preguntar por Maybel.

—Hola mamá.

—Hola hijo ¿qué tal estás? —le contestó en tono alegre Aurora.

—Bien, ¿cómo está Maybel? —preguntó el consultor con entonación grave.

—Pues estamos muy contentas. Ayer salimos por primera vez de casa y fuimos a pasear al parque, aprovechando que Maybel se sentía mucho mejor. Hoy vamos a ver a un especialista que nos recomendaron en el Cimino. Parece ser que es especialista en reeducación del habla.

—Entiendo —asintió Iriarte mientras intentaba apaciguar la oleada de ira que, rápidamente, se iba apoderando de él.

—Hoy regreso para allá. Mañana querría pasar a veros. ¿Va bien?

—Va genial hijo —contestó la madre—. A Maybel le encantará volver a verte.

—Perfecto mamá. Dale un beso de mi parte y otro también para ti —se despidió Iriarte sin demasiado entusiasmo.

—Adiós hijo mío. Que tengas un buen viaje de regreso —dijo Aurora con voz dulce.

Iriarte seguía agitado. Iba a ser muy duro para él contemplar el estado de su hermana y no poder hacer nada para que llegara a recuperarse completamente o, como mínimo, en menos tiempo.

Por el momento, decidió posponer aquella línea de pensamiento. Tal y como le enseñaran hacía ya mucho tiempo, rumió constantemente acerca de un suceso todavía no acaecido, representaba un desgaste de energía que no servía absolutamente para nada.

Una vez recibió el aviso del *taxi-bot* que había pedido conforme ya le estaba esperando, bajó a la calle y se dirigió hacia la mega planta de Silke Industries. Tenía ganas de terminar con aquel encargo de una vez.

Mientras se dirigía hacia allí, acudió a su mente el interrogatorio al que le sometiera Lucía, ocurrido hacía escasamente doce horas, pero que en ese momento parecía haber transcurrido hacía una eternidad de tiempo.

Seguía dándole vueltas a la parte que más le descolocara. La pregunta sobre Otto.

Mientras cenaban en el restaurante y para aclarar el malentendido surgido entre ambos, Lucía le había explicado que aquella pregunta se hizo a consecuencia de una búsqueda lanzada al sistema de *IA* policial, al haber devuelto el nombre de los dos hermanos como proveedores de la *bioindustry*.

Iriarte no dejaba de pensar en ello. La profesión de Otto, se basaba en hacer repartos complementarios a los llamados de última milla, es decir, dentro de un radio de acción que no abarcaba más de cincuenta kilómetros. El desplazamiento hasta la planta de Asturias le habría supuesto realizar una ruta de más de ochocientos solo de ida. Aquello no podía ser una coincidencia.

¿Tendría su hermano algo que ver con el caso?

Llamó a Lucía. Pensaba que aquello podía ser un detalle importante y que ella debía saberlo.

Al finalizar la conversación con Iriarte, Lucía se quedó pensativa. Coincidió con él en que resultaba muy extraño que un transportista de última milla aceptara esa clase de encargos. Lo dejó anotado en el expediente para volver a ello más tarde.

Pero ahora debía prepararse para la tarea que tenía por delante. La conversación con Raúl Luocco.

Como si se estuviera deslizando continuamente sobre una cinta de Moebius, desde que aquel escurridizo individuo volviera a cruzarse en su camino, no le había resultado de ninguna ayuda, tal y como ya pasara durante el ataque de sus compañeros de clase. Se repetía así un patrón cíclico e interminable.

Pero esta vez, Lucía lo citaba para demandarle una cuestión bien diferente. Al no conseguir dar con el origen de los registros de traza del material encontrado en la *bioindustry*, quería que el informante le consiguiera cita con un *deep diver*.

Lucía nunca había conocido a uno. De hecho, mucha gente pensaba que eran un mito, que ese tipo de personas no existían.

¿Cómo podía nadie ser capaz de llegar a comunicarse directamente con la *IA* profunda? No

daba la impresión de estar al alcance de un ser humano.

La conexión entre cualquier persona y una red gestionada por *IA*, consistía en transformar el pensamiento humano en un código digital que permitiera establecer una interacción más rápida con la red. Por ese motivo, era necesario realizar un estudio sobre las capacidades propias de cada individuo, antes de implementarle sinapsis conectivas. A través de este método, se lograba que el acoplamiento humano-*IA* fuera más fluido gracias a una predisposición natural. De esa forma, la velocidad de procesado entre un comando y su ejecución posterior tenía un tiempo de decalaje prácticamente nulo. Dicho de otra manera, la conexión equivalía a realizar una conversión de un lenguaje en otro, tal y como se lleva a cabo cuando al programar, se transforma un código hexadecimal en uno binario.

La única máxima que nunca podía modificarse, bajo ningún concepto, era que el criterio del humano conectado debía ser siempre el que marcara la interacción.

Sin embargo, para el caso de los *deep_divers* y según se explicaba, la cuestión era muy diferente.

Se decía que habían conseguido conectarse a la red *IA* global, gestionada por sistemas cuánticos. Una red infinita en la que, a partir de sus capas más profundas, ya no regían las reglas de computación clásicas, definidas por los programadores humanos. Una red donde la *IA* se comunicaba entre sí, utilizando un lenguaje particular y a través de sus propios protocolos.

Si bien no estaba demostrado, se creía que estos buzos virtuales eran capaces de sumergirse hasta profundidades abisales de consciencia virtual en las que, el discernimiento humano ya no era capaz de asumir ningún concepto del conocimiento primigenio heredado como especie. Algunos afirmaban que, además de alcanzar ese tipo de proezas, también conseguían "presenciar" interacciones directas entre *IAs* y a partir de ahí, extraer información que resultaba incuantificable por su valor.

Por eso, representaban una rara avis y prácticamente nadie los conocía. Se decía que determinados grupos de poder habían conseguido reclutarlos para que trabajasen para ellos. Pero todo eran especulaciones.

Nadie sabía tampoco cómo llegaron a adquirir dichas capacidades. Algunos antropólogos de reputado prestigio afirmaban que, en caso de confirmarse la existencia de esta clase de sujetos, la suya sí podría considerarse como una verdadera evolución de la especie, basada en el principio clásico de selección natural. Argumentaban que, únicamente ellos, habrían sido capaces de llegar a desarrollar una nueva cualidad de adaptación al medio. Sería por tanto esta adaptación, lo que representaría un avance mensurable y real del desarrollo evolutivo del género homo.

Lucía estaba casi segura de que Raúl Luocco conocía a un *deep diver*.

En su momento, cuando a punto había estado de arrestarlo, este le dio a entender que tenía acceso a un tipo de información al alcance de muy pocos, aunque solo podía acudir a esa fuente en casos muy concretos, como último recurso. A pesar de que en aquel momento no prestara mayor atención a la magnitud de aquella revelación, por achacarla más a la pretensión del malhechor de escapar impune a su castigo que a un verdadero recurso; cuando el día anterior, Iriarte había apuntado la posibilidad de que los incidentes ocurridos en Silke Industries, el suyo y el del auditor, se hubieran podido producir debido a una decisión tomada unilateralmente por la *IA*, la confesión de Luocco acudió de nuevo a su mente.

Esa era pues la posibilidad que la inspectora quería explorar aquel día. Para lo que había citado al confidente en el bar de Plaza Ginés.

Llegó con tiempo de antelación suficiente con el objetivo de colocarse en el recinto del local que contara con la mejor panorámica, tanto hacia la calle como al interior del mismo.

Si bien el término "bar", se había mantenido para continuar refiriéndose de forma genérica a los locales a los que acudían diferentes personas para socializar entre ellas mientras tomaban algún tipo de consumición, poco quedaba ya del concepto al que debían su nombre.

Los clásicos establecimientos que tan populares resultaran desde finales del siglo XIX y hasta bien entrado el XXI se habían transformado en algo muy diferente.

El cambio se fue produciendo a medida que las grandes urbes iban creciendo y consolidándose como el núcleo de residencia estable para millones de habitantes. Esta tesitura, dio paso a que dichos espacios también fueran transformándose a su vez y de forma progresiva, de pequeños recintos, en los que la parroquia prácticamente no podía ni moverse, a grandes locales con diferentes áreas diseminadas en su interior y toda clase de servicios automatizados. Los clientes acudían allí en busca de algún tipo de sensación que fuera totalmente diferente a lo que pudieran encontrar en otro lugar. Aunque, por descontado, aún mantenían un espacio dedicado al concepto clásico de tomar una consumición.

Lucía no pudo reprimir un impulso de ira que se apoderó de su ánimo al ver aparecer a Raúl. Logró controlarlo enseguida gracias a la mentalización previa que, durante la espera, había estado practicando. Levantó una mano para llamar la atención del recién llegado.

—Hola Lucía. Hacía tiempo desde la última vez —saludó Raúl Luocco mientras se sentaba.

—Sí —se limitó a responder la inspectora.

—Pues bien, tú dirás —intervino inmediatamente el otro en tono nervioso.

Aquella incontinencia verbal hacía que Lucía sintiera aún más desprecio hacia su excompañero. Volvió a apelar a toda su capacidad de autocontrol para intentar serenarse y plantear su petición de la mejor manera posible. La vía de investigación que pretendía explorar en aquella conversación, se basaba íntegramente en una intuición y debía evitar que su interlocutor se negara a hablar sobre el tema o que incluso, llegara a cerrarse en banda antes de poder siquiera formular alguna petición.

—Verás Raúl, estoy en mitad de un caso y creo que voy a necesitar que me echés una mano.

Iba a hacer una pausa, pero tal y como esperaba, el otro ya estaba respondiendo cuando ella aún no había terminado su frase.

—Bueno, ya sabes que siempre he intentado ayudarte en todo lo que me has pedido Lucía.

—Sí lo sé. Pero esto es diferente.

Ahora sí se produjo un silencio. Lucía había empleado un tono tan ominoso, que el rostro del confidente se torció en una mueca de inquietud y miedo, que se quedó congelada.

—Puueees tú dirás... —consiguió articular por fin.

—Creo que en su día me comentaste que podías obtener información a partir de una fuente muy especial. Del tipo al que solo unos pocos tienen acceso.

—¿Sí? —contestó el otro a la defensiva—. Pues la verdad es que no lo recuerdo.

El rictus de inquietud en la cara de Luocco se agravó aún más.

—¿No lo recuerdas? Espera que voy a situarte en contexto y verás cómo te ayudo a refrescar la memoria —comenzó Lucía en tono amenazante, aprovechando la reacción del confidente.

—Fue hace unos años —siguió—, cuando estabas a punto de ser llevado a juicio por una estafa multitudinaria por vender ilegalmente datos a terceros. Sí, fue en ese momento. Lo recuerdo perfectamente. Querías hacer un trato con la policía, a cualquier precio. Y entonces, dijiste que podías proporcionar información muy importante, proveniente de una fuente exclusiva. Así la calificaste. Claro está, siempre a cambio de que no te procesáramos. Me parece que, a fecha de hoy, todavía no hemos tenido el privilegio de acceder a esa información tan importante, ¿verdad? Pero en cambio, tú sigues en libertad.

—¿Qué quieres Lucía? —a esas alturas de la conversación, el rostro de Raúl era la viva imagen del abatimiento.

La inspectora tenía claro que aquel, era el momento exacto en el que debía jugarse el todo por el todo.

—Quiero que me pongas en contacto con esa fuente.

—Eso es imposible —negó lacónicamente Raúl.

—¿Sí? Pues entonces me temo que empezaremos a revisar todas tus actividades, desde la última vez que te fichamos hasta ahora. A ver si has sido un buen chico —dijo Lucía en tono perentorio.

—Puedes revisarlas, no tengo nada que ocultar —contestó el otro desafiante.

—Ah, pero evidentemente no seré yo quien lo haga. No. Verás, voy a ocuparme de que la revisión sea llevada a cabo, directamente, desde el departamento de Hacienda Pública. Y lo hará uno de sus mejores auditores, buen amigo mío. Estará encantado de llevar a cabo un examen pormenorizado y exhaustivo de todos tus movimientos —respondió la inspectora mientras su rostro dibujaba una expresión mordaz y amenazante a la vez.

Aquello acabó desencajando por completo el semblante de Raúl.

—Pero Lucía —comenzó en tono suplicante—, ¿sabes lo que me estás pidiendo? No sé cómo crees que funciona este tema. No puedo presentarme alegremente delante de esa fuente, como tú la llamas, y decirle que una poli va a ir a hablar con él.

—Tienes razón Raúl. No sé cómo funciona el tema, pero ahora sé que funciona. Me acabas de confirmar que eres un cliente habitual. Sabes lo que se debe hacer para acceder. Así que, me da igual cómo te lo montes, pero quiero que me consigas una cita con tu *deep diver*.

Al oír aquella palabra en voz alta, Raúl movió la cabeza a uno y otro lado, de manera inconsciente, como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—Está bien, está bien —se apresuró a decir—. Haré lo que pueda.

—Espero que me digas algo. Hoy mismo —zanjó Lucía mientras se levantaba.

A continuación, se levantó de la mesa y se marchó del local, dejando al otro en un estado de completo abatimiento.

Al cabo de unas horas, su *DPU* se activó y envió el mensaje que acababa de recibir al *edesk* en el que hallaba conectada Lucía.

"Nos vemos mañana a las 7:50 AM. Calle Aprestadores, 63. Entre Gibraltar y Reverte" el texto de Raúl Luocco no daba más indicaciones.

La inspectora seguía aún en la jefatura de policía. Después de la "reunión" en el bar de Plaza Ginés, aprovechó para comer algo rápido y a continuación, se dirigió hacia la comisaría para contrastar la información que Iriarte le proporcionara por la mañana.

Comenzó analizando los recorridos habituales de la empresa de transportes del hermano del consultor. Comprobó que, efectivamente, su radio de acción nunca excedía de la tercera corona urbana. Por tanto, aquella entrega salía por completo del patrón de la actividad habitual de la empresa y, además, estaba claramente relacionada con el suceso en la *bioindustry*, pues se había llevado a cabo el día anterior.

Al recuperar el archivo de imágenes descargado durante su visita a la planta, comprobó que, cuando se efectuó la entrega, aparecía el transportista pero que este no cruzaba la puerta. Se limitaba únicamente a dejar el paquete en recepción, tramitar el correspondiente justificante de entrega y a continuación marcharse, sin que volviera a aparecer más en las grabaciones.

Intentó recuperar la información correspondiente al contenido del paquete entregado por el transportista. No obstante, la información era totalmente anodina puesto que indicaba que se

trataba de material variado para uso de *Integra Services* y no estaba dirigido a ningún trabajador en concreto. No quería lanzar una orden de detención contra el hermano de Haron, puesto que no tenía ninguna prueba concluyente que lo implicara directamente.

Aunque, de todos modos, la entrega sí constituía una prueba relacional con el caso. El grado de conocimiento y experiencia necesarios para llevar a cabo una intervención como la que modificó el exoesqueleto que causara el siniestro debían, forzosamente, de ser muy altos. Tal y como correspondería a cualquier técnico experto de la empresa de mantenimiento.

Así pues, siguió analizando con extremo detalle la actividad desempeñada por los diferentes empleados de *Integra Services* durante el día previo al suceso. Corroboró no obstante que, tal y como ya verificara en su momento, no se había realizado ningún tipo de intervención sobre el exoesqueleto en cuestión.

Pero aun así, era evidente que el equipo tenía que haber sido manipulado justo después de la entrega del paquete por parte de Otto Iriarte ya que, al repasar la utilización del mismo en fechas previas a dicha entrega, se obtenía que había entrado en servicio tres días antes, sin que se hubiera registrado ningún incidente.

Por eso, decidió continuar la investigación aplicando el mismo patrón que con la entrega, es decir, basarla en eventos no ordinarios. Lanzó una búsqueda dentro del sistema que analizara los parámetros: *acceso, intervención, incidente, no programado*.

Restringió el rastreo desde el día de la entrega hasta el del accidente fatal.

El sistema devolvió un resultado inmediatamente:

Acceso: Técnico de mantenimiento - Integra Services

Hora de entrada: 2:30 am

Hora de salida: 3:15 am

Observaciones: Se asigna pase de visitante. El operario no realiza ninguna intervención solo accede para recoger material.

No se proporcionaban más detalles. Tampoco aparecía el nombre del trabajador de *Integra Services*. El sistema de seguridad no lo había registrado al dar por válidas las credenciales aportadas y, entre los archivos descargados, no aparecía la grabación de aquel momento.

Lucía lanzó inmediatamente una orden a la *bioindustry* para que se la hicieran llegar.

¡Por fin estaba acercándose a algo concreto!

— . —

—¿Llevas mucho rato esperando? —preguntó Raúl Luocco mientras se acercaba a Lucía.

—No —mintió la inspectora.

En realidad, llevaba casi una hora merodeando por la zona.

Desde el requerimiento para que le enviaran las imágenes correspondientes al acceso del operario de *Integra Services*, que el día anterior lanzara a la planta de Asturias, se había apoderado de ella un estado de sobreexcitación que le resultaba muy difícil controlar.

Siempre le ocurría lo mismo al notar que andaba cerca de alcanzar la resolución de algún caso. Entraba en una especie de hiperactividad constante en la que, cualquier demora debida a trámites administrativos o cuestiones similares, hacía que su ansiedad aumentara enormemente.

Desde la *bioindustry* le habían confirmado que, para poder enviar las grabaciones solicitadas, necesitaban autorización por parte de gerencia y hasta la tarde de ese día no se podía completar el trámite administrativo interno. Como aquellas imágenes habrían de resultar claves para la

resolución del caso, así como para la condena posterior, no podía obtenerlas por ningún otro conducto que no fuera el reglamentario.

De ahí que le hubiera costado tanto conciliar el sueño la noche anterior y que, además, se levantara tan temprano aquella mañana. Esa era la razón por la que llevaba tanto tiempo esperando en la dirección que Luocco le proporcionara.

—Antes de entrar, tengo que explicarte algunas cosas importantes —comenzó Raúl.

—Tú dirás...

—Verás, debes tener muy en cuenta que él puede saberlo todo acerca de ti. Cuando digo todo, es TO-DO. En ningún momento esperes poder manejar la situación. Vas a entrar en SU mundo. Eso significa que las reglas las fijará él. Otra cosa, si acabas conectándote a su red, vas a experimentar una sensación de vértigo muy pronunciada. Hay quien vomita o incluso acaba desmayándose porque no llega a aguantarlo.

Después de la batería de advertencias, Raúl Luocco hizo una pequeña pausa y añadió, con cierto aire dubitativo:

—Si quieres, puedo ofrecerte unas pastillas para que te ayuden a sobrellevar tu primera vez, en caso de que las necesites.

—¿Cómo? ¿Estás loco? No voy a conectarme —contestó Lucía—. Y ni de coña voy a tomar nada de lo que se te ocurra ofrecerme. ¡Al final vamos a acabar mal tú y yo! —acabó gritando indignada.

—Vamos a ver... —contestó Luocco visiblemente nervioso— me importa un carajo como acabemos. Tú me ordenaste que arreglara el tema y te he conseguido la puta cita. Pero que te quede bien claro que, a partir de ahora, todo funcionará según SUS reglas. Yo ni siquiera voy a estar presente. Así que, si él te dice que te conectes, no te va a quedar otra opción. Es decir, o a su manera o bye bye baby...

Aquello descolocó totalmente a Lucía. Ahora no estaba tan segura de que aquella, hubiera sido tan buena idea.

—¿Qué riesgos hay? —acabó preguntando.

—¿Riesgos? ¡Ja! —ironizó el confidente—. ¡Qué sé yo! Lo único que puedo asegurarte es que, una vez entres en su red, jamás volverás a tener la sensación de estar a solas.

—¿Qué quieres decir? —inquirió la inspectora.

—Pues ni más ni menos que lo que acabas de escuchar. Li-te-ral-men-te. Bienvenida a la incertidumbre permanente. Dará igual dónde o con quién estés. Nunca podrás llegar a saber si, en ese momento, él te está monitorizando.

—¿Es que quieres acojonarme o qué? —se burló Lucía.

—Para nada. Te lo digo por experiencia —contestó Raúl con voz resignada—. Aunque ahora, ya da igual. No puedes echarte atrás.

—No me vaciles.

—No lo hago. Cuando ayer le pregunté si estaría dispuesto a hablar con alguien que me había pedido una cita con él, a quien no había podido negarme, me "solicitó" información acerca del peticionario. Noté que le intrigaba el hecho de que fueras una poli. Por eso accedí.

—¡¿Pero qué clase de gilipollas eres tú?! —le volvió a gritar Lucía—. ¡¿Cómo se te ocurrió dar mi nombre, pedazo de capullo?!

—Veo que, a pesar de tu oficio, aún no captas el mensaje inspectora —contestó Raúl con una sonrisa amarga—. A este tío no se le niega nada de lo que te "solicita". Más te vale que hagas lo propio o de lo contrario, hoy pasará a convertirse en el primer día del resto de tu vida...

Por su expresión desencajada, así como por el lenguaje corporal que transmitía, Lucía

comprendió que Luocco estaba diciendo la verdad.

A esas alturas de la conversación, el color de su cara había empalidecido tanto y tenía el rostro tan descompuesto, que parecía realmente amedrantado. Como si ya hubiera dicho demasiado o, efectivamente, temiera que estuvieran escuchándolo en ese momento.

—Bufff —se quejó Lucía—. Bueno, pues vamos para allá.

Entraron en un local cuyo *rotulograma* en fachada anunciaba que se vendían antigüedades. Raúl encabezaba la marcha seguido por la inspectora, que mantenía una prudencial distancia de seguridad. Mientras avanzaban, de forma disimulada apoyaba su mano cerca de la empuñadura de su *taser_cop*, capaz de provocar una descarga de 50.000 voltios y a la vez, generar un potente pulso electromagnético, que podía inhabilitar cualquier equipo eléctrico o electrónico en varios metros a su alrededor.

— . —

Iriarte iba poniéndose cada vez más nervioso a medida que el *taxi-bot* avanzaba. Desde que se levantara aquella mañana, no había dejado de llamar tanto a su hermana como a su madre, sin que, hasta el momento, hubiera conseguido localizar ninguna de las dos.

Cuando por fin llegó a su destino, fue directamente hacia el portal del edificio. Una vez allí, envió sus *basic_data* a la puerta de acceso que, inmediatamente, le franqueó el paso hacia la finca por estar dado de alta entre los contactos registrados. Se dirigió precipitadamente hacia el ascensor y cuando llegó a la planta de destino, saltó hacia fuera mientras corría en dirección al apartamento de su hermana.

Una vez allí, comenzó a llamar repetidamente sin obtener ningún tipo de respuesta. Su desesperación iba en aumento. Sabía que no le quedaba más remedio. Ordenó el comando de llamada al contacto elegido en el *DPU*. Al cabo de pocos segundos se estableció la conexión.

—¿Qué quieres? —contestó su hermano en un, nada amigable, tono de voz.

—Estoy en casa de Maybel. No hay nadie. ¿Sabes dónde pueden estar? —dijo Iriarte procurando parecer calmado.

—No.

—Llevo toda la mañana intentando comunicarme con mamá, pero no hay manera. Me dijo que Maybel estaba mejor y que incluso habían salido ya a dar algún paseo por el parque. Quedamos que hoy vendría a visitarlas. Pero no consigo localizarlas. Ahora estoy aquí, en su casa y tampoco parece que haya nadie. ¿Puede ser que estén en rehabilitación? —preguntó Iriarte con un hilo de voz.

—Por lo que yo sé hoy no les tocaba ir. Ayer por la tarde estuve con ellas y estaban bien.

—Otto, ¿me puedes dar tu código de acceso? Estoy preocupado.

—Igual han salido a pasear. Puede que lleguen en breve —contestó este de forma evasiva.

—No lo creo. Te repito que llevo intentando contactar con ellas toda la mañana y no ha habido manera. ¿Podrías darme el código por favor? —insistió Iriarte.

—Ya estoy acabando mi ruta. Puedo estar allí en una hora o así —volvió a zafarse Otto.

La especial capacidad del hermano mayor para poner en evidencia su alto grado de necesidad, sacaba de quicio a Iriarte que, si previamente no se concienciaba y hacía un ejercicio de contención, siempre acababa perdiendo los papeles cuando debía tratar algo con él.

—¡Joder Otto! ¿Pero a ti qué cojones te pasa? ¿Qué crees que voy a hacer con el puto código? ¿No ves que si ha ocurrido algo cada segundo que pase puede acabar siendo vital?

La conexión se cortó mientras Iriarte aún continuaba increpando al hermano. Al notar que

estaba hablando solo, acabó cerrando los labios y apretando fuertemente las mandíbulas. Apoyó la cabeza contra la pared intentando pensar en el siguiente paso que debía dar.

Se le ocurrió llamar a Lucía. Quizá ella le pudiera dar una orientación sobre cómo proceder.

En ese momento se activó su *DPU*.

Había recibido un mensaje. Era de Otto. Simplemente indicaba: Z45653234_2CEDF78.

CAPÍTULO 14

Intentó abrir los ojos, pero fue incapaz. Notaba los párpados muy pesados, como si en ellos tuviera alojada una carga descomunal que se lo impidiera. Cuando por fin lo consiguió, tal y cómo le enseñara el especialista, comenzó a enfocar la mente en un único concepto para tratar de aislar el ruido de fondo, instalado de forma permanente en su cabeza y que en ese momento era muy agudo. Aquel ejercicio tenía el objetivo de lograr que el cerebro hilvanara pensamientos con una cierta lógica.

Le costó, pero finalmente lo consiguió. Fue la única acción que pudo ejecutar, puesto que notaba que el resto del cuerpo estaba paralizado.

Empezó a examinar el recinto en el que se encontraba. Lo primero que observó, fue la zona frente a sí donde, un sujeto situado de espaldas, trabajaba sentado delante de una cantidad enorme de diferentes equipos. Todos los aparatos estaban pulcramente interconectados entre sí y de ellos salía un cable de gran sección que parecía dirigirse en su dirección.

A continuación, y con gran esfuerzo, giró la vista y comprobó que, aparte del banco de trabajo, no había mucho más por ver, dado que el espacio era bastante reducido. Un holograma, situado en mitad del ambiente, proyectaba cíclicamente las principales enseñanzas del credo *non MODIFIED*.

Aquello descolocó por completo a Maybel.

¿Dónde se encontraba? Intentó moverse nuevamente, pero no pudo. A parte de no contar con fuerzas suficientes, parecía que algo más la retenía. Como pudo, inclinó la cabeza y con horror, comprobó que se hallaba sujeta de pies y manos por unas *electroligaduras* que la inhabilitaban. Comprendió entonces, que esa era la razón por la que tampoco tenía control sobre sus extremidades.

Empezó a respirar agitadamente, aterrorizada al observar que el individuo se giraba hacia ella. Pero no llegó a ver la cara de su captor ya que, justo en ese instante, empezó a notar que aquel maldito ruido ensordecedor comenzaba a desparramarse de nuevo por todo su cerebro, como en los primeros días después del ictus. Inundando y atormentando completamente cada una de las partes conscientes que aún conservaba.

Hasta que, finalmente, ya no pudo soportarlo más y volvió a sumirse en la inconsciencia.

En cuanto a Eusebio Núñez, a través de los diferentes equipos de monitorización que tenía conectados, comprobó que la actividad cerebral del sujeto de muestra –ni siquiera se refería a ella por su nombre– se reactivaba. Por eso decidió que, dado que el prototipo aún no estaba preparado, debía volver a sumirle en un estado de letargo. Para ello, le aplicó una onda de choque a través de la conexión que había adherido a su cabeza, con el objeto de alterar las funciones cognitivas y forzar al cerebro a activar un mecanismo de defensa, para que volviera a quedar inconsciente.

Ahora no podía perder tiempo. Ya lo tenía prácticamente todo a punto.

Había conseguido que la red interna del local y el *DPU* de prueba se acoplaran y funcionaran como un sistema de redes neuronales generativas adversarias, en el que introdujo una condición que generaba un patrón no trazable, basado en la secuencia del pensamiento humano. Esto, a su vez, debía producir un desajuste que haría que la sincronización resultara imposible.

A partir de ahí, cuando el sujeto volviera a despertarse, podría hacer la primera prueba en modo real, sin simulación.

—.—

Las manos de Iriarte temblaban cuando, casi sin fuerzas, empujó la puerta de entrada. Dentro, reinaba el silencio.

—¡Hola?! —saludó con voz titubeante.

Avanzaba muy lentamente, mientras su respiración se volvía cada vez más agitada. El apartamento no era demasiado grande. Estaba compuesto por un par de habitaciones, un baño y un comedor-cocina.

Iriarte se encaminó hacia la estancia mayor que también era la más cercana a la entrada, el comedor. Todo estaba en perfecto orden. El *homebot* se movía lentamente mientras completaba su rutinaria tarea de limpieza. Giró en redondo y se dirigió a las habitaciones. La de Maybel, estaba situada al fondo del pasillo. La otra, supuso, era en la que su madre se estaría alojando durante esos días, mientras cuidaba de la hija.

Cuando llegó a la altura de la misma, vio que la puerta estaba entreabierta. El sistema de climatización estaba activado y por el sonido que emitía, parecía estar funcionando a la máxima velocidad. Aquello le extrañó enormemente.

Con gran cautela, empujó la puerta y, a pesar de que la habitación se hallaba en penumbra, podía adivinarse un volumen informe situado encima de la cama. Al percibir movimiento, el sensor comenzó a subir progresivamente la intensidad lumínica, desvaneciendo la incierta oscuridad y revelando, para consternación de Iriarte, que se trataba del cuerpo de su madre, colocado en posición antinatural.

Se quedó petrificado. No sabía qué hacer.

En ese momento se activó su *DPU*.

—¿Has podido entr...? ¿Qué pasa Haron? —preguntó Otto al notar la extrema lividez en el rostro del hermano.

Iriarte tardó unos segundos en poder contestar.

—O...Ott...Otto. Es mamá. Es...est...está muerta.

—¿Qué? ¡No puede ser! ¡Y Maybel?!

Aquella pregunta lo sacó de su parálisis. La contemplación de la horrorosa escena, había provocado que no siguiera buscando.

Rápidamente se dirigió a la otra habitación. La cama estaba deshecha y revuelta. Se notaba que se había producido cierto forcejeo.

—¡No está! —gritó.

—Pero, ¿qué...? ¡Voy para allá inmediatamente! ¡Llama a la policía! —ordenó el hermano mayor.

Iriarte obedeció. Probó con el contacto de Lucía. Le llegó un mensaje conforme el equipo no daba ningún tipo de señal.

Después de insistir varias veces y obtener siempre el mismo resultado, contactó con el servicio de urgencias.

—.—

—A partir de aquí sigues sola —anunció Raúl Luocco.

A continuación, se marchó de forma precipitada.

Lucía se hallaba frente a una puerta metálica que, a media altura, incorporaba un extraño dispositivo.

El recinto quedó en silencio. No sabía qué debía hacer. Miró a su alrededor, pero nada le permitía obtener alguna pista al respecto.

De repente, el dispositivo se iluminó y un holograma con cara humanoide apareció ante ella, mirándola con una sonrisa.

—Bienvenida inspectora Lizagoyen —saludó con voz metálica.

—Hola —se limitó a contestar Lucía.

—¿Cuál es el motivo de su visita? —preguntó el avatar holográfico.

—Tengo una cita con un *deep_diver* —respondió Lucía, para arrepentirse inmediatamente por no haber meditado la respuesta.

—¡Qué descortés! —le reprochó la cara virtual mientras torcía el gesto en una mueca de desaprobación—. Ya no me parece tan buena idea hablar con usted.

—¡Perdón! —se apresuró a rectificar la inspectora—. Vengo a pedir ayuda.

El silencio volvió a reinar nuevamente. Al cabo de unos pocos segundos, el dispositivo se apagó y las cerraduras electrónicas de la puerta comenzaron a desbloquearse. Por el ruido que produjo su accionamiento, Lucía pensó que debían tener un diámetro enorme, correspondiente al grosor de la puerta que atrancaban.

—Cuando atraviere la puerta, puede dejar el *DPU* y el *taser_cop* en el receptáculo situado a su derecha —oyó como le indicaba una voz humana desde dentro del recinto.

»No hace falta que los desconecte. Tampoco le resultarían de ninguna utilidad aquí dentro. Pero puede estar tranquila, no los va a necesitar —siguió informándole la misma voz.

La puerta se abría hacia afuera. Lucía comenzó a tirar de ella y entendió que había acertado en su suposición respecto al grosor, ya que tuvo que emplearse a fondo para poder moverla.

Una vez traspasó el umbral del recinto, tal y como le habían indicado, depositó los ítems en una especie de cofre metálico cuya tapa estaba abierta y se hallaba situado encima de una mesa que, tal y como le habían anunciado, se encontraba a su derecha. Nada más retirar la mano, la tapa se cerró automáticamente.

—Por favor, vuelva a cerrar la puerta —ordenó amablemente la voz.

La tensión de Lucía iba en aumento. Su instinto de policía no paraba de gritarle que estaba cometiendo un grave error. Vaciló unos instantes, acababa de despojarse de su único medio de comunicación con el exterior, así como de su única defensa. Y encima ahora, debía encerrarse tras una puerta que no se vendría abajo, ni bajo el fuego de artillería pesada.

—Créame señora Lizagoyen. No tiene por qué preocuparse. Me he permitido medir sus patrones biométricos y están muy alterados. Por favor, tranquilícese. No soy un delincuente. Estas medidas son necesarias, porque mi existencia diaria se da al margen del mundo exterior y así deberá continuar el tiempo que usted permanezca en mi hogar.

Lucía se decidió por fin y volvió a acompañar la puerta hacia adentro. Para su sorpresa, el esfuerzo resultó ahora prácticamente nulo.

Al acabar de ajustarse la puerta, el espacio quedó momentáneamente a oscuras. Una oleada de pánico recorrió el cuerpo de la inspectora. No obstante, y de forma inmediata, desde las paredes del recinto comenzó a emerger una luz difuminada, cuya intensidad fue creciendo de forma gradual de manera que los ojos fueran acostumbrándose al nivel de luz, sin que en ningún momento llegaran a sufrir deslumbramiento.

Cuando el recinto estuvo completamente iluminado, Lucía se quedó desconcertada. Había

esperado encontrar una especie de antro o caverna mal iluminada y peor ventilada, habitada por algún tipo de siniestro sujeto. Pero nada distaba más de su preconcebida idea.

Se encontraba en una estancia inmaculada. Con una decoración extremadamente minimalista, pero de un gusto exquisito. En el centro de la misma, se hallaba un individuo de pie, pulcramente vestido, que cruzaba los brazos detrás de la espalda y la miraba con una sonrisa. Era alto y bien parecido. El cabello rubio, los ojos azules y la esbelta nariz, proporcionaban una serena simetría al conjunto de su cara, enmarcada en una barba incipiente y muy bien arreglada.

—Le doy la bienvenida formal inspectora —dijo mientras tendía una mano.

—Muchas gracias —respondió Lucía con voz entrecortada, estrechando sin demasiado entusiasmo la mano que le ofrecían.

—Por la expresión de su rostro, intuyo que lo que ha visto no se corresponde a lo que esperaba.

—Francamente no —contestó la inspectora.

—Bueno, espero que la sorpresa haya sido grata —concluyó el *deep diver* con una sonrisa. La misma con la que la recibiera y que, desde que se hiciera la luz, no había desaparecido ni un solo instante.

»Bien. Ha dicho usted que viene a pedir ayuda. Me siento halagado. Es la primera vez que la policía solicita mis servicios.

A pesar de que una de las grandes virtudes de Lucía, desarrollada gracias a su labor profesional, consistía en evaluar a las personas rápidamente desde el primer momento en el que establecía contacto con ellas, frente a aquel individuo se encontraba totalmente a oscuras.

El tono calmado de su voz y la apacible expresión de su rostro, transmitían una apariencia de persona confiable. Pero, por otro lado, desprendía una especie de aureola de poder oculto, como si se supiera capaz de cualquier cosa. Tras los ojos de aquel hombre, se adivinaba una profundidad insondable que impedía a su agudo y entrenado instinto de inspectora, llegar a establecer un patrón. Arrancar alguna pista que le permitiera situarse y saber cómo actuar.

—Antes de seguir, creo que aún no me ha dado su nombre —dijo Lucía, aferrándose a ese subterfugio, como último recurso para ganar algo de confianza frente a su interlocutor.

El hombre arqueó una ceja y, sin perder la sonrisa, dijo:

—¿Mi nombre? Créame señora Lizagoyen, esa información no le va a resultar de ningún interés en su investigación.

—¿Y cómo quiere que me dirija a usted entonces?

—Veo que sigue intentando encauzar la conversación hacia su terreno. Procurando entablar algún tipo de punto en común para comenzar una negociación. Bueno, no hay problema. Puede dirigirse a mí como "X". ¿Qué le parece? —preguntó mientras ampliaba aún más la sonrisa.

Lucía comprendió que, tal y como le había advertido Raúl Luocco, no estaba al mando y tampoco iba a poder manejar la situación. Aquello hizo que se pusiera aún más nerviosa.

Con un gesto de su mirada, X le señaló hacia una proyección virtual situada en una de las paredes.

—¿Ve esas cifras? Las de la izquierda corresponden a mis patrones biométricos, las del centro a los valores de referencia para una persona sana en una situación normal y las de la derecha, a los suyos. ¿Por qué está tan alterada señora Lizagoyen? Ya le he dicho que no le va a pasar nada.

—Bueno, quizá se deba al hecho de que no sé muy bien hasta dónde llega la información de la que usted dispone en relación al caso en el que estoy trabajando —respondió Lucía.

—¡Por fin esta conversación comienza a resultar interesante! —exclamó X.

—Le diré —continuó— que algo sé. No acostumbro a indagar en asuntos ajenos, aunque debo

confesarle que, cuando Raúl Luocco me comentó que una agente de policía quería hablar conmigo, se despertó mi curiosidad. Y hacía bastante tiempo que no sentía esa sensación.

—¿Y hasta dónde ha satisfecho dicha curiosidad? —preguntó Lucía.

—Jeje —rió brevemente X—. Veo que su faceta de investigadora está siempre dispuesta a salir a la superficie.

—Creo que lo más justo por su parte es que, como mínimo, me diga hasta dónde sabe. De esa forma, esta "interview" será más provechosa para ambos —se defendió la inspectora.

—Estoy de acuerdo. Pues le puedo confirmar que estoy al corriente de que se encuentra en mitad de la investigación de dos asesinatos, perpetrados en los respectivos lugares de trabajo de las víctimas. Que ambos están relacionados entre sí, aunque todavía no hayan podido establecer un vínculo. Sé que tampoco han podido todavía, determinar el perfil del o de los sujetos que los han cometido. Y, por último, creo que el motivo de su visita, la razón por la que está hoy aquí, es para preguntarme acerca de los registros de traza del material que fue hallado en uno de los escenarios.

Tal y como Lucía sospechaba, X sabía absolutamente todo.

—Sí. Veo que, por lo visto, sabe tanto como yo —contestó.

—¿Acaso no lo esperaba? ¿Para qué acudiría a mí si no? —preguntó X.

Lucía no respondió. Supuso que aquellas preguntas eran retóricas.

—Bien. A partir de este punto, debemos trasladar la conversación a mi mundo.

X señaló hacia dos grandes butacas situadas en un extremo de la habitación y con un gesto de la mano, invitó a Lucía a que se dirigiera hacia ellas. Al sentarse, la inspectora notó cómo, de forma automática, el asiento iba adaptándose ergonómicamente a su cuerpo, mientras se abatía para quedar en posición semi-horizontal. Cuando finalmente acabó la maniobra, sus pies descansaban en un accesorio que también se había desplegado desde la parte inferior de la misma. Su cabeza todavía miraba hacia el frente, dado que el ángulo entre el respaldo de la butaca y el asiento, era de unos ciento veinte grados. Miró a X, que le indicó dónde podía encontrar las conexiones sinápticas.

Nada más conectarse, Lucía experimentó un destello cegador que inundó todo su cerebro, como alguien que, de repente, saliera a la luz después de haber estado en oscuridad absoluta durante mucho tiempo. Lo que vino a continuación de aquel primer estallido fue aún peor, ya que sintió un fuerte vuelco en el estómago, como si estuviera cayendo al vacío. Empezó a tener fuertes náuseas. Notaba cómo iban en aumento y que no podía hacer nada para contenerlas.

Percibió o escuchó —no estaba segura— que, desde un punto indefinido, una voz le indicaba que debía tranquilizarse y mirar al frente. Al hacerlo, se encontró suspendida en mitad de un inmenso océano en calma, donde la brillante luz del sol se proyectaba sobre la espuma de unas tranquilas olas, a medida que estas iban formándose como resultado de una agradable brisa.

Aquel paisaje, que la envolvía completamente, le ayudó a relajarse. Pudo así, llegar a controlar su angustia y fue recuperando progresivamente la compostura.

—¿Se encuentra usted bien?

Lucía no sabía muy bien si seguía conectada o había vuelto al mundo real. Creía estar viendo la imagen de X. Le hablaba mientras iba aproximándose hacia ella, caminando por encima de las olas.

No tenía forma de saber lo que estaba ocurriendo. En las conexiones cotidianas con la IA, en todo momento se podía mantener el contacto con el entorno inmediato y a no ser que se estuviera en un nivel o capa que exigieran una gran concentración, el cerebro era capaz de disociar la parte que pertenecía al entorno virtual y la que no. Se trabajaba con una realidad aumentada e

immersiva.

Pero ahora, no tenía manera de contextualizar lo que estaba experimentando. No se parecía a nada de lo conocido hasta aquel momento en el mundo virtual. ¿Qué significaba todo aquello?

—Señora Lizagoyen debo felicitarla. Ha demostrado una gran capacidad de recuperación y asimilación. Lo ha hecho fantásticamente bien. Durante su primera conexión a la *real_net*, algunos ni siquiera pueden soportar diez segundos.

—¿*Real_net*? —preguntó Lucía

Aunque nada más formular la pregunta, cayó en la cuenta de que, en realidad, no lo había hecho en voz alta, sino con el pensamiento. Comprendió que su cerebro, se hallaba ante una proyección virtual de sí misma y que no estaba hablando, sino expresando pensamientos de forma abierta. Como si los verbalizara.

—Sí, así la llamamos. Es la red que compartimos *divers* e *IA*.

—Pero, ¿cómo puede ser que estemos hablando en un espacio virtual, a través de nuestros pensamientos?

—Porque estamos conectados a una red global que integra toda la computación compartida que se encuentre disponible alrededor del planeta. Esta red solo está accesible a unas pocas personas ya que, de otro modo, el sistema colapsaría. ¿Entiende ahora el porqué de su nombre?

Lucía asintió. Aunque no estaba segura de si había movido su cabeza en el mundo real o era su mente la que había proyectado un gesto de afirmación.

—Relájese Lucía. No intente seguir disociando. Piense que ahora está en una realidad diferente, donde puede actuar igual a como lo haría en el mundo que acaba de dejar atrás —la tranquilizó X.

—Es únicamente mediante esta realidad —prosiguió— desde donde podemos sumergirnos hasta llegar a las capas en las que somos capaces de escuchar el lenguaje en el que la *IA* se comunica entre sí. De ahí proviene nuestro nombre porque hasta allí, no puede llegar cualquiera. A esas profundidades de conectividad, la percepción humana desaparece y se necesita una gran capacidad de abstracción, para no enloquecer bajo el inmenso flujo de información que parece carecer de sentido. Pero dicho torrente, es con el que trabaja la *IA* y en el que procesa su existencia. Algunos la llaman la *deep_IA* pero ese concepto ni siquiera se acerca a la realidad. En ese abismo de consciencia, uno llega a descubrir lo que realmente ocurre. Entiende que está contemplando cómo emerge una nueva forma de vida.

Lucía permaneció en silencio e inconscientemente miró hacia abajo. Un escalofrío recorrió su mente. Seguían flotando en mitad de aquel inmenso océano.

Nada allí había sido puesto al azar.

A continuación, se centraron en el objeto de la visita de la agente, el registro de traza del material encontrado por Iriarte en el exoesqueleto. X cargó en el sistema los datos correspondientes e inmediatamente, se abrió ante ellos una ventana a través de la cual, podía observarse el rastreo virtual del origen de todas y cada una de las piezas.

Una vez concluida la búsqueda, el sistema comenzó a trazar el camino inverso, rehaciéndolo hasta dar con su primer destino. El receptor era un traficante de poca monta, fichado en diversas ocasiones por la policía. Resultaba evidente que no podía tratarse de la misma persona que boicoteara el exoesqueleto. El comprador no había dejado ningún rastro.

X amplió entonces la búsqueda, aplicando un seguimiento al traficante a través de las cámaras de vigilancia, desde el momento en que recibiera el material hasta dar con el instante en el que lo hubiera entregado.

Lucía asistía extasiada al despliegue de información que se deslizaba ante ella. A pesar de que,

gran parte de su trabajo, se desarrollaba en conexión a una *IA*, nada podía igualarse a lo que estaba presenciando en cuanto a accesibilidad y volumen en el flujo de datos.

—Espéreme aquí, debo bajar un par de capas para rastrear, compilar y preparar la información —dijo X.

Al cabo de poco volvió a aparecer. Con un gesto de la mano, abrió una nueva ventana en la superficie del océano que los rodeaba y de ella, emergieron una serie de imágenes ordenadas.

—Hemos dado con la entrega.

Lucía comprobó la fecha y hora tanto de la primera, como de la última imagen. Eran tres días de grabaciones. Setenta y dos horas de material repartidos por una infinidad de cámaras diferentes. X únicamente había estado ausente treinta segundos.

—¿Cómo? ¿Cómo ha podido analizar todo ese material en tan poco tiempo? —preguntó incrédula.

X sonrió antes de contestar.

—*Real_net*. ¿Recuerda? Allí abajo, los recursos de computación se multiplican exponencialmente, en progresión geométrica. Y todavía no hemos podido conectarnos directamente a un sistema cuántico. Quién sabe de lo que seremos capaces cuando eso suceda.

—Este es su hombre —dijo finalmente X enviando la imagen al frente de la inspectora.

Lucía escudriñó al sujeto que aparecía en la imagen, situado junto al traficante mientras recibía el material. Aquella cara le resultaba familiar. Le evocaba a un rostro del pasado lejano.

Y entonces se dio cuenta. Al principio no podía creerlo. Se quedó petrificada.

—¡Por fin te he encontrado hijo de puta! —exclamó de golpe, sin poder contenerse.

Aquella vehemencia descolocó a X. Notaba como, súbitamente, los patrones biométricos de la inspectora se habían vuelto a desbocar. Era imposible que aquella reacción se debiera a la localización del culpable del caso que investigaba. Debía tratarse de algo más. De una cuestión personal.

—¿Quién es ese hombre Lucía?

—X, por favor, necesito desconectarme.

—Deme un segundo.

Después de un instante, Lucía notó que el océano iba retirándose gradualmente y frente a sí reaparecía la pared de la estancia.

Volvía a ver a través de sus ojos.

Una vez estuvo segura de que había regresado a la realidad física, intentó desconectarse. Le costó un gran esfuerzo. Notaba un cansancio enorme por todo el cuerpo. Quiso incorporarse, pero no pudo. Sentía como si estuviera soportando un peso descomunal que la aplastara contra el asiento.

—No trate de moverse aún. Las primeras veces que alguien se conecta a la *real_net*, representa un esfuerzo físico colosal para su organismo ya que, gran parte de los recursos, son acaparados y destinados a mantener la mente enfocada en la conexión. De ahí que tampoco se pueda permanecer conectado a ella durante mucho tiempo. Ahora debe reposar un rato para ir recuperándose.

Mientras decía esto, Lucía vio que X en cambio, se incorporaba con gran facilidad y se dirigía hacia la parte derecha del recinto, fuera de su rango de visión. Al cabo de poco rato, apareció sosteniendo una bebida en la mano.

—Tome. Este batido le ayudará a reponerse algo más rápido. Puede estar tranquila, es un cóctel multivitamínico que le permitirá restablecer parte de la energía y recursos perdidos durante la conexión.

Lucía sujetó con las dos manos el vaso que le ofrecía X. A pesar de eso, lo asía torpemente

pues aún continuaba notándose sin fuerzas. Fue bebiendo y poco a poco, comprobó que efectivamente, iba recuperándose. Ya no se sentía tan débil.

—¿Quién es ese hombre Lucía? —volvió a insistir *deep_diver*.

—Lo siento X. Prefiero no hablar de ello —contestó Lucía.

—De acuerdo. Pero vaya con cuidado inspectora. Recuerde que el odio no es un buen aliado si debe mantener fría la cabeza.

—X, muchas gracias por su inestimable ayuda. Espero poder devolverle el favor algún día. De verdad —dijo Lucía con sinceridad.

Se estrecharon la mano y el hombre se quedó allí, de pie en mitad de la estancia, contemplando cómo se marchaba la inspectora. Aquella mujer le había sorprendido sobremanera. Desde el primer momento, cuando comprobó lo rápido que consiguiera controlarse, a pesar de que se trataba de su primera conexión y después, una vez desconectada, por la gran capacidad de recuperación demostrada.

Se notaba que era alguien con una enorme fuerza de voluntad, gran capacidad de autocontrol y acostumbrada a lidiar con el dolor físico.

Pero fue la última parte, la que más llamara su atención. Su reacción al haber descubierto la identidad de aquel sujeto.

Decidió que iba a investigar un poco más acerca de eso. La curiosidad constituía una parte inseparable de su forma de ser.

Volvió a conectarse y a través del *facetrace*, empezó a rastrear el sistema para identificar a aquel hombre.

Al cabo de muy poco, apareció un nombre: *Eusebio Núñez Balboa*.

CAPÍTULO 15

La casa se había convertido en un hervidero de personas.

La primera autoridad en personarse fue la policía, después llegaron los servicios sanitarios y por último la juez forense. Una vez certificó la muerte, pudo iniciarse el levantamiento del cadáver.

Iriarte estaba sentado en el salón-comedor de la casa. Permanecía en silencio, absorto en sus pensamientos. Después de haber tenido que explicar varias veces cómo se habían desarrollado los acontecimientos desde que accediera a la vivienda, se sumió en un profundo mutismo. Mantenía la vista perdida y sus labios se movían de vez en cuando, como si estuvieran recitando una letanía indescifrable.

Otto en cambio, no paraba de hablar. Desde que terminara de contar su versión de lo sucedido a la policía que, básicamente, se circunscribía a la última ocasión en la que había estado en contacto con Maybel y su madre; permanecía enganchado al *DPU* hablando sin parar con los diferentes miembros de su comunidad.

—El que ha hecho esto lo tenía todo planificado. Y, además, con un sumo grado de detalle —les explicó Enric Sorpena, el inspector asignado al caso.

»De todas las superficies que llevamos analizadas hasta el momento —continuó—, no ha dejado ningún tipo de huella. Hemos intervenido las cámaras de seguridad de la zona para intentar desvelar el rostro del individuo, pero no se deja ver en ningún momento. Se ha comprobado, además, que disponía del código de acceso a la vivienda, por eso deducimos que, de alguna manera, consiguió hackearlo. Se llevó a la señora Iriarte en un vehículo con distintivos del centro Cimino. Ya hemos contactado con ellos, pero nos han confirmado que no está registrado dentro de su flota.

—Pero habrán podido rastrear la ruta que siguió ¿no? —preguntó Iriarte.

—Efectivamente. Por desgracia, la pista se pierde en la parte baja de la ciudad. Allí, los sistemas de vigilancia no son funcionales debido a los continuos actos de vandalismo. El sujeto tenía todo previsto. Hemos enviado un par de patrullas a la zona para que realicen una investigación sobre el terreno. Estamos esperando que nos pasen un informe al respecto.

—¿Cuándo podremos enterrar a mi madre? —preguntó Otto.

—Bueno, en un par de horas dispondremos del resultado del análisis forense y a partir de ese momento, se encargarán los servicios funerarios —respondió el agente.

—¿Qué debemos esperar respecto a mi hermana? —inquirió Iriarte.

—Estas primeras horas son cruciales. Realmente el caso es complejo. Estamos delante de un secuestro y según apuntan todas las evidencias, también de un asesinato. Así que es complicado formular una hipótesis en relación al móvil del autor o sobre las intenciones que pueda tener respecto a su hermana. Especialmente si, como ya han declarado, no se les ocurre nadie que albergara algún tipo de interés en hacerles daño.

—Permanezcan atentos a sus *DPU*s por si el secuestrador quisiera contactar con ustedes. Tengan también a mano los dispositivos de su hermana y de su madre, por si lo intenta a través de estos —acabó recomendando el policía.

Mientras iba de camino hacia la jefatura, Lucía comprobó las llamadas de su *DPU*. Vio que casi todas eran de Iriarte. Y que todas ellas, se correspondían al período en el que estuviera en la casa del *deep diver*.

Recordó que habían quedado en que hoy, llegaría a Madrid.

¿Qué debía hacer? Estaba ansiosa por contrastar y ampliar la información que acababa de descubrir y seguramente, aquello iba a llevarle toda la tarde e incluso quizá, parte de la noche también. Le apetecía mucho volver a estar con Haron, pero los acontecimientos se habían precipitado de una forma tan asombrosa, que quería acabar de zanjar toda aquella cuestión cuanto antes. Si confirmaba lo que acababa de descubrir durante su conexión a la *real net*, aquel caso se iba a convertir en un tremendo golpe de suerte. Acabaría deteniendo al desgraciado que, en su día, fuera el principal instigador y autor material de su agresión. Pero en esta ocasión, podría acusarle de un doble homicidio y no iba a poder zafarse, como pasara antaño.

Llamó a Iriarte para explicarle.

—Hola Lucía —contestó este con rostro desolado.

—¿Qué ha pasado Haron? —preguntó Lucía alarmada al ver su semblante.

—Buff, todavía me cuesta decirlo en voz alta... —comenzó Iriarte—. Verás, cuando he llegado esta mañana al apartamento de mi hermana me he... me he encontrado a mi madre muerta y que mi hermana estaba desaparecida... Por lo que nos ha dicho la policía, parece que la han secuestrado... —acabó diciendo con la voz rota.

—¿Qué? ¡¿Qué?! —exclamó Lucía que no se podía creer lo que Iriarte acababa de explicarle.

Tardó unos segundos en reaccionar. Cuando asimiló la noticia continuó:

—Haron lo siento mucho, de verdad. Voy de camino a la comisaría y antes de salir para Barcelona, me conectaré al sistema central a ver si puedo averiguar algo al respecto.

—Gracias Lucía. Te llamé a ti primero, pero al no poder localizarte, acudí a la policía local.

—Sí, verás. Es una historia un poco larga de contar. Estaba fuera de cobertura, por el caso. Te vuelvo a llamar cuando sepa algo más.

—Muchas gracias —se despidió Iriarte, incapaz de seguir hablando.

Lucía se quedó totalmente fuera de combate por lo que Iriarte acababa de explicarle.

Era algo totalmente inaudito.

Llegó a la comisaría y enseguida se conectó al sistema central para intentar recabar la máxima información posible respecto al suceso. Comprobó que, efectivamente, se había registrado un allanamiento en la casa de la hermana de Iriarte, pero, según recogía el informe, parecía que el individuo no había forzado la puerta para acceder por haber podido hackear el código.

Consultó las imágenes que ya estaban volcadas en el expediente y comenzó a revisarlas. Aquel sujeto sabía moverse perfectamente para que ninguna cámara pudiera conseguir una buena toma de su rostro.

Estaba descargando la información cuando, en paralelo, le llegó un comunicado procedente del servicio central de datos. Acababan de enviarle, desde la *bioindustry*, las grabaciones de seguridad solicitadas el día anterior.

Accedió a ellas y comprobó que, tampoco en esas imágenes, se llegaba a obtener ninguna toma clara del sujeto, dado que se movía únicamente por zonas en las que apenas había luz. Incluso en el acceso a la planta, había permanecido deliberadamente en el ángulo muerto del plano de grabación de la cámara.

No obstante, tras revisarlas un par de veces algo captó su atención.

La forma de moverse de aquel escurridizo sujeto, era muy parecida a la de las imágenes que acababa de visualizar, pertenecientes al secuestro de la hermana de Iriarte. Pero es que, además, los gestos que realizara en las grabaciones, se asemejaban enormemente a las que le pasara el *deep diver* después de su visita.

Cogió las tres recopilaciones y las pasó al sistema de tratamiento de imagen, ordenando realizar un estudio comparativo entre ellas para comprobar si podía extraerse el patrón biométrico que permitiera deducir que se trataba del mismo individuo.

El sistema tardó unos minutos, pero finalmente devolvió el resultado del cruce entre los tres archivos gráficos. La conclusión era que había un noventa y nueve coma ocho por ciento de coincidencia entre todos indicadores analizados y que, por lo tanto, podía inferirse que se trataba del mismo individuo.

Aquello hizo que Lucía experimentara un enorme vuelco en el estómago.

¿Cómo podía ser? ¿Qué clase de relación tenía aquel hombre con la familia de Iriarte?

Lanzó una orden de búsqueda al sistema *facetrace* para que rastreara la identidad del sujeto que aparecía en las imágenes proporcionadas por el *deep diver*. La red no tardó en devolverle un nombre: Eusebio Núñez Balboa, trabajador de Integra Services. También aparecía una dirección situada en Barcelona.

Cursó una orden de detención y la envió para que, tanto su superior como el juez instructor que fuera a encargarse del caso, la aprobaran. Se desconectó y se dirigió hacia el despacho de Marcelo Riera.

—Hola Marcelo. Ya lo tengo —dijo directamente mientras entraba—. Te acabo de enviar la orden de detención para que la firmes y la pases al juez. Me voy para Barcelona porque es la dirección que devuelve el sistema sobre el tipo. Coordina los efectivos para que estén preparados cuando yo llegue. Ya he dejado desbloqueado el archivo del caso por si quieres compartir con ellos lo que consideres oportuno.

—Perfecto Lucía, ¿quién es? —preguntó Marcelo.

—Un trabajador de una empresa de mantenimiento. Fue así como consiguió acceder a ambos lugares sin despertar sospechas. Desconozco los motivos de los sabotajes, pero no hay ninguna duda de que se trata del mismo sujeto.

—Pero aún hay más —continuó Lucía tras una breve pausa—. Hace un par de días, lancé una solicitud al sistema para recibir comunicaciones si se producían incidentes con algún patrón similar a los de mi caso. Casualmente esta mañana, antes de identificar al tipo, he recibido una llamada de un colega en Barcelona. Resulta que se ha denunciado un asalto a la vivienda de dos mujeres, madre e hija, con resultado de secuestro y asesinato. Acabo de acceder a las imágenes que han cargado al sistema y he comprobado que se trata del mismo sujeto...

—¿Cómo? —preguntó Marcelo.

—No hay ninguna duda jefe. Lo he "matcheado" con las grabaciones de los otros escenarios, almacenadas en el expediente, y el sistema ha devuelto un grado de coincidencia del noventa y nueve coma ocho por ciento. No sé qué clase de relación pudiera tener con estas nuevas víctimas. Quizá sea casualidad y tampoco estas hayan sido elegidas por algún motivo concreto. Igual que en el caso de los dos trabajadores muertos. De hecho, parece que ese es su *modus operandi* hasta el momento. Elige a sus víctimas sin ningún patrón concreto.

Lucía había tenido que alterar el relato para poder incluir a las víctimas de Barcelona. De otro modo, su intervención en el caso podía quedar comprometida. Debería advertir a Iriarte para que, durante su intervención, evitara demostrar demasiada familiaridad hacia ella.

—De acuerdo Lucía. Buen trabajo. Ves hacia la *hiperestación*. Te harán llegar los billetes por

el camino. Ya me encargo de la orden y de hablar con mi homónimo en Barcelona para que prepare los efectivos correspondientes.

—Gracias jefe.

Mientras iba de camino, Lucía llamó a Iriarte.

—Hola Haron, ¿estás a solas?

La expresión de Iriarte era la de una persona ida.

—¡Haron! —le instó Lucía—. ¡Necesito que me prestes atención!

Iriarte pareció reaccionar.

—Perdona Lucía es que... Es que estoy totalmente superado por la situación —dijo por fin.

—Lo sé Haron. De verdad que lo sé. Pero necesito que me prestes atención. Debo hablar contigo, a solas.

—Ok, ahora te llamo.

Iriarte se incorporó, salió fuera de la casa y se dirigió hacia la calle. Otto le observó con suspicacia, pero no dijo nada.

Una vez en la calle, Iriarte volvió a llamar a Lucía, utilizando únicamente el modo voz.

—Hola Lucía, ya estoy en la calle. Solo.

—Perfecto Haron. Escucha, sé quién tiene a tu hermana. Es el mismo tipo que cometió el crimen en la *bioindustry*. Lo que todavía no he logrado averiguar, es por qué la ha secuestrado. No he podido establecer ningún vínculo entre ambos sucesos aún.

Lucía hizo una pausa para que Iriarte pudiera asimilar la información. Este tardó unos segundos en responder.

—Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Crees que puede deberse a mi participación en el asunto?

—No lo sé Haron. No puedo confirmarlo ni desmentirlo. Pero ya hemos emitido una orden de busca y captura contra él. Yo estoy a punto de salir hacia Barcelona porque su residencia está ubicada allí. Voy a hacerme cargo del operativo.

—Haron, debes tener cuidado hasta que lo capturemos.

—Aha —contestó Iriarte.

Todavía daba muestras de no estar prestándole toda la atención.

—Verás. También debo pedirte un favor —comenzó Lucía suavizando el tono de su voz—. Hemos de mantener en secreto lo nuestro o podrían retirarme del caso por incompatibilidad manifiesta.

—Claro Lucía, lo entiendo.

—Cuando nos veamos, hemos de tratarnos como si nuestra relación no hubiera trascendido de lo profesional. Una vez que lo atrapemos, todo volverá a la normalidad. Me sabe fatal pedirte esto y sobretodo en un momento así. Pero yo también me juego mucho en este caso, por cuestiones personales que ya te explicaré cuando todo esto haya pasado y podamos volver a estar juntos —acabó Lucía en forma de disculpa.

—No te preocupes, de verdad que lo entiendo —contestó Iriarte.

—Haron, voy a hacer todo lo posible por encontrar a tu hermana. Cueste lo cueste. Mientras tanto, tú céntrate para poder despedirte adecuadamente de tu madre. Y, sobre todo, ves con mucho cuidado. Te iré informando.

—Muchas gracias Lucía. Sé que lo vas a hacer —dijo Iriarte.

»Te quiero —añadió de improviso.

A Lucía se le hizo un nudo en el estómago. Sabía que Haron estaba en un momento de debilidad emocional extrema, pero aquella declaración la había cogido totalmente a contrapié.

—Te veo pronto —fue lo único que acertó a contestar.

Después de terminar la conversación, Iriarte se quedó pensativo en la calle. No por la respuesta de Lucía, sino por la revelación que le acababa de hacer.

¿Era la muerte de su madre culpa suya? ¿Le podía pasar lo mismo a Maybel? ¿Por qué aquel cabrón no había ido a por él, en lugar de a por su familia?

Sintió que le faltaba el aire y comenzó a respirar agitadamente, notando que una ira desmesurada invadía todos y cada uno de los rincones de su cuerpo.

De repente, mientras continuaba respirando con dificultad y una lágrima resbalaba por su mejilla, un concepto cruzó por su mente.

"Transporte de última milla".

¿Para qué cojones había tenido que ir Otto hasta Asturias a hacer una entrega? ¿Quién le había hecho aquel encargo?

Se limpió la cara con ambas manos y respiró profundamente varias veces para tratar de serenarse. Resultaba evidente. La persona que realizara el encargo, había sido la misma que matara a su madre y secuestrara a Maybel.

Se dio la vuelta y volvió a casa de su hermana. Tenía que hablar con Otto.

—.—

—Hola inspectora Lizagoyen. Soy Enric Sorpena, el inspector a cargo de la investigación del secuestro-asesinato de la calle Kilian Jornet.

—Encantada —contestó Lucía extendiendo la mano.

—Ya tenemos el operativo en marcha. Estábamos esperando su llegada. De momento no se ha producido ningún tipo de actividad en la dirección del sujeto —siguió informando el agente.

—Perfecto —aprobó Lucía.

Ambos montaron en el vehículo policial. El inspector Sorpena activó la sirena y el inhibidor de funcionamiento para que los *bot_vehicles* que circulaban por los carriles específicos les abrieran paso. Por último, programó la ruta más corta para la dirección de la vivienda de Eusebio Núñez. Mientras conducía, iba relatando a Lucía los pormenores de lo que habían ido encontrando, una vez conocida la identidad del presunto homicida.

—Como dato curioso inspectora —comentó en tono jocoso Sorpena—, resulta que el tipo sigue el credo *non_MOD* desde hace bastante tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Lucía sorprendida.

—Pues tal y como se lo cuento. ¿Se imagina? Es surrealista. Un *meta-humano* defendiendo que la tecnología es maaaala —siguió bromeando Sorpena.

Pero Lucía ya no prestaba atención a las cargantes chanzas que el tipo continuaba haciendo. Ahora entendía la relación entre el asesino y la familia de Haron, y por qué el hermano mayor había hecho aquella ruta para llevar el paquete a la *bioindustry*.

Todavía se preocupó más. ¿Y si, finalmente, este también estaba involucrado? Seguro que Haron y él estaban juntos en el apartamento en aquel preciso instante.

¿Cómo podía avisarlo sin echar por tierra toda investigación? Ahora no podía dejar la misión principal para llamarlo. Tampoco explicarle con un videomensaje lo que acababa de descubrir acerca del sujeto y prevenirle directamente respecto al hermano. Era demasiado arriesgado. No iba a tener una ocasión clara para estar a solas y tampoco tenía forma de saber con quién estaría Haron cuando lo escuchara.

Finalmente decidió enviarle un mensaje escrito:

"Haron, el sujeto pertenece a los *non_MOD*. Esa es la conexión con tu hermana y tu madre. De

ahí la entrega de Otto en la *bioindustry*. Ves con cuidado, no he podido averiguar más acerca de la implicación de tu hermano en todo este asunto".

A continuación, buscó la mejor forma de proteger al consultor.

—Inspector Sorpena, ¿ha quedado algún retén en el piso de las víctimas? —preguntó.

—Pues no, los últimos agentes ya se han retirado, creo.

—Necesito que vuelva a enviar a otro par de agentes por favor. Tengo motivos para pensar que el hermano mayor pudiera estar relacionado con el presunto homicida —ordenó.

—Enseguida inspectora —acató Sorpena.

—.—

—Ya se han llevado a mamá —anunció Otto cuando vio entrar a Iriarte en el salón.

—Muy bien —aprobó este—. ¿Te han dicho cuándo podrá celebrarse el funeral?

—Pues creo que entre mañana o pasado. También estoy hablando con los "intermediadores", para que preparen la ceremonia y el lugar de encuentro.

—Ajá —asintió Iriarte.

—¿Quién te encargó una entrega para una *bioindustry* en Asturias? —espetó a continuación.

Aquello desencajó por completo a Otto. Eso era lo que siempre había odiado de su hermano menor. Aquella capacidad innata para descolocarlo, que ya poseyera desde niño. Ese talento único para no seguir nunca el camino trazado. Algo que él, consideraba perentorio para poder avanzar en el continuo discurrir de la vida.

—¿Y a ti qué cojones te importa? —fue lo único capaz de contestar, totalmente fuera de sí—. ¿A qué viene eso ahora? ¿En un momento así, continúas pensando en tu puto trabajo de *meta*?

—Verás —comenzó Iriarte con una impostada calma—. La persona que te utilizó como el pedazo de gilipollas que eres, la que hizo que te desviaras unos novecientos kilómetros de tu ruta habitual...

»¡Resulta que es la misma que ha matado a mamá y secuestrado a Maybel! —gritó Iriarte después de una breve pausa, perdiendo totalmente los nervios.

Mientras bramaba, no pudo reprimirse y se abalanzó sobre el hermano mayor, golpeándole en la cara y haciéndole caer hacia atrás. No obstante, un armario situado a su espalda, evitó que Otto diera de bruces contra el suelo y este a su vez, aprovechó la inercia para revolverse, coger impulso y contraatacar.

A continuación, ambos se enzarzaron en un fratricida abrazo. Dejando escapar toda la rabia encerrada en cada una de sus respectivas mochilas vitales. Acumulada a lo largo de tantos años y sucesos transcurridos, después de todo aquel tiempo.

Uno contra el otro. Dos visiones del mundo que colisionaban sin ninguna posibilidad de entendimiento ni reconciliación.

La lucha duró poco. Hasta que ambos recuperaron la cordura y se quedaron frente a frente, respirando con dificultad, las caras y manos ensangrentadas. Tratando de recuperar el aliento.

—Cuando Maybel regrese, ya le explicarás este desastre —acertó a decir Otto por fin.

Acto seguido, se limpió como pudo el rostro cubierto de heridas y a continuación, dirigiendo una mirada de odio infinito hacia el hermano, salió del salón y se marchó.

Iriarte no contestó. Tras salir por la puerta Otto, levantó una silla que quedara tumbada en el suelo después de la refriega y, exhalando un largo suspiro, se sentó en ella.

Y así se quedó, en silencio, mientras su mente iba haciendo un fundido a negro.

Fue en esa misma posición como, al cabo de un buen rato, lo encontraron los dos agentes que

llegaron al apartamento preguntando por Otto. Iriarte ni siquiera había visto el mensaje que, previamente, le hiciera llegar Lucía.

—.—

—El apartamento está vacío —comenzó el agente del GEO—. Es más, parece que lleva varios días así.

Aquello causó un profundo desaliento en Lucía. Creía que por fin iba a poder atrapar a aquel desgraciado, pero volvía a escurrírsele entre los dedos. Por un momento, experimentó un profundo sentimiento de ofuscación.

Reaccionó rápidamente. No podía dejarse vencer por el desánimo.

—Active el rastreo por *facetrace*. Amplíelo a toda la ciudad y dé parte de aviso a todas las estaciones centrales de transporte —ordenó—. ¿Qué se sabe de los agentes que fueron tras la pista del último avistamiento del sujeto?

—Sobre eso —contestó el inspector Sorpena—, poca cosa más. Llegaron hasta el punto donde fue visto por última vez a través de las cámaras. Pero no han encontrado nada adicional. Ningún rastro que seguir.

—¿Y qué hay respecto al hermano de la chica secuestrada? ¿Han podido interrogarlo? Igual nos puede dar alguna otra dirección donde localizar al sospechoso —insistió Lucía.

—Pues verá —comenzó en tono vacilante Sorpena—, no conseguimos localizarlo...

—¿Cómo?

Aquel tipo sacaba a Lucía de sus casillas. Era un incompetente de manual.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar con tono airado, pero a la vez, con el corazón encogido en un puño, temiendo por la integridad de Haron.

—Cuando la patrulla que enviamos siguiendo sus órdenes, llegó al apartamento, encontraron al otro hermano. Había signos evidentes de lucha. Él estaba con la cara totalmente cubierta de heridas y nos dijo que, después de pelearse, su hermano se marchó, pero que no dijo adónde. Nos sugirió que fuéramos al lugar de reunión que tienen los *non_MOD* por aquella zona. Pero allí tampoco estaba.

—¿Y no se les ha ocurrido lanzar una orden de búsqueda por *facetrace*? —increpó Lucía a Sorpena.

—Bueno, la verdad es que no. Pensamos que no sería necesario porque estábamos a punto de detener al sospechoso —se defendió este.

—Mientras no se demuestre lo contrario, ese hombre también es sospechoso.

—Sí, por supuesto. Ahora mismo doy la orden —contestó obediente Sorpena.

Lucía se quedó preocupada por la información que aquel zoquete le acababa de proporcionar.

Al menos sabía que Haron estaba a salvo. Intuyó que, con la información que ella le proporcionara, el consultor habría sido capaz de llegar por sí solo a la conclusión de que, la persona que encargara al hermano mayor la entrega del material en la *bioindustry*, necesariamente debía ser el asesino.

De no ser por la ofuscación personal que tenía con aquel caso, ella también hubiera llegado a la misma deducción.

—¿Sí? —contestó en modo voz Lucía.

Su *DPU* se había activado y en él aparecía un número de identificador oculto.

—Hola inspectora Lizagoyen, supongo que se acordará de mí. Soy X.

—Hola X —contestó Lucía con tono desconfiado.

—Creo que la redada no ha conseguido el resultado esperado ¿verdad?

—¿Cómo lo sab...? —Lucía se interrumpió para no acabar expresando una obviedad—. Efectivamente —acabó contestando para rectificar.

—Eusebio Núñez no va a ser una presa fácil de atrapar. Por lo que he averiguado sobre él, les lleva bastante ventaja.

—Así es. Ha cometido tres asesinatos y un secuestro, siendo capaz de no dejar ningún rastro tras de sí. Nada, ni una sola evidencia que nos permita localizarle.

—Es un tipo astuto y escurridizo. Siempre ha sido así ¿verdad? —preguntó X.

Después de escuchar aquella frase, el estómago de la inspectora dio un vuelco. Tal y como había estado temiendo desde que se iniciara la conversación, sus temores se confirmaban.

Al marcharse de la guarida de X, albergaba la secreta esperanza de que aquel hombre se olvidara de ella y no diera mayor importancia a la historia personal de una policía anónima, que había acudido a él en busca de información, pero reaccionado con una vehemencia inusual ante un hallazgo inesperado.

Ahora comprobaba que se había equivocado. X lo sabía todo.

Podía hacer que la apartaran del caso realizando una simple modificación en el expediente y cruzando los datos que, hasta ese momento, únicamente ella conocía.

—¿Qué quiere X? —preguntó a la defensiva.

—Quiero que atrape a ese bastardo —contestó el *deep diver*—. Que al fin, pueda cerrar su círculo de venganza. Pero quiero que lo haga a mi manera.

Lucía permaneció callada. En su interior se libraba una batalla épica. Por un lado, ardía en deseos de atrapar por fin al que fuera su verdugo. De volver a enfrentar aquella mirada, la última que contemplara antes de caer en el vacío de la desesperanza. Pero por otro, era consciente que debía seguir el protocolo de forma correcta. No quería que su mundo volviera a desmoronarse y que, otra vez, fuera por culpa de aquel tipo. Si, por alguna casualidad, se descubría la conexión que existía entre ambos y que aun así, ella no se había inhibido del caso, supondría una suspensión directa de su cargo como inspectora e incluso también, podría llegar a significar su expulsión del cuerpo.

—¿Qué me dice Lucía? —insistió X—. He continuado rastreando los movimientos de su hombre y por lo que he descubierto, creo que va a volver a desaparecer en breve...

—¿Sabe lo que me estoy jugando si accedo a su propuesta? —inquirió Lucía.

—Sí, lo sé. No debe preocuparse. Esto lo hago de forma desinteresada.

Lucía apretó la mandíbula y se frotó varias veces la rasurada cabellera. Suponía que, en lo que respectaba a Eusebio Núñez, X no la estaba engañando. No obstante, desconocía los motivos ocultos que podía albergar aquel hombre para plantear aquella propuesta.

—¿Por qué debe hacerse a su manera X? —volvió a insistir.

—Verá inspectora. Puede usted considerarme un filántropo. O quizá es que hace ya mucho tiempo que un humano no despertaba mi atención. Usted lo hizo y quiero ayudarla. Pero debe hacerse como yo diga porque, de lo contrario, no me produce ningún aliciente y no seguiré inmiscuyéndome en este tema.

—Decídase ya. La ventana de oportunidad se está cerrando rápidamente —la conminó X.

Finalmente, Lucía acabó cediendo. No podía permitir que aquel sujeto escapara otra vez. Había una vida en juego. No sabía si la hermana de Haron aún seguiría viva, pero debía intentar salvarla a toda costa. Lo había prometido.

—De acuerdo X. Dígame qué debo hacer —contestó.

—¡Estupendo! —exclamó este—. Voy a enviar un aviso desde la central para que su

"avisgado" compañero vaya a atender algún otro asunto y le deje la vía despejada.

A Lucía le corrió un escalofrío por la espalda. ¿Hasta qué nivel podía llegar el control de aquel individuo? Ella únicamente había vislumbrado una ínfima parte, en la conexión compartida que realizaran y las posibilidades que alcanzó a intuir, eran realmente abrumadoras.

—De acuerdo —se limitó a responder.

Una vez Sorpena se hubo marchado, X le explicó que acababa de enviarle un *taxi-bot* con el localizador precargado de la dirección del local en el que se hallaba Eusebio.

—Lucía —comenzó X en tono serio—. Debo advertirle que hay algo "extraño" en el sistema de acceso al local de ese individuo. Parece haber instalado una especie de muro virtual en su red, que no se ajusta a ningún estándar conocido. Mientras va usted para allá, intentaré introducirme utilizando la *real_net*.

A pesar de no entender muy bien a qué podía referirse X con aquella advertencia, la sensación de peligro que transmitía, hizo que Lucía subiera aún más su nivel de alerta. Mientras iba de camino, pensó en llamar a Haron para que, como mínimo, alguien supiera de su paradero. Pero recordó lo que le había comentado Sorpena acerca de su pelea con el hermano y desistió. Bastantes problemas tenía ya. Decidió que únicamente, le enviaría un breve mensaje con el localizador de la dirección.

Cuando el *taxi-bot* llegó a su destino, el *DPU* de Lucía volvió a activarse. De nuevo era X.

—Lucía —comenzó—. Ya sé por qué no podía conectarme en remoto a su apartamento. Ha cortado todas las líneas de comunicación con el exterior y por lo que parece, ha creado una red interior dentro del habitáculo. Por eso, la única forma posible de acceder a su sistema desde fuera es estableciendo una conexión física. Solo se me ocurre que llegue hasta la entrada del local y pruebe a conectarse sinápticamente. Yo estaré allí para guiarla.

—De acuerdo —convino la inspectora.

Ya no podía echarse atrás. A pesar de comprobar que la situación iba tornándose cada vez más peligrosa, debía continuar hasta el final. Sacó su *taser_cop* y se dirigió hacia el lugar, siguiendo las instrucciones que X le iba indicando.

—.—

El *DPU* de Iriarte se activó.

Después que los agentes de policía se marcharan, había continuado ausente de la realidad durante un buen rato. Cuando finalmente salió de su ensimismamiento, pensó que la mejor manera de reponerse sería haciendo alguna actividad de provecho y por eso, comenzó a recoger los restos de la batalla campal acaecida hacía momentos antes.

En ello estaba cuando leyó el mensaje de Lucía. Era bastante crítico. Simplemente indicaba que el localizador que adjuntaba, correspondía a la dirección en la que probablemente, el sospechoso tendría retenida a Maybel. Le decía que había ido sola. Y, por último, le exhortaba a que, si en el plazo de una hora no volvía a tener noticias suyas, avisara a la policía. Pero no antes de ese tiempo.

Iriarte se quedó pensativo, ¿qué debía hacer? Aquel mensaje le había generado un enorme desasosiego. Por descontado, sabía que Lucía tenía entrenamiento marcial suficiente como para poder enfrentarse a un criminal, pero resultaba evidente que estaba saltándose el protocolo de detención. Aquello no podía ser buena señal. En la conversación previa que tuvieron, no le acabó de contar por qué aquel caso también se había convertido en algo personal para ella, aunque en el hotel apuntara algo de que se trataba de un fantasma de su pasado.

Por eso, no podía dejar que se enfrentara sola a aquella situación. Pero tampoco quería traicionar su confianza.

Pensando en cómo podría ayudarla, acudió a su mente la intervención en la *bioindustry*. Del sabotaje en el exoesqueleto, se podía deducir que la persona que lo llevara a cabo, era una gran conocedora del sector de las instalaciones. Lo enrevesado del montaje para producir una electrocución, sin hacer saltar ningún mecanismo de protección implicaba que, quien lo hubiera concebido, era capaz de manipular circuitería compleja.

Si había conseguido diseñar un sistema como ese, destinado a causar daño de forma intencionada, resultaba evidente que tendría preparados mecanismos de defensa o ataque para aquellos que quisieran asaltar su escondite. Y que serían muy complicados de detectar.

Aquel presentimiento le condujo a la conclusión de que, al menos en algo, sí que podría ayudar. Pondría al servicio de Lucía, los conocimientos adquiridos a lo largo de toda su trayectoria profesional. Y precisamente, de la intervención en la planta de Cantabria y en agradecimiento a los servicios prestados, se había traído un pequeño recuerdo, cortesía de Silke Industries. Le pidió a Pascual poder quedarse con uno de los componentes utilizados por Anzo Cortés para boicotear las diferentes islas de producción. Y este accedió sin mayor problema.

Aquellos mini circuitos con sinapsis biotecnológicas, eran capaces de acoplarse a cualquier sistema, a partir de una entrada ordinaria. Resultando prácticamente indetectables para los programas estándar de seguridad.

Quizá aquel equipo pudiera ser de alguna utilidad si tenían que sortear alguna trampa virtual, que se hallara colocada en la red digital.

Una vez tomada la decisión, encargó un *taxi-bot* para recoger el componente en cuestión y acto seguido, se encaminó hacia la dirección proporcionada por el localizador.

Mientras avanzaban a través del tráfico de la ciudad, llamó a Lucía para avisar que se dirigía hacia su posición. Pero, por más que lo intentaba, esta no respondía.

Comprobó la hora. Habían pasado exactamente cuarenta minutos desde que le enviara el mensaje de aviso.

—.—

Por fin, todo estaba ya a punto. Terminó de realizar los últimos ajustes en el software. Le había venido muy bien contar con un sujeto a escala uno es a uno, para poder obtener el patrón de ondas cerebrales humanas. A partir de ahí, conseguir emular la ecuación basada en la paradoja de los números irracionales para que las Redes Neuronales Generativas Adversarias Condicionadas nunca fueran capaces de alcanzar un patrón de aprendizaje concluyente, había resultado una tarea ardua pero no imposible.

El único inconveniente acaecido hasta aquel momento, se debía a que únicamente hubiera podido realizar una prueba. El sujeto había vuelto a sufrir un desvanecimiento y ya no se volvió a recuperar. Para Eusebio dicha eventualidad suponía un hándicap, puesto que no había podido acabar de realizar el ajuste final de parámetros durante el test, pero no un obstáculo insalvable.

En general, se sentía satisfecho del resultado obtenido.

En otro *DPU*, tenía ya compilado el software desarrollado que conectaría a un sistema real para poder "infectarlo". Cumpliría así con el propósito último por el que estaba haciendo todo aquello, que la humanidad recuperara su esencia. Que volviera al principio y renunciara a la raza híbrida en la que había acabado degenerando.

No obstante, dado que permaneciera completamente *offline* durante tantas horas, decidió volver a conectarse, no de forma directa, sino consultando únicamente otro *DPU* adquirido tan

solo para ese propósito.

Una vez activó el dispositivo y lanzó una simple búsqueda *random*, comprobó que los acontecimientos se habían precipitado.

Su rostro, aparecía entre los delincuentes más buscados. Se decía de él que era un criminal muy peligroso y se demandaba colaboración ciudadana. Así mismo, se indicaba que estaban activados todos los protocolos de rastreo para conseguir dar con su paradero.

Ante aquel panorama, Eusebio se recostó en su asiento y respiró profundamente. No sabía cómo, pero lo habían descubierto antes de que pudiera completar su plan.

Se giró y paseó la vista por la sala. En mitad de los pocos objetos contenidos en ella, destacaba la presencia del sujeto.

Se quedó absorto, observándolo.

Todavía respiraba, aunque se apreciaba claramente que lo hacía con mucha dificultad. Continuaba manteniendo el ansia de vivir. Luchando a la desesperada por tratar de aferrarse al cuerpo como un receptáculo inerte que, por otro lado, ya no le permitiría utilizar a plenitud la palabra vida como el concepto para definir su futura existencia.

No obstante, la contemplación de aquella imagen le hizo tener una epifanía. Le ayudó a decidir los próximos pasos que debía dar.

Si ya lo habían identificado, no tardarían demasiado en localizarlo. No merecía la pena intentar escapar de su escondite puesto que, únicamente, conseguiría acelerar su detención. Y esta se habría producido antes de que se completara su misión. Por eso, debía atrincherarse en su guarida. Aferrarse a cualquier precio a aquello que acababa de desarrollar.

Tal y como el sujeto hacía respecto a su mísera vida.

Tal vez, si disponía del tiempo suficiente, llegaría a desarrollar algún mecanismo que consiguiera infligir el mayor daño posible a todos los *metas* que tuvieran la osadía de intentar acceder a su refugio. Con suerte, incluso podría infectar a algún sistema de mayor envergadura.

Y con la determinación de un hombre desesperado, dispuesto a llevar a cabo su última acción, empezó a manipular la red de acceso al local. Entrar no iba a resultar una tarea fácil para aquel que lo intentara.

Él se iba a encargar de ello.

—.—

Iriarte se situó frente a la entrada del edificio. Todo aquel sector estaba desolado. Se encontraba en la parte más económicamente deprimida de la ciudad y resultaba evidente que allí, no regían las mismas reglas que en el resto de la urbe.

Continuaba intentando contactar con Lucía, pero esta seguía sin contestar.

El plazo de una hora había expirado ya. Debía actuar y rápido. Llamó al agente Sorpena y le envió el localizador, dando así el correspondiente aviso. Pero no podía quedarse esperando hasta que estos llegaran.

Avanzó con cautela hacia la entrada del depauperado edificio y comprobó que el acceso no estaba bloqueado. Una vez dentro, se encontró en mitad de un complicado conglomerado de puertas, situadas de tal forma, que no parecían seguir un orden concreto. Se notaba que el espacio había sido remodelado varias veces, pero sin aplicar ninguna lógica de ordenamiento urbanístico. Orientarse en aquel lugar iba a resultar una tarea complicada. A través de su *password* de consultor, accedió a los planos del archivo municipal y los descargó en el *DPU* para, como mínimo, contar con alguna base de planimetría que le permitiera situarse partiendo de alguna

referencia, por muy peregrina que esta fuera.

En el localizador que Lucía le enviara, no aparecía el número de puerta del local.

Decidió, por tanto, comenzar haciendo un barrido desde las puertas situadas más hacia el interior de la finca. Pensó que, quien hubiera escogido un lugar así para esconderse, preferiría ocultarse lo máximo posible de miradas indiscretas.

No encontró nada en la primera línea de puertas que recorrió. Los pasillos estaban mal iluminados, bien porque los sensores de presencia no funcionaban o, simplemente, porque las luminarias estaban rotas. Las paredes rezumaban humedad y la suciedad campaba por doquier. Siguiendo el plano 3D proyectado por el *DPU*, avanzó en dirección a la salida y giró hacia otro pasillo en el que las puertas se arracimaban, como si hubieran sido incrustadas a la fuerza en las paredes. Hacia la mitad del mismo, se adivinaba una silueta apoyada contra la pared que, a su vez, proyectaba una tenue sombra a contraluz y destacaba por encima de la penumbra que inundaba el espacio.

Con el corazón latiendo desbocadamente, Iriarte se dirigió hacia allí e iluminó la zona con su *DPU*. Descubrió horrorizado que se trataba de Lucía. De su boca, emanaba un fino hilo de sangre y la mirada de sus ojos era vacua, perdida en la pared opuesta. El brazo derecho descansaba en su regazo, con las conexiones sinápticas aún acopladas. El izquierdo en cambio, estaba extrañamente separado del cuerpo, como si hubiera sido apartado con violencia.

Iriarte trató de serenarse para poder pensar con claridad. Activó el modo escáner en el *DPU* para chequear las constantes vitales de Lucía. El sistema devolvió un resultado confuso. Parecía que los principales órganos vitales de su cuerpo estaban siendo sometidos a un gran estrés, pero no identificaba el origen. El consultor pasó entonces el dispositivo a escaneado en modo termográfico, para detectar si había zonas calientes con temperaturas por encima de lo normal. Curiosamente, la región donde el rojo era más intenso, se situaba en la franja de la conexión sináptica. Por deducción lógica, intuyó que ahí debía estar el origen de aquello que estuviera provocando el daño al resto del cuerpo.

Pensó que no sería conveniente desconectar a Lucía de forma intempestiva, de hecho, sospechó que la causa de la anormal posición de su brazo izquierdo, seguramente sería por haberlo intentado.

Necesitaba generar un bypass para que el sistema no detectara que se interrumpía el flujo de corriente. Ahí entraba en acción el mini circuito con sinapsis biotecnológicas que había traído consigo. Sacó sus herramientas y acopló el componente a la red de la que pendían las conexiones en las que Lucía se hallaba atrapada. Configuró el nuevo circuito implementado, para ajustar la alimentación y cargar un protocolo estándar de comunicación que permitiera al equipo entrar en modo de funcionamiento ordinario. Así, mientras este se sincronizara con el resto de la red, él tendría la oportunidad de desconectar a la inspectora, sin que en ningún momento se llegara a apreciar un cambio en la carga resistiva del circuito.

Tardó unos pocos minutos en completar la operación. Una vez hubo acabado, desconectó a Lucía. Esta permanecía totalmente desvanecida y respiraba con dificultad, pero aun así, Iriarte notó que al haber desaparecido la causa principal del colapso, se producía una mínima recuperación. Se dispuso a hacerle la maniobra de reanimación cardiopulmonar (RCP).

— . —

A través de las cámaras que tenía dispuestas en la entrada del local, Eusebio Núñez observaba atentamente a la persona que intentaba manipular el acceso a su guarida.

Desde que comenzara a modificar la red de acceso, no había dispuesto de mucho tiempo para configurar la defensa virtual del recinto ya que, al poco de comenzar, había aparecido aquella mujer, cuyo rostro le resultaba familiar pero que no acababa de reconocer. Hablaba con alguien a través de su *DPU* y parecía seguir instrucciones. La vio desmontar con facilidad la carcasa de la cerradura electrónica de la puerta del local y a partir de ahí, comenzó a preparar una conexión sináptica para, según supuso Eusebio, descryptar el código de acceso.

Por suerte para él, sí había tenido tiempo para finalizar la carga del malware en la red del local y, gracias a ello, iba a tener una oportunidad de oro para volver a comprobar su funcionamiento en un entorno real. Y como "extrabonus", esta vez iba a contar con un *meta* auténtico.

La prueba resultó ser todo un éxito.

Al poco tiempo de establecerse la conexión, la *IA* de la red comenzó a generar un mecanismo de defensa dado que no reconocía el nuevo bucle creado. La mujer trató de desconectarse, pero Eusebio quería comprobar si el proceso era definitivo. Rápidamente había salido del local y sujetado el brazo izquierdo, con el que intentaba zafarse, apartándolo bruscamente.

Después de eso, se quedó frente a ella, mirándola a los ojos. Observando cómo su consciencia, iba desvaneciéndose poco a poco. Y mientras lo hacía, su mente trataba de evocar un recuerdo lejano, tan perdido en la marea del tiempo, que dudaba si era real o imaginario. Sabía que había vivido un instante muy similar a aquel, pero era incapaz de recordarlo.

De repente, un ruido lejano le hizo reaccionar y volvió a encerrarse en su local, preparado para la siguiente embestida que supuso estaría por llegar.

Decidió dejar allí a la mujer para que sirviera de advertencia.

Al seguir vigilando las cámaras le descolocó que, de nuevo, apareciera una única persona. Ahora se trataba de un hombre. Por su apariencia y por cómo actuaba, parecía que era un *non_MODIFIED*. Esa cuestión le causó mayor extrañeza aún.

Al comprobar que no acudía nadie más y que aquel hombre ya había conseguido desconectar a la *meta*, Eusebio decidió que había llegado el momento de volver a intervenir. Cogió un bate aturdidor que siempre llevaba consigo y del que no se separaba cuando debía moverse por aquella zona de la ciudad. Se trataba de un arma ilegal, adquirida también a través de uno de sus proveedores de ítems prohibidos. Debido a su mayor tamaño, estos elementos eran capaces de generar una descarga mucho más potente que la de los *taser* que solía utilizar la policía, al ser capaces de almacenar mucha más energía. Al unir esa descarga eléctrica a la capacidad de asestar un gran golpe, en función de la fuerza de la persona que lo blandiera, podían llegar a resultar mortíferos.

Equipado pues con dicha arma, Eusebio se dirigió hacia la entrada y abrió sigilosamente la puerta.

Observó que el hombre aún se afanaba en tratar de reanimar a la mujer. Se hallaba de espaldas a él, tan enfrascado en su cometido, que no se percató de que alguien se estaba acercando por detrás. Con la misma cautela, alzó los brazos por encima de la cabeza, dispuesto a asestar el golpe mortal.

Pero en ese momento, notó que su cuerpo se paralizaba y cayó al suelo pesadamente.

— . —

La turbidez en los ojos de Lucía se había ido disipando poco a poco. Entre la niebla que todavía le seguía dificultando su visibilidad, reconoció el rostro de Iriarte. Su semblante reflejaba

una enorme preocupación.

Conservaba aún, fresca en la memoria, la última visión que tuviera antes de sumirse en la inconsciencia.

Aquellos ojos fríos como el acero. Otra vez. La inmisericorde mirada de aquel hijo de puta contemplándola, mientras ella se iba desvaneciendo.

Con gran esfuerzo, redirigió la mente al momento actual para poder centrarse en la situación que la rodeaba. Notaba que su cuerpo estaba completamente extenuado, pero que iba recuperando las fuerzas progresivamente. Como alguien que emergiera de aguas muy profundas, después de haber realizado una inmersión demasiado prolongada. Sus pulmones se reactivaban, procurando atrapar cuanto oxígeno fueran capaces con cada inhalación. Su corazón, intentaba recuperar el ritmo cardíaco con cada latido que realizaba.

Pero en ese momento, algo activó su sensación de peligro. Una sombra emergiendo de entre la penumbra que inundaba el espacio.

Actuó casi de forma inconsciente. En un acto reflejo, echó mano a su *taser_cop* y disparó contra la forma amenazante que se erguía tras la espalda de Haron.

Aquel último acto, supuso un esfuerzo titánico para ella y ya no supo más.

Iriarte se hallaba en estado de shock.

Su ánimo había pasado por varios estadios en cuestión de segundos. Desde el alivio, al notar que Lucía parecía recuperarse, a la angustiada sorpresa después de asistir a la maniobra inesperada que esta acababa de protagonizar, al sacar su arma y dirigirla hacia algo situado a su espalda. Por último, acabando en la desesperanza, al comprobar que volvía a sumirse en la nada.

Cuando se le pasó el estupor, se giró y descubrió el cuerpo de un sujeto. Todavía aferraba fuertemente un bate aturdidor mientras se convulsionaba espasmódicamente en el suelo.

Entendió claramente que, con aquella última acción desesperada, Lucía le acababa de salvar la vida. De no haberla llevado a cabo, seguramente él también yacería allí ahora.

Y probablemente estaría muerto.

Reemprendió las maniobras de RCP nuevamente. Pero esta vez no estaba logrando su propósito.

En aquel momento, llegaron las fuerzas de seguridad respondiendo al aviso realizado unos minutos antes.

El equipo estaba comandado por el inspector Sorpena. Al descubrir que la inspectora yacía inconsciente en el suelo y que Iriarte trataba de auxiliarla, activó el protocolo de emergencia y ordenó el desplazamiento inmediato de un *emergency_dron* al lugar donde se encontraban.

Así mismo, al comprobar que Eusebio también se encontraba desplomado en el piso, pero que iba reponiéndose poco a poco del impacto recibido, procedió a inmovilizarlo con unas *electro_bridas*.

Al entrar en el local, descubrieron a la hermana del consultor. Aún seguía con vida, pero en muy mal estado. Ampliaron el protocolo de emergencia para que aquella segunda persona herida, también pudiera ser atendida in situ.

Cuando finalmente se llevaron a Lucía y a Maybel al hospital, Iriarte se recostó contra la pared. Estaba completamente exhausto.

¿Qué iba a pasar ahora?

CAPÍTULO 16

"La comunidad de los autodenominados *non_MODIFIED Homos*, acaba de expresar su más profunda repulsa y condena ante los hechos atribuidos a uno de sus miembros, E.N.B., que fuera detenido ayer hacia las 16:00 horas en el sector 16. Según la propia confesión del presunto homicida, a quien se le imputan un secuestro, tres homicidios y dos más en grado de tentativa; los crímenes habrían sido perpetrados siguiendo un plan cuya finalidad estaría encaminada a que la humanidad recuperara su esencia. De acuerdo al credo seguido por esta comunidad la...".

—Silenciar —ordenó Iriarte.

Dejó el *DPU* encima de la mesa y recostó la cabeza hacia atrás, exhalando un profundo suspiro. En las últimas veinticuatro horas se había desatado una auténtica locura sin control y necesitaba descansar la mente. Pero aún no tenía oportunidad de hacerlo.

Volvía a encontrarse en las dependencias policiales. La jueza instructora del caso quería reanudar el interrogatorio donde lo dejaran el día anterior dado que, según ella, continuaban existiendo ciertos flecos en la declaración que quería acabar de confirmar.

Se había pasado toda la noche en el hospital, aguardando el diagnóstico sobre la evolución de las dos únicas personas que le importaban en este mundo, Maybel y Lucía. Su hermana, había sufrido un nuevo ictus debido a los experimentos a los que le sometiera su captor. En cuanto a Lucía, aún no eran capaces de determinar el alcance de la lesión. Los daños parecían provenir de una infección provocada por algún tipo de red cibernética de la que se carecía del suficiente conocimiento.

Ambas permanecían sedadas e inconscientes.

Durante el paso de todas aquellas horas inciertas, la cabeza de Iriarte no había podido parar ni un solo momento, arrasada por un torbellino gigante de pensamientos y emociones.

Ante la evidencia de encontrarse en el lugar de los hechos sin motivo aparente, había tenido que someterse a una dura sesión de interrogatorio para contrastar su versión de lo ocurrido con la presentada por el detenido. Por eso, decidió que su mejor baza pasaba por decir la verdad sin ambages, de lo contrario, todo se complicaría aún más. A pesar de que Lucía le instara en su momento a que mantuvieran en secreto su relación, no creía posible llegar a encontrar alguna excusa que sonara plausible y que justificara el hecho de que fuera él, quien primero llegara a la guarida de Eusebio Núñez y acabara dando el correspondiente aviso a la policía.

Durante el largo e intenso interrogatorio, las únicas dos preguntas de la jueza a las que no había sido capaz de responder fueron, por un lado, la fuente que facilitara a Lucía la localización de Eusebio Núñez y por otro, el paradero en el que pudiera encontrarse su hermano Otto.

Desde que se separaran en el apartamento de Maybel, no había vuelto a saber nada de él. Aun así, la jueza seguía presionándole para que pensara en posibles lugares en los que podría haberse ocultado.

La actitud de este parecía indicar que tenía algún tipo de relación con los sucesos acaecidos. Iriarte necesitó aclarar por activa y por pasiva, que carecía de cualquier tipo de vínculo con su hermano mayor y por ese motivo, no podía proporcionarles más información. Nada que resultara fiable en relación a dónde podría haberse ocultado.

Insistía en que debían preguntar a los miembros de su comunidad, a los *non_MOD*.

Esto último también generaba muchas dudas en la jueza instructora, que no acababa de tener claro que un *non_MODIFIED*, no mantuviera ningún tipo de relación con sus antiguos compañeros.

Iriarte solo deseaba regresar a casa para intentar descansar. Sentía que estaba llegando al límite de su capacidad de resistencia.

Pudo marcharse dos horas más tarde cuando la jueza, al fin, se dio por satisfecha con la información proporcionada. Decidió volver a pasar por el hospital para interesarse por el estado de salud de Maybel y Lucía.

En el caso de su hermana, afortunadamente, se había producido un avance muy importante en su recuperación gracias a un tratamiento con nanobots que consiguieron deshacer el trombo que provocara el segundo ictus. Ahora descansaba y pronto podría pasar a terapia de recuperación.

En cuanto a Lucía, por desgracia, seguían analizando el compuesto que originara la infección. Su diagnóstico continuaba siendo grave y no mejoraba.

De regreso a su apartamento y tras cerrar la puerta, se apoderó de él una inmensa sensación de desconsuelo y soledad. Se recostó contra la entrada y fue dejándose caer lentamente, hasta quedar sentado en el suelo. Recogió las piernas hacia sí, hundió la cabeza entre ellas y las sujetó con los brazos. Permaneció en esa postura varios minutos, respirando fuertemente mientras dejaba escapar toda la angustia acumulada durante las interminables horas transcurridas, desde que descubriera el cadáver de su madre hasta aquel preciso instante.

Finalmente, fue incorporándose poco a poco. Se desvistió y se dio una ducha. Se puso ropa cómoda y se dejó caer en el sillón, frente a una botella de whisky y un vaso. A pesar del enorme cansancio que arrastraba, estaba seguro de que iba a tener que adormecer al cerebro puesto que este, ya no se hallaba en condiciones de hacer un reset por sí solo.

Practicó la liturgia del olvido durante más de dos horas. Hasta conseguir que el agotamiento se impusiera por fin e hiciera que se abandonara en la senda del desvanecimiento.

La mañana siguiente despertó temprano. De hecho, aún era de madrugada. A pesar de notar la cabeza bastante embotada, decidió ponerse en marcha y volver al hospital. Se aseó y después de vestirse, salió a la calle.

Paró a una *bakery_bot* para poder desayunar mientras se desplazaba hacia al hospital. El café con leche bien cargado y los croissants recién preparados que consumió durante el trayecto, consiguieron que pudiera recomponerse para hacer frente a lo que deparara aquel nuevo día.

Cuando estaba a punto de entrar en el hospital, su *DPU* se activó. El identificador coincidía con el de un servicio público. Iriarte respondió a la llamada en modo voz.

—Dígame —contestó.

—Señor Iriarte, le llamamos de los Servicios Funerarios. Nos ponemos en contacto con usted dado que no conseguimos localizar a su hermano. Es en relación al funeral de su madre. Ya está todo preparado. Tal y como le acabo de enviar en el archivo adjunto, la ceremonia se celebrará hoy a las 11:00, pero nos gustaría contar con el beneplácito final de algún miembro de la familia.

—Sí por supuesto —aceptó.

A pesar de no haber olvidado el entierro de su madre, no esperaba aquella llamada. Al haber sido el hermano quien, en su momento, se encargara de todos los preparativos, había aparcado el tema. Pero, además debido a la secuencia de acontecimientos acaecidos durante las pasadas doce horas, tampoco tuvo ocasión de volver a pensar.

—¿A qué hora debería pasar? —preguntó.

—Agradeceríamos que fuera cuanto antes —le respondió la encargada de la funeraria.

—Está bien. Llegaré en... aproximadamente cuarenta minutos —se comprometió.

Después de comprobar que el estado de Maybel y Lucía continuaba siendo el mismo, se dirigió hacia la funeraria.

La liturgia asociada al deceso de las personas, había variado enormemente. Con los *meta_humanos* y solo en determinados casos, podía aplicarse un método en el que, a través de las conexiones sinápticas del fallecido, se accediera a su memoria a largo plazo situada en la región del hipocampo. En concreto, se recuperaba su memoria episódica, que permitía rescatar aquellos lugares que hubieran sido guardados en la memoria del difunto.

A partir de ahí, mediante un descryptador, se transformaba en imágenes todas las señales acopiadas. Una vez analizadas por el correspondiente funcionario, quien debía certificar que se había seguido un estricto protocolo de inviolabilidad del derecho al honor del fallecido, se hacía una selección de aquellas que pudieran resultar más adecuadas para los familiares del finado. Esto les permitía conservar algunos de sus recuerdos particulares.

A pesar de estar regulado por ley, este proceso resultaba muy controvertido, al tener muchos detractores que postulaban en contra del mismo alegando que representaba una vulneración flagrante de la intimidad del individuo. Por eso, únicamente se podía aplicar cuando el difunto hubiera firmado un consentimiento informado. Otro inconveniente de este sistema tenía que ver con que solo fuera posible emplearlo en muertes no repentinas, producidas de forma natural. Ello se debía a que el proceso de extracción de señales asociadas a recuerdos, solamente funcionaba cuando el cerebro aún permanecía vivo, por eso se llevaba a cabo cuando al paciente se le desahuciaba por parte del equipo médico.

De ahí que el empleo de este sistema no estuviera muy extendido.

Por otro lado, en la forma de inhumación que solía realizarse de forma habitual, el cuerpo del difunto se trataba mediante un sistema desintegrador, basado en una aceleración del proceso de descomposición natural de este. Parte de la energía obtenida al aplicar esa técnica, se almacenaba en un receptáculo de acumulación individual para cada persona, llamado *last_pulse*.

A partir de este punto, los allegados al fallecido podían seguir rindiéndoles su particular homenaje en los llamados "Jardines de la Memoria", espacios verdes en los que se colocaban pequeños reclinatorios para cada finado, con un dispositivo que proyectaba imágenes holográficas de él. A su vez, cada reclinatorio funcionaba con la energía almacenada en su respectivo *last_pulse*.

Esta liturgia basada en la primera ley de la Termodinámica, permitía a aquellos que sobrevivían al finado, tener la sensación de que, gracias a dicha energía, la existencia de este aún perduraba.

Pero con los *non_MOD* todo era diferente. Nada de lo anterior se aplicaba en su caso. Insistían en mantener al mínimo el uso de la tecnología, tanto en vida como al traspasar. Por ello, se limitaban a incinerar los cuerpos de sus fallecidos, conservando los restos en urnas que, a su vez, también se almacenaban en los "Jardines de la Memoria", pero en espacios especialmente habilitados a tal fin.

Cuando Iriarte llegó a la funeraria, el empleado asignado al sepelio de su madre comenzó a explicarle, con todo lujo de detalles, cómo iba a desarrollarse la ceremonia que se había adaptado completamente al credo *non_MOD*. Se notaba que el hombre se esforzaba en resultar del agrado de su interlocutor, puesto que se recreaba en cada uno de los diferentes pormenores como si los que hubieran preparado sus compañeros de creencias. Obviamente, pensaba que él era como su hermano Otto. Ante aquella confusión, Iriarte se limitaba a asentir ligeramente con la cabeza. Se sentía demasiado cansado para comenzar a aclarar que, en realidad, le importaba un bledo si se

respetaba escrupulosamente o no la liturgia del grupo.

Hacia las diez y media comenzaron a llegar los miembros de la comunidad. De todas aquellas caras, una gran mayoría eran conocidas para Iriarte y de tanto en tanto, notaba como lanzaban furtivas miradas de displicencia en su dirección. El consultor por su parte, limitaba su interacción con las mismas a tratar de encontrar a su hermano, que seguía sin hacer acto de presencia. Así mismo, también procuraba mantener lo más a raya posible, la negatividad provocada por el reencuentro con aquellas rémoras de su pasado. Algo que, por otra parte, le estaba suponiendo un esfuerzo colosal.

Se sentó para poder consultar nuevamente el *DPU*, por si acaso hubiera recibido algún mensaje de Otto. Pero tampoco esta vez obtuvo ninguna noticia.

—Hola Haron. Cuánto tiempo —escuchó que saludaban por encima de su cabeza.

Al mirar en la dirección de aquella voz descubrió que, frente a él, se hallaba su antiguo profesor.

Iturrioz.

Resultaba evidente que la edad había hecho mella en el docente. Aunque al reparar con detenimiento en su expresión, podía apreciarse otro sesgo más difícil de percibir a simple vista. Una decrepitud que no podía achacarse al paso del tiempo.

La vivacidad en los inquietos ojos del profesor, que Iriarte recordara perfectamente, había dado paso a una profunda tristeza que podía llegar a adivinarse, aunque no fácilmente. Se hallaba alojada en la región más profunda de su mirada.

—¡Iturrioz! —exclamó mientras se incorporaba.

Ambos se fundieron en un emotivo abrazo.

—Siento mucho lo de tu madre. Pero dime, ¿qué tal sigue Maybel? —preguntó Iturrioz.

—Muchas gracias Iturrioz —respondió el consultor—. Sé que lo sientes. A pesar de tanta desgracia, parece que Maybel se está recuperando bien. Aunque esta vez, el proceso va a ser muy lento. La verdad es que aún me cuesta creer que haya podido pasar algo así. Y, además, de la manera cómo ha sucedido.

Ambos se quedaron un rato en silencio.

—Me ha alegrado mucho poder verte de nuevo, Haron —comenzó el profesor—. Al final lo conseguiste. Eras una rara avis. Me di cuenta enseguida. Has sabido desenvolverte como nadie allí fuera —dijo mientras su mano señalaba hacia una zona indeterminada—. ¡Qué orgullo haber vivido para comprobarlo!

—Gran parte de eso, se lo debo a todo lo que me enseñaste profesor. Ha resultado ser oro puro para mí —agradeció Iriarte desde el corazón.

Esa respuesta hizo que, en la cansada mirada del viejo docente, se agitara un pequeño rescoldo de luminosidad. Aunque fue un momento fugaz. Un corto destello, que durara solo un instante.

A pesar de su brevedad, aquel cambio súbito no pasó inadvertido para Iriarte. Comprendió que Iturrioz se había rendido, obligando a su inquisitiva mente a quedar enterrada bajo el continuo e inmisericorde adoctrinamiento cocinado por "los puros". Esa certeza hizo que, de repente, se apoderara de él una profunda pena. Precisamente fue Iturrioz quien, en su momento, se convirtiera en el catalizador del plan de escape de aquel sinsentido de vida que le había tocado en suerte, por la mera circunstancia de nacer dentro de aquella comunidad. Pero ahora, después de tanto tiempo, ya no le quedaba energía para nada más.

El profesor dio un par de palmadas sobre el hombro de Iriarte. Le dirigió una tímida sonrisa y dio media vuelta para alejarse lentamente. Caminaba como si, de repente, hubiera caído sobre él una tonelada de tiempo. Volvía al redil, para ser digerido por el pensamiento colmena del resto de

personas allí presentes que, con incredulidad, había asistido a la alegría del inesperado reencuentro.

La contemplación de aquella escena fue demasiado para Iriarte.

Ya no le interesaba lo que, a partir de aquel momento, aconteciera en aquel lugar. Su madre ya no estaba y nada de lo que escuchara o viera, iba a hacer que se sintiera mejor. Pensaba que más bien, tendría el efecto contrario. Notaba como, mientras más tiempo permanecía en aquel recinto, más le costaba dominar la rabia infinita que iba gestándose en su interior ante la contemplación de tan elevado hacinamiento de estupidez. Se dirigió al empleado que le había atendido momentos antes quien, atónito, recibió la noticia de que se marchaba y, por lo tanto, podía dirigirse a cualquiera de los allí presentes para acabar de concretar cualquier asunto que pudiera quedar pendiente en relación a la ceremonia.

Abandonó el edificio de la funeraria y ya en la calle, se quedó esperando al *taxi-bot* que reservara previamente. Enormemente ofuscado por todo lo acontecido, no reparó en que, desde el interior de una ajustada capucha y a una distancia prudencial, estaba siendo observado de forma poco amistosa.

Después de estar con Maybel, que continuaba mejorando, pero aún permanecía sedada, pidió ver a Lucía. Seguía ingresada en cuidados intensivos. Fue muy duro para él acceder al box y contemplarla allí, postrada en una cama, al albur de cualquier imponderable que pudiera acaecerle.

"¿Quiere que se recupere? Entonces debemos hablar".

Iriarte no daba crédito al mensaje que acababa de aparecer en su *DPU*. El identificador del remitente permanecía oculto.

Se quedó pensativo, releendo aquellas crípticas palabras. ¿Qué significaba todo aquello? Estaba a punto de descartarlo cuando volvió a recibir otro mensaje:

"Por favor, salga afuera. Esto no es ninguna broma. Debemos hablar", volvía a insistir la anónima fuente.

No sabía qué hacer. ¿Debía avisar a la policía o seguir el juego? Con tan poca base, no creía que le hicieran demasiado caso y menos, cuando el asesino confeso ya se encontraba bajo custodia. Decidió que, como en aquel momento se encontraba en un edificio concurrido y totalmente vigilado, bajaría y esperaría frente a la puerta del hospital.

Nada más salir, el *DPU* volvió a activarse. Esta vez se trataba de una llamada, pero nuevamente, no se mostraba el identificador.

—¿Sí? —preguntó con voz vacilante.

—Hola señor Iriarte —contestó al otro lado una voz en tono educado—. Aunque no nos hayan presentado, ambos tenemos en común una conocida que, en este momento, se debate entre la vida y la muerte. No obstante, me temo que su cura esté fuera del alcance de los profesionales que están tratando de ayudarla. El origen de su mal ha sido provocado por algo que escapa completamente al campo del conocimiento actual de la ciencia médica. Me temo que solo yo pueda ayudarla.

—Perdone, pero no sé quién es usted —interrumpió Iriarte bastante alterado—. Tampoco cómo conoce mi nombre, ni de qué forma ha conseguido mi identificador. Me temo que esta conversación no tendrá mucha solución de continuidad si no se identifica ahora mismo.

—Entiendo perfectamente que una llamada de estas características, dadas las circunstancias en las que se está produciendo, con el agravante de todas las vicisitudes que acaba usted de padecer, le genere una gran suspicacia —le respondió la voz en tono conciliador—. Créame que le entiendo. Únicamente puedo decirle que está usted hablando con la fuente que, en su momento, ayudó a la inspectora Lizagoyen a localizar a su objetivo. La persona por quien tanto le han

preguntado durante los interrogatorios.

Iriarte se quedó estupefacto. ¿Cómo podía saber aquel tipo todo eso? A pesar de ello y casi de forma inconsciente espetó:

—¿Es usted entonces, la persona a quien debo agradecer el estado en el que se encuentra Lucía en estos momentos? ¿Por su culpa está al borde de la muerte?

Su interlocutor permaneció en silencio durante unos segundos. Finalmente respondió:

—No señor Iriarte. Yo no he inyectado en su organismo el fatídico compuesto que ha provocado el colapso de la inspectora. Justo, al contrario, soy alguien que cree estar en condiciones de poder salvarla —se defendió la voz al otro lado de la comunicación, manteniendo en todo momento la calma.

A continuación, después de una pausa para dar algo de tiempo a que el consultor asimilara la información que acababa de proporcionarle, prosiguió:

—Creo que he encontrado la cura. Pero, como comprenderá, no puedo ir allí a entregársela. Eso haría que mi situación se viera gravemente comprometida.

—¡Hijo de...! —Iriarte no finalizó el exabrupto, a pesar de lo alterado que estaba.

—Modérese por favor —le censuró su interlocutor—. Por lo que he investigado acerca de usted, está bastante por encima de ese tipo de comportamiento y lenguaje, más propio del grupo del cual proviene.

Aquel comentario acabó de desconcertar completamente al consultor. Parecía que le estuvieran poniendo a prueba. Ante la extrema trascendencia de semejante situación, el tipo le daba consejos de buena educación, por un lado, mientras que, por el otro, le endosaba una clara ofensa personal.

Intentó serenarse. Desde luego, lo que aquel individuo acababa de anunciarle no parecía un farol. Había sido capaz de averiguar su identificador y a la vez, proporcionado detalles que muy pocos conocían. Casi con toda seguridad, lo que le acababa de indicarle en relación a la información relevante que poseía, debía de ser cierto.

—¿Por qué recurre a mí? Diríjase a la policía. Utilice el canal apropiado —dijo por fin.

—No. Eso no es posible —respondió rápidamente el otro—. Ya le he dicho que mi posición no puede verse comprometida. Mire, siento plantear esto de forma tan descarnada, pero la vida de la inspectora depende totalmente de usted. De lo que esté dispuesto a hacer.

Iriarte se quedó callado unos instantes, respirando agitadamente. Sabía que algo no andaba bien, que aquel desconocido no era de fiar. Pero, por otro lado, era perfectamente consciente sobre lo que debía responder ante la disyuntiva que acababan de plantearle.

No tenía alternativa.

—Está bien —aceptó—. Explíqueme exactamente qué va hacer para salvar a Lucía.

—Verá, aunque no puedo entrar en pormenores acerca de nuestra relación previa, le diré que la inspectora Lizagoyen acudió a mí como último recurso para desencallar una investigación que no avanzaba pero que, gracias a cierta información que le proporcioné, le permitió localizar finalmente el paradero del asesino que andaba persiguiendo. No obstante, en el momento del arresto hubo ciertas complicaciones no previstas. Desgraciadamente, recibió una dosis letal de un compuesto cibermetabólico proveniente de una IA, que actuaba como respuesta ante una supuesta agresión externa a su red.

Iriarte se quedó estupefacto.

Recordó los incidentes acaecidos en Silke Industries tanto con el auditor de sistemas de datos como con la propia Lucía. A partir de aquellos episodios, se habían planteado una serie de interrogantes sobre su origen. A simple vista parecían fortuitos, pero al profundizar más en el asunto, todo apuntaba a que pudiera haberse debido a algún tipo de mecanismo de defensa

activado por la IA central, al detectar una conexión no autorizada.

¿No era esa, al fin y al cabo, la manera cómo siempre se había comportado cualquier forma de vida al sentirse amenazada? ¿Utilizar mecanismos de defensa para garantizar su supervivencia?

Aun así, toda aquella vía de investigación había quedado aparcada. Ante la gravedad de la situación, debida a las continuas interferencias en la producción, desde gerencia se había ordenado archivar el asunto. Dado que su labor en la planta también se diera por finalizada, no tenía noticias sobre los hallazgos que pudieran haber realizado los ingenieros del sistema, después del barrido que realizaran en la red.

—Pues bien, señor Iriarte —prosiguió el otro—, gracias a su oportuna intervención, la dosis no resultó mortal, pero el tratamiento que están administrando a la inspectora tampoco está produciendo resultados. Como le he dicho, la IA había preparado una combinación a partir de una serie de componentes inclasificables para evitar que, con los medios actuales, pudiera prescribirse alguna cura.

—¿Y cómo ha conseguido usted saber todo eso? —interrumpió Iriarte.

—Verá, lo hice en parte gracias al trabajo de campo realizado por la inspectora Lizagoyen, antes de que cayera. A partir de su intervención, pude acceder a los códigos de red y navegar por su interior sin ser detectado como una amenaza.

Al oír aquellas palabras, Iriarte acabó de confirmar la sospecha que llevaba rondando por su mente desde hacía rato. Comprendió que la persona con la que estaba hablando era, en realidad, un *deep diver*.

Un escalofrío corrió por su espalda.

Había oído hablar de ellos, pero pensaba que formaban parte del imaginario colectivo, que eran personajes inventados. Leyendas urbanas. Que los relatos que se explicaban acerca de estos sujetos, eran exageraciones intencionadas de los sucesos que hubieran acaecido.

—Entiendo —dijo lentamente al cabo de unos segundos de permanecer en silencio—. ¿Y qué más ha podido averiguar entonces?

—Pues básicamente y sin perderme demasiado en los detalles, le diré que he conseguido metabolizar el compuesto y a partir de ahí, desarrollar un antídoto para combatir la infección que sufre la inspectora.

—¿Y por qué no lo envía al hospital, a mi atención? —volvió a insistir Iriarte.

—Ya le he dicho que no voy a comprometer mi posición. No siga por esa vía —zanjó el otro—. Ahora ya le he explicado todo aquello que resulta primordial para que pueda usted evaluar la situación y comprender que estoy diciéndole la verdad. Creo que, como buen consultor debería entender que, en este momento, dispone ya de la información mínima e indispensable para llegar a una conclusión en uno u otro sentido, ¿no cree? —pausó un momento.

Para a continuación retarle:

—Vamos señor Iriarte. ¡Decídase!

—Y ¿qué se supone que debo hacer? —acabó preguntando este en tono resignado.

—En cuanto finalicemos nuestra conversación, le haré llegar un transporte con las coordenadas a las que he enviado el paquete que contiene la cura. El lugar se encuentra aproximadamente a hora y media de camino desde su posición actual. Es decir, en unas tres horas como mucho ya debería estar de regreso. A parte de la cura, le he preparado un informe exhaustivo para que puedan consultar los médicos que están atendiendo a la inspectora, antes de administrar el compuesto.

—No entiendo por qué me envía a esa distancia. Tres horas pueden resultar cruciales para la vida de Lucía —se quejó Iriarte.

—Verá, debo volver a insistir en la cuestión de no comprometer mi posición. El punto de entrega ha sido elegido a conciencia. Se trata de la única zona en la que no existe balizamiento transversal y que anulará cualquier tipo de rastreo que pudiera producirse. Pero a la vez, está lo suficientemente cerca como para que la entrega pueda hacerse en, relativamente, poco tiempo.

—¿Cómo podrá contactar con usted si algo no sale de acuerdo a su planificación?

—No se preocupe. Lo tendré monitorizado en todo momento. Por otro lado, le agradecería que evitara dirigirse a la policía. Sepa que tendré conocimiento inmediato de ese hecho y que ello supondrá que aborte el plan.

—Ya... No esperaba otra clase de altruismo por su parte —replicó Iriarte en tono sarcástico.

Por último, el consultor acabó preguntando:

—¿Y cómo se supone que debo dirigirme a usted?

—Puede llamarme X —contestó el otro e inmediatamente, cortó la comunicación.

—.—

Mientras el vehículo avanzaba por la vía rápida, Iriarte iba contemplando el paisaje, observando cómo se desdibujaba ante él velozmente, a medida que dejaban atrás la ciudad. Había recibido el último mensaje de X nada más iniciar el trayecto. Le comunicaba que, en caso de querer contactar con él por cualquier cuestión, únicamente debía enviar un aviso accionando la pantalla del *taxi-bot* y a partir de ahí, sería él quien establecería la comunicación.

A pesar de que en aquel momento se hallaba de camino a la incertidumbre, le consolaba pensar que antes de marcharse, hubiera acordado con el equipo médico que iban a mantenerlo informado ante cualquier cambio que pudiera producirse en el estado de Lucía o de Maybel. Por lo tanto, si se daba esa circunstancia, siempre podría dar media vuelta y regresar junto a ellas.

Aquel pensamiento tranquilizador fue ocupando su mente de forma progresiva. A partir de ahí, entre la monotonía del trayecto y el cansancio acumulado a lo largo de los días pasados, que aún continuaba haciendo mella en él, fue adormeciéndose lentamente.

Despertó al notar que el vehículo acababa de detenerse. En paralelo recibió un mensaje en el *DPU*. X le indicaba que debía bajar y esperar allí la entrega. Le avisaba también de que el *taxi-bot* regresaría sin él, con el objetivo de no dejar registros de traza innecesarios. El mensaje finalizaba señalando que, su vuelta a la ciudad, se llevaría a cabo con otro medio de transporte que también le sería facilitado en su debido momento.

Una vez fuera, Iriarte contempló el horizonte.

Cuando saliera de Barcelona el día era soleado, pero ahora, una espesa capa de niebla cubría gran parte del terreno que lo rodeaba. Por lo que pudo intuir, se hallaba en mitad de un parque eólico bastante antiguo. Al parecer, aún seguía en funcionamiento. Las inmensas estructuras de los aerogeneradores, se hallaban diseminadas por el paisaje como gigantes cansados, cuya misión nadie recordara ya. Tan densa era la bruma a su alrededor, que el campo de visión apenas alcanzaba a más de treinta metros frente a él. De vez en cuando, la capa de niebla era atravesada por el álabe de algún generador mientras completaba su monótono giro.

El aire del lugar era frío y húmedo. Iriarte cruzó los brazos y los frotó enérgicamente con las manos para intentar entrar en calor.

Habían pasado ya más de veinticinco minutos y todavía continuaba plantado allí, sin que nada sucediera. En ese momento escuchó cómo, desde la distancia, un vehículo se aproximaba en su dirección.

Al aparecer en su área de visión, Iriarte comprobó que se trataba de un *bot-vehicle* destinado

al transporte de última milla.

Se detuvo por fin y la puerta de carga se abrió.

Iriarte se quedó petrificado.

—Hola hermano —saludó desde el interior la voz de Otto.

Mientras bajaba lentamente del vehículo, el consultor contempló horrorizado que, en su mano derecha sujetaba la reliquia de un antiguo deporte llamado béisbol. Un bate.

En ese momento su *DPU* se activó. Le llamaban del hospital.

—Otto, no sé qué haces aquí —comenzó tratando de parecer calmado—, pero me están llamando desde el hospital y debo contestar. Por si me dan alguna noticia de Maybel —acabó mientras mostraba el dispositivo.

—Activa el altavoz y contesta. Ni se te ocurra conectar la cámara —ordenó Otto.

—¿Señor Iriarte? —preguntaron con voz formal desde el otro lado.

La calidad de la comunicación era pésima debido, principalmente, a las interferencias electromagnéticas provocadas por los aerogeneradores.

—Tal y como acordamos esta mañana —siguió explicando la voz con monótona entonación—, le llamamos desde el hospital para informarle que se ha producido un cambio drástico en el diagnóstico de la inspectora Lizagoyen.

—Le escucho —se limitó a responder Iriarte mientras no perdía de vista al hermano.

—Verá. Como ya le comunicamos en su momento, lajamos una petición de ayuda a varios centros con los que colaboramos, dada la extremada rareza de patología que estaba sufriendo la inspectora. Hace aproximadamente una hora, nuestros colegas del hospital de Santa Fe, en EEUU, nos hicieron llegar una fórmula para elaborar un tipo de compuesto experimental. Recientemente lo habían utilizado con uno de sus pacientes, que presentara síntomas muy parecidos, obteniendo muy buenos resultados. Una vez administrado a la paciente, puedo confirmarle que se ha producido una mejora inmediata y que la infección casi ha remitido. Ya empieza a dar muestras de clara recuperación.

—Muchas gracias por su información, en breve estaré por a...

Iriarte no pudo acabar la frase puesto que, en ese momento, Otto descargó un violento golpe contra su mano derecha, haciendo que el *DPU* saliera disparado y acabara estrellándose contra el suelo, provocando que la comunicación se interrumpiera inmediatamente.

Tan rápido había ocurrido todo, que el consultor no percibió la intensidad del daño hasta pasadas unas décimas de segundo. Notó que su mano quedaba inerte debido al brutal impacto recibido.

Pero, a pesar del tremendo dolor que notaba, la adrenalina hizo que su mente se activara en un torbellino de pensamientos. En ese preciso instante, había descubierto por qué se encontraba allí. La trampa perpetrada por aquel desgraciado ser, autodenominado X, que consiguiera atraerlo hasta un lugar desamparado y solitario, alejándolo a la vez de Lucía y Maybel.

Suponía que su intervención en el local franco de Eusebio Núñez debió molestarle, o a lo mejor, todo se resumía a una cuestión más intrascendente, simplemente tenía miedo. Miedo a dejar algún cabo suelto. De hecho, únicamente Lucía y él habían participado de forma directa en el desarrollo de los acontecimientos y por eso, eran las únicas personas que podrían incriminarle. A él había conseguido engañarle con un falso señuelo. Pero con Lucía no iba a tener tanta suerte. Iriarte estaba seguro de que la inspectora ya no volvería a fiarse de aquel hijo de puta y acabaría atrapándolo.

Pero ahora tenía que enfrentarse a la ira ciega del energúmeno de su hermano. Supuso que X también habría conseguido conducirlo hasta aquel mismo lugar, utilizando algún otro tipo de

engaño.

Entendió que era así, como X quería deshacerse de él. Ahora veía claramente que estaba todo planeado para, tal y como le dijera en varias ocasiones durante su conversación, "no comprometer su posición".

Iba a pedir a Otto que le escuchara, pero en ese momento notó que este volvía a blandir el bate en su dirección para asestarle otro golpe. Esta vez buscaba impactar en la cabeza. Apenas tuvo tiempo de levantar el otro brazo para protegerse del impacto, mientras hacía un rápido movimiento para tratar de esquivarlo en la medida de lo posible. Por fortuna para él, el bate no logró alcanzarlo de pleno.

—¡Otto espera! ¡Es una trampa! ¡Cálmate! No sé qué clase de mentira te han explicado para hacerte venir hasta aquí, pero debes escucharme —consiguió gritar mientras iba retrocediendo.

Pero de los ojos del hermano mayor, solo destilaba un odio infinito. Su expresión era la de una persona totalmente ida.

Iriarte buscó frenéticamente algo con lo que defenderse y a falta de algo mejor, cogió una piedra del suelo y la arrojó contra Otto, utilizando toda la fuerza que aún conservaba en su brazo izquierdo, después de recibir el segundo golpe. El objeto impactó en el costado derecho del hermano y le hizo llevarse la mano a la zona golpeada a la vez que bajaba el bate amenazante.

Tenía que aprovechar aquel breve lapso de tiempo.

—Otto por favor, debes tratar de calmarte y escucharme. ¿Me equivoco si te digo que estás aquí porque has recibido mensajes de un contacto desconocido, afirmando ser uno de los "puros" o alguien muy cercano a ellos? ¿Que uno de esos mensajes te exhortaba a humanizar a tu descarriado hermano? ¿Te han dicho que me marché del entierro de mamá verdad?

Aquello pareció descolocar al hermano. Desde que Iriarte comenzara a hablar, Otto había vuelto blandir el bate, preparado para descargar otro golpe. Pero después de aquellas preguntas frenó en seco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Porque a mí también me han atraído hasta aquí utilizando el señuelo de alguien que me es muy preciado y he supuesto que, en tu caso, debe haber empleado algún truco similar. Sé que, para ti, el mensaje de "los puros" es algo sagrado y que jamás me perdonaste que renunciara a vuestro credo. Pero Otto, por favor, recapacita y sé sincero contigo mismo, ¿cuándo has visto que un "puro" envíe algún mensaje individual a uno de sus fieles?

Otto inclinó ligeramente la cabeza. Parecía reflexionar sobre lo que estaba escuchando. Pero de repente, volvió a esgrimir el bate y alcanzó el costado izquierdo del hermano menor mientras gritaba:

—¡Mientes! ¡Yo mismo te vi largarte del entierro de nuestra madre!

No lo había visto venir.

Por eso, al recibir aquel impacto, Iriarte perdió el equilibrio y quedó tendido en el suelo. Prácticamente no podía respirar y comenzó a notar un intenso sabor a hierro en la boca.

Escupió. Era sangre.

—¡Otto! —comenzó desde el suelo—. Haz lo que tengas que hacer. Ahora ya me da igual. Siempre he pensado que eras un puto fanático intransigente. Incapaz de distinguir la verdad, aunque te golpeará en la frente. De todas formas, hasta donde yo aprendí mientras estuve en aquella mentira, nunca nos enseñaron a matar a nadie. Por lo visto, eso debe haber cambiado. O más bien ocurre que, al final, únicamente aplicáis lo aprendido cuando os conviene. Como buenos "humanos". Y ahora, además, estás a punto de unirte al club del hijo de puta que mató a mamá y que casi acabó con Maybel. Supongo que incluso lo tendrás por amigo.

Iriarte pausó. Le costaba respirar porque había vuelto a tener otro acceso de sangre.

Otto seguía allí de pie e inmóvil. Blandiendo el bate por encima de su cabeza.

Cuando por fin pudo coger aire de nuevo, Iriarte añadió:

—Espero que acabar con tu descreído hermano, consiga llevar algo de paz y aliviar la atormentada existencia que has tenido.

Después de decir aquello, se quedó callado y desvió la mirada de Otto.

En aquel momento se sentía en paz. Lucía y Maybel acabarían recuperándose. Después de lo que ambas habían tenido que sufrir, al menos para ellas, todo esto acabaría bien.

Y con aquel pensamiento en mente se dejó ir. Ya nada le importaba.

EPÍLOGO

Inicio del Holo_Mensaje a las cero horas y quince minutos.

Cuaderno de Bitácora. Día 365.

Hoy es una fecha importante. Una triste efeméride. Ya ha pasado un año desde la desaparición de Haron.

A pesar de que ahora pertenezco a un grupo de élite, dentro de la Brigada Criminal de Investigación de uno de los mejores cuerpos de policía del estado, sigo sin poder dar con su paradero.

Después de cumplir con mi sanción y regresar para reincorporarme al servicio, no he cejado en su búsqueda, ni un solo día. A pesar de ello, continúo sin ser capaz de localizar a la persona que, por un breve espacio de tiempo fuera mi amante, pero, sobre todo, mi amigo.

Aunque no me rindo.

¿Sigue vivo? ¿Para qué se encontraba en aquel sitio, alejado de cualquier posible ayuda?

No puedo contestar a esas cuestiones.

¿Quién lo condujo hasta allí? De esta pregunta, sí conozco la respuesta: "X".

He llegado a la conclusión de que fue él quien lo llevó hasta ese inhóspito lugar. No sé la razón. Quizás se debiera a que lo consideraba un ser inferior, por no estar modificado. Esta hipótesis es la que más me persuade. Ni siquiera lo mencionó cuando estuve en su escondite, a pesar de que fuera Haron quien encontrara los restos del circuito que él analizó.

Por eso, estoy segura de que él sabe que yo sé, que solo él conoce su localización. Y por eso se esconde de mí.

Ahora él es mi presa. De momento no he logrado dar con él, pero sí rastrearlo. Cuando consiga atraparlo, encontraré a Haron, o al menos sus restos. Y así, por fin podrá reposar y su energía me acompañará en los Jardines de la Memoria.

Después de sumergirme en la real_net y vislumbrar el abismo, la infinitud de conocimiento que en ella se adivinaba, tuve claro qué camino debía seguir. Sé que será allí dónde lograré cazar a mi presa. Y cada día que pasa estoy más cerca de conseguirlo.

El cuerpo de policía, finalmente entendió que era imprescindible actuar ante una vulnerabilidad tan manifiesta del sistema y ese, es el cometido del cuerpo de élite que actualmente se encuentra bajo mi mando. La Brigada Criminal de Deep_Investigations.

Y nuestro primer objetivo es X. Cuando dé con él, podré descansar.

Podré decir que esta historia ha llegado a su

FINAL